

Josefa Ugarte-Barrientos

CONDESA DE PARCENT

Poesías selectas



CON UN SONETO-PRÓLOGO

DEL

EXCMO. SR. CONDE DE CHESTE

Y UN PROEMIO

DE

D. PEDRO DE RÉPIDE



MÁLAGA

EST. TIP "LA IBÉRICA"

ANGEL, 6

500 1

LGA
poe 00 1

25 200

25 200

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

Caja 57

N^o 472

De esta obra se han publicado 500 ejemplares numerados. Se considerarán furtivos los que no aparezcan señalados con la cifra respectiva.

Destínase el producto de la venta, al socorro de huérfanos de nuestras guerras coloniales; y, con preferencia, á los hijos de Málaga y Granada.

N. del E.



Josefa Ugarte-Barrientos

Condesa de Parcent

Poesías
Selectas

CON UN SONETO-PRÓLOGO

— DEL —

Excmo. Sr. Conde de Cheste

Y UN PROEMIO DE

D. Pedro de Répide



P

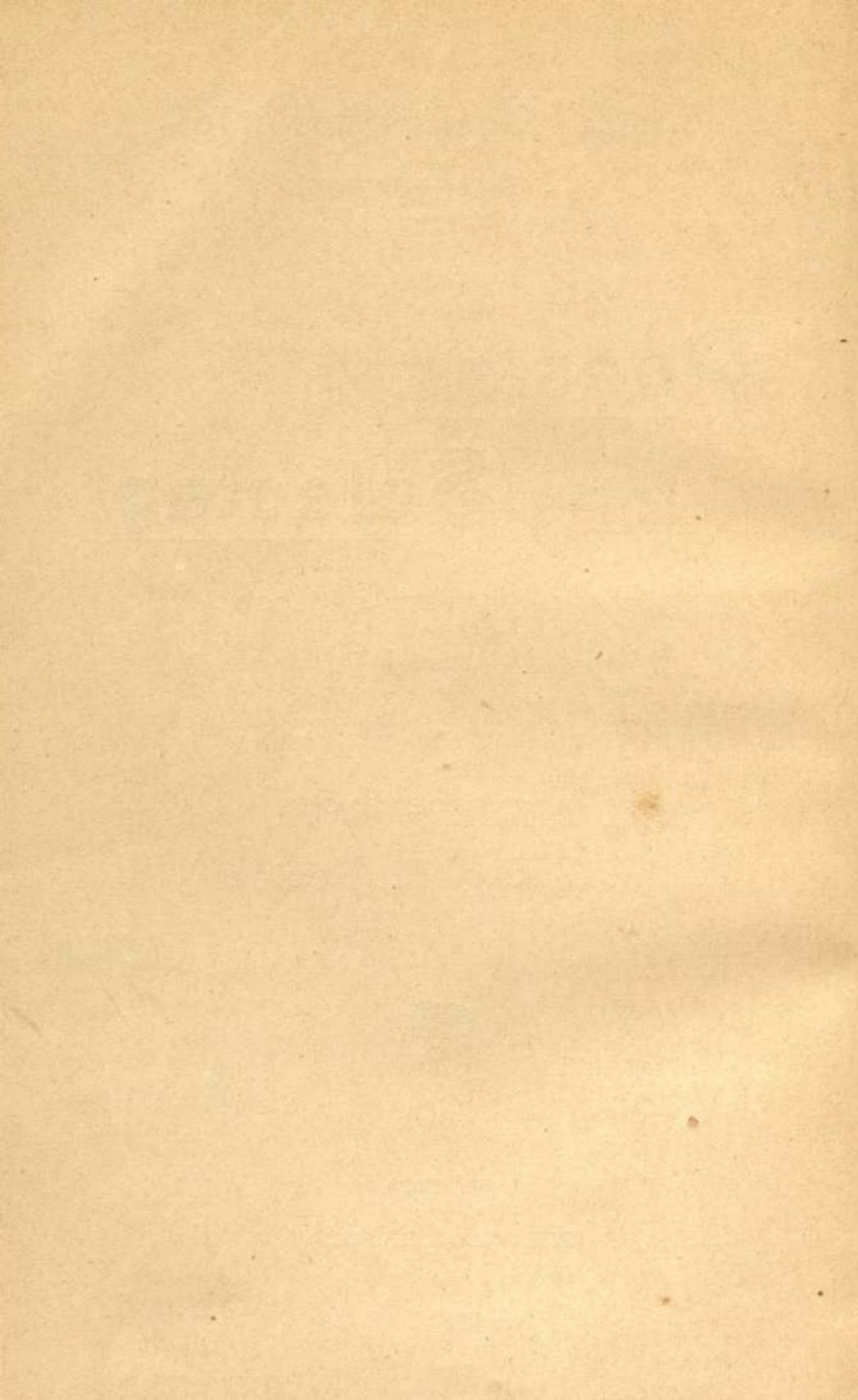
R. 16.865

MÁLAGA

TIP. "LA IBÉRICA"

Angel, 6





DEDICATORIA

A mi Madre y a Málaga

~~Fernando de la Cerda~~





A la memoria
de la
Exma. Sra. Condesa de Parcent

PIDELES, Conde, el fúnebre tributo,
A los vates que en vida la ensalzaron;
No á mí, que edad y penas apagaron
La inspiración que del ingenio es fruto.

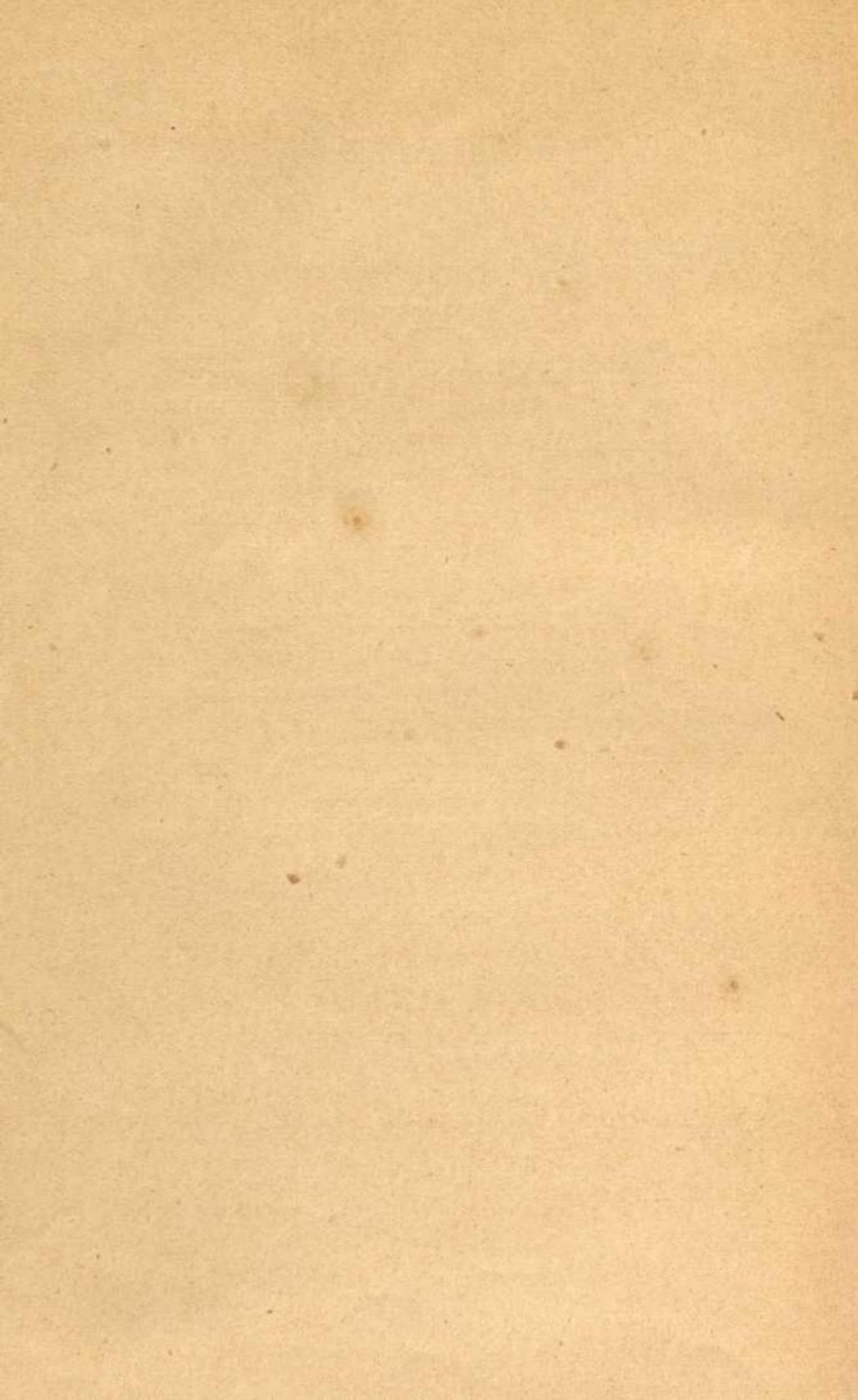
Jóven y hermosa falleció: si en luto
Largo tiempo las Musas la lloraron,
Del esposo y del hijo no llegaron
De lágrimas el rostro á ver enjuto.

Pulsad las liras, Híspalos poetas:
Si humano sér hubiese á quien del Hado
El misterio romper le fuera dado

Y sus leyes tiránicas secretas,
¡Inolvidable Sefa, tú serías!!...
Cubrid de flores sus cenizas frías.

*En Madrid el 24 de Abril
de 1903 escribí estas líneas á
los 94 años de su edad*

*Juan de la Pezuela
Conde de Charte,*





PROEMIO

HE aquí un libro de mujer que no lo parece. No hay en estos versos nada que delate la mano marfilina de la condesa que los escribió. Es la obra de un poeta fuerte, profunda y castizamente español.

Quizas os extrañe ver publicadas ahora poesías de esta especie. Pero no se imprimen para que sancioneis el nombre de una poetisa, ya consagrada en su tiempo. Aquí se os dá una selección de sus obras, que es el justo monumento levantado á su mérito. Dejó la ilustre poetisa D.^a Josefa Ugarte Barrientos, Condesa de Parcent, dos volúmenes: "Páginas en verso", el uno, y "Recuerdos de Andalucía", el otro. Los he leído, he leído sus poesías inéditas y he visto, á traves de esos versos rotundos y sonoros, un gran espíritu poético, y un poeta de raza genuinamente española, vestido de hierro, á

veces, como los adalides castellanos; de seda y de oro otras, cuando canta himnos de luz en cármenes de jazmines.

Los poemas, romances y odas de la Condesa de Parcent y las poesías en que su alma de andaluza revive, en estrofas admirables, un radiante pretérito de su morisca tierra, todos son los cantos de un romántico de buena ley, de un gran poeta en fin; que no hay en realidad esta ó la otra escuela, sino buena ó mala poesía. ¿No recordais á Arolas, el de las poesías caballerescas y orientales? Es un ingenio hermano de la poetisa cuyas son estas obras. La Condesa de Parcent pudo decir como él:

Plácenme historias pasadas
De andante caballería,
Y al ser las noches llegadas,
Olvidar penas del día
Con los cuentos de las hadas.

Como él, también, adoró el misterio de las viejas catedrales y de los alcázares sombríos; supo el secreto de las rejas labradas y los poemas de amor ó de odio, de ambición, de crimen, ó de ternura, que vieron y guardaron los artesones labrados de las nobles mansiones de solar; ella miró desde el cielo de su estro las cúpulas de oro y minaretes bermejos de encantadas ciudades; ella, poeta del

sol y de la luz, siguió entre las rosas los pasos menudos de las sultanas que cantaron sus querellas en templetes de mirtos y de jazmines. Ella lloró como el viejo muslime. Ella, que canta con ardor de capitán poeta la conquista de Antequera, gime con el vate morisco á su Alhama perdida. "¡Ay de mi Alhama, ay de mi Alhama!" Ese es el último grito de un pueblo, de una civilización y de una historia. Un grito ténue, que se pierde poco á poco por el mar primero, allá al otro lado, después. Allí donde el Omniada se alimentó de leche de camellas hasta traer á nuestro suelo una civilización que moría.

Esa poesía romántica española no existe ni puede existir ya; pero tiene una importancia indudable en la historia de la literatura. Ese género caballeresco y oriental, que creó Victor Hugo después de haberse llevado de España el germen, volvió á su patria de origen con Arolas, Zorrilla y el Duque de Rivas. Al lado de éstos tiene su lugar la ilustre Condesa de Parcent. Ved sus romances fluidos, castizos y sonoros: ved su endecasílabo viril, majestuoso, rotundo. Núñez de Arce gozó fama de construir muy bien los versos. Junto á los suyos pueden ponerse los de la Condesa de Parcent, que los igualan y, algunas veces, ¿por qué no decirlo? los superan.

Abrireis el libro y el pórtico es digno del edificio.

Es el poema "La estatua yacente". ¿Quereis un modelo de descripción? Ved la descripción de la Catedral. ¿Quereis un modelo de colorido y de vigor en el decir? Ved el relato en que D.^a Juana de Castro refiere cómo D. Pedro de Castilla llegó hasta su mansión. Leed ese magnífico poema de amor, de orgullo y de despecho, y al final os parecerá, también, que oís rodar la cabeza de piedra de la estatua por las naves de la Catedral cuando oigais los versos enérgicos, sonoros y esculpidos como la piedra que rueda.

Seguid y encontrareis "Astapa". Es otro poema distinto del anterior. Ved sus octavas reales: en ellas está ese alma grande, ruda y fiera de los primitivos españoles allí cantados. ¿Y para qué seguir enumerando? ¿Para qué deciros, puesto que lo habeis de ver, que los tres sonetos que encontrareis son tres modelos en su género, y que luego hallaréis una oda á Santa Teresa de Jesús que recuerda la perfección de un Lista; y para que os sorprenda la variedad del ingenio de la autora, pasaréis después á esos recuerdos de Andalucía donde hay leyendas hijas de las de Zorrilla y Saavedra.

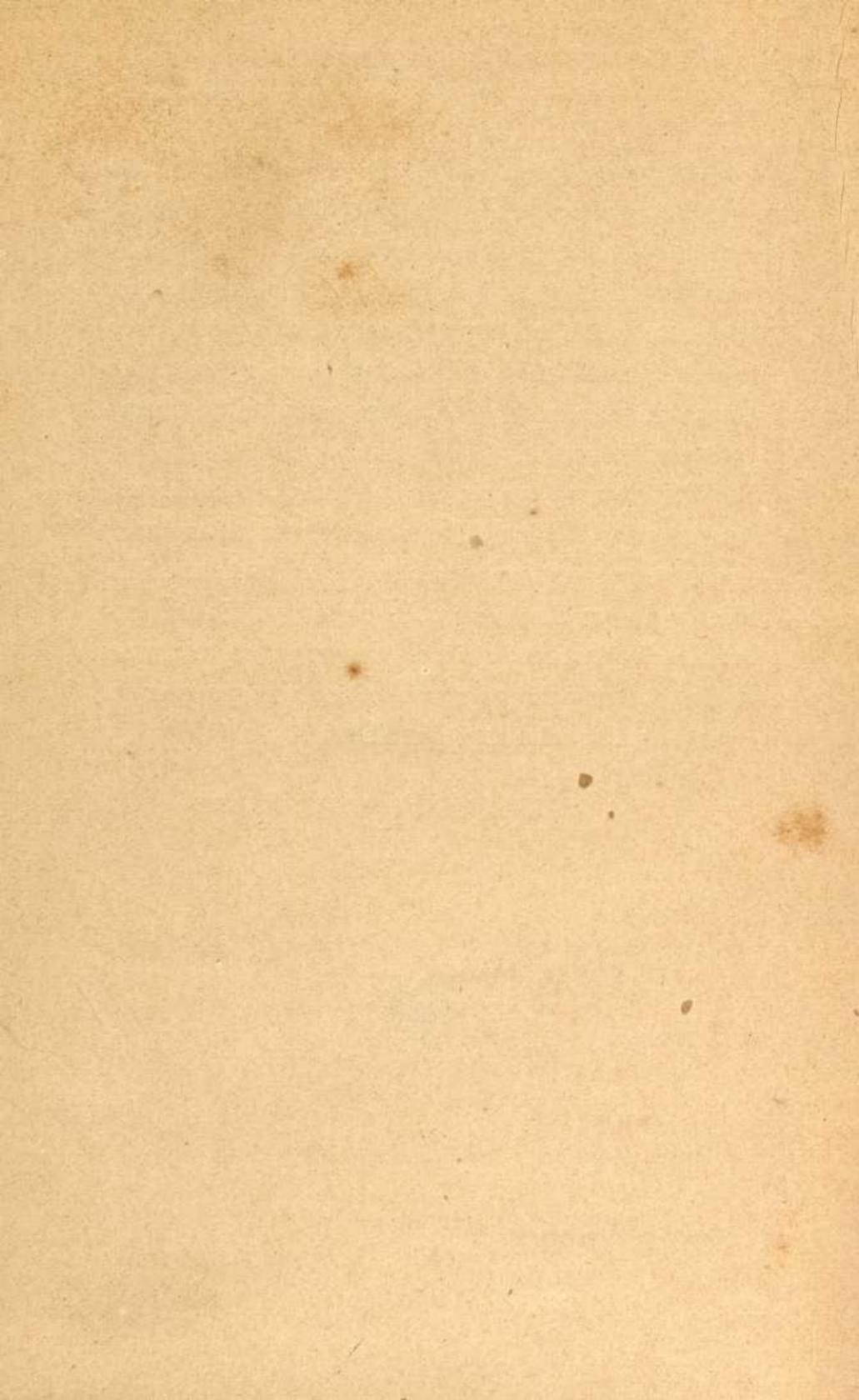
Tengo á honor insigne ser yo el que, á manera de heraldo y vocero, abra la marcha á tan gentil convoy. No tiene mi trompeta tonos tan altos como

mereciera la egregia cabalgata, y enmudece. ¡Plaza á estos versos tan bellos y castizos! Vuelvo el rostro y centellea ante mi vista el brillo de la comitiva que me sigue. Avancen sus ropajes de brocado y de oro, sus armaduras de plata, sus alquiceles nevados, sus birretes de púrpura y sus tocas de armiño. Avance la procesión de las lanzas y las azucenas.

Vedla, como una sinfonía de luces y de color; ved que su paso es musical con la inmensa armonía de unos versos que suenan como pedrería derramada. He aquí que llega la noble caravana. Yo me escondo. Yo también quiero ver pasar esa teoría de bellos fantasmas que avanzan luminosos al son de una cadencia admirable y misteriosa.

PEDRO DE RÉPIDE







La estatua yacente

INTRODUCCIÓN (1)

SOBRE gótica tumba sencilla,
Vi en el fondo de obscura capilla
La estatua yacente,
Ostentando cual regia matrona,
Luengo manto, y altiva corona;
Corona en su frente.

¡Cuántos siglos sobre ella pasaron!...
¡Cuántas almas inquietas llegaron
Al templo bendito,
A llorar de amargura y despecho,
Cual lloró la que duerme en su lecho
De tosco granito!...

.....
.....

(1) Esta composición está inspirada en la Catedral de Santiago de Galicia, donde yacen los restos de doña Juana de Castro, y á la cual se refiere la presente introducción.

Todo estaba en incierta penumbra;
Luz escasa, que apenas alumbra,
Y sombras suaves,
Inundaban flotando ligeras,
De misterio y de paz, las austeras
Románicas naves.

Débil rayo del sol que se iba,
Aún temblando, cruzó de la ojiva
El vidrio pintado,
Y con vago fulgor vespertino,
Fué á besar del querub bizantino
El nimbo dorado.

Y el querub, con las alas tendidas,
Cual si osaran rasgar atrevidas
Las bóvedas viejas,
Parecía que alzando su vuelo,
Se alejaba, llevándose al cielo
Plegarias y quejas!...

En los recios artísticos muros,
Descollaban borrosos y duros
Quiméricos rasgos;
Santos rígidos, tumbas, altares,
Y, ciñendo los altos pilares,
Esfinges y trasgos.

Entre rudos blasones, severo,
Aún el bulto admiré del guerrero
Magnánimo y fuerte,
Que tras lucha tenaz y empeñada,
Duerme al fin, abrazado á su espada,
Su sueño de muerte.

¡Ah! Feliz si con fé peleando,
Fué su tierra querida ensanchando
Tras cada victoria;
Y, terror de la mora frontera,
Cayó al pié de su propia bandera
Creyendo en la gloria.

Yo no sé qué inefable armonia,
Qué misterios de santa poesía
Descubre mi alma,
Si buscando lo grande y lo bello,
De una antigua basilica, huello
Las naves en calma.

Cuando todo en su seno enmudece,
Cuando todo reposa, parece
Que llenan mi oído,
Oraciones, suspiros y notas,
Donde vibran las voces ignotas
De seres que han sido...

Que esos seres sus duelos lamentan,
Que con voces confusas me cuentan,
Por mí reanimados,
Sus historias de triunfos y cuitas,
De esperanzas en germen marchitas,
De sueños frustrados.

En aquellas macizas arcadas,
En las torres aquellas, lanzadas
Con fuerza á los cielos,
En el símbolo mal esculpido,
De otros hombres, con ansia he leído
La fé, los anhelos.

Algo de ellos, allí se percibe;
Algo noble, y hermoso, que aún vive
 Y audaz centellea;
Es la luz que al cerebro ilumina,
Y que al tiempo y la muerte domina;
 La luz de la idea.

¡Oh modestos artistas sin gloria,
Que del mundo la vana memoria,
 El lauro que pasa,
Despreciásteis, lo eterno buscando,
Con beatífico amor trabajando
 De Dios, en la casa!

Vuestros nombres, que humildes callásteis,
O que acaso grabados dejásteis
 Por siempre escondidos
En algún chapitel, que en las nubes
Va á perderse, quizá á los querubes
 Serán conocidos.

Cuando edades oscuras corrieron,
Vuestras ricas basílicas fueron
 El místico faro,
Que, del bien señalando la vía,
A pequeños y grandes unía
 De Cristo al amparo.

Si á los Reyes allí coronaban,
Si sus armas de hinojos velaban
 Allí los guerreros,
Allí, en Cortes también ayuntados,
Escribían al par los estados
 Sus cartas y fueros.

Yo os bendigo, moradas augustas;
Donde á un tiempo, cual ramas robustas
De un tronco nacidas,
Patria, fé, libertad, hermanadas,
Florecieron; por Dios enlazadas,
Por Él bendecidas!...

Y rehaciendo el pasado en mi mente,
Vagué así, por el templo imponente,
Que en tiempo lejano,
Atrayendo á los pueblos remotos,
Centro fué del amor y los votos
Del mundo cristiano.

Y aun pensé que diciendo oraciones,
Peregrinos de extrañas naciones
Fervientes venían,
Y, cumpliendo su santo deseo,
En la tumba del gran Zebedeo
Postrados caían.

Que aún cruzaban con celo profundo
Aquel Pórtico, asombro del mundo (1),
Que allí se levantan,
Y que en himnos con mármol rimados,
De la gloria los goces ansiados,
Los éxtasis cantan.

Y, aún creyendo escuchar en las naves
De plegarias y salmos suäves
Un eco doliente,
Dí de nuevo en la oculta capilla,
Do reposa en su tumba sencilla
La estatua yacente.

(1) El Pórtico de la Gloria, admirable monumento del siglo XIII, fué erigido por el maestro Mateo, arquitecto del rey don Fernando II de León.



I

MURIÓ en el seno de la noche el día;
Yo, solitaria, me postré de hinojos
Ante la estatua seductora y fría:
Dándole á todo sus contornos vagos,
La sombra en anchos lagos
Cercábame doquier; cerré los ojos,
Y aún amor inspirándome y respeto,
Ví á la estatua dormir sobre su losa,
Callada, impenetrable, misteriosa,
Como esfinge que guarda su secreto.
Yo pugnaba en mi afán por penetrarlo
Y en mi mente grabarlo;
Y, como si mi anhelo comprendiera,
Alzando al fin la coronada frente
Del cabezal granítico, severa
Se irguió sobre su lecho lentamente:
Y habló con el acento reposado
De quien recuerda, desde el puerto amigo,
Las borrascas del ponto que ha surcado,
Conservando, quizás, aunque al abrigo
De la playa do muere la mar loca,
Que el bien robóle de su dulce calma,

Lo amargo de sus aguas en la boca;
La huella de sus furias en el alma.

Y antes de hablar, sus labios de granito
Un ¡ay! lanzaron de dolor; un grito
Del espíritu noble, que espantado
Al tornar á las puertas de la vida,
Juzgándose otra vez encadenado,
Lloró ¡infeliz! su libertad perdida.

Aquel grito de angustia inexplicable
Que zumbó formidable
Sobre las tumbas de los Reyes muertos (1),
De la iglesia en la bóveda vacía,
Y en los claustros oscuros y desiertos,
Aquel lamento lúgubre, tenía
Algo de la inquietud desgarradora
Conque, acaso, temiendo lo que ignora
En su santa inocencia,
El tierno infante se estremece y llora
Al entrar en la mísera existencia.
«No fui Reina jamás,» con voz doliente
Dijo el alma que al mármol animaba;
«¿Por qué ¡insensatos! coronáis mi frente
Si sólo fui de mi pasión esclava?
¿Hasta el sepulcro con su farsa impura
Llegar osa del mundo la impostura?
¿Por qué ceñirme la fatal diadema
Que tanto ansiaba, que costóme tanto?
Fué mi vida tristísima un poema,
Mas no de gloria, de pasión y llanto.

(1) En la capilla de las reliquias, donde está sepultada doña Juana, se hallan también los restos mortales de D. Fernando II, D. Alfonso IX, doña Berenguela, esposa de Alfonso VII, y de D. Raimuudo de Borgoña, yerno de Alfonso VI.

Jamás á mis vasallos conduciendo
El lauro conquisté de las batallas
Donde luchan heróicos campeones,
De golpes enemigos defendiendo
Sus fuertes corazones
Tras el hierro de cotas y de mallas.
A otra lucha más áspera y sombría
Condenóme funesta mi fortuna:
A la que fiel el corazón se entrega,
Y en la que lidia sin defensa alguna
Y mártir muere, si á vencer no llega.»

Su última frase terminó en gemido,
Tan hondo y tan sentido,
Cual es siempre el que triste delatando
Penas de un alma, de su fondo brota;
Y la estatua calló, como llorando
La afrenta y el dolor de la derrota.
Y después, sus memorias anudando,
Así siguió:

«Serena y bendecida,
Aunque sin gloria, ni placer, ni brillo,
Pasábase mi vida.
Por los muros y torres defendida,
De mi heredado, señorial castillo.
Fuí señora de siervos que me amaron;
Mis rebaños, los valles inundaron;
Rebosaban en trojes y en bodegas
Los frutos de mi tierra generosa,
Y envidiáronme hidalgas y labriegas,
Por noble, por feliz y por hermosa.
Feliz ¡ay! una tarde,
De esas últimas tardes de verano

En que ya el sol sin abrasarnos arde,
Y tras los montes húndese temprano,
Dejé mi sola estancia,
Anhelando aspirar de la campiña
La fresca y salutífera fragancia;
Todo era paz, reposo y abundancia.
Brillaban los racimos en la viña,
Como ramos de oro
En ricas esmeraldas engastados;
Alzábanse en los prados,
De paja, gigantescos almiarés,
Y escuchábanse voces y cantares
De humildes labradores
Que volvían en paz á sus hogares,
Y zumbidos de abejas diligentes;
Y de pájaros, árboles y fuentes,
Los confusos y múltiples rumores.
Todo estaba tranquilo, todo bello;
Mas ecos melancólicos llegaban
Á mi alma triste, desde todo aquello.
Ya en el cielo flotaban
Algunas transparentes nubecillas;
Con sus hijuelos, en mi hogar nacidos,
Se iban las golondrinas de sus nidos;
Ya tornábanse mustias y amarillas
Del álamo las hojas... al reposo.
Tras su labor, rendíase Natura,
Sucediendo á su espléndida hermosura
El encanto inefable y misterioso
De lo que pronto ha de morir; ligeras,
Á mi alrededor gimieron
Las brisas del Otoño mensajeras,

Y las hojas de un olmo sacudieron,
Y algunas se llevaron... las primeras
Que del árbol aquel se desprendieron.
Y mi vista, insaciable,
Siguió á las hojas en sus ráudos giros,
Y escuché con angustia inexplicable
Rumores que sonáronme á suspiros.
¿Me entiendes tú? ¿En el mundo
Aún gimen de las auras los acentos
Despertando del alma en lo profundo
Vagos y agobiadores pensamientos?»
—Ni ha cambiado la gran Natureleza,
Le respondí, ni el corazón varía;
Hundiéndonos en simas de tristeza,
Despréndense las hojas todavía!...
—Esas primeras hojas,
Siguió la estatua, que los troncos dejan,
Parece que despiertan más congojas
Con sus ayes; parece que se quejan
Con mayor amargura,
Que las que luego barrerá á montones
En el Otoño, la tormenta obscura.
Así los juveniles corazones,
Aún bisoños, se agitan y estremecen
Al perder las primeras ilusiones
Que los vientos del mundo desvanecen;
Así, con inquietud desoladora,
¡Ay! desfallece la mujer, y llora
Cuando, aún joven, su espíritu sintiendo,
Ve que su Otoño destructor empieza;
Que rápidas y mustias, van cayendo
Las flores de su efímera belleza!...

Devorando mortal melancolía,
Á la sombra sentéme de aquel olmo,
Gala del bronco tajo,
Que en su cumbre mi alcázar sostenía
Entre peñas agrestes; de él debajo,
Rompiase rugiendo la corriente
De un arroyo, que, luego, mansamente
Fertilizaba con su linfa pura
Una extensa y monótona llanura,
Cual todas las llanuras de Castilla;
Y, lejos, Cuéllar, la modesta villa
Entre varias colinas reclinada,
Reflejaba en el río
Su obscuro caserío,
De pámpanos y pinos coronada.

Aquel hondo silencio
Que sólo interrumpían el arrullo
De una tórtola triste que, anidando,
Cantaba sus amores, y el murmullo
De alguna rama, que de vez en cuando
Trémula sobre mí se estremecía;
Aquella paz profunda y solitaria
Pesar sobre mi espíritu sentía,
Como pesa una losa funeraria;
Los párpados cerré, miré á lo hondo
De mi anhelante corazón inquieto,
Y allá, en su nunca penetrado fondo,
Sentí que dominando mi albedrío,
Alzábanse ternuras sin objeto,
Ahogadas al nacer en el vacío.
Y dominó mi sér aquel profundo
Anheló de calor, de luz, de vida,

Que siente el moribundo,
El momento al llegar de su partida,
Yo era joven aún; aún mi existencia
Gozaba de su espléndido verano;
Pero allí, en la presencia
De aquel olmo lozano
Que ya empezaban á otoñar los vientos,
Pensé que señalábame el camino
Que pronto con despecho seguiría;
Pensé que pronunciaba sus lamentos
El fallo inexorable del destino,
Y que pronto cual él...

Mas él había

Gozado de su alegre primavera,
Y sentido con lánguido desmayo
Las caricias del aura, que ligera
Cantó en sus hojas su canción de Mayo;
Alfombra tuvo de campestres flores;
Percibió los confusos aleteos
De los pardos y amantes ruiseñores
En sus ramas frondosas guarecidos:
Y las notas oyó de los gorjeos
Que trémulos brotaban de sus nidos.
Mas ¡ah, yo! ¡Quién yo era,
Lo sabes por el libro de la historia,
Que guarda entre sus páginas, severa
De mi amor y mi nombre la memoria!
Pero no me conoces; que aparecen
En la Historia tal vez los personajes,
Como esos remotísimos paisajes
Que sólo de sus montes nos descubren
Altivas y marcadas siluetas,

Y á los ojos encubren
Las cañadas secretas,
El valle fértil, de perfumes lleno,
El riachuelo cantor y transparente,
Y las malezas y el oculto cieno.
Quiero hacer que recorras con tu mente
Las altas sierras y las simas hondas
Del abrupto paisaje de mi vida,
Y que con ecos de dolor respondas
Á mis viejos dolores.: yo, nacida
En honrado solar, de estirpe pura,
Fuí aquella sin ventura,
Hermosa y afligida doña Juana,
Á quien un raptó de febril locura
Le ciñó la corona castellana (1).
Aún niña, me enlazaron
Á un alto y poderoso ricohombre;
Á él por altas razones me entregaron:
Yo con decoro conservé su nombre:
Él siempre separado por la guerra
De su hogar, en continuas soledades
Dejárame en su tierra.
No sentí del amor las ansiedades,
Y al enviudar en mis floridos años,
Aunque presa de tristes pensamientos,
Sin pasiones quedó ni desengaños,
Libre mi corazón de sufrimientos.
Todo lo bello, todo lo brillante,
Ejercía su acción fascinadora
En mi espíritu osado y anhelante:

(1) Doña Juana de Castro, mujer bien hermosa (como dice el cronista),
fué hija de don Pedro de Castro y esposa de don Diego de Haro.

Yo soñaba el amor, amor ardiente,
Conjunto de pesar y de ventura,
Sentimiento tiránico, potente,
Mezcla de adoración y de ternura.
Soñaba, que mi genio y hermosura
Inspiraban dulcísimos cantares
Á famosos y apuestos trovadores,
Y que en lides y bélicos torneos
Humillaban los fuertes lidiadores
A mis piés de sus triunfos los trofeos.
Y estremecida de placer, creía
Que á mi nombre temblaban los infieles,
Y que en mi alcázar señorial dormía
Sueños de amor, en lecho de laureles.
Y así, presa de ocultas emociones,
Llegué, infeliz, hasta la tarde aquella
En que mi caprichosa fantasía
Halló en la muerte del fugáz verano,
Motivo á la mortal melancolía
Que embargaba mi espíritu...

Lejano

Sonó un eco de zambra y alegría
Conmoviendo mi sér: abrí los ojos,
Y allá, bajando por la humilde cuesta,
Ví un grupo de labriegos y zagalas
Con sus trajes de fiesta.
¿Qué causa hubiera para gozo tanto?
Lo ignoro; mas crecieron mis enojos,
Y desbordóse por mi faz el llanto.
De las rudas parejas
Risas y cantos hasta mí llegaban;
Más dulces parecióronme las quejas

De la tórtola amante,
Y en espantosa soledad sumida,
Sintiendo alegre palpar la vida:
¡Infeliz, dije, del que solo goza!
¡Infeliz, dije, del que sólo gime!...
Y ví entonces que altiva, dominante,
Fijo en el cielo su mirar sublime,
Y señora del viento,
Un águila cruzaba el firmamento,
Serena, solitaria y arrogante.
¡También va sola! medité un momento;
Mas las águilas tienen compañeras,
Y en las alturas que feliz escalas,
Tú la tuya hallarás: ¡ay, si cayeras
Sobre escueto peñón, rotas las alas!...
El ave se alejó majestuosa,
Y, entretanto, en confuso remolino,
En actitud ansiosa,
Mirando hacia el comienzo del camino,
Se agolpaba la gente en la vereda;
Y al través de la densa polvareda,
Ví un grupo de jinetes
Que montaban magníficos caballos
Y ceñían lujosos coseletes:
Era el Rey con magnates y vasallos (1).
Y yo le conocí por la belleza
Y aciaga gentileza
Que sobre todos descollar le hacía.
¡Ante él eran los otros tan pequeños!...
¡Él fué la luz en que morir debían

(1) El rey don Pedro estuvo en Cuéllar en 1353 y volvió en 1354 para celebrar sus bodas con doña Juana, según se desprende de las Crónicas escritas por Pedro López de Ayala.

Las ciegas mariposas de mis sueños!
Y sintiendo con íntimo alborozo
Confusa mezcla de temor y gozo,
Busqué en mi lecho la quietud ansiada,
Y soñé que aquel águila altanera,
En la cumbre más ruda y empinada
Halló al fin á su noble compañera.

II

«¡Oh dulces penas del amor primero!
¡Oh sentimiento que en el alma brotas,
No se sabe si triste ó placentero!

¡Oh palabras dulcísimas é ignotas,
Que nos llegan cual eco regalado,
Como candentes y vibrantes notas

De ese mundo risueño y encantado,
Que finje la ilusión en lontananza,
Que siempre he visto, pero no logrado!

¡Oh delirios que forja la esperanza!...
Al sentirnos nacer, ¿quién os resiste?
¿Quién ¡ay! la dicha que finjís alcanza?»

Calló la estatua; por su acento triste
Aterrada á la par y conmovida,
Exclamé con espanto:—¿Qué dijiste?

No del amor la fuente bendecida
Con hiel enturbie tu razón amarga;
No mates los encantos de la vida.

Fué la pausa solemne, fué muy larga,
De esas que solo llénanse con llanto
Nacido en pecho que el dolor embarga,

Ola turbia que vierte en su quebranto
El miserable corazón, rendido
Por el golpe mortal del desencanto.

¿Lloró acaso el espíritu afligido?
¿Lloraba al arrancar con su memoria
De la sima sin fondo del olvido,

Locos ensueños de ventura y gloria,
Que cual ecos lejanos de un combate
Robábanle su calma mortuoria?

¿Sufrió la angustia que mortal abate
Al desvalido náufrago maltrecho,
Que sintió de las aguas al embate

Su barco sucumbir, y con despecho
Ve que la mar hasta sus piés envía
Informes trozos del bajel deshecho?

Sobre la losa cenicienta y fría
De aquel sepulcro, recliné la frente;
Todo en silencio en mi alrededor yacía:

Cual las ondas de rápida corriente,
Revueltas, confundidas y agitadas,
Hervían las ideas en mi mente:

Parecían regiones encantadas,
La honda capilla, la robusta nave,
En tinieblas profundas sepultadas.

De vez en cuando, pasajera un ave
Con su vuelo fugáz, interrumpía
Aquel reposo, cual ninguno grave

Que fué para mi inquieta fantasía
Origen de zozobras y terrores,
Y fuente inagotable de poesía.

Ya la luna menguante, sus fulgores
No reflejaba sobre el blanco suelo
Al través de los vidrios de colores:

Yo ver ansiaba, pero halló mi anhelo
Sombras en el augusto santuario,
Y en las cúpulas sombras, y en el cielo.

Mas hay luz: que allá lejos, solitario,
El rayo luce, que jamás declina,
De la lámpara pura del Sagrario:

Faro perenne, claridad divina,
Que rasgando las sombras mundanales
Las noches del espíritu ilumina.

Volviendo, al fin, á lamentar sus males,
Siguió la estatua con su voz doliente:
— «Harto sé cómo adoran los mortales

En la esperanza que halagüeña miente;
Y aciertan al buscar de la ventura
En el amor y la virtud la fuente.

Mas yo, ya lejos de la tierra obscura
Do mancha á la verdad y la mancilla
Del error la funesta levadura:

Yo, que he ganado la celeste orilla
Donde la augusta realidad impera
Y el bien eterno sin ocaso brilla,

Sé que cual chispa que de sacra hoguera
Para encender las almas se desprende,
Baja el amor á la terrestre esfera;

Que si en los pechos generosos prende,
Aliento soberano les infunde
Para subir, porque á su centro tiende.

Mas ¡ay, si en turbio lodazal se hundel...
¡Ay, si en perverso corazón caído
Con llamas del infierno se confundel...

¡Ay, si dando su origen al olvido,
Á pasiones inmundas se encadena!...
Fatal, entonces, cual Luzbel caído,

Regueros deja de rubor y pena:
Si lo alberga un espíritu, se abrasa:
Si aspira sus efluvios, se envenena...

Y pasa luego, tormentoso pasa,
Como nube, que rayos esparciendo,
Las flores y los árboles arrasa...

Tal fué el amor tiránico y horrendo
Que á compás de sus himnos enervantes,
Á mí llegó, mi voluntad rindiendo.

Él ciñóme de rosas embriagantes;
Mas ¡qué débiles fueron sus olores!
Sus ocultas espinas, ¡qué punzantes!

Ya lo dije: con pajes y señoras,
Don Pedro en Cuéllar penetrara un día,
Y damas, castellanos, labradores,

Todo aquel que cercano residía
En Cuéllar, al temido Soberano
Rindiera la obligada pleitesía.

Placiale al Monarca castellano
Atronar de su trompa con los sonos
La áspera sierra y el téndido llano:

Y más diestro que todos sus barones,
Lanzar contra las fieras sus lebreles,
Volar contra las aves sus halcones.

Placiale, con damas y donceles,
Entregarse á las zambras bulliciosas;
Decir cantares, domeñar corceles,

Y tras luchas galantes y gloriosas
Apuesto justador, en los torneos
Sonrisas conquistar de las hermosas.

Y placiale en locos devaneos
Mofarse infiel de la virtud augusta,
Las riendas al soltar de sus deseos.

Hubo fiestas en Cuéllar; mas adusta
Yo, por guardar de mi viudéz los fueros,
No asistí ni á la danza ni á la justa.

Una tarde, salvando los linderos
Que guardaban mi tierra, la invadía
Tropel abigarrado de halconeros,

Ojeadores y gente de valía,
Que en pos del Soberano se entregaban
Á su amado placer: la cetrería.

Bajo el soplo del cierzo, se agitaban
Los pinares; frecuentes goterones
En la tierra cayendo, la empapaban:

Hendían los confusos nubarrones
Chispas de luz; el caracol lejano,
Unió al del trueno sus agudos sonos,

Y cerniéndose obscura sobre el llano
Y con fuerza voráz y fugitiva,
Estalló la tormenta de verano.

Tras el alféizar de calada ojiva,
Yo divisaba con placer aquellas
Figuras de la régia comitiva,

Que extrañas parecieronme, y aún bellas
Perdidas en la sombra del bosque,
Á la rápida luz de las centellas.

En este punto, reverente, un paje,
Mientras durase la tormenta airada,
Para don Pedro demandó hospedaje:

—Lo tiene, respondi; que esta morada
Venga á honrar mi Señor con su presencia.—
Fuése el mancebo; me quedé turbada.

El corazón latióme con violencia;
Tiñóse al punto de rubor mi frente,
Y una sombra cruzó por mi conciencia.

Alzaron el rastrillo; cayó el puente,
Y gallardo, magnífico, arrogante,
Á distancia seguido por su gente,

Suelto y atrás el manto, que flotante
Ver dejaba su túnica sencilla,
Su talle esbelto, su puñal brillante,

El azor sobre el puño, y en la silla
Bien asentado de su potro overo,
Cruzó el puente don Pedro de Castilla.

Bajo el arco románico y severo,
Cercada de mis fieles servidores,
Yo le esperaba: desmontó ligero,

Y, albricias tributándome y loores,
Tomó plaza cortés y sonriente,
En el ancho salón de mis mayores.

Yo contemplaba su espaciosa frente,
Su porte varonil y soberano
Y sus pupilas de mirar ardiente,

De luz intensa, de color arcano,
Azules, pero no como los cielos,
Azules como el férvido Oceano.

Sus rayos, que encendían mis anhelos,
No me dejaban entrever visiones
Que dichas ofrecieran, ni consuelos;

Sino mezcla confusa de pasiones,
Destellos de crueldad y de heroísmo:
Como en el mar, tormentas y aquilones.

É inspiraban cual él, á un tiempo mismo,
El miedo que produce lo insondable
Y la atracción extraña del abismo.

Ante aquella mirada impenetrable,
Al águila del sueño recordaba,
Con temor, y con júbilo inefable.

Sentime al fin á mi pesar esclava,
Y juzgué que mi espíritu ambicioso
Sus altas concepciones realizaba.

Ya en las alas del viento borrascoso
Aquella nube se alejó sombría,
Tornando al valle su estival reposo,

Y el Rey se despidió; por cortesía,
Al salir de mi hogar, agradecido
Posó sus labios en mi mano fría.

Y algo muy quedo murmuró en mi oído;
Una palabra, que cayó en mi pecho
Como plomo candente y derretido.

Empeñóse la lid, á vencer hecho
Y á hollar, si le estorbaban su carrera
La verdad, la justicia y el derecho,

Fijó en mí sus antojos; altanera,
Defendime del hombre idolatrado,
De mi virtud armándome severa;

Y tanto resistí, que despechado
Dejó una tarde la modesta villa,
En sus locos intentos humillado.

Yo, libre de vergüenza y de mancilla,
Tras las almenas del alcázar mío,
Vi alejarse al monarca de Castilla.

Salvó á caballo la llanura, el río,
Una colina trasmontó; temblando
Y víctima de ciego desvarío,

Mis pupilas inmóviles clavando
En aquel sitio que ocultó mi gloria,
Quedé livida y yerta, devorando
La tristeza mortal de mi victoria.

III

Ahogóse, melancólico, el doliente
Acento de la tumba desprendido:
¡Ay del cuitado corazón, que siente
El deseo fatal de ser vencido!

¡Ay del que en vano sofocar ansía
El loco impulso que en su pecho brota,
Y débil en su triunfo, se extasia
Ante el bien que le ofrece la derrota!

Yo así pensaba, con pavor sondando
De aquel alma las luchas y el tormento,
Y á mis propias ideas contestando
Cual eco de mi oculto pensamiento,

La estatua prosiguió: «Con entereza
Devoré de mi gloria los enojos;
Mas mi sér consumía la tristeza,
Y abrasaban las lágrimas mis ojos.

No era ya el vago, juvenil anhelo
Del que, en valle recóndito criado,
Sueña con los fulgores de otro cielo
Que no esté por montañas limitado.

Era el afán titánico y profundo
De quien viendo surgir en lontananza
Con existencia y solidéz el mundo
Que finjióle risueña la esperanza,

Contempla su fantástico tesoro
Cada vez más distinto, más cercano,
Y mira del placer la copa de oro
Rebosar al alcance de su mano.

Era la tentación; el ansia era,
Irresistible, colosal, avara,
Que, si no fuera Dios, Cristo sintiera
Cuando Luzbel al monte le llevara.

¡Ah! Débil yo, desde la abrupta cumbre
Que elevaron mis ricas ilusiones,
Descubrí gran espacio, viva lumbre,
Hermosas y malévolas ficciones.

Y el tentador espíritu, á mi oído
Murmuraba con voz halagadora:
«Allí tienes el mundo prometido;
El mundo que te aclama por señora.»

«Ahí tienes el amor, aún más brillante
Que lo pudo finjir tu fantasía.»
Y el amor á mis plantas, suplicante,
De mirtos coronado, sonreía.

«¿No soñaste, quizá, que un albedrío
(Siguió Luzbel) rindiérasete esclavo?
Pues si lo quieres, domarás el brio
Del que nadie venciera; del más bravo.

»¿No buscaste la gloria? mira... mira...»
Y ante mí, cual enjambre luminoso,
Adornadas con todo lo que admira
El ánimo soberbio y ambicioso,

Surgieron las espléndidas visiones
De luz, de encantos, de promesas llenas,
Que saben pervertir los corazones,
Con sus pérfidas voces de sirenas.

Vi palacios de mármoles vestidos,
Con azul y con grana decorados,
Bajo cielos sin nubes guarecidos,
Por las aguas del Bétis reflejados;

Vi en ellos orientales camarines,
Asilo de la dicha y los amores,
A quien daban perfume los jazmines,
Y música los pájaros cantores.

Vi huestes favoritas de la gloria
Que cuando bravas á la lid corrían,
De mi diestra, cual nuncio de victoria,
El pendón castellano recibían.

Y el poder, acreciendo del encanto,
Vé sobre el Solio que soñó mi mente,
Para mis hombros, el purpúreo manto;
La corona real para mi frente.

Si, la corona; que jamás liviana,
Escándalo y ludibrio de Castilla,
Descendiera la noble doña Juana
Al nivel de la Aldonza y la Padilla (1).

Jamás osara del honor la ley
Quebrantar, de mis gustos en abono;
Ni llegar á los brazos de mi Rey,
Sin subir por las gradas de su trono.

Y esas gradas, de flores me cubrieron,
Porque yo sin reparo las subiera;
Y traidores indignos me dijeron
Que del Rey la cautiva compañera,

La princesa de Francia, la que un día
Estos reinos llamaron Soberana,
Ni fué legal esposa ni debía
Conservar la diadema castellana.

(1) Trataron el matrimonio del Rey varios magnates de la Corte, y acerca de este asunto dice la Crónica:

«E doña Juana de Castro decía que el Rey era casado con doña Blanca de Borbón, é que mostrase primero, como se podría partir della é entonces, que á ella placía de casar con él; é el Rey decía que él lo mostraría, que con derecho se podía partir de la dicha doña Blanca, é que non era su muger; é avinieronse á esto.

«E el Rey envió por los obispos D. Sancho de Avila é D. Juan de Salamanca, é dijoles que él non era casado con la Reyna doña Blanca por muchas protestaciones que ficiera, é mostró delante ellos sus razones, queles él por bien tuvo; é mandoles que pronunciasen que él podía casar con quien le pluguiese.

«E los dichos obispos, con muy grand miedo que ovieron, eficieron así, é dixerón por mandado del Rey á doña Juana de Castro que el Rey ficiera con doña Blanca de Borbón era nenguno.»

(Pero López de Ayala.—CRÓNICA DEL REY D. PEDRO).

Y el ángel malo, sin cesar mintiendo,
Siguió mi voluntad aprisionando,
Y yo siempre luchaba resistiendo,
Pero siempre con júbilo escuchando.

Al fin, un día despertó la villa
Rindiéndome gozosa su homenaje:
Alzábanse las armas de Castilla
Entre verdes guirnaldas de follaje,

Con clamores alegres las campanas,
Atronaban los ámbitos vecinos;
Agolpábanse en puertas y ventanas
Aldeanos y absortos campesinos,

Que dejando desnudos á los valles
De sus galas más ricas y vistosas,
Alfombraron solícitos las calles
De juncias y de palmas y de rosa.

En el templo, del órgano sonoro
Escapábanse notas peregrinas;
Luengos tapices, de damasco y oro,
Decoraban las naves bizantinas.

Lucían á la luz de los blandones,
Dalmáticas y mantos y birretes,
Túnicas con castillos y leones,
Riquísimos brocados y xametes:

Y yo temblaba, del altar delante,
Entre nobles y grave clerecía,
Sintiendo que abrasaban mi semblante
Llamaradas de orgullo y de alegría.

Sacrilego y falaz, el Soberano
Tendíame su diestra poderosa,
Y mi mano enlazándose á su mano,
Fuí ante los hombres y ante Dios su esposa (1).

Rezó el Prelado la oración postrera;
Del órgano los últimos sonidos
Vibraron, y salimos por severa
Y larga comitiva precedidos.

Delante, los heraldos y escuderos
Marchaban levantando los pendones;
Escoltábanme pajes y guerréros,
Servíanme doncellas y barones.

Más negro mi cabello parecía
Con menudos aljófares trenzado;
Alaítes de régia pedrería
Adornaban mi cuello nacarado;

Relucían las perlas en mi falda;
Expléndidos realzaban mi belleza,
El manto con armiños á la espalda,
La corona real en mi cabeza.

Y cual nunca gentil y enamorado
(Aún de su amor y su beldad me arredro)
Garrido destacábase á mi lado
En su triunfo feliz, el rey don Pedro.

(1) E luego feciéronse públicamente bodas en la dicha villa de Cuéllar é llamáronla la reina doña Juana, e velólos el Obispo de Salamanca.

(EL MISMO.)

Luego que el Papa Inocencio VI tuvo conocimiento de este hecho escandaloso, comisionó al Obispo de Cesena, su Internuncio, para que citase ante la Santa Sede á los obispos de Salamanca y Avila.

El récio talle, do enlazado habían
Vigor y gracia sus floridos años,
Entre artísticos pliegues envolvían
De seda y plata primorosos paños.

Ornaba el puño del acero agudo
Moruna filigrana cordobesa;
Coronaba la toca de velludo
Garzota blanca, por diamantes presa,

Y blondos y rizados sus cabellos
Airosos esparcíanse flotando,
Y lucían del sol á los destellos,
Su rostro juvenil acariciando.

Aquella frente, de misterios llena,
Ancha sima sin fondo conocido,
Despejada mostrábase y serena
Cual de amorosos pensamientos nido.

Los ojos que á monarcas y señores
Pavor ponían, con mirar suäve,
Fascinábanme bellos y traidores,
Como fascina la serpiente al ave.

Y por Reina aclamándome y señora
El noble pueblo, de mi bien testigo,
Me obsequiaba con lluvia bienhechora
De olientes flores y dorado trigo.»

Ante cuadro tan rico y esplendente
Detúvose la triste, que quisiera
No separar los ojos de su mente,
De aquella placidísima quimera.

Después dijo: «Cegada por mis sueños,
Poderosa juzgábame y querida,
Finjiéndome sin nubes, y risueños,
Los anchos horizontes de mi vida.

Aún gratos aturdían mis oídos,
Vitores, serenatas, ovaciones;
De copas que chocaban, los crujidos;
De plácidos juglares, las canciones.

Y frases que en mi pecho resonaban
De amor, de encanto, de veneno llenas;
Aún sus cálices frescos ostentaban
Las rosas que velaron mis cadenas;

Aún mi ventura celebrando, había
Fiestas y zambras por la villa toda;
Era la tarde del aciago día,
Que al día sucedió de nuestra boda,

Cuando tornar jurándome, y perjuro
Rompiendo para siempre nuestros lazos,
Ya extinto el fuego de su amor impuro,
El rey don Pedro se arrancó á mis brazos (1).

¡Ay, partió! Vacilante la mirada,
En mí sintiendo de la muerte el frío,
Salíme del castillo desolada,
Herida por su bárbaro desvío

(1) De Pedro partió de Cuéllar al día siguiente de celebrar su matrimonio con doña Juana, á quien abandonó para siempre. Ella se retiró á la villa de Dueñas, que le donó el Rey, y en la cual vivió mucho tiempo haciéndose llamar Reina.

Y al pié de un olmo le miré alejarse;
Desde aquel sitio, de placer temblando,
Le ví por vez primera presentarse
Mis ardientes delirios realizando.

Lloré mucho, y un lúgubre lamento
Cual eco rosonó de mis congojas;
¡Fué el rumor de una ráfaga de viento,
Que robó al árbol sus postreras hojas!...

Me alejé con espanto; ya no había
Ni músicas, ni galas, ni cantares,
Cerró la noche silenciosa y fría;
El pueblo reposaba en sus hogares.

Y mi agudo pesar y mis enojos
A solas en mi cámara escondiendo,
Al pié de un Cristo me arrojé de hinojos
Mortales amarguras presintiendo.

Y allí mi corazón en su agonía
Sufrió combate colosal y rudo;
Quiso esperar, y la esperanza huía;
Quiso al fin perdonar, pero no pudo.

Y después, imagínate un gigante,
Indestructible torcedor anhelo,
Que no deja al espíritu un instante
De paz, ni de quietud, ni de consuelo.

Figúrate un abismo de amargura,
Figúrate una sed abrasadora;
Una noche fatídica y oscura
Para quien nunca lucirá la aurora.

Tal fué mi vida solitaria; rojos
De llorar sin descanso mi destino,
Inmóviles clavábanse mis ojos
En las curvas revueltas del camino.

Si allá á lo lejos un corcel veía,
Un penacho de plumas, una lanza,
Mi corazón con júbilo latía
Abriéndose quizás á la esperanza,

Y él no era nunca; y al pasar los años,
Dejaban como huellas en mi pecho,
Cada cual más acerbos desengaños,
Y vergüenza mayor, y más despecho.

Supe al fin que mi historia dolorosa
Contábase con mengua de mi fama;
Que aún era Blanca de don Pedro esposa,
Y la Padilla su altanera dama.

Y ardí en honrada indignación; más tarde
Dijéronme que el trono, con la vida,
Allá en los campos de Montiel, cobarde,
Arrancóle á la par el fratricida.

Sentí que se apagaban mis rencores
Del golpe aquél, á la fatal violencia;
Que el fuego renació de mis amores,
Que á su fin se acercaba mi existencia,

Pesándome letal y abrumadora
Sin objeto, ni rumbo, ni esperanza,
Si entonces por legítima Señora
Tuvírame Castilla, mi venganza,

Castigando traidoras ambiciones,
Terror hubiera de los malos sido;
Busqué aceros, mesnadas y pendones.
Hallé abandono, soledad., olvido.

Y á mi cruz abrazándome doliente,
Y ante Dios perdonando los agravios,
Tuve sólo recuerdos en mi mente;
Suspiros y plegarias en mis labios,

Hasta que al fin el ángel misterioso
Que con la muerte nuestros males calma,
Dió á mi agitado corazón reposo,
Y corona de mártir á mi alma.

La única, y santa, que el Señor me impuso;
¿Por qué el orgullo, de mi tumba fría
Régia corona sobre el mármol puso?
¿Para qué me la ciñen, si no es mía?»

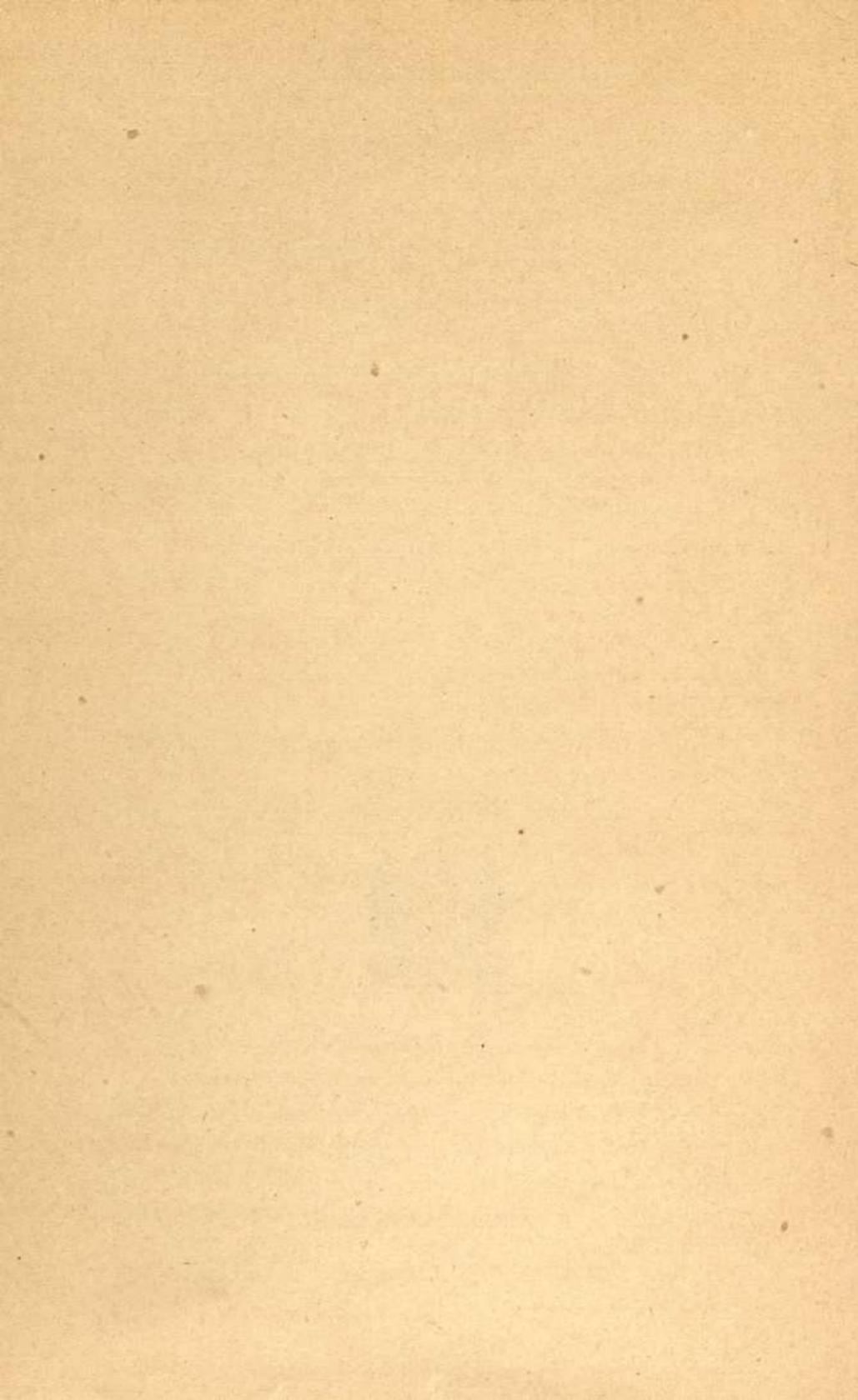
Calló la voz solemne; su postrimer gemido
Confuso y dolorido,
Por bóvedas y naves el eco repitió...
Y sus marmóreas manos alzando la matrona,
Quitóse la corona
Que tanto le pesara, y en tierra la arrojó.

Contra la tosca piedra la piedra chocó ruda;
La estatua siguió muda...
Apenas ya lucía la luz ante el altar;
Quejábanse en el cláustro con lúgubres lamentos
Los otoñales vientos...
Rodaba la corona, perdiéndose al rodar,

Cual huyen de las almas, dejándolas desiertas,
Las esperanzas yertas,
Las bellas ilusiones de gloria y de placer;
¡Los frágiles delirios de la grandeza humana!
¡Ay, triste doña Juana
Cuál se perdió tu sueño de amor y de poder!...

Yo tu dolor sondaba con pena y con espanto:
Por tí lloré. Y en tanto,
Fantasmas deshaciendo la matutina luz,
Atravesó triunfante de sombras y terrores
Los vidrios de colores,
Y fué á besar humilde la sacrosanta cruz.







ASTAPA

CANTO

I

ÁNGEL custodio de la pátria mía!
Haz que cante á los inclitos iberos,
Que osaron fuertes en lejano día
De Roma resistir á los guerreros.
Haz que ensalce la noble bizzaría
De los hijos de Bética altaneros,
Y que cantando tan heróica hazaña,
Cante la gloria de mi grande España.

II

Génio inmortal que de laurel sagrado
Coronas de los héroes la frente;
Á quien invoca intrépido el soldado
Cuando á la lid arrójase valiente:
Tú que fuiste do quiera venerado
Por la española y por la extraña gente,
Tú que á través del piélago profundo
Bajo tus alas cobijaste un mundo,

III

Ven, y mi mente con tu soplo inspira;
No repares ¡oh genio!... la bajeza
Del que la gloria de su patria admira
Y osa cantar su fúlgida grandeza.
Pobre es el eco de mi tosca lira;
Grande de Astapa la inmortal proeza,
De la que España guarda la memoria
En el eterno libro de su historia.

IV

Fuerte era Roma; el águila arrogante
Desde el Tiber su vuelo levantando,
Sobre los pueblos se lanzó gigante
Al mundo entre sus garras apresando.
Respetada doquier, doquier triunfante
Con sangre su carrera señalando,
Llevara del Ocaso hasta el Oriente
El nombre de su raza omnipotente.

V

Y callaban las miserables naciones
Bajo su carro triunfador cayendo,
Los mantos de sus reyes, en jirones
De Roma altiva ante las plantas viendo.
Fama eternal sus fuertes campeones
Conquistaban intrépidos venciendo,
Y á su frente ceñiales la gloria
El sangriento laurel de la victoria.

VI

¿Y quién su vuelo contener pudiera?
¿Quién resiste del mundo á la señora
Si la fortuna síguele doquiera,
Si pujante se eleva y vencedora?
¡Oh! dejad que prosiga su carrera
Entre escombros y sangre triunfadora:
Mas un pueblo resiste á sus legiones
Al águila oponiendo sus leones.

VII

Un pueblo invicto que morir sabía
Por esclavo no ser del extranjero,
Y que allá en sus montañas defendía
Su noble hogar desesperado y fiero:
Que de Roma á las hácas oponía
El animoso corazón ibero;
¡España!... ¡España, en fin!... que al heroísmo
En las alas se alzó del patriotismo.

VIII

Donde crecen bellísimas las flores
Con su aroma las brisas perfumando,
Donde gimen arroyos bullidores
Oro al par de sus olas arrastrando;
El sol derrama allí sus resplandores
Feracísimos valles alumbrando:
Puro es su mar, brillantes sus estrellas,
Fuertes sus hombres, sus mujeres bellas.

IX

Contemplaron de Iberia la hermosura
Los pueblos que en el mundo dominaban,
Y sobre su riquísima llanura
Como tigres hambrientos se arrojaban:
El terror esparciendo y la pavora,
Sus colinas y prados asolaban,
Causando en ellos destructor estrago
Los hijos de Fenicia y de Cartago.

X

Y Cartago y Fenicia sucumbieron
Bajo el hierro fatal de sus rivales,
Y otros nuevos ejércitos cayeron
En los bosques de Iberia virginales:
Sus fértiles campiñas recorrieron
Tras las egregias águilas triunfales;
Que sobre ellas lanzáronse ambiciosas
Las legiones de Roma poderosas.

XI

Mas ¡ay! que los iberos valerosos
Con denuedo sin par se defendían,
Con su sangre regando generosos
La tierra donde bravos sucumbían.
De sus nevados montes escabrosos
Inexpugnable fortaleza hacían,
Oponiendo á los dardos acerados
Fuerte muro de pechos esforzados.

XII

Y por su audáz y denodado arrojo
Admirados serán de las naciones,
Que en Iberia dejaron por despojo
Sus marchitos laureles y pendones:
Su verde suelo se tornára en rojo
Con la sangre de extraños escuadrones,
Que por oro y por gloria combatían
Y sin oro y sin gloria sucumbían.

XIII

En los valles de Bética hechicera
Adornados de juncos y espadaña,
Corre el Genil besando la pradera
Que con sus aguas transparentes baña;
Y sobre su bellísima ribera
Allá hácia el fin de la guerrera España,
Modesta levantábase y sencilla
Coronando un cerrillo, noble villa.

XIV

Astapa se nombraba; y arrogantes
De sobriedad y de virtud modelo,
Eran los vigorosos habitantes
De aquel florido y delicioso suelo,
Fieles, altivos, de su pátria amantes
En quien cifraban su constante anhelo,
De Cartago leales aliados
Á la defensa estaban preparados.

XV

Que ya sus campos, su fecunda tierra
De Roma los ejércitos talaban,
Y con ciego furor en són de guerra
Sobre la insigne villa se arrojaban:
Mas á sus hijos ínclitos no aterra
El confuso fragor que levantaban,
Bosques, pueblos, praderas asolando,
Y ciudades y templos incendiando.

XVI

Ya de Europa los fuertes vencedores
Ebrios de orgullo y de ambición, creían
Que de Iberia los libres moradores
Sus carrozas triunfales seguirían.
Y nuevos siervos de que ser Señores,
Nuevas conquistas en Astapa vían,
Y lanzaron sobre ella sus corceles
Sedientos de botín y de laureles.

XVII

Y los débiles muros despreciaba
De Astapa humilde el vencedor soldado,
Que quizás en sus triunfos olvidaba
La grandeza de un pueblo denodado.
Del pueblo donde un hombre descollaba
De corazón valiente y esforzado,
De alma grande, de espíritu altanero,
Digno dechado del honor ibero.

XVIII

Noble es su porte; su virtud severa
Que jamás se doblega ni se humilla,
El alto puesto conquistar le hiciera
Do respetado y poderoso brilla.
Nombrábase *Vetulio*, y fuerte era
Jefe supremo de la heróica villa:
Y así á los suyos animoso hablaba
Mientras el enemigo amenazaba:

XIX

— «¡Oh, de Astapa valientes ciudadanos!...
¡Nobles hijos de Iberia!..., ¿sufriréis
Que en la villa penetren los tiranos?
¿Vuestros nobles hogares dejareis?
¿Bajo el yugo cruel de los Romanos
Las altivas cervices doblareis?
¿Arrollados serán vuestros pendones
Del soberbio invasor por las legiones?»

XX

No lo quieran los dioses inmortales:
Mientras un solo corazón aliente,
No ha de entonar sus cánticos triunfales
En nuestra tierra la extranjera gente.
Antes la patria nos verá leales
Morir dichosos sin doblar la frente,
Que no tolera nuestro pueblo bravo
Las cadenas infames del esclavo.

XXI

Muchos son, escuchad cómo adelantan
Con sus huestes cubriendo la llanura;
Ya alaridos de júbilo levantan
Despreciando de Astapa la bravura.
Mas á pechos magnánimos no espantan
Los roncós gritos de su gente impura,
Y antes que abandonemos nuestros lares,
Sepulcros nos darán nuestros hogares.

XXII

Si, venceremos, en los dioses fío:
Mas si el hado nos niega la victoria,
Nunca desmaye nuestro noble brío;
Siempre nos queda de morir la gloria:
También al borde del sepulcro umbrío
Crece noble el laurel, y la memoria
No parece jamás del pueblo fuerte:
¡Libres ó muertos: ó victoria ó muerte!...»

XXIII

«Victoria ó muerte:» bravos repitieron
De Astapa los ilustres moradores,
Y sus armas indómitas blandieron
Contra los dominantes opresores:
En lanzas sus arados convirtieron,
Tornáronse guerreros los pastores,
Y presto de fortísimos soldados
Halláronse los muros coronados.

XXIV

¡Guerra! ¡venganza! en su vejez penosa
Débil anciano con furor gritaba:
¡Guerra! clamaba la doncella hermosa
Que valor á los héroes inspiraba:
¡Guerra! el mancebo de alma generosa
Que por su pátria sucumbir juraba.
«¡Guerra!» tan solo por doquier se oía.....
¡Guerra!... el eco lejano repetía.

XXV

Y el águila de Roma que altanera
Entre rojos laureles arrogante
El orbe victoriosa recorriera
De naciones beligeras triunfante,
Hoy su vuelo orgullosa detuviera
De muralla humildísima delante,
Que está el fuerte ignorado defendido
Por el valor de un pueblo decidido.

XXVI

Terrible el cerco fuera; ya espantosa
En la ciudad el hambre aparecía,
Y la pálida muerte tenebrosa
Sus negras alas por doquier tendía:
Ya la tímida virgen candorosa
Cual el débil anciano sucumbía,
Mas todos á la patria que adoraban
El último suspiro consagraban.

XXVII

Vetulio con sus bravos campeones
 Lanzábase feróz á los Romanos,
 Y en su sangre cual núbidos leones,
 Vengaran á sus míseros hermanos,
 Y luchaban de Marcio las legiones
 Allí con los intrépidos Hispanos,
 Que al fin tras sus murallas se acogían
 Donde esforzados por su honor morían.

.....

XXVIII

Es una noche lánguida y callada;
 Aduérmese la tierra silenciosa,
 Y suspira el Genil en la enramada
 Arrastrando su linfa perezosa.
 Vierte sobre los campos plateada
 Su casta lumbre la nocturna diosa,
 Y acarician los céfiros alados
 De las flores los cálices cerrados.

XXIX

Del astro de la noche á la luz pura
 Distínguese el Romano campamento,
 Cuyas tiendas inundan la llanura,
 Cuyos pendones agitara el viento.
 Y de la villa sobre humilde altura
 Baña su luz el muro ceniciento,
 En el cual vigilante centinela
 Apercebido de sus armas vela.

XXX

Y tan solo el silencio interrumpía,
Que reinaba en el valle temeroso,
Del soldado la voz, que defendía
Las trincheras ó el muro valeroso:
Del ave de la noche, que tendía
Sus negras alas, el graznar medroso:
Del ruiseñor el cántico doliente,
Y el monótono son de la corriente.

XXXI

Mas cuando luce la naciente aurora
Y alegre la pradera se engalana,
Cuando Febo su frente brilladora
Tras el otero levantando ufana
Pueblos, trincheras y campiña dora
Con el vivo fulgor de la mañana,
De Roma los pendones arrollados
Fueron por los de Astapa despechados.

XXXII

Como de lava asolador torrente
Que ciudades y bosques destruyera;
Cual el simún que en el desierto ardiente
Caravanas y oasis confundiera;
Cual río que desbórdase rugiente
Y el valle inunda en su velóz carrera,
Sobre el Romano intrépidos cayeron,
Y sus flechas el sol obscurecieron.

XXXIII

Ya sedientos de sangre y de matanza
Los latinos su enseña levantaron,
Y entre gritos de guerra y de venganza
À la lid espantosa se arrojaron;
Y al duro bote de la fuerte lanza
Guerreros y caballos derrumbaron,
Como en otoño, destructor, violento,
Las mustias hojas desparrama el viento.

XXXIV

El genio de la guerra pavoroso
Odio en los pechos con su aliento enciende,
Y el esterminio síguele gozoso;
El esterminio, que sus alas tiende
Sobre el campo fatal, donde espantoso
De la batalla entre el fragor descende,
Ayes, quejas, lamentos arrancando
Y sepulturas hórridas cavando.

XXXV

¡Cuánto horror! ¡Cuánta sangre! Peleaban
De Astapa los heróicos campeones
Con invicta bravura, y se inmolaban
Por su pátria con fuertes corazones.
Mas ¡ay! que los Romanos avanzaban
Hasta el muro llevando sus legiones,
Do arrogantes aún, en su agonía,
Un puñado de iberos resistía.

XXXVI

Allí, á Vetulio, el triunfador insano
La rendición intímale orgulloso:
Y el denodado Capitán Hispano
Lanza sobre los suyos animoso
Sublime una mirada; y al Romano
Contesta con acento vigoroso,
Con elocuente voz aterradora,
De todo un pueblo en la postrera hora.

XXXVII

«¡Nunca, Marcio! Con honra moriremos
En este suelo que nacer nos viera;
Solo sangre y escombros os daremos,
Donde pueda ondear vuestra bandera.
Vencidos, sí, rendidos no seremos
Ni cautivos del águila extranjera,
Que aún queda en nuestros pechos heroísmo
Para inmortalizar nuestro civismo.

XXXVIII

De los de Astapa las cansadas voces,
«¡Muerte ó victoria!» débiles clamaron:
Los romanos ejércitos feroces
Ronco alarido de furor lanzaron:
Y á la villa magnánima veloces
Cual lobos á su presa se arrojaron,
Y en la villa sus hijos resistieron
Y de sangre sus plazas se cubrieron.

XXXIX

Mas de súbito horrible reluciera
Fulgor siniestro que la lid colora;
Es la llama terrible de una hoguera
Que tesoros y alcázares devora.
Astapa en su despecho la encendiera;
Y al seno de la pira aterradora,
El yugo por huir que detestaban,
Ancianos y mujeres se arrojaban.

XL

Y el doloroso grito lastimero
Del que en la pira exánime moría,
El último suspiro del guerrero
Que en aras de la patria sucumbía;
El lúgubre chasquido del acero,
El hogar derrumbado que caía,
Terrorífico cuadro presentara
Que al mismo vencedor horrorizara.

XLI

Crece el fuego, la hoguera centellea;
Y ya de Astapa el inmortal soldado,
Inútil contemplando la pelea
En su centro se afroja denodado.
Brilla la llama que terrible humea;
Goza Roma su triunfo malhadado,
Y desplómase el templo demolido
En ceniza y escombros convertido.

XLII

Un hombre solo entre el horrible estruendo
Resistía con ínclita bravura,
Por sus heridas, cálido vertiendo
Ancho torrente de su sangre pura:
Era Vetulio, que á su patria viendo
Convertirse en esclava sin ventura,
Triste suspiro por Astapa diera,
Y con sus armas se lanzó en la hoguera.

XLIII

Y cuando el humo denso se esparcía
Y en la atmósfera azul se disipaba,
La sombra de Vetulio aparecía
Que el genio de la gloria coronaba.
El ángel de la guerra sonreía,
Mientras el angel de la paz lloraba,
Y el eco de la fama en són profundo,
Un nombre más proclama por el mundo.

XLIV

Todo acabó; los fieros vencedores,
Al fin gozosos en Astapa entraron,
Donde impíos, sus carros triunfadores,
Cenizas y cadáveres hollaron.
Mas ¡ay! que entre los libres moradores
Ni tesoros ni siervos encontraron;
Que solo sobre escombros y ruinas,
Cerniéronse las águilas latinas.

.....

XLV

Venid, genios, venid; y en almo coro,
Del fuerte Ibero coronad la frente,
Que no sufre mancilla ni desdoro,
Que no se humilla ante la extraña gente:
Venid, y en vuestras cítaras de oro
Cantad ¡oh genios! su heroísmo ardiente:
Cantad sublimes tan insigne hazaña;
Cantad la gloria de mi grande España.





SAFFO

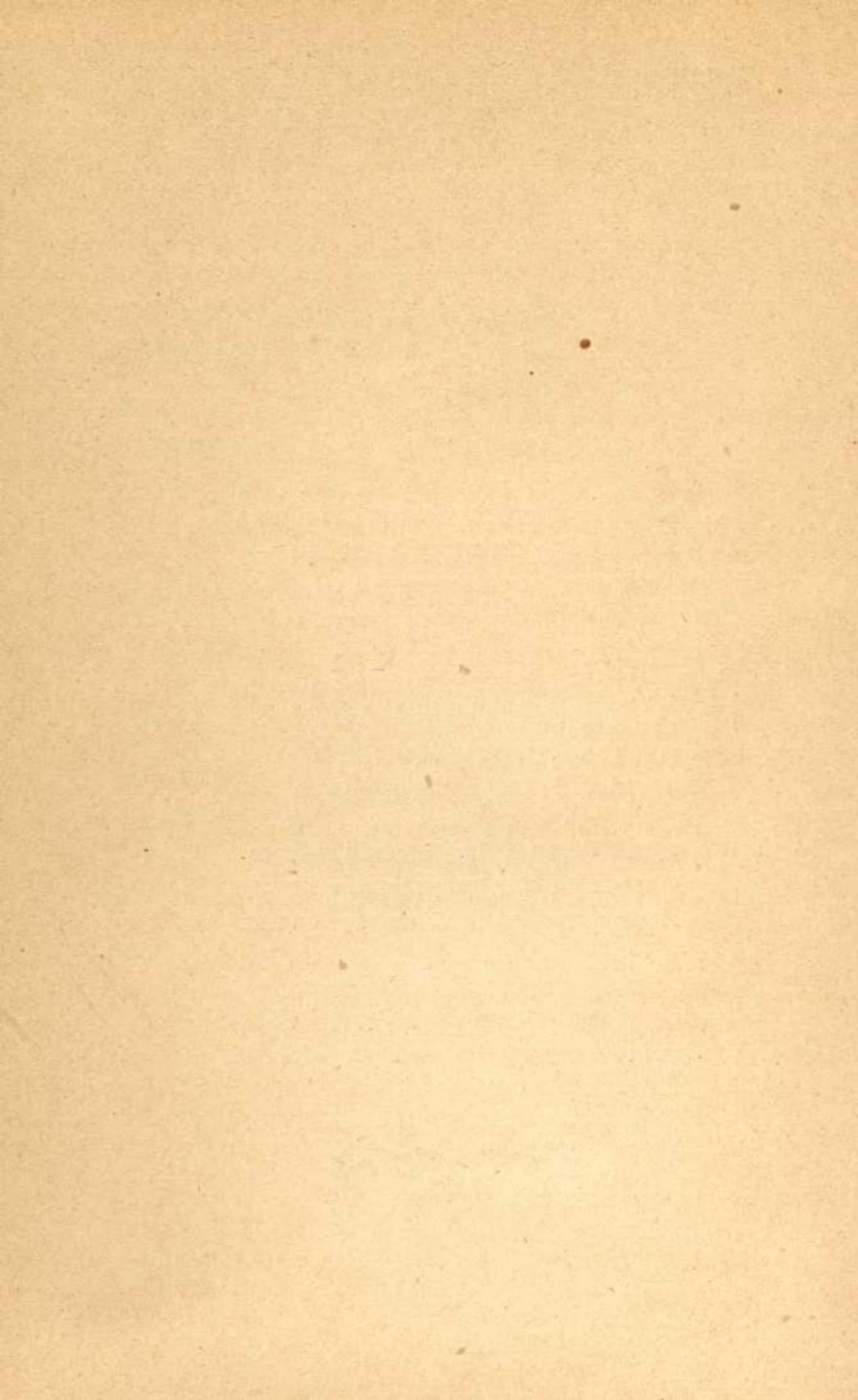
Sobre alta roca, desceñido el manto,
Los ojos fijos en el claro cielo,
Rota la lira sobre el duro suelo,
Doliente exhala su postrero canto.

Absortas de su voz por el encanto,
Gimen las musas en amargo duelo;
Y vierte Saffo con febril anhelo,
Triste raudal de inspiración y llanto.

Llora de amor; el fuego que la inflama
El piélago no apaga, que se extiende
Sobre sus miembros, é iracundo brama:

Su noble acento, las edades hiende;
Que es poco el mar para extinguir la llama
Que genio nombran, y que Dios enciende.







San Agustín

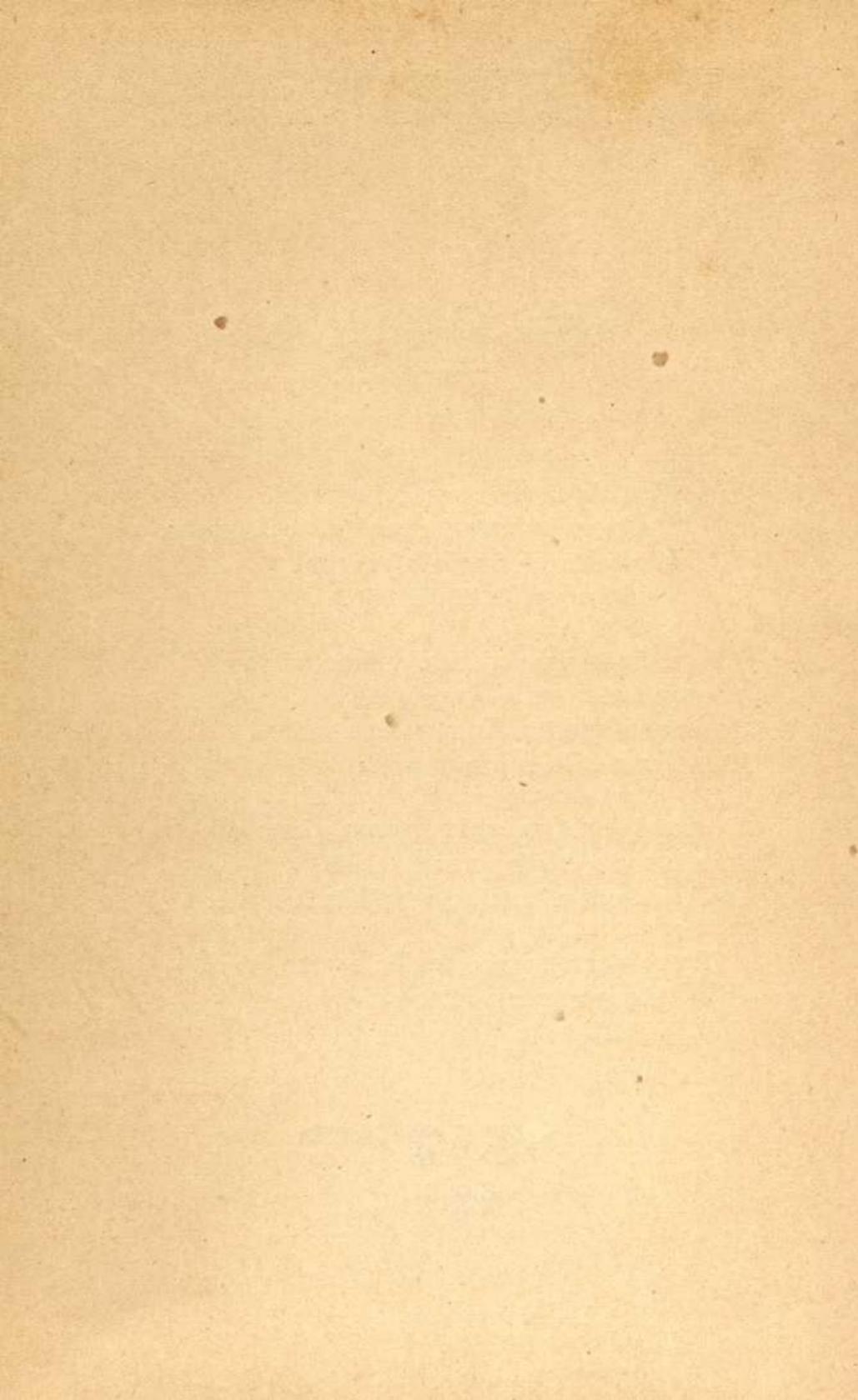
ERA Agustín un águila arrogante
Que se arrastraba por el lodo inmundo,
Soñando hallar en átomo infecundo
Lo que forjara su ideal brillante.

Tras de la ciencia, corre delirante;
Amor anhela con afán profundo;
La ciencia apura y el amor del mundo,
Y está vacío el corazón gigante.

Su sed le abrasa, se prosterna, gime;
Mas la voz oye que potente truena
De Aquel que al hombre por piedad redime:

Y vuela entonces á la región serena,
¡Y es feliz; porque un alma tan sublime,
Solo, gran Dios, tu inmensidad la llena!







A mi hijo Fernando

de edad de un mes

SONETO

BENDÍCELO, Señor; que protectora
Sobre él vele tu santa providencia,
Y, que del bien y la verdad la ciencia,
Alumbra de su espíritu la aurora:
Nunca nuble la duda tentadora,
Esa frente que es nido de inocencia;
Que no apague la luz de su conciencia
La pasión que rebaja y que desdora.
Que al sentir de la vida los rigores,
Le perfumen el áspero sendero,
De la virtud y del amor las flores;
Y, de timbres gloriosos heredero,
Sepa ser entre dichas ó dolores,
Siempre digno, cristiano y caballero.





Un caballero español

En lo que el honor previene
Se halla solo el buen sendero;
Oídos un caballero
Para otra cosa no tiene.

GIL Y ZÁRATE.

I (1)

YA está cercada Sevilla,
Ya está Sevilla cercada,
Que allí llevara el buen Rey
Sus caballos y sus armas.

Ya por los valles del moro
Flotan banderas cristianas,
Y castillos y leones
Sobre las tiendas se alzan.

(1) Esta composición fué premiada en los juegos florales celebrados en Sevilla el 16 de Mayo de 1875.

Alli están los caballeros
De las cruces encarnadas,
Que tanto á los suyos honran,
Que tanto al infiel espantan.

Alli están, sí, los Maestres
De Santiago y Calatrava,
Y prelados y magnates,
Y Garci-Pérez de Vargas.

¡Ay Dios, qué campos tan bellos!...
¡Ay Dios, qué huestes tan bravas!...
¡Que el cielo proteja al Rey!...
¡Que el cielo guarde su causal!...

¡Sevilla..., grata Sevilla!
La de la altiva Giralda;
La del arábigo río;
La del riquísimo alcázar;

La del ambiente oloroso;
La de las flores preciadas;
La que tiene como reina
El *Andalús* á sus plantas...

Deja sin llanto ni duelo
Tu corona de Sultana,
Que en brazos del Santo Rey
Otra más pura te aguarda.

Deja de odalisca mora
Tus provocativas galas,
Para ceñir de Castilla
La toca modesta y blanca.

¡Qué hermosas serán tus torres
Por las cruces coronadas!...
¡Qué hermoso será tu Bétis
Con las galeras cristianas!...

.....
.....

Una mañana de Mayo,
Cuando despiértase el alba,
Que sobre tiendas y muros
Sus tibias luces derrama,

Río arriba... río arriba...
Dos caballeros cabalgan,
Que finos yelmos ostentan,
Que escudos fuertes embrazan.

Caballos ligeros montan
Que allá en Córdoba pastaran,
Y dejan sobre sus crines,
Las riendas abandonadas.

Así del real se alejan,
Los potros al paso marchan,
Y ellos en tanto departen,
En dulce y tranquila plática.

Mas ¡ah! confusos divisan
De polvo nube lejana,
Tras cuya sombra relucen
Marlotas y cimitarras.

«¡Ginetes llegan» — al verlos
Uno de los nuestros clama:
— «Partamos, que moros vienen;
Partamos, Pérez de Vargas.»

Y éste, que mal enojado
Oyó sus necias palabras,
Con aspereza responde,
Llevando el puño á la espada:

— «¿No sabedes que en el cinto
Tengo un acero sin mancha?
Y osais á *mí* proponerme
Que torne infame la espalda?»

Mas á su infiel compañero
Tales razones no atajan;
Que á trote largo partióse,
Partióse sin escucharlas.

Entonces el buen caudillo,
Calándose la celada,
Su vivo corcel refrena,
En ristre pone la lanza,

Y aguarda firme y osado
La enemiga cabalgata,
Que siete alárabes forman
De grande prez, y gran fama.

Ellos al cristiano corren,
Y al llegar donde se halla,
Ancho camino le abren
Por do Garci-Pérez pasa;

Que su escudo conocieron
Y esquivaron la batalla,
Pues que los moros respetan
A Garci-Pérez de Vargas.

Éste, tranquilo prosigue,
Y cuando lejos estaba,
Echó de ver, que cayóse
Allá en la vega, su banda.

Entonces, do están los moros
Vuélvese por recobrarla,
Y libre paso le dejan
Entre admiracion y rabia.

Él, del caballo descende,
Al pecho la cinta enlaza,
Vuelve á montar animoso,
Torna al campo de Tablada,

Y al verlo, nobles y Rey
Que de lejos le admiraran,
«¡Vitor!... exclamaron: ¡Vitor!...
¡Por Garci-Pérez de Vargas!...»

II.

Bajo tienda que coronan
Los altos blasones régios,
Tienda que cubren pendones
Tomados al Agareno,

Vese al monarca preclaro
De Ricos-hombres enmedio,
Y á sus piés Pérez de Vargas
Una rodilla en el suelo.

— «Alzad» dícele su Rey:
«Alzad; honor de los nuestros,
Que mereceis alabanzas,
Y de hinojos no vos quiero.

«Orgullosos admiramos
Vuestro magnánimo esfuerzo;
Y al ver que frontásteis moros
Que al fin el campo os cedieron,

«Todos alegres dijimos,
Dijimos de gozo llenos;
Felíz quien tiene vasallos
Como Vargas en sus reinos.»

— «Señor»; con calma repuso
El indomable guerrero:
«¿Por qué celebráis mi nombre?
¿Por qué celebráis mis hechos?»

De valor nos dá constante
Vuestra señoría ejemplo,
Y un soldado de Castilla
No huye nunca de los riesgos.»

— «¡Ay, Garci-Pérez de Vargas!...
Replica Fernando en esto:
«¿No era también Castellano
Vuestro torpe compañero?»

«El que á la fuga entregóse,
El que cobarde se ha vuelto,
El que solo vos dejara
Con los siete Sarracenos?»

«Sépase Vargas su nombre;
Sépase su nombre presto;
Por que castigo merecen
En hidalgos tales hechos.»

Todos callaron; callaron...
Quedó la tienda en silencio,
Y al fin Garci-Pérez habla
Con franco seguro acento:

— «Nunca saldrá de mis labios
Ese nombre; os lo prometo:
Yo mismo quiero ignorarlo;
Yo mismo olvidarlo quiero.

«Nunca, Señor, por mi lengua
Sabreis baldones ajenos:
Que no es digno delatarlos,
Cual no lo fué cometerlos.

Él, ha fama de valiente;
Ha escudo limpio y excelso;
Y si su honor se le arranca
¿Qué le queda al caballero?»

— «¿Y es bien que de tal renombre
Goce quien cobarde huyendo
De su nobleza desmiente,
Desmiente de sus abuelos?»

«El que las espaldas torna
Para resguardar el pecho,
El que á los piés se encomienda
Dejando ocioso el acero?»

«Declare presto quién fuere:
Declaradlo; vos lo ordeno.»
El Rey dijo: y el de Vargas
Contesta grave y severo:

— Señor Rey, en este lance
Obedeceros no debo;
Es un secreto de honra;
Guardo, Señor, mi secreto.»

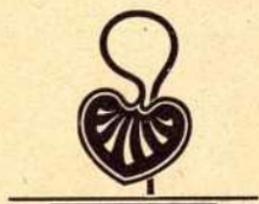
Entonces el Rey Fernando,
El Rey Fernando tercero,
Tan Santo cual valeroso,
Tan justo como discreto,

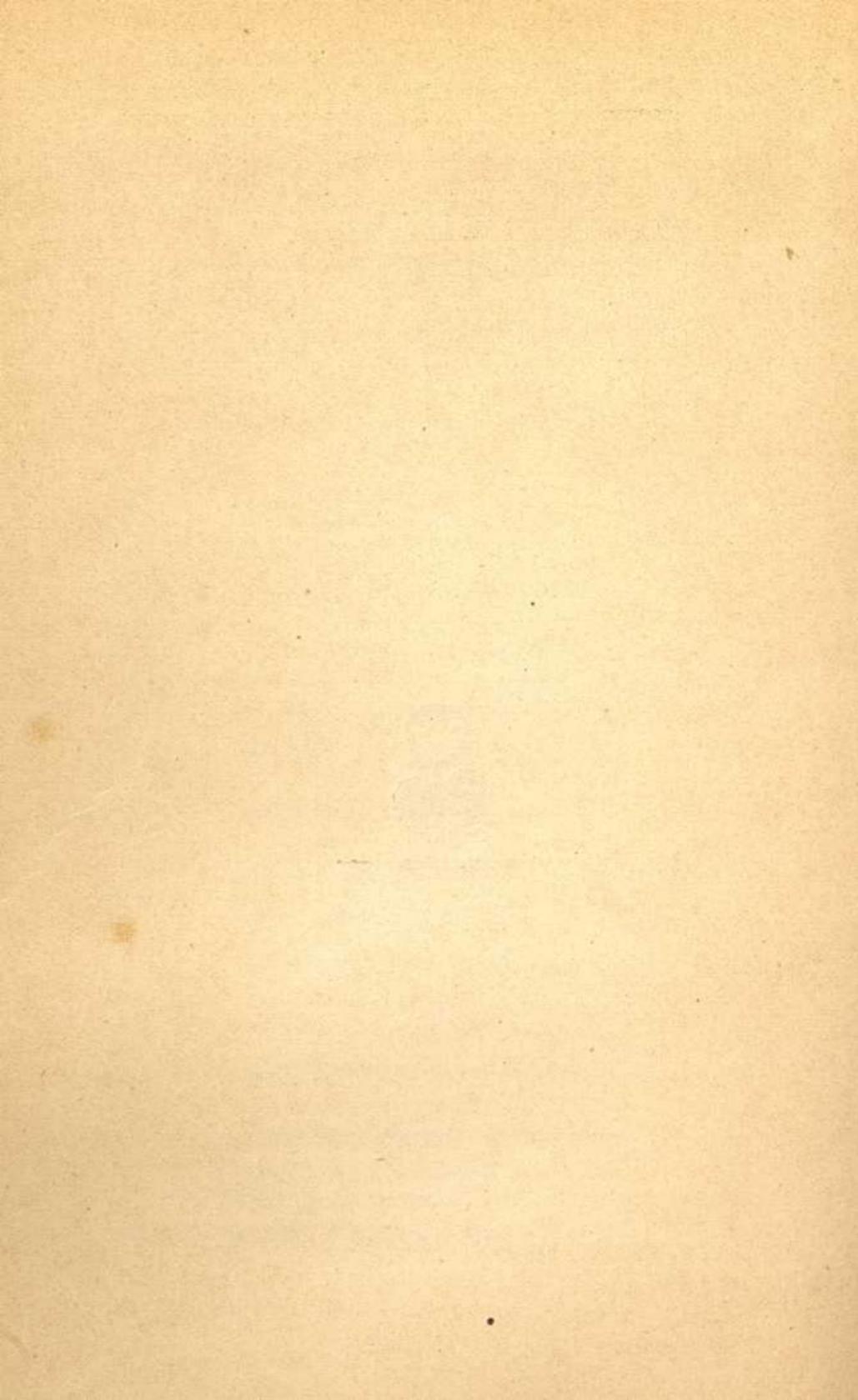
Tiende su diestra al hidalgo,
De quien está satisfecho,
Y dice á su Ricos-hombres
Y á sus fieles escuderos:

— «Feliz la tierra que fia
En adalides de esfuerzo,
Que de las leyes de honor
Nunca olvidan los preceptos.

Cuando del honor se escucha
Sin vacilar, el consejo,
Dios, tiene siervos humildes;
El Rey, vasallos modelos;

Y tiene la pátria hijos
Tan denodados, tan buenos,
Cual Garci-Pérez de Vargas,
El honrado Caballero.»







El Conde de Cifuentes ⁽¹⁾

Fueron tristísimas horas
Las de noche tan sangrienta;
¡A quien de ella pidan cuenta,
Malas cuentas ha de dar!

ZORRILLA.

I

POR la vega antequerana,
Y apenas el alba asoma,
Los aires ensordeciendo
Suenan timbales y trompas;
Y de los verdes olivos
Entre las altivas copas,
Brillan los blancos pendones,
Juegan las plumas vistosas.
Es, que el Conde de Cifuentes
Con su mesnada y su escolta,

(1) Obtuvo el primer premio en los juegos florales celebrados por el Liceo de Málaga en Junio de 1876.

Los Freyres de Santiago
Y el de Cádiz y Mendoza,
Con ginetes y peones,
Salen á par de la aurora
De nuestra fiel Antequera
Donde las cruces tremolan.

Pues al reir apacible
La primavera, que borda
Llanuras y montecillos
De flores y mariposas,
Ya con los moros cerrando
Caballos y lanzas toman,
Para quemarles las mieses,
Para talarles las *coras*.

Marchan con grande cautela
Y por veredas ignotas,
Camino de la Axarquía
Hacia Málaga la hermosa:

Perla quizás arrojada
Sobre playa seductora,
Del mar azul y tranquilo
Por las suavísimas ondas;

Bella odalisca, que ciñen
Sus ricos valles, con rosas;
Con pámpanos, las montañas;
El mar, con algas y olas;

Y que del árabe en brazos
Se aduerme voluptuosa,
Mientras su frente perfuman
Las áuras murmuradoras.

¡Cómo lucen... cómo lucen
Las cruces jaldes y rojas,

Que llevan los caballeros
En sus mantos y en sus cotas!...

Alegres siguen y ufanos,
Que algaréar ambicionan
Y de la infiel morería
Entrar la tierra dichosa.

¿Mas por qué corren incautos
Por los senderos que ignoran?
¿Por qué el pendón de Castilla
Clavar en los montes osan?

¡Mal barruntaste, Maestro! (1)
Mal hado guía tus obras,
Pues que tus bravos arrastras
A empresas ¡ay! desastrosas...

Vedlos, cuál sueñan laureles;
Vedlos, cuál sueñan victorias;
¡Ay Dios... qué buena alborada...!
¡Ay Dios... qué plácidas horas...!

.....
.....
Iba la tarde cayendo;
Por entre las crestas rotas
Al transponer moribundo,
El sol medio disco asoma,
Y con sus débiles rayos
Nubes y picos colora,
Las atalayas tiñendo
De brillantes aureolas.

(1) El Maestro de Santiago D. Alonso de Cárdenas fué el que en un consejo celebrado por varios capitanes, decidió practicar una algarada contra los moros de Málaga por la parte de la Axarquía, contradiciendo la opinión del Marqués de Cádiz. Y al efecto partieron los cristianos de Antequera, el 20 de Mayo de 1483.

Triste el crepúsculo tiende
Su espeso manto de sombras,
Bajo sus pliegues velando
Valles y cañadas hondas;
Y solo la calma turban,
Que domina silenciosa,
De alguna fuente el murmurio .
Y el rodar de alguna hoja.

Áspera tierra elijieron,
Tierra quebradiza y tosca,
Los que siguen al Maestro
Quizá de su gusto en contra.

¡Buen Maestro..., buen Maestro!...
Al que la fama pregona,
¿Qué buscas ¡ay! con los tuyos
En esas sierras fragosas?

¿Qué buscas en esos montes
A quienes gallardos ornan
Olmos, palmeras y encinas
Y parrales y amapolas?

Los árboles gigantescos
Que bosques vírgenes forman,
Entre las nieblas, visiones
Fingen amenazadoras;

Ni un villarejo se encuentra...,
Ni una alquería se topa.;
Las breñas y los zarzales
El paso evitan ó estorban,
Y los caballos vacilan,
Y los peones zozobran,
Y recelan los caudillos
Y teme la gente moza.

Cerró del todo la noche:
Noche tan obscura y lóbrega,
Que el cielo no tiene luna
Ni tiene estrella piadosa.

Sobre la frente, tinieblas;
Á los piés, honduras broncas
Por do ruedan los ginetes
Entres mortales congojas:

Eso alcanzan los hidalgos;
Eso los valientes logran,
Que láuro y botín soñaban
Al amanecer la aurora.

Al fin, tras montes y cerros
Divisan humilde y sola,
Una infeliz aldehuela
Que sus dueños abandonan;
Y presa al punto la hacen
De fuego, que en llamas rojas
Alumbra ya su camino
Con restos de villas moras.

Mas ¡ah! que la horrible hoguera
Con su lumbre pavorosa
Á próxima torre avisa
Y avisa esta torre á otras,
Y ya el cercano peligro
Los pueblos árabes notan;
De brillantes candeladas
Las montañas se coronan,
Y suenan los atabales
Y los estandartes flotan,
Y todos gritan : ¡Cristianos!...
Y todos el arma tocan.

Ya de sus lechos mullidos
Viejos y mozos se arrojan;
Ciñense ya presurosos
Jacerinas y marlotas;

Toma el soldado su lanza,
Su piedra el rústico toma,
Ármanse todos de flechas
Y de alfanges y de hondas,
Y al campo corren furiosos
Con gritería espantosa,
Subiendo de risco en risco,
Saltando de roca en roca!...

¡Ay! que los nuestros se hallaban
En gargantas peligrosas
Sin derrotero, sin guía,
Con fuerza y con gente pocas,
Y ven las cumbres que ciñen
Sus quebraduras angostas,
Erizadas de turbantes
Y de cimitarras corvas;

Y en redor de las hogueras
Como fantásticas sombras,
Ven nuevas bandas de moros
Que hasta de las piedras brotan.

¡Horrible fué la batalla;
Gran valor, y suerte corta!...
¡Ay, noche triste y cruenta!...
¡Noche de mala memoria!...

Sobre las fuerzas cristianas
Que resisten animosas,
Picas y venablos caen
Como lluvia destructora;

Y troncones y peñascos,
Desgajados se desploman,
Y á nuestros fieles derrumban
En las simas espantosas!...
Falta tierra á los caballos;
Tan solo desoladora
La amarga queja se escucha
Del que perece sin gloria,
Y la extraña algarabía
Con que al vencido provocan,
Para celebrar su triunfo,
Los sectarios de Mahoma...

El grande marqués de Cádiz
Contempla la muerte honrosa
De sus sobrinos, orgullo
De la nobleza española:

Y el de Cifuentes combate,
Y el Maestre con voz sorda
Á sus cruzados anima
Para que á los moros corran.

Todo en vano, todo en vano;
Que el ánimo no recobran,
Y dispersos por los montes
Van en fuga vergonzosa.

Huyen las fuertes mesnadas
Que á la Andalucía azotan;
Huyen los Freyres ilustres
Que á los suyos abandonan,

Y corre el viejo Maestre,
Y para mayor deshonra,
Deja entre moros su enseña;
¡La enseña de la Cruz roja!...

II.

Mala ventura tuvimos;
Horrible noche fué aquella,
Y cuando el sol se levanta
Aún alumbra la refriega:

Sobre miembros destrozados,
Sobre abolladas cimeras,
Sobre caballos sin frenos,
Sobre armaduras deshechas,

Vierte apacible sus rayos
Que más el pavor aumentan
De los que rotos y heridos
Aún oponen resistencia.

Como terrible jauría
Que hace de los ciervos presa;
Como negros gavilanes
Que en las palomas se ceban,

Desde las cumbres agrestes,
Desde las áridas peñas,
Dando alaridos los moros
Sobre los nuestros cayeran.

Unos corren fugitivos
Por cañadas y laderas,
Y entre las zarzas se ocultan
Ó sin aliento se entregan:

Y otros revuélvense firmes
Contra la morisma fiera,
Y al grito de Santiago
Venden cara la existencia.

Aquí al Apóstol invocan;
Allá invocan al profeta;

Aquí arrojan los aceros;
Allá avanzan, acá cejan;
 Cuál, de los duros alarbes
Esclavo infeliz se encuentra;
Quién, por los tajos aquellos
En su fuga se despeña:

 Y en confuso laberinto
Collados y valles, truecan
Atabales y añafiles,
Imprecaciones y quejas.

.
.

 Por varios moros cercado
Que le embisten y le estrechan;
Guarecidas las espaldas
Por encina tosca y vieja;

 Tintas las mallas en sangre,
Rota la veste leonesa,
El fino casco sin plumas,
Partida en dos la rodela,

 Fuego arrojando los ojos
Y en ristre la lanza puesta,
Sobre un caballo morcillo
Noble cristiano pelea.

 Es el conde de Cifuentes:
Ese conde, de quien cuentan
Que es el mejor caballero
De cuantos corren fronteras.

 El que los bárbaros temen,
El que los fieles respetan,
El que sus reyes admiran,
El de las grandes proezas!...

¡Bravo conde!... ¡bravo conde!...
¡Qué bien hieres! ¡qué bien cierras
Con toda la morería
Que con sus hierros te cerca!..

Tajos y mandobles daba
Ora á diestra, ora á siniestra,
Que á raya los moros tienen;
¡Tan buenos y tantos eran!...

Desde la cruz á la punta
Ya su tizona sangrienta
Vibra cual rayo de muerte
Que luto y espanto siembra:
Y ancho círculo se abre
Con tan extraña braveza,
Que ¡guay de aquel que lo pasa!
Que ¡guay de aquel que se atreva!...

Pues ese conde animoso
Embístelos con tal fuerza,
Que al dar un bote su lanza
Corcel y jinete ruedan.

Más que un hombre parecía;
Y á los alarbes semeja
Un espíritu contrario,
Genio quizás de la guerra.

Mas ¡ah! respiran alegres,
Que por las ásperas sendas
Grande tropel de guerreros
Para auxiliarlos se acerca.

Y en esto aparece ufano
El fuerte Reduán Venegas
Con su alazán á galope,
Con aguerrida presencia;

Y así á los moros les grita,
Á los de poca nobleza,
Que en tan reñido combate
Contra unó solo se empeñan:

«¡No es de buenos caballeros
Sostener tales empresas;
Fuera, y dejádmelo solo;
Fuera, cobardes, afuera!...
Pues solo mi limpio acero
Que sangre cristiana templa,
Puede chocar con las armas
Que ese cristiano sustenta.»

Todos tiemblan de coraje,
Empero el campo le dejan,
Y el de Cifuentes se anima
Y su caballo espolea,
Que fatigado y herido
Doliente relincha, y llena
El freno de blanca espuma,
De obscura sangre las riendas,
¡Mal hado tienes, el conde!
Pues quiere tu ingrata estrella
Que sin esperanza luches,
Luches con el de Venegas!...

Ambos á dos campeones
Dejando la brida suelta,
Entre turbiones de polvo
Parten á toda carrera;

Y con tal rabia se embisten,
Con tal impetu se encuentran,
Que entrambas lanzas fornidas
Al primer choque se quiebran

Entonces, rudos se abrazan;
 Se oprimen y forcejean;
 Resisten desesperados
 Sin que el uno al otro venza;
 Pero el moro, que á Cifuentes
 Ventaja en valor no lleva,
 Mas que bríos no ha perdido,
 Mas que la liza comienza,
 De sus fortísimos brazos
 Tras sacudida violenta,
 Desencájale del potro
 Y dá con el conde en tierra.

.

 ¡Ay! que ya marcha cautivo
 Por las angostas veredas,
 Tintas de sangre las manos
 Y la frente de vergüenza!...

No le rindió la bravura
 Que en su contrario celebran;
 No le rindió su pujanza;
 ¡Su mal sino le rindiera!...

Pues tras titánico esfuerzo,
 Tras lid furiosa, lo entrega
 En manos de ese enemigo...
 ¡Suerte injusta! ¡suerte adversa!

¿Por qué castigas y ofendes
 Al que corre las fronteras,
 Al que los suyos admiran,
 Al de las grandes proezas?

.

¡Cuán abatidos recorren
De Málaga las callejas
Los cristianos prisioneros
En jornada tan funesta!...

Tristes van y despechados;
Pues los árabes ondean
Los pendones de Castilla,
De Santiago la enseña,
Que con orgullo tremolan
Debajo de sus banderas,
Mientras botín y cautivos
Delante fieros obstentan.

Y marcha el heróico Conde
Humillada la cabeza;
Desgarrados los vestidos,
De cólera el alma llena!...

Nobles, plebeyos, soldados,
Que á los suyos vitorean,
Con músicas y con gritos
Gozosos el aire pueblan.

Doquiera lucen las galas,
Vibran las guzlas doquiera;
Todo es júbilo en palacio,
Todo zambra, todo fiesta;

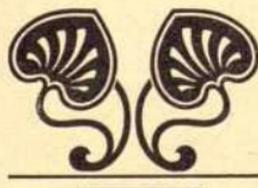
Y las moras principales
Y las garridas doncellas,
Tras doradas celosías
Flores derraman y esencias.

Mas ¡ay de ellos! que muy pronto
Trocará la suerte nuestra,
En lágrimas, esas risas;
Esos cantos, en endechas.

Pronto sobre la Alcazaba
Do el Conde cautivo entra,
Del antiguo Gibralfaro
En la torre más enhiesta,
Han de mecer de esos mares
Las áuras ténues y frescas,
Los venerados pendones
De la Católica Reina!...

Pronto hallarán ¡vive Cristo!...
Venganza justa y completa,
De la Axarquía el desastre;
Del de Cifuentes la afrenta:

Y pronto el buen caballero
Ha de romper sus cadenas,
Para vencer á los moros;
Para correrles la tierra!...





Alfonso Onceno
y el Conde de Fox

ROMANCE HISTÓRICO

BIEN sabedes vos, el Conde,
Sabedes, Conde de Fox,
Que habedes de mí, soldada
La mesnada vuestra et vos.

Ca en el cerco de Algecira
Non fincades, ¡vive Dios!...
Que agora os partís el Conde
Harto fuera de sazón.

Et los moros fronterizos
Llegan ya con intención
De descercar en batalla
La cibdat que cerco yo.

Et otro sí, la su flota
Presto llegará hacia nos;
Ca el moro doquier s'apresta
Contra el cristiano pendón.

¡Partid, magüer, si os ploguiere!...
Non quiero empecerlo, non;
Ca siempre el Rey Don Alonso
Buen talante vos mostró.

Empero catad si es noble
Que porque el dapno arresció,
En vez de facer fazannas,
Fullades, Conde de Fox.»

«Rey Don Alonso, teneos;
Et non culpád de traidor
Nin aina de cobarde
A tan fidalgo infanzon,

Ca estoviese en vuestro campo
Con mi peonada, Sennor,
Si á Gascaña non tovierá
Que partir agora yo.

Et si soldada me dísteis,
Catad que el pago falló;
Et que del cerco me apartó
Agora mesmo, et de vos.»

«El Conde, con Dios vayades;
Vayades, Conde, con Dios,
Ca non mancan en Castiella
Fijodalgos de mas pró.

Non paro mientes, que home
De poca fé, poco honor,
En poridat al Navarro
Fiziéseis tornarse; non.

Vos et Navarra, partios,
Et los que complan cual vos;
Ca para vencer al moro,
Sobran Castiella et Leon.

¿Es de nobles, por un tiempo
Ser por sueldo guerreador
Et antes que el plazo fine
Romper el su pacto?... non.

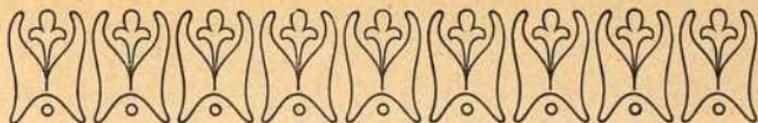
Vos me deservísteis, Conde;
Empero partid con Dios,
Que para vencer al moro,
Sobran Castiella et Leon.»

Esto Alfonso onceno dijo
Encendido de furor,
Y dando espaldas al Conde,
En la su tienda se entró.

Ya se aleja de su rey;
Ya se aleja el infanzon;
¡Oh!... malhaya el caballero
Que no cuida de su honor!

Ya tan solo se distingue
De la hueste del de Fox,
El acero de sus lanzas
Herido del rojo sol.





Cervantes

I

Su disco el sol levantaba;
La marina gaviota,
Sobre las ondas volaba
Y hacia Oriente navegaba
Tras de la cruz, una flota.

Aún las playas hechiceras
Velaban celestes brumas,
Y ya las altas galeras
Iban cortando ligeras
Con sus remos las espumas.

Izados llevan pendones,
Terror de los de Mahoma;
Que mandan esas legiones,
Los ínclitos campeones
De España, Venecia y Roma.

Fé pura, entusiasmo santo,
Acompañan su fortuna;
Y aguarda el Turco entretanto,
Para que tenga en Lepanto
Su ocaso la media luna.

Allá van, cual blancas aves
Surcando las verdes olas
Que rizan auras suaves;
Allá van sobre esas naves
Las banderas Españolas.

Y manteniendo altaneros
Sus timbres preclaros, van
De Castilla los guerreros;
Los grandes y caballeros,
Con el Príncipe Don Juan.

Allí, cual noble soldado,
Aunque su mejilla el bozo
Orne apenas delicado,
Por su valor admirado
Descuella gallardo un mozo.

Ancha y altiva es su frente:
La franqueza y la bravura
Revelan su continente,
Y tras su pupila ardiente
La luz del genio fulgura.

En su entusiasmo delira;
Y corre el buen castellano
A donde su fé le inspira,
En una mano la lira,
Y la espada en la otra mano.

Ya la lombarda resuena:
Con su mortífera voz
El mar anchuroso llena,
Y hasta la playa serena
Llévala el viento velóz.

Sangre derrama el acero,
Que tiñe las aguas frías;
Y sepulta el odio fiero
Á la nave y al guerrero
Bajo las ondas brávías.

Allí donde más reñido
Es el combate, valiente
Lucha el jóven aguerrido,
Que en los mares ha ceñido
Su fresco laurel naciente.

Acrece el horror en tanto,
La muerte doquier domina;
Y el Turco ve con espanto
Rodar su luna en Lepanto
Al pie de la cruz divina.

Gloria á ese lábaro puro;
Gloria al caudillo que fuerte
Venció al musulmán impuro;
Mas ¡ay!... que un soldado obscuro
Cerca yace de la muerte.

Heridos el noble pecho
Y el brazo siniestro, baña
En sangre su humilde lecho;
Y aún se muestra satisfecho
De verterla por España.

Hoy cantamos su renombre;
Hoy graba la patria en piedra
Con letras de oro su nombre:
Que se llamaba aquel hombre
¡Miguel Cervantes Saavedra!...

II.

El tiempo pasado había;
Y en negra cárcel sombría
Sobre el suelo castellano,
Miseró y solo un anciano,
Eterno libro escribía.

Llorando su desventura
El gran ingenio, creaba
Del leal Sancho la figura;
Y la sublime locura
De Don Quijote soñaba.

Agudo pesar sentía
El buen caballero allí,
Y con amarga ironía,
Yerto el corazón, reía
De Don Quijote y de sí.

Que como su hidalgo, él
Al mundo lanzóse fiel
Con entusiasmo profundo;
Y halló tan solo en el mundo,
Borrascas, espinas, hiel.

¡Harto el vate ha padecido
En su errante vida inquieta:
Pobreza, males y olvido;
Triste suerte le ha cabido
De soldado y de poeta!...

Alimentando aquel fuego
De su numen celestial
Amó á su patria tan ciego,
Que dióle su sangre, y luego,
Le dió su libro inmortal.

Y hoy la justicia amanece;
Hoy, de la envidia cruel
La sombra se desvanece,
Y sobre su tumba crece
Inmarchitable laurel.

Ya con su trompa la fama
De aquel genio la victoria
Ante los siglos proclama,
Y el mundo absorto le aclama
Hijo feliz de la gloria.

Lanzad, poetas, al viento
Vuestras canciones brillantes;
Cantad con mágico acento:
¡Gloria inmortal al talento!...
¡Gloria inmortal á Cervantes!...





El cautivo de Argel

FRAGMENTO

I.

TRANQUILA la mar estaba;
Tranquilo gemía el viento,
Que con leve movimiento
Las ondas acariciaba.
Blanca la luna rielaba
Sobre las aguas á solas;
Y allá, surcando las olas,
Una goleta se vía,
Que su rumbo dirijía
Á las playas españolas.

De pie, sobre el alto puente
De la graciosa goleta,
Iba un soldado, un poeta
De gallardo continente:
Feliz acaso presente,

La ventura que anheló;
Pues largo tiempo gimió
Lejos, en extrañas lomas,
Sin respirar los aromas
De la tierra en que nació.

Tras de perpétuos azares
Luchando con los infieles,
Ciñó en Lepanto laureles,
Tiñó con sangre los mares.
Más fuerte que sus pesares
Siempre fortunas soñando,
Íbase un mundo forjando
De aventuras y de glorias,
Y lágrimas y memorias
Ahogaba el triste cantando.

¡Con cuánto placer cruzara
Las llanuras cristalinas!
¡Aquellas auras marinas,
Con qué placer aspirara!
Harto en verdad peleara;
Harto sufriera en verdad;
Mas ya juzga realidad
Sus delirios lisonjeros;
Vogad, forzudos remeros...
¡Vogad, á España, vogad!...

¡Qué noche tan bonancible!...
¡Qué dulce y serena calma
Siente, extasiándose, el alma
Bajo la luna apacible!...

Del agua la faz movable
Hiende serena la quilla;
Guarde Dios la navecilla
De piratas galeones;
¡Dios proteja los pendones
De Aragón y de Castilla!..

Ya tras el negro Occidente
Se disipaban las brumas,
Y sobre lecho de espumas
El sol alzaba su frente.
Ante su luz refulgente,
La nave su enseña izaba;
El marino, á Dios oraba
Saludando al nuevo día;
Su vuelo el ave tendía,
Y alegre el mar se rizaba.

Dejando largas estelas
Que finjen vivos reflejos,
Navegan lejos, muy lejos,
Tres corsarias carabelas.
Largadas llevan las velas
Que los céfiros inflaron;
Y cuando á verlas llegaron
Del sol al rayo de oro,
Gritaron: ¡el moro!... ¡el moro!...
¡Al arma!... ¡al arma!... gritaron.

.

.

Horrible fué la pelea;
Doquier despréndense rotas
Las corazas y marlotas
Entre la sangre que humea.
Doquier fatídica ondea
Su obscura enseña la muerte;
Doquier la lombarda fuerte
Allá en los aires retumba,
Y doquier en ancha tumba
El hondo mar se convierte.

Y con ánimo esforzado
Contra la falange fiera,
Aún defiende su bandera
Aquel poeta soldado;
Mas en balde ha batallado
El valeroso doncel;
Pues esclava del infiel
Cayó la goleta allí,
Y ya la lleva *Dalt*
A sus guaridas de Argel.

Mala estrella, de Cervantes
Debió presidir la cuna;
Nunca ciñóle fortuna
Entre sus brazos amantes:
Sus malos hados constantes,
Del dolor le hicieron hijo;
Y en acerbo pesar fijo,
Su corazón altanero
Tuvo siempre, aquel guerrero
De las musas regocijo.

¡Ya con pesadas cadenas
La goleta castellana,
Va hacia la playa africana;
Va á las líbicas arenas:
Las claras ondas serenas
Hiende cual antes su quilla,
Mas su gloria ya no brilla,
Ya cayeron sus blasones;
Ya no obstenta los pendones
De Aragón y de Castilla!...

II

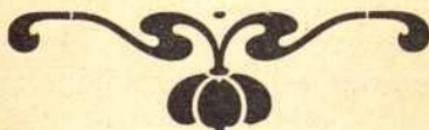
«Auras que en torno giráis
De las palmeras infieles,
Y de España en los vergeles
Entre rosas suspiráis;
Golondrinas que cruzáis
En el verano ese mar;
Que sus olas al salvar
Cuando este cielo dejeis,
Nido seguro tendreis
En mi iglesia y en mi hogar;

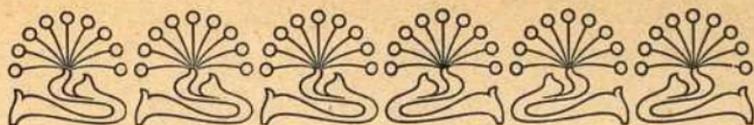
Id á la humilde ventana
De ese hogar, donde rezando
Está mi madre, y llorando
Por mi desdicha inhumana;
Decid que en tierra africana

Me hacen grillos arrastrar;
Decid mi acerbo penar;
Decid cómo me dejáis...
Mas... no... no se lo digáis,
Que muriera de pesar!...»

Así en calabozo impuro
Fijas las tristes miradas
En las espumas saladas
Que se estrellan contra el muro,
Gemía el poeta obscuro
Por la tierra que amó fiel;
Gemía el vate en Argel
Entre tormentos y enojos,
Llenos de llanto los ojos...
El alma llena de hiel!...

.
.





Santiago de Galicia

I

ÉRANSE montes fragosos,
Éranse noches sombrías,
Cuando vieron en un bosque,
En un bosque de Galicia,
Estrellitas de un Apostol
Que su sepulcro iluminan;
Lucecicas de ventura
Bien halladas lucecicas.
Tumba del gran Santiago
En la maleza escondida,
Reliquias del Zebedeo
Presagio de nuestras dichas.
¡Cómo te invocan los reyes!
¡Cómo los pueblos te admiran!
¡Cómo cubren con sus dones
Los muros de tu capilla!

Que ya llegan peregrinos,
Que ya vienen romerías,
Por las montañas de Asturias,
Por los llanos de Castilla.

Y pasan los Pirineos,
Y ante tu losa se inclinan
Los de Aquitania la fuerte,
Los de Provenza la rica.

¡Cómo marchan!... ¡Cómo suben
Por veredas y colinas,
Prelados, príncipes, nobles,
Monges y damas garridas!...

¡Cuánto guerrero bizarro!...
¡Cuánto austero cenobita!...
¡Cuántos arneses brillantes!
¡Cuánta túnica sencilla!...

¡Qué de gallardas doncellas!...
¡Qué de dueñas afligidas!...
¡Qué de sayos!... ¡qué de plumas!...
¡Qué de rojas esclavinas!...

Todos van con sus bordones
De fé las almas henchidas;
Todos demandan al Santo
Consuelos en sus desdichas.

Y al ver la tumba sagrada
Póstranse todos, y gritan:
¡Santiago!... ¡Santiago!...
¡Santiago de Galicia!...

II

Noche clara y apacible,
Noche de luna tranquila,
Érase aquella en que el Rey
Bajo su tienda dormía:

Que cuando luzca la aurora
Con su primera sonrisa
Vertiendo luz y hermosura
En las praderas floridas,
Caerán una sobre otra
Ambas huestes enemigas,
Aquí, al son de los timbales;
Allí, al son de chirimías.

¡Ay! qué pocos son los fieles!
¡Ay! qué grande la morisma!
¡Cómo cubren sus marlotas
De Clavijo las campiñas!

Por eso tiembla en su sueño,
Por eso tiembla y suspira
Ese buen Rey asturiano
Que Don Ramiro decían.
Duerme, duerme, rey Ramiro:
Duerme, que serán tu egida,
La Virgen de Covadonga
Y el Apostol de Galicia.

Mas ya despiértase el Rey,
Al deslumbrar sus pupilas
El resplandor prodigioso
Que sobre su tienda brilla.

¿Sueñas, acaso, Ramiro?
No sueñas, no, ni deliras,
Que así la voz del Apostol
Truena en la atmósfera limpia.
—«Adelante con las cruces;
Adelante con las picas;
Entra con ellos; no temas,
Que está tu espada bendita.
Despierta, Rey, á los tuyos,
Cierra España, y á la liza:
¡Sús, hidalgos!... que yo os sirvo
Contra los moros de guía.»
¡Cómo corre!... ¡Cómo corre!...
Cómo va de fila en fila
El Rey astur, agitando
De Cristo la blanca insignia!...
¡Cómo á los bravos enciende!
¡Cómo á los flacos anima!
¡Cómo hierre!... ¡Cómo arrolla
Á la soberbia morisma!..
¡Lid espantosa y cruenta!...
¡Cuántos ayes!... Cuánta grita!...
¡Qué de potros sin ginetes!...
¡Qué de valientes sin vida!...
Bien el cristiano cerraba;
Bien el moro arremetía;
Mas ¿quién avanza? ¿quién ceja?
¿Quién se postra? ¿quién domina?
¡Gran Apostol! ¡gran Apostol!...
Ya tú, por los tuyos lidias...
Ya ven tu enseña en los aires...
Ya vencen, que tú los guías!...

¡Ay! que los moros huyendo,
Huyendo, se precipitan
Como cervatos heridos,
Cual gacelas fugitivas.

Y aún los nuestros los persiguen
Y triunfantes apellidan,
¡Santiago, cierra España!
¡Santiago de Galicia!

III

¿Dónde van esos guerreros,
Guerreros de alta valía,
Los de los mantos de nieve,
Los de la cruz encendida?

¿Dónde van tan animosos?
¿Dónde sus armas fulminan?
Van al Salado y las Navas;
Van á Jeréz y á Sevilla...

¡Qué huestes tan valerosas!...
¡Qué triunfadora divisa!
¡Qué cumplidos caballeros!...
¡Qué buena caballería!

Y han nacido de una tumba;
De esa tumba tan querida,
Donde guarda el fiel gallego
Del Apostol las cenizas.

En San Márcos, en Uclés
Y en Almodovar la altiva,
Como fuertes gavilanes
Los bravos Freyres anidan.

¡Guay de vosotros agora
Los orgullosos muslitas!...
¡Guay, de los moros que guardan
Atalayas fronterizas!...
¡Cómo les quemán los panes!...
¡Cómo les talan las viñas!...
¡Cómo les corren y extragan
Sus tierras de Andalucía!...

.
.

Ya se vienen por la vega,
Por la vega granadina,
Infanzones catalanes
Ricos-hombres de Castilla.

¡Qué apuestos van los hidalgos
De Santiago de Galicia!...
¡Qué bien parecen sus cruces
En las banderas tendidas!...

¡Santiago! cierra España.....
¡Santiago!.... rudos gritan...
Y cómo corren los moros,
Los que al África volvían.....

¡Gran Apostoll!... ¡Gran Apostoll!...
Ya tu enseña se divisa
Con los pendones reales
En las almenas moriscas;

Y ya claman los valientes,
¡Granada! ¡Aragón! ¡Castilla!...
¡Victoria por Santiago!...
¡Santiago de Galicia!...





Covadonga ⁽¹⁾

VOCES de edades que fueron;
Ecos de viejas hazañas;
Vientos que aún glorias cantais
En las breñas asturianas;
Corrientes del turbio *Deva*;
Sombras del valle de Cangas;
Peñascos de Covadonga;
Olas del mar de Cantabria:
¿Qué repetís misteriosos
De libertad y de patria,
De historias y de consejas,
De triunfos y de batallas?
¿Por qué gemís, murmurando
Confuso estruendo de armas,
Himnos de guerra y victoria,
Gritos de muerte y venganza?

(1) Esta composición debe constar de tres partes, de las cuales no se publica más que la primera, única que se halla terminada.

Himnos y quejas y ayes
 Que tiempos y montes salvan,
 Y un pueblo á otro pueblo cuenta,
 Y un siglo á otro siglo canta...

Rumores de otras edades,
 Que del poeta en el alma
 Cual los acordes resuenan
 De una música lejana,

Á cuyo mágico acento
 Evocado, se levanta
 Tropel extraño y confuso
 De recuerdos y fantasmas,

Que nuestras frentes sacuden
 Con sus impalpables alas;
 Que haciendo brotar ideas
 Se apiñan, vuelan y pasan,

Como palomas torcaces
 Que se alejan en bandadas;
 Cual hojas secas, que el viento
 En remolinos arrastra...

.

¡Cómo cruzan, cómo cruzan
 Esas naos la mar ancha
 Largando altivas sus velas
 Que los céfiros dilatan!...

¿Qué buscan aquí esos hombres;
 Esos hombres que las mandan,
 Los de los corvos alfanges,
 Los de las frentes tostadas?

¿Qué Dios es ese que rezan?
¿Qué lengua es esa que hablan?
¿Qué mantos esos, que flotan
Como gaviotas blancas?

Tigres que hambrientos dejaron
Sus arenas de Arabia;
Nube que empujan á Europa
Los huracanes del África.

Hombres son esos, nacidos
En llanuras abrasadas;
Como sus gamos ligeros
Y libres como sus auras;

Sin más hogar, que una tienda
Que el seco Simún arrasa;
Sin más tesoros ni leyes
Que un caballo y una lanza.

Y crecen en los combates,
Y viven en la algarada,
Y sueñan que el paraíso
Les abre su cimitarra.

Buscan, edén misterioso
En nuestros valles de España,
Donde las brisas jugando
Olas de flores levantan.

Buscan alegres colinas
De verdura coronadas;
Grutas que fuentes esconden
Entre arrayanes y parras;

Aires cargados de aromas
Que las noches embalsaman;
Claros arroyos que lucen
Como collares de plata.

¡Buscan celestes huries
De ojos que animan y abrasan,
De talles que al junco vencen,
De tez de rosas y nacar;

Y en cuyos labios palpita
Ese mundo que soñaran,
De triunfos y de venturas,
De amores y de esperanzas!...

.
.
.
.

¡Rey Rodrigo! ¡Rey Rodrigo!...
Tarde llegas; tarde avanzas
Con tu diadema de oro,
En tu carro de batalla!...

¡Ay de la vieja corona
Que en flacas sienes descansa!...
¡Ay de los cetros que tiemblan
Cuando rugen las borrascas!...

Al estallar, mal despiertos
Tras su rey á la batalla
Corren los débiles hijos
De Recaredo y de Wamba;

Mas ¿pueden regir corceles,
Pueden manejar espadas
Guerreros que el ócio enerva
Y que el deleite embriaga?

Los bárbaros del Danubio,
Aquellas hordas osadas
Que los delirios vengaron
De las orgías Romanas,

Ébrias, á su vez, cayeron
Para morir, viejas águilas
Por los chacales del *Tigris*
Rendidas y desgarradas.

¡Rey Godo, luchas en vano!
¿Es que el honor de la Cava
Pide clamando á los cielos
De sus ultrajes venganza?

Es, que tormentas antiguas
Tu frente débil amagan:
Es, ¡ay! que expiar te toca
Los crímenes de tu raza.

Huye, si morir no sabes;
Sobre tu *Orelia* cabalga;
Huye; los bravos perecen;
Los viles, te desamparan;

Que Oppas el traidor... ¡silencio!...
¡Tente, musa... calla, calla,
No evoques á los que duermen
Bajo el peso de su infamia!...

¡Huye, Rey godo, dejando
Tu clámide entre las zarzas,
Tus condes entre cadenas,
Y tus ciudades esclavas...!

¿Por tu corona preguntas?
¡Mírala.... rota y manchada,
Al mar la arrastran gimiendo
Del Guadalete las aguas!...

.
.
.
.

Cayó la pátria: sus lares
Huellan las turbas extrañas;
Moros *derwiches* predicán
En las iglesias cristianas.

Las villas consume el fuego;
El hierro los campos tala;
Y lloran en los haremes
Las vírgenes aherrojadas.

Murió la pátria... ¿qué digo?
¡Nunca muere, mientras haya
Un pecho para sentirla
Y un brazo para vengarla!...

¿Veis cómo corren los buenos?
¿Cómo á los montes se lanzan
Buscando tierras agrestes
Que la esclavitud no infama?

¡Salud, asilo de bravos!
¡Salud, benditas montañas
Donde sus frentes orean
De la libertad las auras!...

Yo subiré tras los héroes
Vuestras rocas escarpadas,
Para repetir sus hechos,
Para contar sus hazañas.

Subiré para cantarlos:
Pero sin lira ni arpa,
Sin más que vieja bandurria
Que romances acompaña,

Y cuyos toscos acordes
Solo á los vientos exhala,
Donde un español alienta,
Y donde una cruz se alza.

¡Salve, caudillos de Asturias!...
¡Honor de la gente Hispana
Cuyas cervices no humilla
Del vil esclavo la marca!...

Dios os protege, y os cubre
Con la sombra de sus alas...
Dios armará vuestras diestras...

Él, que en su justicia guarda
Para el tirano, castigo;
Triunfos, para la constancia;
Para los mártires, gloria,
Y para los bravos, patria.







Algarada

Á la guerra parte el conde,
Á la guerra se partía,
Con sus bravos escuderos,
Los más bravos de Castilla.
¡Guay de vosotros los moros,
Moros de la morería!...
Que el conde toma su lanza;
Que el conde su potro ensilla.
Desde las torres infieles
Y atalayas fronterizas,
Moros cayeron audaces
Sobre su fuerte y su villa;
Y sus panes le quemaron
Y talaron sus olivas...
Y le matan sus pecheros,
¡Y roban sus doncellicas!...
Por eso el Conde se arma,
El buen conde Don García,
Escudo de sus vasallos,

Espanto de la morisma.

Sangre corre por sus venas

Del gran Cid Rodrigo Díaz;

Murió su padre, lidiando

Por el Rey Santo en Sevilla...

¡Cómo corren los infieles!...

¡Cómo corren!... ¡cómo gritan!...

¡Qué ginetes y peones

Se entran por la morería!...

Ya son libres las cristianas;

Ya las moras son cautivas,

Ya los guerreros triunfaron,

Ya los villanos respiran...

¡Qué gallardo vuelve el conde!...

¡Qué gallardo que volvía

Entre esclavos y trofeos

Y banderas enemigas!...

Ya los bárbaros no vuelven

Con horrible gritería,

Á quemarles las iglesias

Ni las mieses, ni las viñas:

Que en las moras atalayas

Y en las torres fronterizas,

Mece el viento los blasones

De ese conde don García.





A Zorrilla (1)

A PENAS de la vida las puertas entreabría
Cuando hasta mí llegaron, cual mágico rumor,
Acentos y suspiros de extraña melodía,
Fantásticas consejas, raudales de poesía,
Canciones inspiradas de errante trovador.

Yo oí de Margarita la tímida plegaria;
Vi absorta que surgían al son de aquel laud,
El bravo Juan Robleda, la amante Pasionaria,
Del conde de Castilla la sombra legendaria,
Favila el esforzado, la hermosa Doña Luz. (2)

Miniados camarines, alcázares feudales
Y arábigas mezquitas, se alzaron ante mí:
Esbeltos minaretes, castillos colosales
Y góticas arcadas de viejas catedrales;
Y á un mundo de quimeras llevada me sentí.

(1) Esta composición fué escrita contestando á otra de Zorrilla titulada «El Canto del Fénix». Todos los versos subrayados, pertenecen á dicho eminente poeta.

(2) Se alude á «Los Cantos del Trovador».

En él, amó á Moraima mi loca fantasía:
 Siguió del Nazarita el volador corcél,
 Y se embriagó aspirando la célica ambrosia,
 Que entre las brisas leves, á su Granada envía
 Al extender las alas, el ángel Azaél. (1)

Los ecos de aquel arpa, del vate las querellas,
 Mi mente fecundaron, y á las regiones bellas
 Do flotan sus delirios, lancéme con afán,
 Para evocar memorias, para seguir las huellas
Del que mató á don Pedro, del que salvó á don Juan.

Las tuyas, bardo ilustre; mas ¿pobre golondrina
 Cómo alcanzar el vuelo gigante del condor?
 Al escuchar tus cantos, tu origen se adivina;
 Poeta, bien has dicho con habla peregrina:
Tu madre fué una alondra, tu padre un ruiseñor.

Y son tus versos dulces, como el fugáz murmullo
 Que forma bajo el césped oculto manantial;
 Cual de torcáz paloma el amoroso arrullo;
*Como la miel que daba, posada en un capullo,
 La abeja de tus cuentos, al silfo del rosal.* (2)

Con esa miel que mana de tu cantar divino,
 Tú nutres y alimentas la actual generación;
 Y al recorrer el mundo, dichoso peregrino,
 Regueros de armonía señalan tu camino,
 Y brotan gayas flores de tu laúd al són.

(1) Leyenda de Alhamar el Nazarita.

(2) Dice Zorrilla en su preciosa composición, «La Siesta»
 «¿Prefieres aquel cuento, del Silfo que tenía
 En una red de tamo, prisión en un rosal,
 Y al cual todas las noches á alimentar venía
 La abeja que le amaba, con miel de su panal?»

¿Qué genios te enseñaron tus árabes baladas
Allá de obscura noche en la feliz quietud?
¿Qué dicen á tu oído las peris y las hadas?
¿Qué sílfides te cuentan historias regaladas
Que absortos escuchamos y solo sabes tú?

Quizás al tibio rayo de la menguante luna,
Para gemir dolientes sobre su Alhambra fiel,
Entre rosadas nubes, á su ciudad moruna
Descienden las huríes llorando su fortuna,
Y cércante anhelosas en rápido tropel.

Tal vez, algún conjuro juzgando tus cantares,
Los mármoles rompiendo de tumbas seculares,
Altivos paladines acuden á tu voz,
Y vírgenes, ornadas de blancos azahares,
Que vuelan al impulso del huracán velóz.

Y vírgenes y hadas, nereidas y guerreros,
Al son del moro adufe, del arpa de Israel,
En grupos impalpables suspiran lastimeros,
Sus cuitas le confían, circúndante ligeros,
Tus sienas coronando de mirto y de laurél;

É hiriendo tú las cuerdas de misteriosa lira,
Secretos de otros mundos nos legas al pasar:
Sobre tu frente irradia la musa que te inspira,
Deslumbras con sus rayos al orbe que te admira,
Y cruzas victorioso los montes y la mar.

Eres el ave fénix, á quien la gloria aclama:
Yo, tímida avecilla que humilde te siguió
Y sube al alto nido donde tu voz la llama;
Yo sé que el viejo fénix á sus hijuelos ama,
Y soy el más pequeño de sus hijuelos yo. (1)

Cobijenme tus alas; acójeme indulgente,
Que aunque mi acento indigno de tu grandeza es,
Del fondo de mi alma elévase potente,
Y brota sin aliño, como el fugáz torrente
Que entre peñascos rudos destréngase á mis piés. (2)

Su música acompaña mis cánticos sencillos;
Siento lo bello y corro de la belleza en pos;
Mi guzla ciñen solo romeros y tomillos,
Y canto, como trinan los tiernos pajarillos...:
Para alegrar los valles y bendecir á Dios.

Nací en Andalucía; tus genios inmortales,
Aún aman los pensiles que habita el andalúz;
Sus zambras, que recuerdan las zambras Orientales,
Sus bosques olorosos de adelfas y rosales,
Su cielo, de que llueven inspiración y luz.

- (1) ¡Cercadme, hijuelos míos! llevadme á la montaña
Do en el deshecho nido do me brotó el plumón,
Espire fénix viejo, de cara al sol de España
Y oyendo los cántares que para mí acompaña
Con mi laud ya roto, la actual generación.

ZORRILLA, «Canto del Fénix.»

- (2) Escribióse esta poesía en una hacienda de campo de la autora, en los márgenes del arroyo de Campanillas.

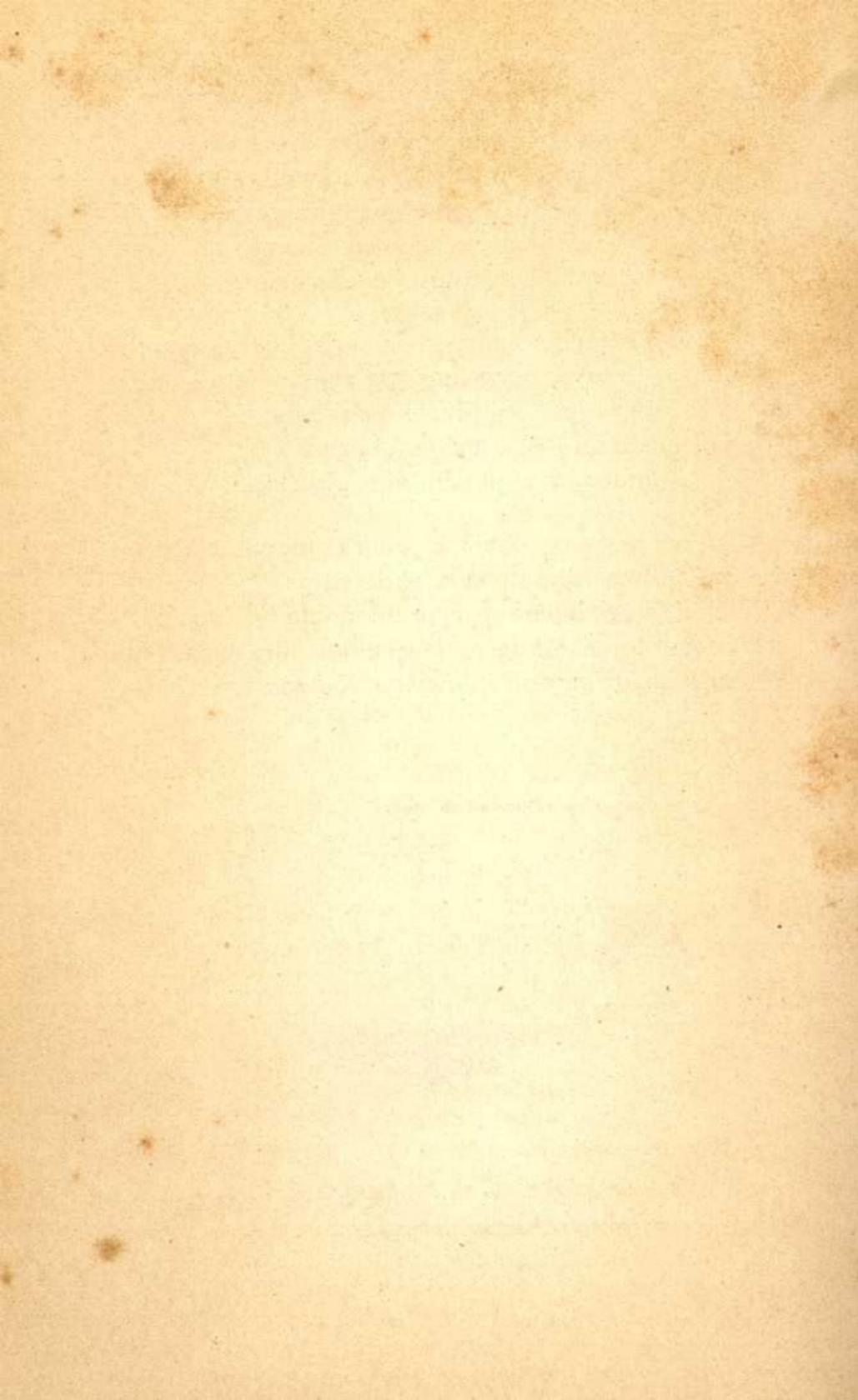
Nací en Andalucía; quizás alguna maga
Bajó sobre mi cuna, mis sueños á arrullar;
Contóme sus leyendas con elocuencia vaga,
Bebí de la poesía el nectar que embriaga,
Mas sin aliento halleme para poder volar.

Los seres que tú sueñas, son seres que yo amo;
Mi alma y la tuya, hermanas por sentimiento son;
Por eso con orgullo tu hijuelo me proclamo,
Tu voz hasta mí llega, acudo á tu reclamo,
Y á la montaña subo pidiendo inspiración.

Tú eres hermosa abeja á quien el mundo alaba,
Porque poetas forma con miel de su panal;
Yo, el silfo prisionero de que tu cuento hablaba...
¡Oh! dame tu miel dulce...; la que á tu silfo daba,
Posada en un capullo, la abeja del rosal.

Hacienda de Rosacapillas, Diciembre de 1878.







En Yuste

EL sol de otoño, que á Occidente baja,
Con sus reflejos débiles colora
Las cúpulas y el alto campanario
Del convento de Yuste: paz y sombras
Se extienden por doquiera; vagas zumban
Las auras gemidoras
Del sombrío Noviembre, que á los valles
Pájaros, flores y perfumes roban...
Que airadas se revuelven, agitando
Troncos desnudos, aguas cenagosas,
Y oscuros remolinos, de marchitas
Y amarillentas hojas...

Es la estación patética y sublime;
Es la solemne hora,
En que tiende sus alas el espíritu
Por un mundo de ideas melancólicas.
En que en el fondo lóbrego del pecho,
Brisa más triste que las tuyas, sopla,

Otoño destructor..., brisa del alma
Que se llama memoria,
Y levanta confusos remolinos
Donde bullen y flotan
Amores muertos..., esperanzas yertas...,
Sueños sin realizar..., penas ignotas...;
¡Todas las flores sin color y místicas
Que en la humana conciencia se amontonan,
Y que agita la brisa de las almas
Con alas misteriosas!...

Cuántas ¡ay!... esa tarde bullirían
En el soberbio corazón, que agobian
Desengaños, afanes, amarguras,
Recuerdos de pesar, heridas hondas;
Que en la ruda batalla de la vida
Al ver volar sus esperanzas todas,
Quedó frío y desierto, como nido
Que alegres avecillas desalojan:
Juzgó la dicha vanidad, locura,
Delirio la ambición, humo la gloria;
Y rendido cayó, como el atleta,
Tras lucha vigorosa.

Tal es el grande corazón del hombre
Que en esa tarde lóbrega
De Noviembre, contempla silencioso
La luz poniente que el Ocaso dora;
Las pardas nubes que el espacio cruzan,
Los olmos, que gimiendo se despojan
De sus galas; y escucha los rumores
Inciertos y tristísimos, que forman

Las hojas que del tronco se desprenden,
Cayendo una tras otra...
¿Se van así las ricas ilusiones
Del alma que abandonan?...

Sirve de asiento al noble pensativo,
Ancho sitiál de roble, que tachonan
Gruesos clavos dorados, y tapizan
Obscuras pieles de la vieja Córdoba.
Sentado está del sacro monasterio
Cabe la puerta gótica,
A los piés de una cruz de negro mármol
Que allí, como del cláustro guardadora,
Tiende sus brazos imponente, austera,
Y solitaria y tosca...

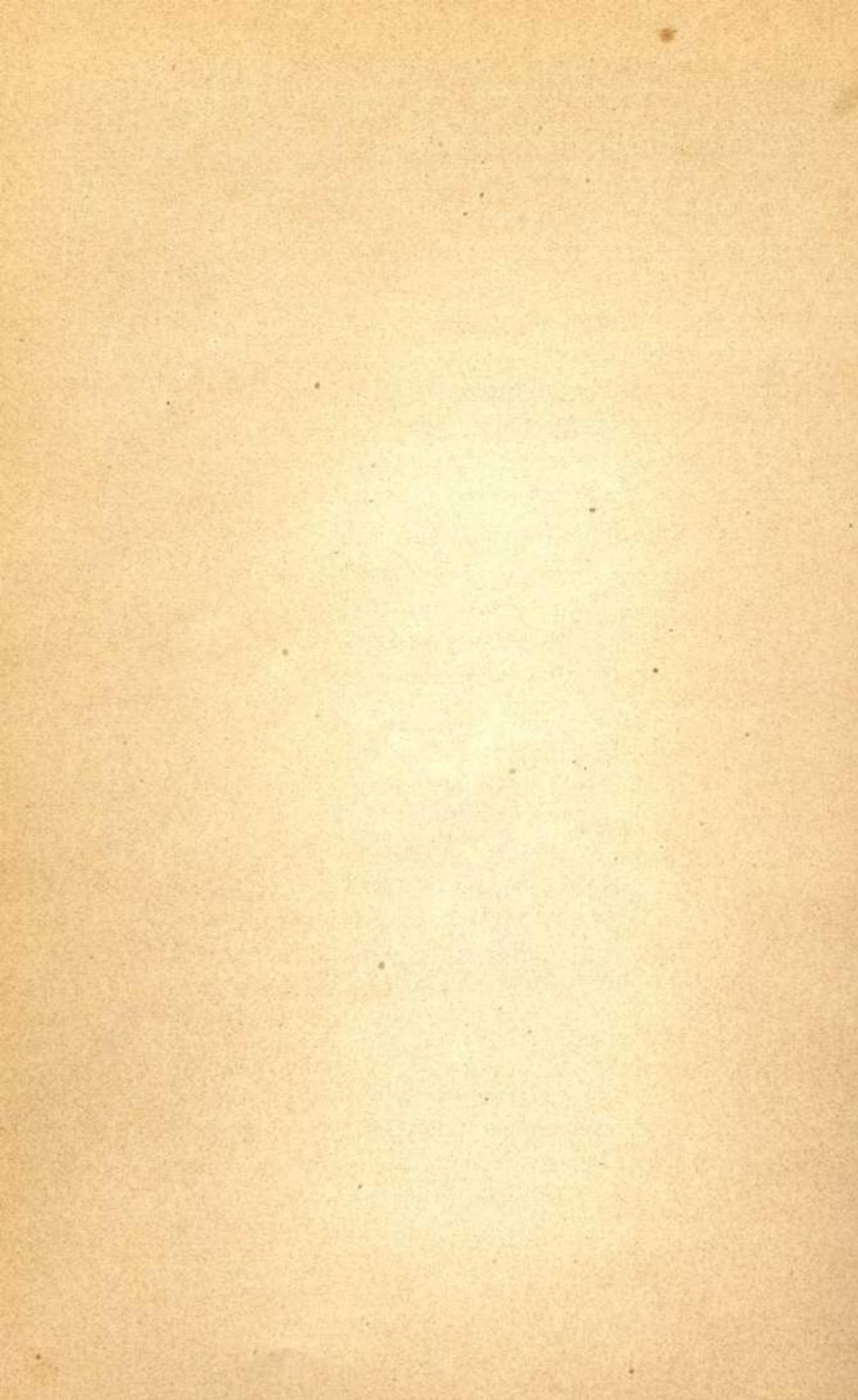
Ambos codos el grave caballero
En los costados del sillón apoya;
Cruzadas tiene las potentes manos
Que un cetro sustentaron valerosas,
Y sobre el seno dóblase postrada
Su frente pensadora;
La régia frente, que sostuvo firme
De Carlo-Magno la imperial corona.
César fué; y á su inmenso poderío
Se rindieron los príncipes de Europa;
Sobre sus huestes, desplegó las alas
El génio triunfador de las victorias;
Y la fortuna sonrióle amiga,
Y una raza gigante y vencedora
Luchó en su nombre, dominando fuerte
Bárbaros pueblos y revueltas olas.

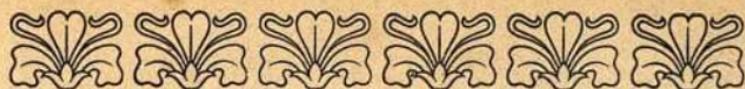
Fué rey de España; como seco roble,
La monarquía goda
Cayó vencida por el duro empuje
De africano huracán; y mística y rota,
Quedó solo una rama desprendida,
Que la guerra llevó tempestuosa
Al suelo del Astúr; y echó raíces
En el rudo peñón de Covadonga...
Y oleadas de sangre la regaron,
Y creció poderosa!...

Tanto creciera, que enlazó dos mundos
Bajo su augusta sombra;
Y que tuvo titanes por guerreros,
Y que tuvo epopeyas por historia,
Cuando Cárlos, señor de los dominios
De Isabel la Católica,
Subió al trono, que débil desdeñara
Delirante de amor, la Reina loca.
Y si Germania proclamóle César,
Si el severo prelado de Colonia
La áurea diadema del Imperio sacro
Ciñó á sus sienes con cristiana pompa,
Los altivos leones de Castilla
En comarcas agrestes y remotas
Atronando las selvas virginales
Con rugidos de cólera,
Rodar hicieron ídolos y reyes;
Y hacinaron, tras lucha portentosa,
Bajo las plantas del monarca hispano
Laureles y banderas y coronas.
Y vió Cárlos sujetas á su yugo

Cultas naciones y salvajes hordas;
Sintió su alma la embriaguéz ardiente
Del poder, del orgullo, de la gloria;
Escuchó sus hazañas repetidas
Por la voz de la fama voladora;
Pasó sobre enemigos humillados
En su triunfal carroza,
Y ahora contempla solitario y triste,
Cuando muere la tarde silenciosa,
Cómo llegan las nubes del invierno...
Cómo se van las flores y las hojas!...





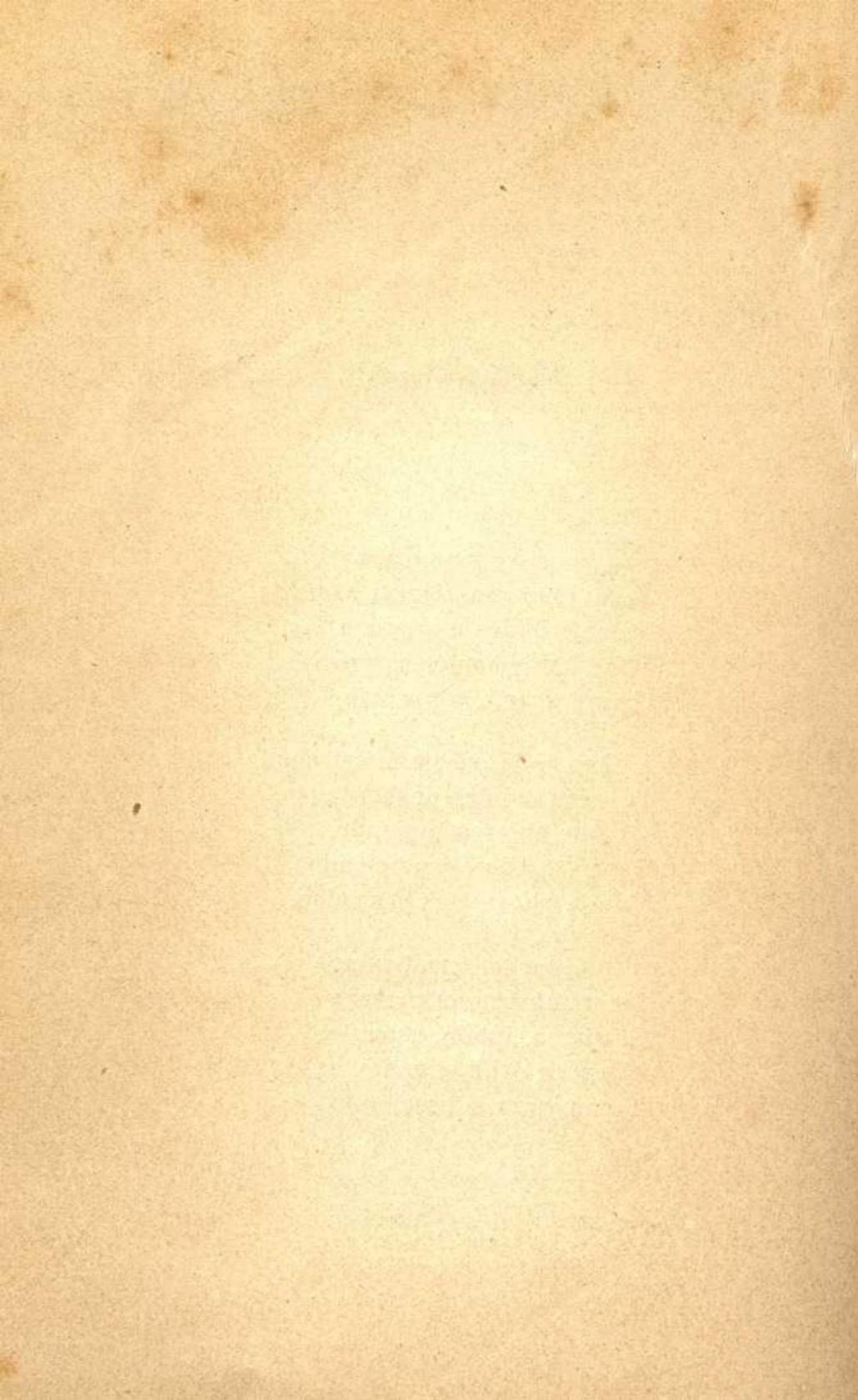


En el Album
del Monasterio de Piedra

SOBRE corriente bravia
Que con gigante armonia
Potente bulles é inquieta
¿Qué ha de cantar el poeta
Cuando canta la poesía?

Que es la poesia el estruendo
De esas fuentes desbordadas,
Que bulliciosas rugiendo
Pasan, á Dios bendiciendo
Con la voz de sus cascadas.

Y al oir tal bendición,
Siente absorto el corazón
Sorpresa, júbilo, espanto;
Y espira débil el canto
Y comienza la oración.





A Santa Teresa de Jesús

AMOR! ¡Amor! flamígero Oceano
Que surge como ráudo torbellino
Del corazón divino,
Y purifica el corazón humano.

No es el amor profano,
No es el que ciñen pasajeras flores
Que perturban la noble inteligencia
Con su mágica esencia,
Y cuyas hojas desparrama el viento
Robador de perfumes y colores:
¡Ay! el viento glacial del desengaño.

No es el fuego que ciega cuando abrasa;
Que amortigua la luz del pensamiento
Y que declina, se obscurece y pasa
Entre nieblas de dudas y de olvido.

No es el amor terreno,
Grande en su origen, si, pero caído
Y manchado con lágrimas y cieno,
Cual se mancha la gota transparente
Al caer de una nube en un pantano...

Es el amor, de los amores fuente;
Es el bien soberano;
Es el agua que salta rica y pura
Hasta la eterna vida,
Y conforta las almas desoladas
Nunca, nunca saciadas,
Por corriente mortal y corrompida...

Es el potente vuelo
Que te elevó desde la tierra oscura
Á los arrobos místicos del cielo,
Al pasar por el mundo suspirando
Victima santa de anhelar bendito,
Y entre sombras luchando,
Con ansias y con sed de lo infinito...

¡Amor, amor gigante
Que las alturas célicas escalas!
¡Quién tu poder me diera! ¡quién tus alas
Para volar á Dios...! Como ceñido
Por las olientes rosas
Que nacen en el huerto del amado,
Tu espíritu voló, dulce Teresa;
Volaste, sí; ¡qué hermosa me apareces
Si estática y absorta te adivina
Mi inspiración inquieta! Ya te veo
Al pie postrada de la cruz divina,
Húmedas las pupilas ardorosas,
Padeciendo de amores
Y exhalando suavísimo lamento
Mientras brillan del alma los fulgores
En tu púdica faz, radiante y bella;
Bella, sí, cual la pálida neblina
Á quien, velado y tímido, tras ella

Colora el rojo sol y la ilumina,
Herido sufre, herido
Tu corazón dichoso, por el dardo
Que vibrara el Querub; por la centella
Que del volcán eterno y encendido
Del corazón de Dios, al tuyo pasa,
Y lo arroba, lo incendia, y lo traspasa
De placer y de pena;
Que si júbilo santo lo enajena,
La materia rindiéndose cobarde,
Cual vaso quebrantado,
¡Ay! apenas resiste
El fuego sacratísimo en que arde
Tu egregio corazón transverberado:
Y entonces clamas fervorosa y triste:
«Muero, porque no muero:
Que es esta vida muerte transitoria,
Y yo la vida inacabable espero.»
Si tu espíritu fué larva terrestre;
Si gimió aprisionado
En envoltura mísera y estrecha
Por el célico rayo transformado,
Es ya la mariposa
Que volar á la luz, volár desea
Ansiosa de calor y de hermosura,
Y en su prisión obscura,
Se estremece, se agita y aletea.
Hanle nacido alas;
Ya no puede saciar en lo creado
Su sed de amor: y en vuelo arrebatado
Pasa sobre las fértiles praderas
Que Abril lozano coronó de flores

Embriagadas de aromas,
Blando lecho de arroyos bullidores
Y de puras bandadas de palomas...
Pasa sobre el torrente
Que destrenza la cana cabellera
Al eco audaz de su canción salvaje;
Sobre el rudo oleaje
Del mar inmenso que la azul esfera
Salpica con sus cándidas espumas...;
Sobre enhiestas montañas,
Que albas nieves esconden entre brumas,
Y fuego asolador en sus entrañas...
Más allá... más allá; tanto ambiciona
La mariposa que brillante sube,
Tras sí dejando la plumiza nube
Que arrastra el remolino,
Y en cuyos anchos senos
Se forjan rayos y se ejendran truenos.
¡Aún más allá! camino
Le marcan las estrellas,
Flores que adornan del Señor el trono,
Polvo que guarda del Señor las huellas;
Y de esplendor en esplendor subiendo
Al fin pasa los límites del Orbe
Y vuela á lo increado,
Perdiéndose con éxtasis profundo
En ese espacio que la mente loca
Pugna por abarcar en su demencia,
¡En esa eternidad, en que se apoca
La humana inteligencia!
Y cual olas innúmeras de oro,
Oye pasar el deslumbrante coro

De las almas benditas
Que sufrieron amando,
Y para siempre, hermosas é inmarchitas,
Los cielos alegrando,
Del Cordero las glorias van cantando...
Mas ni aun allí reposa
La escojida de Dios, la mariposa
Que confundirse con la luz anhela;
Y pregunta á las almas que se mecen
De fulgores y dichas y reposo
En sempiternos mares:
«¿Habeis visto á mi esposo?»
¡Cual triste en sus amantes agonias,
Preguntaba á las Vírgenes Judias
La Esposa del Cantar de los Cantares...!
Ya lo ve..., ya lo siente,
Ya el espíritu errante y peregrino
Entre delicias inefables vaga;
Sus anhelos aumentan, su sed crece;
Quiere apagarla con el sacro vino
Que de amor embriaga,
Y de amor desfallece...
El dulce nombre del amado invoca...
Exclama suspirando:
«¡Bésememe con el beso de su boca!»
Y el Esposo, escuchando
Aquel reclamo cariñoso y blando,
Húndela de su seno en la grandeza,
Que es la morada porque el alma gime
Al buscar delirante lo sublime;
Luz sin origen, de la luz principio;
Ciencia increada, de las ciencias fuente;

Amor eterno; perdurable calma,
Abismo refulgente,
Foco del sumo bien, centro del alma...
 ¡Unión maravillosa;
Santa caricia que pidió la esposa
Cuando erraba perdida
Con el llagado corazón opreso;
Beso, bendito beso
Que disipa las nubes que obscurecen
El pensamiento humano:
Que en el Creador anega la criatura;
Que descubre al espíritu lo arcano,
Que llena el corazón; que siempre dura!
 La razón soberana,
La que altiva buscó lo verdadero
Entre las brumas de la ciencia vana;
Esa razón indocil y arrogante
Que un más allá clarísimo presiente,
Un más allá, que busca en su delirio,
Con el instinto que á lo eterno lleva,
Que en ella puso Dios; que hasta Él la eleva
Y es á su vez su gloria y su martirio.
¡Con qué puro embeleso
Al recibir el sacrosanto beso
Siente que, como suelta catarata
De inagotable luz, la verdad suma
Sobre ella se desata!
 Lo ve todo cual es; allí descubre
De los seres la esencia,
Y el manantial oculto de la vida;
Á sí propia se vé la inteligencia
En su Dios reflejada,

Cual toda la creación: y, confundida,
Escucha los conciertos de esas moles
Que ruedan por la bóveda azulada,
Y que llamamos soles:
Sabe por qué en el surco
Con sávia nueva reverdece el grano;
Por qué se agita sin cesar rugiendo
El férvido Oceano
Y ante la arena misera se abate;
Sabe lo que es el alma;
Por qué perdida su inocente calma
De la virtud bendice los destellos
Y la seduce el mal: por qué suspira
Despreciando los bienes terrenales,
Y al bien ignoto y absoluto aspira.
Por qué batallan en perpétua guerra
Sus instintos, sus ánsias, sus anhelos;
Y sintiéndose digna de los cielos
Se dobla hacia la tierra...

Todo al fin lo comprende;
Lo ve todo alumbrado
Por el fulgor celeste que ilumina
Cielos y mundos con sin par grandeza;
Por la sacra belleza,
Claro esplendor de la bõndad divina...

¡Ah! ¿pero yo deliro?...
¿El espíritu torpe y prisionero
En su cárcel de barro,
Puede volar triunfante y altanero
Hasta la excelsa majestad que adora?
Voló el tuyo, seráfica Doctora;
Voló el tuyo, desnudo y desprendido



De humana ciencia; de mentidas galas;
Por su fé sostenido,
De la humildad y la oración en alas.

Fuiste la mariposa
Que con el sol juntándose gozosa
En llama se convierte,
Y cuando el rapto misterioso pasa
Y al bajo mundo rutilante llega,
Sus candentes alillas sacudiendo,
Va célicos aromas esparciendo,
Y del propio calor, calor le pega.

De su seno amoroso rebosando
Brotaba así la caridad fecunda
Que hizo potente germinar virtudes,
Cual germinan tras lluvia bienhechora
Gayas flores de mágica ambrosia
Que en el cielo alcanzaste,
Y entre oleadas de inmortal poesía
Sobre la tierra absorta derramaste...

¡Cómo en ellas deslumbra y resplandece
La inextinguible llama

Del amor poderoso que te inflama!

¡Te inflama, sí, de la Sión eterna

En las plácidas cumbres

Donde gigante se dilata y crece!

Que no acaba el amor: caerán ligeros

Los fúlgidos luceros

Cual las hojas marchitas de la higuera

Cuando viento de otoño las sacude...

Ángeles vengadores

Sus cabezas velando con el iris

Y blandiendo centellas por espadas

Entre asombros, castigos y terrores
A las miserables gentes espantadas
Dirán: "¡El tiempo ha sido...,
La eternidad, la eternidad impera!..."

Y pasarán volando,
Rastros de fuego tras de sí dejando,
Al formar con sus alas colosales
Fragoroso ruido,
Como de muchas aguas desbordadas...

Y morirá la muerte,
Después de herir á la postrer criatura
Con su guadaña fuerte...

Y la Fé morirá cuando, sin venda,
En la vida futura
Los misterios altísimos comprenda.

¡Apagando la antorcha
Con que á las almas fortalece y guía,
Porque firmes naveguen
Hacia el puerto que ven en lontananza,
Cuando á ese puerto venturoso lleguen
Morirá la Esperanza!...

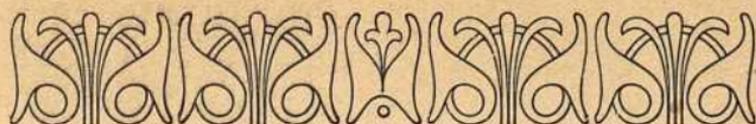
Y vivirá el Amor: al ronco estruendo
De mundos que se hundan,
Que apiñados cayendo

En caóticas masas se confundan
Y entre sombras espesas
Vuelen, al fin, deshechos en pavesas,
Dominará sonoro

De los santos espíritus el coro,
Amor sintiendo y al amor cantando
Toda la eternidad. ¡Dulce misterio!
¡Quién ¡ah! te ensalzaria

Del querub sin el místico salterio!..
Yo te adoro callando,
Y á la altura do eterno centelleas
Alzo fervientes mis cansados ojos,
Al exclamar de hinojos:
¡Amor, célico amor, bendito seas!





El Serventesio

Reys d'Aragon e flors d'enseignamen
Fueilla de gaugs fruyts de bon fag donan.

AYMERIC DE PEGUILHA.

HAY luces y joyeles y músicas y flores;
Relatos de batallas y pláticas de amores,
Se mezclan á las trovas del noble gay saber:
Juglares y guerreros y damas peregrinas,
Animan las severas estancias bizantinas,
Do juntos anidaron la gloria y el placer.
¡Qué ufana está la corte! ¡La Reina cuán apuesta!
¡Qué noble y qué garrido, preséntase en la fiesta
Don Pedro el de las Navas, terror del musulmán!
Y qué feliz, soñando con su gigante gloria,
(1) Descansa bravo y libre, despues de la victoria,

(1) Sabido es, que los Catalanes y Aragoneses asistieron con D. Pedro II
á la batalla de las Navas de Tolosa en 1212.

En lecho de laureles, el pueblo Catalán!
 Las arpas, dan al viento raudales de armonía;
 Mas del festin turbando la plácida alegría,
 Cual grito lastimero que surge de la lid,
 Cual nube que obscurece la atmósfera serena
 Y anuncia tempestades, fatídico resuena
 El rudo serventesio del trovador. Oid:

SERVENTESIO

¿No escuchais una voz desolada
 Por castillos y villas zumbar?
 Es, que muere Tolosa olvidada,
 Y os cuenta sus cuitas, y os llama á lidiar:
 Quiere ver de sus nobles hermanos
 En sus bosques los yelmos brillar;
 Quiere ver en sus fértiles llanos,
 Las barras de sangre triunfantes flotar.
 Buen Rey, el reposo, no amengüe tu fama;
 Provenza te espera; la gloria te llama.

Y el Rey partió, seguido de fuertes infanzones:
 Y saludó Provenza gozosa sus pendones;
 Y combatió en el campo, hasta morir en él. (2)
 Ya en un pavés le llevan sus fieles escuderos...;
 Bajó los férreos cascos, le lloran sus guerreros,
 Y triste, á paso lento, le sigue su corcél!...

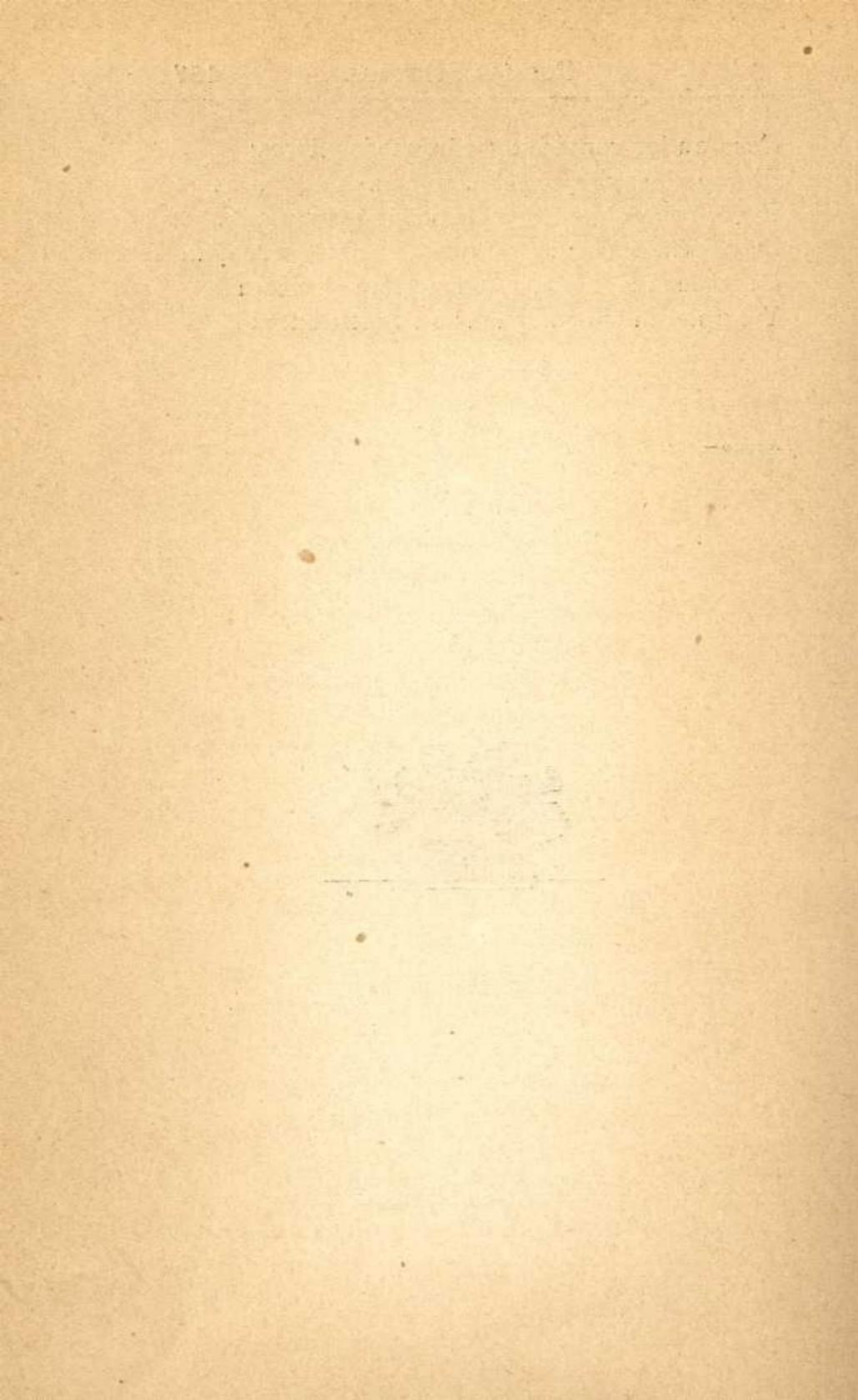
(2) El Rey D. Pedro murió en la batalla de Muret, el 13 de Septiembre de 1213, y fué sepultado en el monasterio de Sixena.

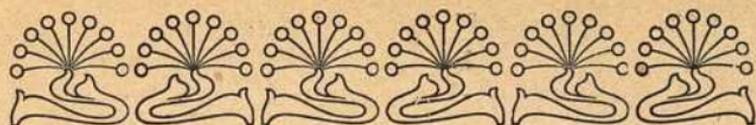
Esta composición fué premiada en los juegos florales de Tolosa, año de 1883.

Cesaron los cantares: secáronse las flores;
¡Romped las arpas d'oro, galantes trovadores;
Cayó, con el buen Rey, la patria Provenzal!...
La comitiva avanza, avanza hacia el convento...
La tarde muere fría, y ronco gime el viento...
Y empiezan las campanas su canto funeral!

Agosto—1883.







Sin Patria

¡Ay Toloza é Proensa
E la terra d'Agensa!

SICART DE MARIEVOLS

ZUMBA en los pinos el viento,
Ruge en las playas el mar:
Trovador ¿de dónde vienes?...
Trovador ¿á dónde vas

Destocada la cabeza,
Sin tu laud provenzal
Y el manto jirones hecho
Dejándolo en el zarzal?»

— «Dios te guarde, buen labriego;
Buen labriego catalán:
¿No ves estas hojas secas
Que arrebatá el vendaval?»

Vienen del valle que arrasan
Las tormentas al pasar;
Yo vengo de hermosa tierra
Que devasta la crueldad.

Esclava Tolosa gime;
Montón de polvo es mi hogar,
Y voy como van las hojas:
Donde quiere el huracán.»

Y sigue, sigue perdido,
Y ve con honda ansiedad
Una gran cruz sobre un muro,
Detras del muro, un altar;

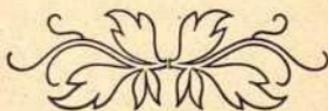
Y ante el altar de rodillas,
Olvido pidiendo y paz,
Trueca la veste y la espada
Por el áspero sayal.

Cuando la tarde declina,
El fraile, con loco afán,
Piensa que cantan los vientos
Trovas de gayo compás.

Ve, coronadas de rosas
Entre las nieblas flotar,
Visiones que le sonrien...
Y suspiran... y se van...

Y en el fondo de su pecho
Hay nubes de tempestad,
Y cual lluvia de esas nubes
Corre el llanto por su faz.

Agosto, 10, 1883.



Handwritten text, possibly a signature or date, located in the lower center of the page. The text is faint and appears to be written in a cursive or script style.



Mariposas

BANDADAS de mariposas
Que alegres revolotean
Vivos colores fingiendo
En sus alillas ligeras...

Que deslumbrando mi vista
Se apiñan, bullen y vuelan:
Por las que se van, me muerdo...
Si alguna cojo, cae muerta!..

¡Esas son las ilusiones!..
Y siempre... siempre he de verlas,
De lejos, ricas y hermosas...
Entre las manos, deshechas!..





En la inauguración del Teatro de la Princesa

el 15 de Octubre de 1885

Hoy, en tu aurora esplendente,
Yo te admiro al saludarte:
Digno templo sé del arte;
Digno estadio de la mente.
Vibre en tí la voz potente
Del genio que lucha y crea;
Y que en tí el público vea
Cómo á impulso del talento,
La vida del sentimiento
Llena el mundo de la idea.

Tu escena, como un profundo
Y misterioso cristal,
Reflejará colosal
Las tempestades del mundo,
Y el hecho grande y fecundo,
Y la costumbre sencilla:

Que el lago, si terso brilla,
Retrata fiel en su seno
El espacio de luz lleno,
Y las flores de la orilla.

Flores, que débiles ceden
Si los vientos las arrasan,
Son las costumbres que pasan
Y sin tregua se suceden;
Mas las edades no pueden
Del cielo el azul cambiar;
Y logra el lago copiar
Sus tormentas y su calma,
Siempre iguales, cual del alma
El sentir y el desear.

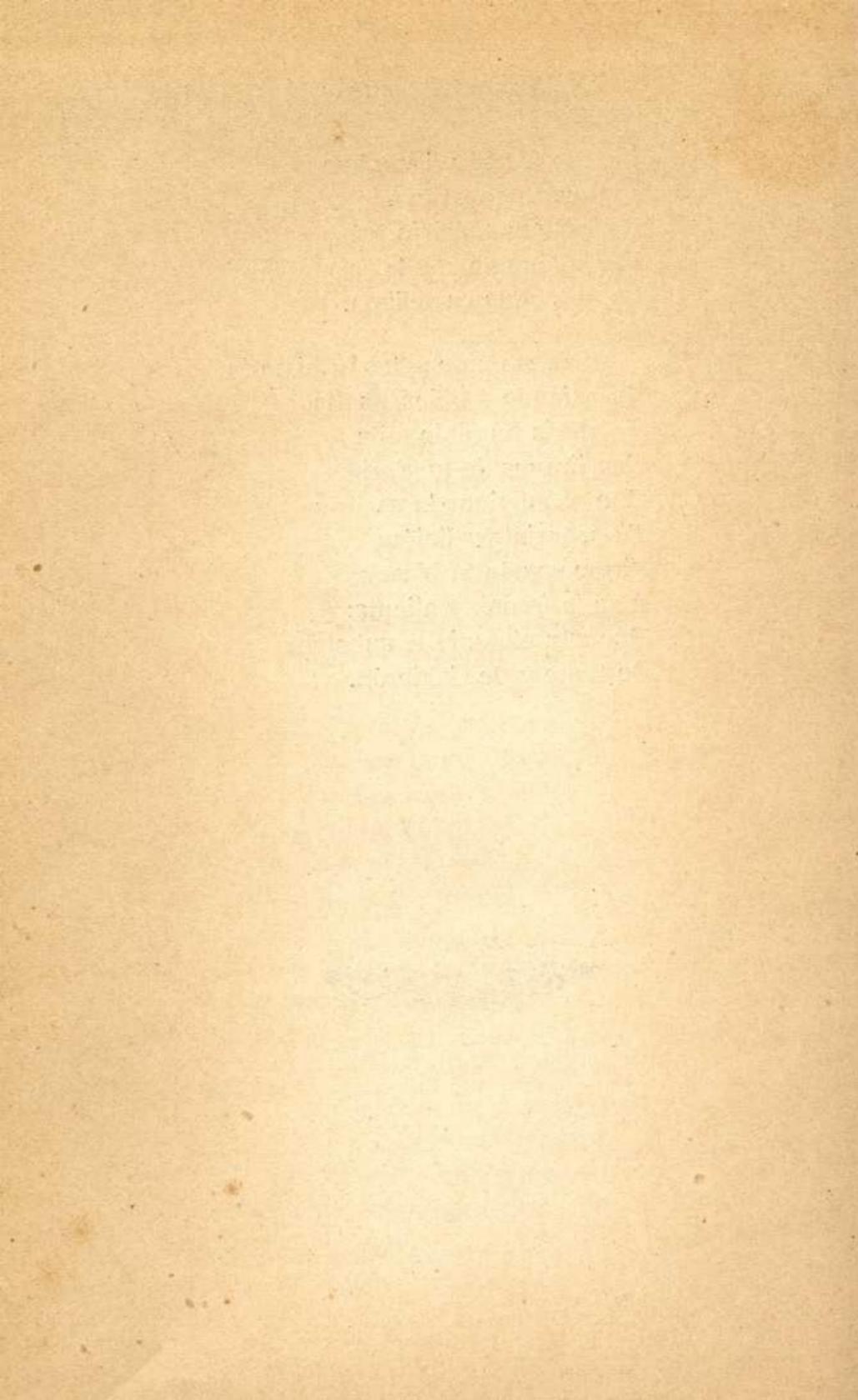
Refleja tú las pasiones
Que abrasan devoradoras;
Y las nubes seductoras
Hijas de las ilusiones:
Las altas aspiraciones
De la virtud y pureza;
Todo lo que de grandeza
Y de sentimiento en pós,
Eleva el arte hasta Dios,
En alas de la belleza.

Que en tí del bien y del mal
La eterna lucha se agite;
Que en tí el corazon palpите
Como en la vida réal..
Y la musa nacional,

La que fué gentil y ufana
Del teatro soberana,
Luzca, con su viejo brío,
El espléndido atavío
De la lengua castellana.

Musa, no amengües tu historia
Parodiando á quien un día
Su gloria humilde tejía
Con jirones de tu gloria.
Que no salpique la escoria
Tu señorial tradición:
Firme sostén tu blason;
Alza la frente, y alienta:
Que aún el genio te substenta
De Lope y de Calderón.







El Rey ha muerto

QUÉ obscuro está el cielo!..
¡Qué obscura mi patria!..
¡Qué lenta y qué grave
Su voz la campana
Da al viento, rogando
Con su toque de muerte por Él!..

¡Ay! cómo suspira!..
Qué cosas tan tristes
Sus ecos augustos
A mi alma le dicen!..
¡A mi alma, que inundan
Los recuerdos dichosos de ayer!..

¡Ayer! ¡cuán alegre
Cantaba yo entonces,
Mis frágiles himnos
Uniendo á las voces
Que acentos tenían
De entusiasmo, de gloria y de paz!

¡Y al són de aquel coro
Vibrante y sagrado,
Ví al Rey de mis sueños,
Que niño y gallardo
Al trono llegaba,
Bendiciones oyendo al pasar!...

Yo ví su camino
Cubierto de flores;
Yo ví, que luz nueva
Llenó el horizonte;
Yo ví en lontananza
Cual profética y grata visión.
Que en grupo ominoso,
Rugiendo de ira,
Discordia y licencia
Volaban vencidas;
Volaban, dejando
Ancha huella de sangre y dolor.

Y en vez del estruendo
Feróz de la guerra,
Oí ya por los campos
Chirriar la carreta
Que arrastran los bueyes
Á través de tupido maizal;
Y en vez de aquel humo
Fatídico y negro
Que el bronce vomita,
Ví el humo ligero
Que sube á la altura
Desde el seno del rústico hogar.

Ví al fin enlazados,
En vínculo estrecho,
Á creencias antiguas,
É ideales modernos,
Cual ramas nacientes
Engertadas en vieja raiz.
VÍ glorias futuras;
VÍ días de calma
Al són de aquel himno
Que alzó la campana....
¡La misma que hoy gime
Contristando mi pecho al gemir!

Hoy miro, al oirla,
Un pueblo enlutado
Tras un silencioso
Cortejo muy largo,
Que inspira tristeza
Con su lujo, su pompa real...
En filas muy anchas,
Con pasos muy lentos,
Barriendo la tierra
Con sus reposteros,
Los nobles corceles
Acompañan al Rey que se vá!..

Despues..., uniformes
En oro bordados;
Labradas casullas;
Obscuros penachos,
Y cruces de plata,
Y blandones de trémula luz!..

Y flores, que velan
La infausta carroza;
Y en ella, la espada,
La régia corona
Y el cetro; y ¡el Rey
Adormido en su negro ataud!

El órgano suena;
Perfuma el incienso
La bóveda altiva
Del gran monasterio. (1)
Y cantan los monges,
Y allá fuera, retumba el cañón.
Más tarde, en silencio
Las naves se quedan;
Se apagan las luces..
El mundo se aleja...
Ya el Rey con sus padres,
De la cruz á la sombra, se unió.

¿Por qué ese refugio
Buscar tan temprano?
¿Aún lleno de savia
Por qué muere el árbol
Que frutos opimos
Nos promete robusto y viril?
¿Por qué hasta el otoño
Cual otros no llega?
¿Por qué en su florida
Feráz primavera

(1) El Escorial.

Marchito y tronchado
Vá en el polvo, sus galas á hundir?

¿Quién sonda, Dios mio,
Tus juicios secretos?
¿Quién vé tras el muro
Que guarda sus restos,
Si rayos engendran
Esas nubes, que ciérnense ya?
¡Él, ay, de la vida
Venció en la batalla;
Pasó por el trono
Como una esperanza;
¡Le amaron, le lloran!..
¡Duerme, duerme, buen príncipe, en paz!..

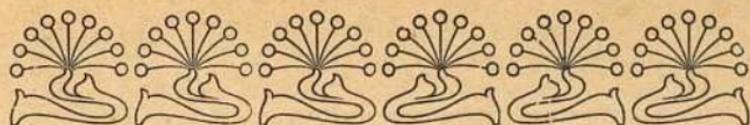
¡Qué tumba tan triste!
Parece que en ella
No solo el cadaver
De un hombre se encierra;
Parece que yerto
En su centro se apagan con Él,
Anhelos, memorias,
Brillantes presagios,
Las notas de un himno
Aún no terminado,
Que corta la muerte
Con su soplo glacial y cruel.

¡Helado está el día!
¡Cuán negro está todo!
Hay niebla en el cielo,

Hay llanto en los ojos,
Y sombras muy densas
En el fondo de aquel panteón....
Parece que exhalan
Sollozos de angustia,
Las hojas que mueren,
Los vientos que zumban.....
Los labios que rezan.....
Las campanas, que dicen: ¡Adiós!...

Noviembre 29—85





El Sacristán del Albaicín

INTRODUCCIÓN

UNA región seductora
Hay, hacia la fin de España,
Mágica y encantadora;
Un sol radiante la dora;
Un mar tranquilo la baña.

En ella crecen las flores
Lleno el cáliz de ambrosía;
Y en ella los ruiseñores
Cantan sus tiernos amores,
En la fresca selva umbría.

Bello tapiz de verdura
Es alfombra de su suelo;
Y nunca la nube oscura
Osa manchar la hermosura
Del limpio azul de su cielo.

De naranjos y rosales
Entre sus bosques graciosos,
Los transparentes cristales
De fugitivos raudales
Deslizanse bulliciosos.

Blancas quintas en la hondura
Véñse, y en las altas lomas,
Cubiertas por la espesura,
Ó suspensas en la altura
Como nidos de palomas.

Y en sus fértiles colinas,
Sobre desiguales riscos,
Entre flores peregrinas,
Yacen las pardas ruínas
De castillejos moriscos.

Aquel que ama la grandeza;
Aquel que gozar ansía
De fértil naturaleza,
Venga á admirar la belleza
De la alegre Andalucía.....

¡Andalucía! mansión
Del amor y los placeres;
No puede mi inspiración
Pintar en pobre canción,
Lo deliciosa que eres.....

En el lugar más ameno
De este encantado pensil,

En lugar de hechizos lleno
Por donde arrastra sereno
Sus corrientes el Genil,

Álzase un cerro elevado,
Cuya cumbre levantada,
Ha una iglesia coronado;
Y al pié del alto collado,
Está tendida Granada.

¡Granada!.... ¡Ciudad graciosa!
Odalisca voluptuosa;
Reina de la Andalucía.....
Tú eres de la patria mía
La flor más pura y hermosa.

Región alegre y bendita,
Madre de la inspiración;
De los génius favorita;
Cabe tus selvas habita
El ángel de la ilusión.

Existe en tí tal encanto,
Que mi corazón se inflama
Y eleva á tu gloria un canto;
Mas en él no cabe; es tanto
Que rebosa y se derrama.

¡Sultana de los amores!....
¿Quién habrá que á tí se eleve?
¿Quién no admira tus primores
Siendo tu manto de flores
Y tu corona de nieve?....

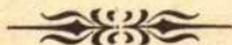
Mas volvamos á la altura
Do se ostenta el santuario
Que descuella en la espesura,
Dando severa hermosura
Á aquel lugar solitario.

Ha tres siglos, como ahora
La iglesia se levantaba
Del montecillo señora;
Y á San Cristóbal se implora
Allí, como se imploraba.

Y nos cuenta el pueblo de ella
Una amena tradición,
Tan sencilla como bella:
¡Oh, buen lector!... si sabella
Es agora tu intención,

Léela; mas, por vida mía,
De su belleza á dudar
No llegues con calma fría,
Al ver la ruda poesía
Con que la voy á contar.

Y tú, ciudad seductora,
Que eres de genios mansión
Y de las flores señora:
Presta á mi lira insonora
Un eco de inspiración.





I

ALEGRE, más que su patria;
Travieso y enamorado,
Siempre al placer entregado
Con indescriptible afán,
Ha tres siglos, que en el templo
Que yo agora describía,
Dice el pueblo que existía
Un mancebo Sacristán.

Él manejaba lo mismo
El hisopo que la espada;
Perseguía á una tapada
Ponderando su pasión.
Cantaba en el santo coro
Y en la obscura callejuela,
Al compás de su vihuela
Alzaba tierna canción.

Y lo mismo recitara
Á la luz de los ciriales
Los augustos funerales
Del que acaba de espirar,
Que decía dulces versos
De una mujer á la reja,
Ó que daba amante queja
Á quien presto ha de olvidar.

Cuando ocurría un rebato,
Él era siempre el primero,
Siempre brillaba su acero
Del lance en la confusión:
Y cuando todos los años
Llegaba del Santo el día,
Nadie cual él disponía
Una mística función.

Nadie cual él se portaba
En combate ó desafío;
Ni llegaba con tal brío
El contrario á desarmar.
Quien igualarle pudiera
De seguro no existía,
En el arte y la maestría
De embellecer un altar.

Y lo mismo le cuadraba
La sotana que el colete;
Lo mismo hacía un soneto,
Que manejaba un rocín;
Pero su iglesia entre todas

En primor se distinguía,
Y la atención atraía
Del barrio del Albaicín

Es la eterna pesadilla
De hermano, padre ó marido;
Y de los hombres temido
Por su audacia y su valor.
No se encuentra en todo el barrio
Ni tan solo una doncella,
Que no asegure ser ella
La que posee su amor.

Á una, con señas engrie;
Ofrece á estotra un suspiro,
Y siempre en amante giro
Como mariposa está:
Si en un nardo por ventura
Para descansar se posa,
Acierta á ver una rosa,
Y el nardo le cansa ya.

Todas llenan su deseo;
Toda mujer le recrea;
La hermosa, como la fea
Prueba su amor y desdén;
Y ronda de las moriscas
Las arábigas ventanas,
Que ni moras ni cristianas
Libres de su afán se ven.

Hoy canta al pié de la reja
De una que llama su gloria,

Y mañana ni memoria
Conserva de aquel amor;
Y audáz refriega mantiene,
Quizás con un camarada,
Por ver de alguna tapada
El semblante encantador.

- Y sin embargo el mancebo
Es de las bellas mimado;
Nadie cual él ha logrado
De tantas hacerse amar.
Y así corrían sus horas
En pendencias y placeres,
Enamorando mujeres
Y causando su pesar.

Es tal ¡oh lector! su antojo,
Llega á tanto su manía,
Que con faldas seguiría
Aunque fuera á Lucifer.
Mas si lo dudas acaso;
Si no crees en su locura,
Contarete una aventura
Y, por Dios, que lo has de ver.

Cierta noche que tornaba
De la ciudad fatigado,
Y quién sabe si cansado
De reñir ó enamorar,
Al atravesar su calle,
Por vieja dueña guardada
Y en su manto recatada,
Una dama vió cruzar.

Aunque brillaba la luna,
No distinguió su semblante;
Mas prendóle su talante,
Y su mórbida esbeltéz:
Intenta seguir osado
Á la incógnita doncella,
Y observa que vá tras ella
Un hombre más á su vez.

Mas nada importa á Ruy-Gómez;
«Mientras mi tizona ciña,
Dijo, me alegra la riña;
Por eso la llevo yo.»
Y oyóse entre él y el que sigue
Á la oculta dama apuesta,
Tal pregunta y tal respuesta:
— «¿Quién vá?» — «Quién nunca cedió.»

Se disputaron el paso
Mano poniendo á la espada;
En su casa, la tapada
Entró, «socorro,» al gritar.
Y al murmullo que formaban
Tocándose los aceros,
Véense por do quier ligeros
Los alguaciles llegar.

— «Ténganse al Rey:» exclamaron;
Mas ello caso no hacían
Y en batirse proseguían
Hasta que el hombre cayó.
Y los corchetes veloces

Sobre el sacristán vinieron,
Y á pesar que muchos fueron,
Gallardo se defendió.

Acorraló tres ó cuatro,
Por satisfacer su antojo;
Pero vencido su arrojo,
Herido cayó tambien:
Entonces lo recogieron
Y á una prisión lo llevaron,
Donde por fin lo curaron
Si no muy pronto, muy bien.

Cuando salió, por las noches
Cantaba á su ser amado,
Que tanto le hubo costado
Aunque sin verle jamás:
Y al cabo, su mala suerte
Quiso que abriese la reja,
Y hallóse con una vieja
Más fea que Satanás.

Pues no pienses, lector mío,
Que por eso escarmentara,
Ni que cuerdo abandonara
La carrera que emprendió.
El Cura le reprendía
Con juiciosas reflexiones;
Pero tan santas lecciones
Al olvido siempre dió.

Si alguna vez placentero
Al sério párroco hallaba,

Y si ocasión encontraba
Para sus chistes decir,
Á pesar de su justicia
Y de su extrema medida,
Tambien el bueno del Cura,
Acababa por reir.

Y en constantes devaneos
Su vida alegre pasaba,
Y tras el placer volaba
Con indescriptible afán:
Siempre forjando en su mente
Mil extrañas aventuras;
Siempre soñando locuras
El travieso sacristán.

II

Es una tarde de estío;
Una tarde dulce y vaga,
De esas que en sueños felices
Hacen que se aduerma el alma.
El ave torna á su nido;
Mécese la flor lozana;
Cruza el azul firmamento
Una nubecilla blanca;
Por los bosques se deslizan
Murmurando las cascadas,

Y la reina de la noche
Por el Oriente se alza.
Y es tal la grata armonía
Del avecilla que canta,
Y del ambiente que gime,
Y de las hojas y el agua,
Que el espíritu suspende
Con su encantadora magia,
Y el labio guarda silencio,
Y al Criador bendice el alma.
Y en ese adiós misterioso
Que dan al día las auras,
Y la pura flor del valle
Y el árbol de la montaña;
En ese tierno saludo
Que la natura levanta
Al astro que la ilumina,
Á la luna solitaria,
¿Quién no percibe los ecos,
Las melodías que vagan
Entre las flores dormidas,
Ó de la brisa en las alas?
¿Quién no comprende mil voces
Que al corazón mudas hablan,
Voces de tristes recuerdos
Ó de ilusiones amadas?
¡Ah! ¿quién no sueña á esas horas
Con las dichas que pasaran;
Con delirios de ventura,
Con risueñas esperanzas?
Y si es la apacible tarde
Doquiera tranquila y mágica;

Si gratos sueños provoca,
Si arroba doquier y encanta,
Aún más lánguida parece
De la poesía en la patria:
Entre bosques de jazmines,
Bajo el cielo de Granada.

.
.

De esta ciudad seductora
En una modesta estancia,
Adornada, si con gusto,
Entre morisca y cristiana;
Sobre blandos almohadones
Una niña recostada,
Estática al cielo mira
Por la entreabierta ventana.
Sus ojos grandes y negros,
Su téz, como el mármol blanca,
Dánle la dulce apariencia
De una peregrina hada.
Aspira el céfiro blando
Que perfuman las acacias,
Y sobre su cuello mece
Los negros rizos el aura.
En la luna, que se eleva,
Fija tiene su mirada;
Pues por lo pura y hermosa,
Es imágen de su alma.
Quizá los ecos del valle
Le están diciendo: ¡esperanza!...
Y la pobre niña sueña,
Y las sombras adelantan.

Distraída de tal suerte
La bella joven estaba
En sus vagos pensamientos
Y en sus ilusiones gratas,
Que no escuchó de su dueña
La voz cual vieja cascada,
Que le decia:— «Zulima,
Mosen Jimeno te aguarda:
¿No me atiendes? vé que es tarde,
Y se aproxima á la estancia.»
Y la niña, en sí volviendò,
Dijo:— «¿Llamais, doña Sancha?....
Pues qué, ya es hora?» Y callaron
En este momento entrambas,
Puesto que abrióse la puerta,
Y en el camarín dió entrada
Á un severo sacerdote
De presencia noble y santa,
Que á las mujeres dirige
Afable, aquestas palabras:
— «Sea Dios con vosotras, hijas.»
— «Él, Padre, os tenga en su gracia;»
Respondióle la más jóven
Con voz cual la brisa grata.
Toma el preceptor asiento
En un sillón de badana,
Y á sus piés, sobre cojines,
Se acomoda la muchacha.
En el instante, entre ambos
Diálogo grave se entabla;
De Dios el ministro explica
La augusta moral cristiana;

Hace ver que del profeta
La creencia, es una farsa;
Habla del Verbo Divino,
De su pura Madre casta,
Y la muchacha le oye
Con tal grandeza arrobada,
Grabando atenta, en el fondo
Del corazón, sus palabras.

Y agora has de ver, lector,
Si tienes paciencia y calma
Quién es la jóven que escucha,
Quién, el anciano que habla.

Es la hermosa, una morisca
Huérfana desde la infancia,
Y al cuidado de una dueña,
Por sus padres confiada.
Es una modesta rosa
Pobre, oculta, solitaria,
Que en los vergeles del mundo
Nunca ha lucido sus galas.
Una inocente paloma
En la red aprisionada,
Que por el azul del cielo,
Jamás extendió sus alas.
Bello trasunto en la tierra
De las huries gallardas,
Que su profeta nos pinta
Del edén en la morada.
Diez y seis abriles cuenta;
Zulima, cual ves, la llaman;
Y es su talle tan esbelto,
Como el tronco de la palma,

Mas quien un ángel ser puede,
Quien tal pureza guardara,
¿Porqué habrá de compararse
Á mentida hurí profana?
Por eso, sí; porque brille
La luz divina en su alma
De triste error disipando
Las densas nubes opacas,
Se dirije por las tardes
Un sacerdote á su estancia,
Sembrando en su pecho virgen
De fé la semilla santa.
Ya del sagrado bautismo
Tan solo restan las aguas,
Para que Zulima quede
Del todo regenerada;
Y el que con ardiente celo
Por su conversión se afana,
Es el Cura de la iglesia
Que á San Cristóbal proclama.
Cuando verla disponía,
Mucho el Capellán curaba
De que nunca el monaguillo
Hasta allí le acompañara,
Ocultándole existiera
Una jóven tan gallarda,
Que está por el arzobispo
Á su amparo confiada;
Pero si entrar la veía
É imprudente preguntaba,
Responde Mosen Jimeno,
Que moraba allí una anciana:

Pues como nunca la mora
En los paseos brillaba
Y la faz hermosa siempre
Por el velo está vedada,
El piadoso sacerdote
Su justo deseo alcanza,
Y el sacristán no sospecha,
Y así la bola rodaba.

¡Mas, ay de aquel que anhelase
Con una débil muralla
Contener de algún torrente
Las embravecidas aguas!....
¡Ay de aquel que el raudo vuelo
Intente cortar del águila,
Y que hasta el sol no se eleve,
Cuando le deja las alas!....
¡Ay del que abriga Ruy-Gómez
De engañarte la esperanza,
Y, confiado, no cuida
De tu ingenio y de tu audacia!....

III

Como siempre enamorado,
Más que nunca pendenciero,
Era el sacristán Ruy-Gómez
Cada día más travieso.
Ya varias veces pasara

Por la casa, do severo
El buen párroco prohibióle
Que le siguiera indiscreto,
Y en los alféizares viera
De flores graciosos tiestos,
Cuyas límpidas corolas
Dán sus perfumes al viento.
Una noche que cruzaba
Por esa calle, suspenso
En medio de ella paróse
Una dulce voz oyendo,
Que acompañada de un arpa
Turba divina el silencio,
Más grata que los quejidos
De las fuentes y del céfiro.
Admirase el buen Ruy-Gómez,
Observa do sale el eco;
Y es, de la casa que él nombra
La casa de los misterios.
Dió alegre una carcajada;
Y su camino siguiendo,
Aquestas frases murmura
Entre indignado y risueño:
— «¡Con que una vieja impedida
Cual ángel canta del cielo!
¡Una vieja expresa al arpa
Amorosos sentimientos!....
Ma si es urraca ó paloma
Lo que de ese nido hay dentro,
Por Dios vivo que muy pronto,
Pese á quien pese, he de verlo.»

Muy pocos días despues,
Modesta virtud fingiendo,
Por la dueña de la casa
Pregunta nuestro mancebo.
Logra penetrar osado,
Dirijese á un aposento,
Y en el umbral se detiene
Entre admirado y suspenso.
Con su dueña doña Sancha
Está Zulima de él dentro;
Y al ver su rara hermosura,
Dijo Ruy-Gómez á él mesmo:
— «¡Oh! ya dí con la paloma
Que guardan con tanto esmero;
Y por cierto que merece
Que se arrostre cualquier riesgo.»
— «¿Qué se os ofrece?» — La anciana
Dijo, las cejas frunciendo.
Y él respondióle: — «Señora,
Hablar con vos un momento.»
Entonces la hermosa jóven
Iba á abandonar su puesto,
Porque á solas se quedasen
Doña Sancha y el mancebo;
Mas advertido por éste,
Impidióselo ligero,
Con afable cortesía
De esta manera diciendo:
— «No es asunto reservado;
Y si no os enojo en ello,
Á suplicar que me oigáis,
También agora me atrevo.»

Siéntase á su vez el mozo,
Cede la niña á su ruego,
Y él, con aire mogigato,
Su plática empieza en esto:
— «Soy el sacristán, señora,
De aqueste vecino templo
Que á San Cristóbal bendito,
Dá culto rendido y tierno:
Y llegando pronto el día
Del divino patrón nuestro,
Y como son de la iglesia
Los recursos tan pequeños,
Á demandaros humilde
Alguna limosna vengo:
Haced esta buena obra,
Que ha de premiaros el cielo.»
Una bolsa presentóles,
Dichas frases concluyendo,
Y doña Sancha, piadosa,
Contestóle en estos términos:
— «Mucho, por cierto, me place
Al Santo servir en esto;
Mas por mis cortos haberes,
No puedo dar cuanto quiero.»
Y al concluir, en la bolsa
Varias monedas cayeron,
Prodigando el sacristán
Muy corteses cumplimientos.
Después se despide de ellas,
Baja la escalera presto,
Y á su iglesia se dirige
Con malicia sonriendo.

— «¡Conque una jóven tan bella,
Dice, oculta en ese encierro!
¡Conque la hermosa paloma
Me finjian por mochuelo!....
He descubierto un tesoro;
Una joya he descubierto;
Por Dios que aquesta conquista
Ha de valerme por ciento.»

Algunas noches más tarde
De este gran descubrimiento,
Bajo una tapia arruinada
Que sirve de cerca á un huerto,
Oyóse, cuando la luna
Señora del firmamento
Inunda la tierra opaca
Con su pálido reflejo;
Cuando todo calla ó duerme
En imponente silencio,
Cuando tan solo se escucha
El vago silbar del viento,
De una vihuela sonora
El dulce y amante eco,
Que suavísima acompaña
Un canto amoroso y tierno.
Vieja celosía abrióse
Que caía sobre el huerto,
Y en ella la blanca luna
Iluminó desde el cielo,
De una jóven seductora
El puro contorno bello.

Era blanco su vestido;
Y rodaban sobre el seno,
Deshechos en vagas ondas,
Sus brillantes rizos negros.
Absorto al ver la hermosura
Contemplábala el mancebo,
Cual aparición celeste
Que cruza rápida el suelo.
La niña, de entre sus flores
Coje un azul pensamiento,
Y al trovador se lo arroja,
Ligera desapareciendo.
Él su ventura comprende;
Imprime en la flor un beso;
Arranca un eco á su guzla
Lleno de pasión y fuego,
Y embozándose en su capa
Se oyen sus pisadas luego,
Quedando la obscura calle
Sumergida en el silencio.

IV

¡Ay de aquel que necio intenta
Jugar con flechas de acero,
Y que asegura altanero
Que sobra la precaución!....
¿No es muy fácil que algún día,
Si le falta la fortuna,

Ose, por vengarse; alguna
Traspasarle el corazón?

¿No es muy fácil que el que osado
Siempre entre fuego camina
Y que imprudente imagina
Que éste lo ha de respetar,
Se engañe, y por su desdicha
Venga el día que no espera,
Y en el fuego que encendiera
Lléguesé él mismo á abrasar?

Esto acontece á Ruy-Gómez,
El que vive entre placeres,
Enamorando mujeres
Y causando su dolor.
¡Ay! también el calavera,
Después de locura tanta,
Siente que en él se levanta
Un pensamiento de amor.

Él no comprende sin duda
Ese afán desconocido;
No comprende, por qué ha huido
Su antiguo y alegre afán;
Sus camaradas se asombran
Al ver que triste suspira;
Y de sí mismo se admira
El travieso sacristán.

Ya de todas las tapadas
El rostro mirar no anhela;
No se escucha su vihuela

Vibrar cual antes doquier:
Que solo de un huerto humilde
Bajo la tapia caída,
Alza su trova sentida
Por una sola mujer.

Solo contempla la imagen
De una niña seductora:
Vé tan solo de la mora
El semblante encantador.
Recuérdanle su belleza
La blanca nube que gira,
Y la brisa que suspira,
Y la sonrosada flor.

Quizá en Zulima buscaba
Alguna nueva aventura;
No pensó que la hermosura
Pudíerale al fin vencer.
Y sin que él se percibiera,
Le dominaba imperiosa
Una impresión misteriosa
Que trastornaba su sér.

Y la graciosa morisca
Que esta emoción inspiraba,
Que por desdicha causaba
Del sacristán la ilusión,
En el fondo de su pecho
También la llama sentía
Que del mancebo oprimía
El vehemente corazón.

Al escuchar de Ruy-Gómez
Las expresiones fogosas
Y las frases amorosas
Que pintan su padecer,
Piensa hallar el alma tierna
Que la suya ha adivinado,
Y su pecho enamorado
Se extremece de placer.

Y así pasaban los días,
Soñando la niña bella,
Y enamorándose de ella
Ruy-Gómez, con ciego ardor.
Y el sacristán revoltoso
Que siempre vivió engañando,
Ya se humilla al yugo blando
De un puro y sublime amor.

En una estancia, aunque pobre,
Con gran primor alhajada,
De una lámpara alumbrada,
Dos hombres solos están.
En un sillón de vaqueta,
Uno sentado, es el cura;
De pié, en humilde postura,
Ruy-Gómez el sacristán.

Y ahora, lector, escuchemos,
Que mucho nos interesa,
Ver en la plática esa

Lo que al cabo aconteció.
Está el jóven cabizbajo
Él, que siempre fué altanero;
Y, más que nunca severo,
Así el anciano le habló:

— «Sí, Ruy-Gómez, es preciso
Que abandones tu locura;
¿Á esa jóven tierna y pura
Qué le puedes ofrecer?
¿Por qué intentas en tu anhelo,
Con esa pasión mentida,
Hacer que pase su vida
En continuo padecer?

»Mas yo por ella me afano,
Su suerte me dá desvelos,
Pues soy, después de los cielos,
Su padre, su protector:
Por eso miro con pena
Ese tu delirio infando;
Por eso, Gómez, te mando
Que desistas de ese amor.

»Abandónalo, insensato;
Deja aqueese desvario;
¡Oh! ¿de la mora, hijo mío,
No es cierto te alejarás?»
Aquí callóse el buen Cura;
Quedó en silencio la estancia,
Y al fin con fiera arrogancia
Responde el jóven:— «Jamás.»

— «¿Qué has dicho?» — «Señor, yo adoro
Á esa morisca hechicera;
Por ella, contento diera
Hasta el mismo corazón:
Ella ha podido inspirarme
Un amor ciego, profundo;
Y nada existe en el mundo
Que destruya mi pasión.»

— «¡Á cuántas dices lo mismo!
¿Más de mil no has engañado?
¿La desdicha no has causado
De tanta pobre mujer?
¿Por qué aquesta no abandonas
Antes que te adore ella?
¿Ó quieres, porque es más bella,
Hacerla más padecer?»

— «Es cierto que dí al olvido
Á tanta y tanta hermosura;
Pero Zulima es tan pura...
¡Oh!... sí, padre... ¿sabeis vos?....»
— «Yo no sé sino que debes
Alejarte de la mora;
Sé, que te lo mando ahora;
Lo mando en nombre de Dios.

Mas si acaso, á pesar mío,
Sigues en tu loco anhelo,
¡Oh! te juro por el cielo
Que buen remedio pondré.»
Esto dijo, y levantóse;



Estaba Ruy demudado,
Y él, de la estancia, enojado,
Á largos pasos se fué.

Solo el sacristán se queda;
Y, despechado ó furioso,
Abismado y silencioso,
Arrójase en el sitial:
Y allí quizás delirante
Á los cielos se quejaba;
Por vez primera luchaba
Con su destino fatal.

— «¡Conque es verdad que la amo!...
Á sus solas se decía—;
Tambien en el alma mía
Tiene vida una pasión...
¡Y yo que pensara, necio,
Que juego tan solo era,
Siento arder horrible hoguera
Que trastorna mi razón....!»

«¡Oh!... ¡conque el amor existe!..
Insensato me burlaba,
Y nunca, nunca juzgaba
Pudiera en mi pecho arder:
Y ahora me siento arrastrado...
(Es tanta mi desventura),
Por la cándida hermosura
De una célica mujer.»

«Mas... si..., debo abandonarla;
Razón ese hombre tenía;

¿Es acaso el alma mía
Digna de tan puro amor?
Será tal vez más dichosa
Si pronto de ella me alejo....
Sí..., sí..., la dejo..., la dejo.....
Tendré para ello valor.»

«Mas sin duda yo deliro;
¿Á dónde está mi osadía?
¿Ruy-Gómez, á quien temía
Todo el que sabe reñir...
Así, por Dios, se amilana
En mitad de su carrera,
Y por una pasión fiera
Vé su entusiasmo morir?»

«Yo la adoro, sí, la adoro
Con sin igual desvarío;
Ya no es dado al pecho mío
Contener esta emoción.
¡Adelante! ¡vive el cielo!...
Existe riesgo, ¡qué importa,
Si cualquiera empresa es corta
Para mi gran corazón!...

«El párroco se confía
En robarme su hermosura:
Dijo: «si es tal tu locura,
Mis medidas tomaré.»
¡Oh! que las tome en buen hora,
No ha de cumplirse su anhelo;
Que yo juro, por el cielo,
Que estorbárselo sabré.»

Y así diciendo, se ciñe
Su tizona á la cintura:
En su grande capa obscura,
Con donaire se envolvió:
Ancho chambergo calóse,
Y hasta la calle bajando,
Por otras atravesando,
Ligero desapareció.

Blanca la luna brillaba
En el azul firmamento;
Tranquilo el mundo callaba,
Y dulcemente jugaba
Con los álamos el viento.

Era de Otoño una hermosa
Clara noche silenciosa;
Y las áuras que bullían
Las hojas que ya caían,
Arrastraban presurosas.

Entre las límpidas flores
Que un huertecillo ostentaba,
Al céfiro dando olores,
De la luna á los fulgores
Errante bulto vagaba.

Sonó una palmada fuera,
Otra dentro contestó;
Y al escuchar la postrera,
Un embozado que espera
La débil tapia escaló.

— «Zulima, Zulima mía,
Tal vez mucho tardaría;»
Dice el jóven, y ella exclama:
— «¿Cómo quien tanto te ama
Sin afán esperaría?»

Y de la fuente al rumor,
Dichosos gozando están,
En éxtasis seductor,
Sueños de paz y de amor
La mora y el sacristán.

Mas despues que tiernamente
Eterna fé se juraron
En loco entusiasmo ardiente,
Con puro fuego vehemente
Esta plática entablaron:

— «Zulima, exclama el amante;
Tú dijiste, que me adora
El alma tuya constante:
¿Nunca serás inconstante?»
— «Nunca:» repuso la mora.

— «Pues bien: existe, alma mía,
Quien quiere nuestra ventura
Impedir con saña impía;
Quien con placer causaría
Nuestra eterna desventura.»

«Existe, sí, quien ordena
Que yo te deje de amar;
Quien á sufrir nos condena,

Y quien nuestras almas llena
De eterno, inmenso pesar.

«Pretenden, en su locura,
Que dejemos de adorarnos;
Y aun para más amargura,
Privarme de tu hermosura:
Para siempre separarnos.

«Intentan quitar la vida,
Á quien anhela vivir
Por tí solo, mi querida;
Que una esperanza perdida
Nos haga á los dos morir.»

— «¿Estás diciendo verdad?
¿Quién á nuestro puro amor
Se opone con tal crueldad?
¿Quién muestra tanta impiedad?»
— «El cura.» — «¡Mi protector!....»

«Sí, Zulima, no hay remedio;
Él separarnos ansia,
Y busca oportuno medio;
Quizá, de los dos por medio,
Pondrá toda Andalucía.

¿Y si te alejan de aquí,
Dime: ¿dichosa serás
Viviendo léjos de mí?»
La mora, con frenesí,
Dijo llorando: «¡Jamás!....»

— «Pues tan solo un medio hallo
Que nuestra desgracia impida:
Mañana, al cantar el gallo,
Sobre un ligero caballo
Partimos de aquí, mi vida.

— «¡Oh! ¿qué dices?» — «Es forzoso,
Si dichosa quieres ser;
Si un porvenir venturoso
Quieres cambiar amoroso,
Por otro de padecer.»

— «¡Huir, nunca!» — «Entónces, bien mío,
Nuestra existencia será
Un sendero triste, umbrío,
Que solo al sepulcro frío
Entre duelo nos guiará.

No pienses, hermosa mía:
Nunca digas que es amor
Lo que tu pecho sentía;
Pues si amor fuera, tendría
Para seguirme valor.

Nunca, nunca me has amado:
El cariño que he soñado
Fué solo, gran Dios, mentido;
Mas si gozaba dormido,
¿Por qué, di, me has despertado?»

— «Ruy-Gómez, ¿dudas así
De mi amante corazón?
¡Harto infelice nací!...

¿Y así pagas ¡ay de mí!...
Tan acendrada pasión?»

— «¡Oh! pues entonces, huyamos
De la desdicha inhumana
Que por doquier encontramos:
Mañana, mi bien, partamos.»
— «¿Cómo? ¿tan pronto? ¿mañana?»

— «Sí, sí; mañana, alma mía,
De aquí saldremos los dos
Antes que despunte el día.»
— «¡Tan presto! ¡Virgen María!»
— «Adios, mi Zulima.» — «¡Adios!...»

Y en placer trocando el duelo,
Dijo, la tapia al bajar
Ruy-Gómez, con loco anhelo:
— «¡Oh! se verá por el cielo,
Quién la empresa ha de ganar.»

Mas la pobre niña, cuando
Su amante desapareció,
Triste los ojos alzando
Y con dolor sollozando,
Sobre la yerba cayó.

V.

Era una noche del Otoño frío;
Mil negros nubarrones se mecían
Por el ancho vacío,
Y á la luna impedían
Que su luz pura, misteriosa y clara,
Sobre la obscura tierra derramara.

Ni tan solo una estrella
Su lumbre centellante, purpurina,
Suavisima destella;
La tormenta rugiendo se avecina,
Y en empuje violento,
Óyese solo rebramar el viento.

Por el negro horizonte,
Algún rojo relámpago cruzaba
Y con rápida luz le iluminaba,
Como en el alma que el dolor oprime
Y desdichada gime
Por su ventura y su ilusión perdida,
Cruza, quizás, radiante y misteriosa
Una esperanza hermosa,
Que dulce alienta con su luz la vida.

.
.

Está Ruy-Gómez para el rapto presto,
Aunque vago temor le detuviera;
En la torre cercana

Vibra por doce veces la campana,
Que es la señal que decidido espera.
Y entónces, presuroso,
En su capa se envuelve cauteloso,
Y dice para sí: — «Por vida mía,
¿En dónde están mi arrojo y mi osadía?
¿Yo, cielos, temeroso?
¡Por Dios vivo, que nadie lo creería!..»
Baja á la calle, osado;
Hasta la casa llega de la mora,
Y silba el huracán descadenado,
Y avanza la tormenta aterradora.

Un momento más tarde,
Inocente Zulima le seguía.
Aunque triste lloraba;
Ruy-Gómez con amor la consolaba,
Y casi la infeliz desfallecía.
Algunas anchas gotas
Humedecen el suelo,
Ya desprendidas de las nubes rotas;
Los amantes, en tanto, caminaban
Y por torcidas calles se alejaban.
Era todo pavora;
No sabe el robador dónde ocultarse
Con la infeliz y cándida hermosura,
Y solo se cuidaba de alejarse
Caminando los dos á la ventura.
Y mucho caminaron;
Á la jóven la fuerza le faltaba;
Los truenos arreciaron,
Y así, Zulima, en su dolor clamaba:

— «¿Oyes?... ¿Oyes?... parece
Que el mundo en sus cimientos se estremece:
Esos vagos ruidos
Que medrosos se escuchan;
Del vendabal rugiente los silbidos;
Los elementos que terribles luchan,
¡Ay! me asemejan voces espantosas
Que doquier nos reprenden misteriosas.»
— «No temas, alma mía;
Tu corazón aliente;»
El mancebo amoroso le decía.
Mas él también sufría,
Vacilaba su mente,
Y ya, profundamente,
Á su pesar, también, se estremecía.
— «¡Oh!... ya verás, hermosa...
Dice á Zulimá, su emoción calmando,
Cómo serás dichosa,
Cuando salgamos de esta tierra, cuando
Pueda llamarte para siempre esposa.
¡Ah! piensa en mis amores,
Abandona, bien mío, tus temores
Y los presentimientos horrorosos:
El porvenir se cubre de mil flores;
Seremos muy dichosos!»
— «¡Ay! que el cielo lo quiera;
Mas mi angustiado corazón, no espera...»
Y aquí un fuerte relámpago ilumina
El negro firmamento;
Estalla un trueno horrible, brama el viento
Con furia tan insana,
Que á su empuje violento

Suena por él herida la campana.
Y á la rojiza luz de la centella,
De la iglesia se ven bajo la torre;
Frío sudor por la mejilla corre
Del raptor atrevido,
Que al verla, del relámpago al destello,
Más que nunca se siente conmovido;
Sobre su frente erízase el cabello.....

Entonces, sin saber ni lo que intenta,
De la iglesia se arrima al santo muro;
De su recinto obscuro,
Una sombra salió que le detiene;
Desasirse procura,
Y en el hombre, que osado le contiene,
Al fin, temblando, reconoce al cura.
— «¿Á dónde vas?» Le grita:
«¿Qué espíritu infernal te precipita?»
— «¡Dejadme!... clama el jóven;
Dejadme, Señor, presto.»
— «No; no.» — Y oyendo esto,
De su acero frénético se vale
El insensato, que con mano airada
Aséstale en el pecho una estocada.

Dá un grito, y se desmaya la belleza;
Recíbela en sus brazos con presteza;
Escucha del torrente
El cercano mugir, y delirante
Hacia él se arroja rápido y vehemente,
Sin meditar sus pasos el amante;
Y en la locura aquesta,
Baja ligero del *Chapiz* la cuesta.
Á orilla está del río;

Pasarle intenta en ciego desvarío:
Ansioso busca un puente
De desiguales troncos que allí había,
Hállale al fin; por él con osadía
El mancebo atrevido se adelanta,
Y apenas de la orilla se ha alejado,
Siente confuso vacilar su planta,
Y húndese en la corriente desplomado.
En sí vuelve la mora,
Y al hallar á su amante
En lucha con el agua aterradora,
Exclama en su agonía:

— «¡Sálvanos por piedad, Virgen María!»

Rásganse, entónces, las opacas nubes,
Y hendiendo el éter con su ráudo vuelo,
Cubierta de esplendor que desvanece,
En los aires diáfana aparece
Una visión magnífica del cielo.

Era un ángel de blanca vestidura,
Que en el espacio inmenso se mecía;
Luz misteriosa y pura
Sus célicos contornos envolvía;
Con su fulgor las sombras disipaba
Y á la tierra llegaba,
Mientras el torrente con su saña impía,
Á los tristes amantes arrastraba.
Las olas, impelíanse violentas
Y la muerte horrorosa
Por doquier se presenta pavorosa;
É infelices luchando,
Entre las ondas vánse sepultando....

Mas entónces el ángel misterioso,

La aparición divina y bienhechora,
Hasta las aguas descendió piadoso,
Y á elevarse volvió magestuoso,
Llevando entre sus brazos á la mora.

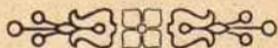
El sacristán, pasmado,
Con tan sublime celestial grandeza,
Al contemplarla atónito, extasiado,
También quiere volar entusiasmado
Á la mansión de luz y de pureza;
Y asiéndose del ángel
Á la blanca y brillante vestidura,
Sueña ya salvo remontarse al cielo,
Y piensa, en su locura,
Que ha de lograrse su insensato anhelo.

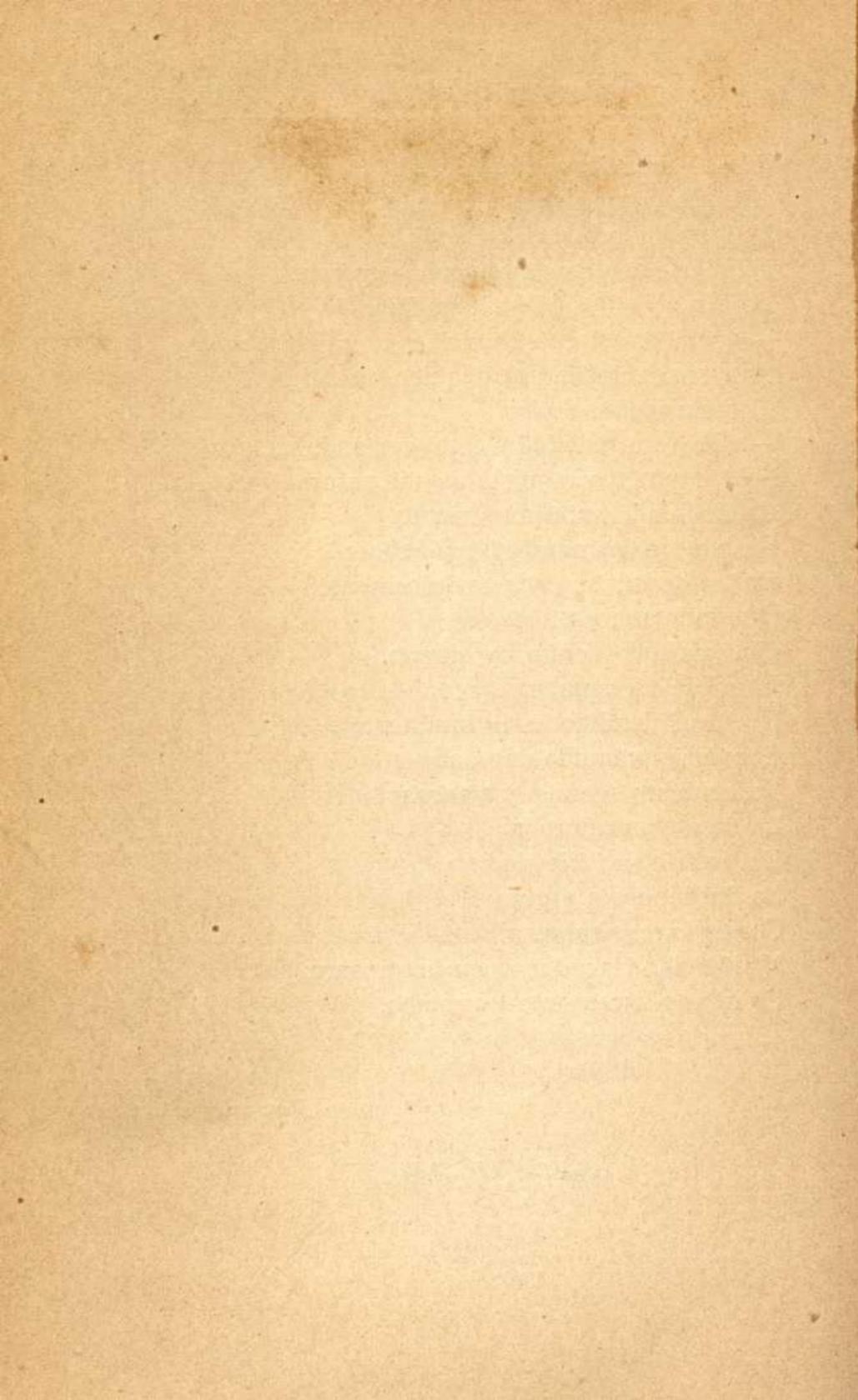
Pero negro, horroroso,
Por sus ojos mil llamas arrojando,
Un bulto aparecióle monstruoso
De tosca faz sombría,
Que con afán horrendo
Su cabellera asiendo
Otra vez al torrente le impelia.
Luchar en vano intenta
Con la infernal visión aterradora;
Y mientras se elevaba
La blanca aparición consoladora,
El negro bulto siempre le impulsaba;
Y entre tanto que rápido se hundía,
El ángel con la mora
En el inmenso espacio se perdía.....

.
.

Y aquí, lector, llegando;

Ruy-Gómez despertando,
Absorto vió que sueño había sido
Toda la historia esa:
Y hallóse con espanto y con sorpresa,
Bajo la reja de su amor, tendido.
— «¿Qué es esto, santo cielo?»
Confuso exclama, por doquier mirando
Con sin igual anhelo;
— «¿Es esto realidad ó estoy soñando?.....»
Y entonces vió que la rosada aurora
Apareciendo pura por Oriente,
Su lumbre derramaba bienhechora
En los dormidos campos dulcemente:
Que todo sonreía,
Que era todo ventura y alegría.
El sol se adelantaba
En su espléndido carro luminoso;
El avecilla cándida entonaba
Dulce canto sencillo y amoroso;
La fuente murmuraba;
Entreabría su cáliz oloroso
La flor modesta y pura;
Contento respiraba,
Y al Divino Hacedor de su hermosura
Un himno sacrosanto levantaba.







CONCLUSIÓN

VI

UN año después, lector,
De la aparición divina,
En la Cartuja un novicio
El hábito se vestía.
Mil curiosos presenciaban
La ceremonia que admira,
Pues era el severo monge,
¿Quién sospecharlo podría?
El constante pendenciero
Que entre amorosas conquistas,
Siendo escándalo de todos,
Ha poco tiempo vivía:
El que rondaba las rejas
Á cristianas y moriscas,
De padre, hermano ó marido
Cual eterna pesadilla.
Era aquél, que á sus locuras

Fama sin igual debía;
Era el sacristán Ruy-Gómez,
El de las audaces riñas.
¡Oh! ¡qué el sueño misterioso
Á su conciencia diría,
Cuando en cláustro solitario
Sepulta humilde su vida!
Y diz que ya penitente
De ejemplo santo servía,
Siendo su virtud severa
Por todos reconocida.

En el buen convento, que
Santa Isabel patrocina,
Una joven profesaba,
Tal vez en el mismo día.
En el mundo la nombraron
Mientras mora fué, Zulima;
Y hora en el claustro cristiana,
Todos la llaman María.
¡Ay! que la vision nocturna
También supo la morisca,
Renunciando para siempre
La vanidad de la vida.
Y ya religiosos ambos
Allá en su estancia tranquila,
Tan solo á Dios se entregaban
El sacristán y la niña.

Algunos años más tarde,
Bajo dos losas sencillas

Sobre las cuales sus ramas
Lánguidos sáuces inclinan,
De aquellos tristes amantes
Se encerraban las cenizas,
Y brotaban sobre ellas
Las campestres florecillas.
La lámpara mortuoria
Que estas tumbas ilumina,
Es el astro de la noche
Cuando en el espacio brilla;
El llanto, el puro rocío
Que grata la aurora envía;
Los suspiros... son muy dulces:
¡Los suspiros de la brisa!....





Abderrahmán-Ben-Moawiá

INTRODUCCIÓN

BENDITO aquél en cuya augusta mano
Los imperios están y las naciones;
Bendito aquél, que soberano y justo
El corazón gobierna de los hombres.

El que presta su brillo á los luceros;
El que los prados coronó de flores;
Aquel Señor, á cuya voz saliera
De los abismos de la nada el orbe.

Estaba escrito en las eternas tablas,
Que solo Dios en su poder conoce,
Que la gloria de Siria sucumbiese
De los Moawiá con la familia noble.

Y que espléndido trono dominara
En distantes bellisimas regiones,
En hermosa ciudad, que el ancho mundo
Presto llenara con su gran renombre.

Cayó en Oriente de Moawiá la stirpe
 Tras civiles y largas disensiones,
 Que aqueste mal, porque al destino plugo,
 En los eternos fallos decretóse.

Media centuria acaso no pasara
 Desde que del profeta los pendones,
 Á elevarse llegaron altaneros
 En los hidalgos pueblos españoles.

El sόlio de Damasco poderoso,
 Mas cercado de intrigas y ambiciones,
 Ocupa *Meruán*, que por las armas,
 De los Califas hasta el trono alzóse;

Y también por las armas pereciera;
 Que los *Alabas* con su gente, corren
 Por los pueblos, ciudades y alquerías
 En los pechos sembrando sus rencores.

• Y de sangre los campos se cubrieron;
 Que alzaron los Alabas sus facciones,
 Y al morir Meruán en la batalla,
 De los Moawiá la dinastía hundióse. (1)

(1) Después de la muerte de Mahoma, Abu-Beker, padre de su mujer favorita Aixa, fué proclamado Iman de los creyentes y gobernó dos años, siendo sucedido por Omar, Othman y Aly. El reinado de este fué muy agitado; pues Moawiá, apoyado por los Sirios y por la familia Ommia, se declaró vengador de Othman cuya violenta muerte imputaba á Aly; y valiéndose de ardidés y de armas, empuñó al fin el cetro de los Califas, dando principio á la célebre dinastía de los Omniadas ú OMEYAS.

Entretanto, los sectarios del profeta habían extendido extraordinariamente sus conquistas: el pendón de Mahoma ondeaba ya sobre Alejandría, Damasco y Jerusalém, y por todas partes cedían los débiles guerreros Bizantinos ante los impetuosos hijos del desierto.

Y los desventurados caballeros
Que su color llevaban y su nombre,
La venganza maléfica saciaron
De los fieros y altivos vencedores.

Ellos hicieron que en festín horrible
Cayeran todos, como planta docil
Que sin piedad destruyen y arrebatan
Del desierto los secos aquilones.

Solo un mancebo, de la insana furia
De sus verdugos por azar salvóse;
Uno tan solo que protege el hado,
Á quien brillante horóscopo tocóle.

De la vida se encuentra en los dinteles,
El genio luce tras su frente jóven,
Y allá en su pecho, que el dolor oprime,
Un alma grande, generosa, esconde.

Moawiá trasladó la silla imperial desde Medina á Damasco, donde se rodeó de toda la pompa del Oriente, desdefiando la patriarcal sencillez que á sus predecesores distinguiera.

Catorce Califas de la estirpe Omniada ocuparon el sόlio de Damasco, convertido, entonces, en hereditario; y bajo su dominio hicieron las conquistas en África, y lograron someter casi toda España, después de hundir en las orillas del Guadalete, según unos, ó del Lago de la Janda, según otros, su ya debilitada monarquía.

Sin embargo de tantos triunfos, la familia Omniada nunca fué muy querida; pues los musulmanes recordaban que Moawiá habia sido enemigo de Mahoma y ponian sus esperanzas en los nietos del último. Éstos se hallaban dedicados á la contemplación; pero un descendiente de ABAS, tío del profeta, alegó sus derechos, y tanto él como su hijo Ibrahim, fueron considerados como verdaderos Califas, en las provincias de Oriente.

Meruán II, último de la familia Ommía, se enajenó las voluntades por haber quitado la residencia real de Damasco; y en todas partes se sobrepuso el negro pendón de los Abasies al blanco de los Omeya. El Emir Abu-Moslem, sostuvo á los primeros en el Korasán, y en toda la Persia fué proclamado

Sus ojos, cual de cándida paloma
 Garzos son: cual el ciervo de los montes
 Es ágil y gentil su talle esbelto;
 Su estirpe es régia: Abderrahmán su nombre.

Escrito estaba, que aunque odiada siempre
 De enemigos tiranos y traidores,
 Una rama feliz reverdeciera
 De los Omeyas en el tronco noble;

Y que un príncipe errante, desdichado,
 Y acogido por míseros pastores,
 Hasta la gloria y el poder se alzara;
 Que así el hado benigno lo dispone.

Bendito aquél que iluminó su vida;
 El que los prados coronó de flores;
 Aquél Señor en cuya augusta mano
 Los imperios están y las naciones.

Ibrahim; pero el Califa Omniada le hizo morir en la Meka, y esto exasperó á los contrarios que proclamaron á Abul-Abas, hermano de Ibrahim, y dieron muerte á Meruán en una batalla, terminando con él la Casa Omeya en Oriente (año de 750.)

No tardó en ser tomada Damasco, y entonces exparcieron las cenizas de los príncipes Omniadas y desterraron á todos sus parciales.

Ochenta caballeros de la raza caída, engañados por una falsa amnistía que les otorgaron sus enemigos, aceptaron un banquete ofrecido por Abdallah, tío del nuevo Señor; pero cuando se juzgaban seguros en el festín, entró el poeta Kiabil-ben-Abdallah, recordando en unos versos la sangre que los Omniadas vertieran, y pidiendo la destrucción de aquellos indefensos caballeros. En su consecuencia, el cruel Abdallah, mandó que fuesen apaleados y degollados todos; y extendiendo una alfombra sobre los cadáveres, continuó el bárbaro banquete.

Dos sobrinos de Hixem, Califa Omeya, se habian librado del general exterminio, y vivían en la corte de Abul-Abas; pero habiéndose hecho sospechosos, uno de ellos (Suleiman) fué muerto traidoramente; y el otro, nombrado Abderrahmán, anduvo largo tiempo errante en Egipto y Magreb. Los

I

Allá de Oriente en la región dichosa,
Que los recuerdos del pasado pueblan,
Donde las sombras venerables vagan
De cantores, de reyes y profetas;

Donde la mirra y sicomoro crecen,
Do levantan sus copas las palmeras
Sobre el Eúfrates, que apacible corre
Y ruinas tristes y desiertos riega;

En la región del cielo favorita,
Donde los ojos á la luz primera
El primer hombre abrió, donde gozara
Del Paraiso la morada bella,

Abasies le perseguían, sin embargo, en el desierto; y por último se refugió en la tribu Africana de los Zenetes, de la cual descendía su madre, y por lo que fué fraternalmente acogido.

Entretanto, gobernaba á España YUSUF AL FIIHI, descendiente de los Califas Abasies; pero algunos Jeques adictos á los Omeyas, deseosos de terminar las luchas que agitaban á los árabes en España, se reunieron en Córdoba, decidiendo enviar al África á Temán-ben-Alcama, con otro ilustre caudillo, para que ofreciesen al fugitivo príncipe, un trono independiente de Damasco.

Abderrahmán vino pues á España, y desembarcó en Almuñecar, dirigiéndose á Torrox y luego á Archidona donde le proclamaron solemnemente, pues dicha ciudad, llamaba Rayya por los musulmanes, fué durante algún tiempo la capital de la CORA que llevaba su nombre, y más tarde se denominó provincia de Málaga.

Yusuf y Somail se le opusieron con gran tenacidad, siendo vencidos al fin, si bien no dejaron de molestarle durante largo tiempo; pero él, establecido ya en Córdoba, dió principio á la gran mezquita que no pudo ver concluida, y fundó el célebre Emirato que á tanta altura elevó la civilización arábigo-hispana y que, dos siglos después, debía desmoronarse formándose de sus ruinas los reinos Taifas, en que por su mal se dividieron los muslitas españoles.

Hay, llena de memorias inmortales,
Agreste y melancólica, una tierra
Que el rojo mar con su oleaje baña,
Y el sol ardiente con sus rayos quema.

Sobre su suelo cálido se extienden
Tristes desiertos de infecunda arena,
Donde el Simún agítase violento,
Donde chacales rugen y panteras.

Su nombre, Arabia es, y sus llanuras
Nómada raza belicosa puebla,
De unos hombres errantes y orgullosos
De negros ojos y de tez morena.

Nunca las leyes sujetar pudieron
Su salvaje y feliz independencia,
Y libres corren, como corre libre
De sus desiertos la gentil gacela.

El tesoro del Árabe es tan solo
Su buen camello y su corcel de guerra,
El caballo, que crece compartiendo
El pobre hogar de la sencilla tienda;

El que el encanto de su vida forma,
Al que lloran si muere en la pelea
Su mujer y sus hijos; al que aman
Como al Oasis que nacer les viera.

Y es feliz el errante beduino
De su corcel contando la nobleza,

Al recitar sus cantos orientales
Y la leche al beber de sus camellas.

Una mañana, cuando el sol naciente
Las tristes sombras de la noche ahuyentan,
Sobre un caballo de la Arabia, sale
Un jóven de Damasco por las puertas.

La majestad sobre su frente brilla;
Y en la flor de sus veinte primaveras
Ya en su rostro los rasgos se perciben
Del génio, del dolor, de la grandeza.

Hacia el desierto fugitivo corre,
Y cuando alcanza á distinguir apenas
De Damasco los bellos alminares,
Lágrimas tristes de sus ojos ruedan:

Que allí quedan sus fúlgidos palacios,
Allí sus dichas, sus recuerdos quedan;
Bajo los olmos que sus campos cubren
Abrió los ojos á la luz primera;

Y hoy sale solo, perseguido, errante,
De furor y de duelo su alma llena,
Y entre las tribus de la Siria busca
Asilo fiel contra su mala estrella,

Mientras ansiosos le siguen los tiranos
Que su sangre verter apetecieran,
Como los pardos á la corza siguen,
Y los halcones á la garza acechan.

Él es, Abderrahmán; el noble solo
Que de una estirpe poderosa alienta;
Que al influjo cediendo de su hado
Su hermosa pátria, sus palacios deja,

Y de toscos y pobres beduinos
Á un aduár hospitalario llega,
Donde con él los árabes partieron
Su negro pan y su querida tienda.

Allí, en las noches del otoño crudo,
Junto á la llama que ondulante humea,
Quiméricas historias orientales
A los pastores del desierto cuenta.

¡Mas, ay! que nada á detener alcanza
De los Alabas la tenáz fiereza;
Y en los confines de la Arabia buscan
Á Abderrahmán, el principe, doquiera.

Ya abandona los árabes amigos,
Que allí, á la entrada de sus blancas tiendas,
Le despiden amantes, y así el Jeque
Dice al mancebo, dándole su yegua:

— «Corre, y *Ukrania* salvaráte presto
De enemigos: más ágil, más ligera
Es, que el Simún que en nuestros campos sopla
Y que los gamos que los bosques pueblan.

Yo la adoro, hijo mío, pues desciende
De los nobles caballos del profeta;

¡Alláh permita que á mi huesped salve;
Alláh permita que te salve ella!...»

Y al mirar á su yegua, tierno llanto
Se deslizara por su faz morena,
Mientras el triste príncipe, á galope
Por las llanuras áridas se aleja.

II

Era la noche: en la mitad del cielo
Brillaba el disco de la luna blanca,
Bañando triste con sus tibios rayos
Las ardientes arenas africanas.

Á su luz misteriosa se divisan,
De nieve cual montones, apiñadas
Algunas tiendas, donde asilo buscan
Los Bereberes que en sus llanos vagan.

La del Jeque levántase en el centro;
Y su robusta, formidable lanza
Clavada está á la puerta, y á ella atado
Por un pié, su caballo de batalla.

Alrededor echados se contemplan
Los rebaños de ovejas y de cabras,
Que unos pastores de tostados rostros,
En anchos jáiques rebozados guardan.

Bajo la tienda que de piel de tigre
Está cubierta, y á la ardiente llama,
Algunos hombres de semblantes rudos
En ademán atento se encontraban.

Y los fieles camellos recostados
Sobre sus frentes las cabezas alzan,
Mientras ordeñan las jóvenes la leche
De las camellas, con su pan criadas.

Un *rawi* de la Meka peregrino, (1)
Con varonil acento recitaba
El poema de *Antar*; del gran poeta, (2)
Del pastor inspirado de la Arabia.

Y escuchaban absortos su relato,
Y entre sueños de amores y de hazañas
Se perdían sus mentes ardorosas,
Por el sol del Oriente fecundadas.

Así gratas las horas transcurrían
Y ya la noche lóbrega avanzaba,
Cuando tranquilo, hospitalario techo
Un desterrado por piedad demanda.

— «Entra: el Jeque le dice; de mi tienda
Ven, y comparte la pobreza franca,

(1) *Rawi*, significa poeta.

(2) *ANTAR*, el más famoso de los poetas árabes, floreció en el siglo VI de nuestra era; y se cree era un esclavo negro, que, con sus hazañas, conquistó la libertad y el amor de su querida *ABLA*. Su poema forma todavía las delicias del árabe, que lo recita gozoso á la lumbre del hogar ó en los descansos de la caravana.

Que Dios proteje al que socorre al triste,
Al que parte su sal con la desgracia. (1)

Ven, y tus miembros en mi hogar reposa;
De los Zenetes en la tierra, hallas
Asilo bonancible, pues se lee
En tus ojos tu suerte desdichada.»

— «¡Zenetes! ¡por mi bien, bendito sea
El profeta, señor;!» el jóven clama;
Sus ojos brillan, y con paso noble
Hasta el hogar caliente se adelanta.

Los africanos, á su huesped dejan
Preferente lugar ante las brasas;
Dulce leche las jóvenes le sirven,
Y pobres tortas que en el fuego asan.

Y cuando anima sus cansadas fuerzas,
Renaciendo en su pecho la esperanza,
Así á los nobles que la tribu forman
Con varonil entonación les habla:

— «Hijos felices del desierto: siempre
Alláh proteja vuestra dulce calma;
Y nunca extienda la discordia impía
Sobre vosotros sus horribles alas.

«Siempre con grata bienhechora lluvia,
El cielo riegue vuestras verdes palmas,

(1) Sabido es el carácter hospitalario de los árabes; y cuando un Jeque parte su pan y su sal con algún extranjero, puede éste contar siempre con su apoyo.

Y el genio protector de las victorias
Os ciña de laurel en las batallas.

«¿No escuchásteis contar en vuestras tiendas
Una historia de sangre y de venganza,
En que los nietos de Moawiá cayeron
Como robles que el ábrego tronchara?»

«¿No llegó nunca al adûar sencillo,
De un banquete tristísimo la fama,
Do su rencor y su crueldad saciaron
Sobre insignes vencidos los Alabas?»

«Los descendientes del Omeya ilustre,
Por horrible traición allí se hallaban;
Y ochenta nobles inmoló terrible
Del inhumano vencedor la saña.

«Todos cayeron, cual la miés florida
Que á nuestros campos el Simún arranca;
¡Cual indefensa y tímida paloma
Que destroza el halcon entre sus garras!

«Y al suspiro postrer de su agonía,
Y á los ayes dolientes de sus almas,
Tan solo respondió de los tiranos
La estridente y horrible carcajada.

«De aquella estirpe, cuyo nombre puro
Desde el Tigris al Ebro resonara,
Un hombre solo por azar salvóse:
Uno, infeliz, que en los desiertos vaga.»

— «¡Uno!» — el anciano, que los ojos fijos
Tiene en el jóven, con placer exclama.

— «Uno, zenetes, que á tan noble tronco
Vínculo santo, fraternal enlaza.»

— «¿Á nuestra tribu?» — «Sí; que una doncella
De vuestra sangre generosa, *Ráha*,
La madre fué del que proscrito ahora,
Entre enemigos, por su mal, se halla.»

— «Cierto; — repuso el Jeque; — ¿dó se encuentra
El hijo augusto de la antigua rama,
Que del profeta y del Islám la gloria,
Á las mismas estrellas levantara?»

— «¡Nobles zenetes, á vosotros hoy
La fortuna dirijeme apiadada;
Un genio me guió: yo soy, zenetes, (1)
El único que alienta de mi raza!»

Un grito de placer y de sorpresa
Los bereberes con asombro lanzan,
Y á la figura del gentil mancebo
Dirijen sus atónitas miradas.

Álzase el Jeque, que con paso grave
Hasta el jóven preclaro se adelanta,
Y entre el silencio que imponente reina,
Así, en el nombre de los suyos, habla:

(1) Según los árabes, los genios son unos seres intermedios entre los ángeles y los hombres. Hijos del viento y de la niebla, vagan en los aires y se guarecen en las rocas.

— «Príncipe fiel de los creyentes; hoy
Que el hado impío tu existencia amarga,
Soy dichoso, Señor, en darte asilo
Que seguro tendrás en mi morada.

Tus hermanos verás en mis hermanos;
Por tu defensa, romperán sus lanzas;
Abrigo, amparo, te darán sus techos;
Amor eterno te darán sus almas.

Y así estrella feliz y bienhechora
En tu camino siembre la esperanza,
Y así los hados vencedor te vuelvan
Á los ricos vergeles de tu patria.»

— «Alláh protege, — Abderraman repuso, —
Al que es juguete de su suerte aciaga;
Bendito aquél que hermanos me concede
Cuando solo traidores me cercaban.»

Y aquellos hombres, en sus manos juran
Defender animosos con las armas,
Al príncipe que envuelven las desdichas,
Y que adverso el destino desampara.

III.

Ya el ángel misterioso de los sueños
Voló, plegando sus azules alas,
Ante el fulgor de la naciente aurora,
Que la luz de las *pléyades* borraría. (1)

Ya las estrellas de la noche, huyendo,
Su puesto dejan á la luz del alba,
Y allá del centro de la mar tranquila,
El padre de la luz se levantaba.

Ya los corceles de la tribu corren,
Ya las ovejas de la tribu balan,
Y los zenetes, al Oriente vueltos,
Elevan la oración de la mañana.

Las doncellas bellisimas adornan
Con corales y perlas sus gargantas;
Los donceles adornan sus caballos
Y aprestan los venablos y las lanzas.

Todo una fiesta del desierto anuncia;
Que en las tristes arenas solitarias
Donde no hay más placer que los combates
Y la hospitalidad y la venganza,

(1) Pléyades.—Esta constelación, muy citada por los musulmanes, es la que vulgarmente se conoce con el nombre de cabrillas.

Y el escuchar fantásticas leyendas,
Y el correr de sus yeguas africanas,
Es motivo de fiestas y alegrías
De un desgraciado ilustre la llegada.

Y aún hay más; porque al triste socorrieron,
Quiso Dios que la dicha derramada
Sobre sus llanos para siempre sea
Por el génio feliz de la bonanza.

Que una impia discordia que tuvieron
Con otra tribu de la suya hermana,
De zenetes cual ellos, concluyera,
Y ya la paz protege sus moradas.

Valeroso Alajix, que así se nombra
El buen Jeque que al príncipe otorgara
Protección amistosa, sus venablos
Opuso á los venablos de Mehanna,

Jefe de los contrarios; de sus costas
Las arenas se vieron empapadas
De sangre generosa, y por doquiera
El ángel *Azraél* batió sus alas. (1)

Mas huyóse llorando, por ventura,
De la paz ante el génio, que levanta
Radiante y pura su bendita frente
De rosas y de oliva coronada.

(1) *Azraél*, ángel de la muerte, según la gente agarena.

Y de este día en las felices horas
La paz al asentar de la comarca,
Vistosos juegos en el campo tienen
Que solemnizan ceremonia grata.

Alajix con los suyos se dirige
Al rico campamento de Mehanna,
Que allí depuestos los antiguos odios
Los festejos se aprestan y las zambras.

Ágiles mozos sus corceles montan,
Que relinchan gozosos y piafan:
Con apostura respetosa y grave
En dromedarios los ancianos marchan.

Abderrahmán distínguese bizarro,
Pues su talle, ligero cual la palma,
Sobre un caballo berberisco luce
Que con hábil destreza manejava.

Parten; por las llanuras ardorosas
Perdiase la alegre cabalgata,
Y del camino á la mitad, los nobles
Del enemigo campo se adelantan.

Ya todos confundidos se aproximan
Al pabellón del jefe, y á su entrada
Éste aguarda á Alajix, que desmontando,
Entre gritos de júbilo le abraza.

Con los caudillos de *Tahart* penetran;
Besan los dos sus inclitas espadas;

Siete piedras entierran silenciosos, (1)
Y así Alajix al terminar hablara:

— «¡En el nombre de Alláh, clemente y sumo!
Como esas piedrecillas, enterrada
Nuestra discordia para siempre sea;
Olvidemos los males que pasaran.

«El cielo, con benéfico rocío,
En vez de sangre riegue nuestras palmas;
Alláh bendiga nuestra paz solemne;
Bendito es él, que nos volvió su gracia.»

— «La paz juremos»; repusieron todos,
Cuando viejos rencores olvidaban;
Y ya su puesto en el festín ocupan
Que les dispuso pródigo Mehanna.

Allí manjares del desierto sirven,
Carne sabrosa de camella blanca,
Leche, dátiles dulces, y carneros,
Y tierno pan y cristalina agua.

Al terminar el rústico banquete,
De ambas tribus los jóvenes cabalgan,
Una prueba por dar de su destreza,
Tirando los venablos y las lanzas.

Y los graves ancianos los admiran;
Los aplauden las vírgenes gallardas,

(1) La ceremonia que aquí se expresa es una antigua costumbre que los árabes usan para asentar la paz.

Tras cuyos velos sus pupilas lucen,
Cual brilla el sol tras de la nube clara.

Y tres días de plácido recreo
Entre alborozo y músicas se pasan,
Que así celebran de la paz dichosa
En el desierto la presencia fausta.

Mas... ¿qué valen alegres regocijos
Al que víctima fué de la desgracia,
Al que arrostra su vida sin ventura
Con solo un pensamiento de venganza?

¡Nadie la fuerza de su estrella vence!
¡Nadie su sino malhadado cambia!...
Así pensando el infeliz proscripto
Vagaba triste, al despuntar el alba

Del día postrimer que á sus placeres
Entrambos aduares se entregaban,
Soñando en su delirio con un trono,
Con el bien que á sus pueblos otorgara.

Pero absorto contempla de rodillas
Cabe risueña fuentecilla mansa,
Á una mujer que hacia el Oriente vuelta,
Dirije al cielo férvida plegaria.

El velo no ocultaba su hermosura;
Y Abderrahmán gozoso la admiraba,
Que sus gracias cautivo le rindieron
En los juegos, la fiestas y las danzas.

Álzase la africana sorprendida;
 Bajo el cendál modesta se recata;
 Pero su impulso detener intenta-
 El príncipe que á ella se adelanta:

— «¿Por qué me ocultas (dícele) tus ojos,
 Dulces cual ojos de paloma blanca,
 Si es más graciosa tu cintura leve
 Que del Eufrates las flexibles cañas?

«Si es tu aliento, que el céfiro recoge,
 Grato como perfume de la Arabia;
 Si granadas del Yemen son tus lábios.....
 Si las rosas del Yemen te envidiaran!... (1)

— «Príncipe...» — «Estrella del desierto pura,
 Que la vejéz alumbras de Mehanna;
 También tu luz mi corazón percibe,
 También disipas mi tristeza, *Howara*.»

— «Señor; ¿mi nombre sabes? yo en mi tienda
 El relato escuché de tus desgracias,
 Y ruego á Alláh que en su clemencia temple
 El triste influjo de tu suerte infausta.»

— «Escucha, *Howara*; si benignos hados
 Nuevos días de gloria me otorgaran,
 Y si las turbas cual mis padres viera
 Prosternadas humildes á mis plantas,

(1) Yemen se nombra la parte mas fértil de la Arabia, por lo cual se le dió el sobrenombre de FELIZ.

«Yo rindiera á las tuyas mis tesoros;
Yo tu cuello con perlas adornara,
Y tu beldad, luciendo en mis palacios,
La señora serías de mi alma.»

«Pero el grande profeta no permita
Que tu estrella una yo, de bienandanza,
Con la mía fatal, que del destierro
El duro pan con la que adoro parta.»

— «Feliz yo, si tus íntimos pesares,
Con mi amor ó mi llanto suavizara.»
— «¿Quieres ser, bella huri del paraíso, (1)
De mis desdichas protectora hada?»

«Un astrólogo sábio de la Siria
Imperios me ha predicho, gloria y fama;
Y yo en ello confío, que mi mente
Espacio anhela do tender sus alas.»

— «Adiós, príncipe, adiós; que ya de nuevo
Los juegos y las fiestas se preparan.»
— «¿Mi trono partirás?» — «Ó tu infortunio.»
— «Plegue á Alláh que se cumpla mi esperanza.»

Y al descender el sol en el ocaso,
Alajix con su gente se alejaba
De la tribu ya amiga, donde preso
Abderrahmán el corazón dejara.

(1) Refiere Mahoma en su viaje nocturno al Paraíso, que á la derecha del trono de Alláh hay un inmenso granado, que dá sombra á multitud de ángeles, y en cuyas ramas se guarecen los pájaros inmortales. Cada pepita de sus granadas encierra una HURI, vírgenes hermosas, destinadas para eternas compañeras de los buenos mahometanos. Sus cuerpos son transparentes, y las hay de cuatro colores: rosas, blancas, amarillas y verdes.

IV

Muchas veces el sol sobre los mares
Alzó su disco de brillante fuego;
Muchas veces los astros de la noche
Sobre la tierra su esplendor vertieron:

Muchos días pasaron de ventura
Iguales, dulces, monotonos, lentos,
Que la paz y la dicha cobijaban
Los blancos pabellones del desierto;

Y en ellos, tras borrascas espantosas,
Tras largas luchas con el hado adverso,
Grato reposo, hospitalario albergue
Al fin hallara el imperial mancebo.

Mas ¡ay!... ¡qué valen ni tranquilas noches,
Ni hermosos días por la paz serenos,
Ni de los bosques la ondulante sombra
Ni fuerte lanza ni carcax ligero,

Al infeliz, que de venganza abriga
El fatal y terrible pensamiento,
Á quien venganza de sus nobles padres
Está la sangre, sin cesar, pidiendo!

¡Á quien de horrible y destructor banquete
Atormenta fatídico recuerdo;
Á quien un trono concedió el destino,
Y errante vaga en erial desierto!.....

Cuando persigue con venablo agudo
Al fuerte tigre ó al leopardo fiero,
Sobre la yegua que pastó en la Arabia
Y á quien sus alas le prestara el viento;

Cuando del sol del África abrasado
Reposo buscan sus rendidos miembros
Bajo verdes olivas, que recuerdan
Las que sombrean su palacio régio,

Siente que asaltan su ardorosa mente
Las memorias felices de aquel tiempo,
Y el corazón palpitate con fuerza
Y su furor le abrumba y su despecho.

Mas enmedio de tanta desventura,
De esas ideas lúgubres enmedio,
Una esperanza de placer se eleva
De poder y de dicha, vago sueño.

Así en obscura, tenebrosa noche,
Brilla fugáz relámpago ligero,
Que un instante disipa las tinieblas,
Porque más tristes aparezcan luego.

¡Ah! ¡cuántas veces sobre el mar tranquilo
La incierta vista con afán tendiendo,

Piensa que en otra orilla se levanta
El trono que los hados le ofrecieron!

¡Y cuántas veces, cuando el sol se hunde
Entre las nubes, á Occidente vuelto
En otros días de ventura piensa
En que á sus padres vengará soberbio!...

Pero vaga, entretanto, solitario
Á una pasión dulcísima cediendo,
Que en él muy pronto poderosa impera
Y es de sus males celestial consuelo.

Bella como la reina de la noche;
Como el brillante y matinal lucero;
Como la perla que los mares guardan
Bajo conchas de nácar en su seno,

Era la pura, la gentil doncella
Á quien Howara llaman, y que el pecho
Del príncipe infeliz, con sus hechizos
Tiene en cadenas amorosas preso.

Y le es más grato á Abderrahmán su nombre,
Que al peregrino de calor sediento
El fresco manantial; más que un oasis
Al árabe perdido en el desierto.

Y más anhela contemplar su rostro,
Que el beduino de su patria lejos
El ramaje admirar de las palmeras
Que su cuna inocente protejieron.

Cuando la tarde silenciosa avanza
Y el sol se oculta colorando el cielo
Y alza la tribu la oración postrera
de las estrellas al fulgor primero,

Sobre su yegua se dirige el jóven
Al valle do la hermosa de sus sueños
Tranquila mora; donde alegres pacen
Sus manadas de cándidos corderos.

Y si á la luz del moribundo día
Á ver alcanza su flotante velo;
Si de las murtas á través percibe
Una mirada de sus ojos negros,

De su amada se aleja venturoso
Aquel campo querido bendiciendo,
Cuyas silvestres florecillas ama
Más que de Siria los jardines bellos;

Que es su mirada, para el alma ilustre
Que combaten contrarios sentimientos,
Lo que la lluvia bienhechora al campo
De sol ardiente por los rayos seco.

Mas Alajix, que noble y compasivo
Cual un hijo acogióle, comprendiendo
El intenso pesar que le domina
Y de su amor á Howara los secretos,

Seguido de los suyos, se dirige
Del anciano Mehanna al campamento,

Donde á la luz de su vejéz demanda
Para esposa feliz del jóven régio.

En muy cortos instantes, arreglados
De la boda quedaron los conciertos;
Y cuando á Howara señalaron dote,
En brillantes ofertas compitieron.

Al fin, risueño amaneciera el día
Que el alba pura con su luz rompiendo
De las noches las sombras, el Oriente
Púdica tiñe con fulgor ligero,

De felices zenetes alumbrando
La ventura, los cantos, el contento,
Con que dichosos celebrar pretenden
De la boda de Howara los festejos.

Ya de la tienda de Alajix, los nobles,
El *acidaque* que á la esposa dieron (1)
Con numerosa comitiva llevan
Al valle de Mehanna el opulento.

Y Abderrahmán, que juzga tal ventura
De su mente fantástico embeleso,
Adormido en su mágica esperanza,
Olvidara un instanté sus recuerdos.

Abre la marcha bereber gallardo
Sobre corcel fogoso del desierto,

(1) *Acidaque*:—Dote.

Más que la nieve, tremolando blanca
Una bandera que acaricia el viento.

Tras él, ornados de brillantes flores
Y vistosas guirnaldas, los camellos,
Por jóvenes esclavos conducidos,
En dos hileras se adelantan lentos.

Iban sobre alazanes poderosos
Alajix y sus ínclitos guerreros,
Cuyos jaeces árabes adornan
Blancas garzotas y caireles bellos.

Una mujer les sigue, que quemando
En tosca pira delicado incienso,
Con la nube fragante que despidе
Las brisas embalsaman del desierto.

Tras ella véñse nómadas pastores
Las ovejas de leche conduciendo,
Y al són de sus campestres chirimías
De Antar cantando los sonoros versos,

Mientras al coro lánguido responde
De doscientas mujeres los acentos,
Cuyos cantos de boda devolvían
De la tranquila soledad los ecos.

Y cerrando por último la marcha
Con dos negros distinguese un camello,
Que el rico ajuar sobre sus lomos lleva
Y de espléndidas galas va cubierto.

Apenas á la tienda de Mehanna
Llegó la comitiva, salió luego
El noble anciano con mujeres bellas
Y con bravos ginetes á su encuentro.

Se saludaron con placer los Jeques,
Los regalos de boda se ofrecieron,
Y grave ceremonia terminaron
La oración de *Faliha* repitiendo. (1)

Pero al pasar tres soles, deberían
Volver de Abderrahmán los compañeros,
Á conquistar de Howara la hermosura,
Las costumbres arábicas siguiendo.

Los tres soles pasaron, y cien nobles
Con las matronas principales fueron
Á disputar á Howara, que defienden
De su bélica raza los mancebos.

El simulacro luego comenzóse,
Y entre el polvo brillaban los aceros,
Como entre nubes las centellas lucen
Cuando obscurece la tormenta el cielo.

Los de Alajix, al cabo vencedores,
La hermosura de Howara merecieron;
De su tienda los jóvenes en tanto
De envidia suspiraban y de celos.

(1) Así llaman los musulmanes á la oración que recitan, para sancionar los contratos de boda.

Estaba Howara como nunca hermosa;
El dulce brillo de sus ojos tiernos,
Cual la luz de las pléyades lucían
Cuando iluminan el espacio inmenso.

De la tribu del novio las mujeres
Con cantos y con gritos la acojieron;
Y Abderrahmán absorto la admiraba
Cual hurí que forjó su pensamiento.

Veinte doncellas á la esposa siguen,
Que en dromedario de elevado cuello
Al fin subió, donde el *handág* se ostenta (1)
Decorado con plumas y con flecos.

Abderrahmán junto á su bien cabalga,
Que parte de su tienda, recibiendo
La bendición de sus ancianos padres,
Los plácemes de amigos y de deudos;

Y por los llanos do los novios pasan,
Salen niños y vírgenes y viejos
Esparciendo del ámbar los perfumes,
Y degollando cabras y carneros.

Todo el día y la noche transcurrieran
Entre danzas y músicas y juegos,
Que el génio del placer y la alegría
Tuvo en el campo de Alajix su imperio.

(1) El handag es una especie de palanquín que se coloca sobre los camellos en que viajan las moras principales.

Maş enmedio de tanto regocijo
Y de ventura tan inmensa enmedio,
Alzabase una nube de tristeza
Del principe la frente obscureciendo.

Que le asaltaban en tan grato día
De otros días horribles los recuerdos,
Y escuchar piensa que venganza piden
Las sombras de sus inclitos abuelos.

V

Aún resonaban los alegres cantos
Con que la boda festejado habían;
Aún el humo que exhalan los pebetes
El espacio doquier aromatiza;

Aún de ambas tribus las dichosas fiestas
En ruidoso tropel se sucedían,
Cuando grave embajada cautelosa
Del África á las márgenes arriba.

Eminentes larbeas la componen
Que con sus bravas huestes damasquinas,
El alto nombre del Islam sostienen
De la España feráz en las campiñas,

En la región hermosa y placentera
De Dios y de los génius favorita,
Mas cuyo seno, sin cesar desgarran
Interminables luchas fraticidas.

Desde que el godo poderío hundióse
Del *lago de la Janda* en las orillas
Y al pendón sacro de la cruz venciendo
El amarillo de Mohammad domina,

En los hidalgos pueblos españoles
Su poder ostentaron los Califas
Que soberanos en Oriente imperan,
Y sus Emires á Occidente envían.

Á la sazón, Yusuf el orgulloso
Gobernaba en España; mas sus villas,
El géniu destructor de las discordias
Inundara de sangre y de ruínas;

Que en civiles y largas disensiones
Los bandos agarenos dividían
Las fuerzas del musulm, sin que evitarlo
Pudieran los Señores de la Siria.

Y porque cesen los continuos males
Que á la agitada pátria conmovían,
Y la paz vuelva á sus hogares, siendo
Independiente, poderosa y rica,

Varios nobles en Córdoba reunidos
Un príncipe deciden que los rija,



Y el yugo sacudir de los Emires
Que el soberano de Damasco envía.

Entonces, para el África saliera
Con gran secreto corta comitiva,
Que á los desiertos de *Tahárt* llegara,
Do fué por los zenetes recibida.

Y ante el príncipe ilustre presentado
Trás de larga zalema, así se explica
Temán el noble, que en la fuerte España
Valerosos guerreros acaudilla:

— «Alláh te guarde, sucesor augusto
De los altos Omniadas, y bendiga
Tu frente, porque en ella la diadema
Brille, al fin, que tus padres se ceñían.

«En nombre de los bravos andaluces,
Y los males al ver que nos agitan,
Un trono independiente te ofrecemos
Del lejano poder de los Califas.

«Pues la voz de la fama voladora
Tus hazañas contará y tus desdichas,
Y en tí vemos al príncipe que debe
Volver á España la quietud bendita.

«¡Oh, ven! y en ella encontrarás amigos
Que en tu defensa perderán sus vidas;
Pues ornó Alláh con la virtud tu alma,
Y génio puro tus instintos guía.

«Allí hay colinas de verdor cubiertas
Que aventajan del Yemen las colinas;
Hay frescos arroyuelos que relucen
Cual cimitarras por el sol heridas;

«Y bosques de laureles y arrayanes
Que al dulce sueño y al placer incitan,
Y encantados pensiles que remedan
Del paraíso la mansión divina.

«¡Oh! ven á España: que aunque á tí se opongan
Los que á Yusuf defienden ó al Califa,
Los que el pendón de los Alabas siguen
Y de la estirpe de Moawiá se olvidan;

«Aunque graves peligros te rodeen,
Príncipe fiel, en tan feliz conquista
No estarás solo, que á tu lado se hallan
Los adalides de mayor valía,

«Por cuyas lanzas siempre vencedoras
Ha de ser tu corona sostenida,
Y más firme ha de estar, yo te lo juro,
Que en sus cimientos la montaña altiva.»

Calló Temán: y el príncipe un momento
En actitud quedára pensativa,
Hasta que, con resuelto continente,
La propuesta aceptando, respondía:

— «¡Nobles caudillos, del Islám orgullo!
Si conmigo los pueblos fraternizan

Y piden que mi esfuerzo les devuelva
La dulce calma por su mal perdida,

«En mí un hermano y salvador tendreis;
Ni batallas ni riesgos me intimidan;
Que luengos años de desgracias cuento
Y sé, musulimes, despreciar la vida.

«El Sumo Dios, cuyo poder sostiene
Los imperios, mi espíritu dirija;
Y así acreciente del Korán la gloria
Y de España á los árabes la dicha.»

Pocos días más tarde, cuando apenas
Del Oriente las puertas entreabría
Timida el alba, la africana gente
Del mar ocupa la serena orilla:

Todos del bien de Abderrahmán se alegran,
Pero tristes están por su partida:
Temen y callan los ancianos graves;
Los jóvenes le aplauden y le envidian.

Howara, de su padre sobre el seno,
La hermosa frente con dolor inclina;
De Alajix en el pecho se suceden
El temor, la esperanza y la alegría.

Y Abderrahmán, gallardo como nunca,
Á la beldad consuela, que aflijida
Tan solo con sus lágrimas responde
Del esposo feliz á las caricias.

También lloran las vírgenes hermosas
Cuyos nobles amantes le seguían;
Pues mil zenetes para España salen
En busca de botín y de conquistas.

La hora llegó: del sol el primer rayo
Los horizontes con su luz teñía,
Y volaban las blancas gaviotas
Sobre las olas de la mar tranquila.

Ya la nave española les aguarda,
Y así á su esposa, que á su cuello asida
Triste gimiera, con acento dulce
El juvenil guerrero le decía:

— «¿Por qué lloras, mi bien, si ya piadoso
Mi adverso hado su rigor mitiga,
Si de mi estrella el protector influjo
Me otorga el trono que soñara un día;

«Si, muy pronto, á abrazarnos tornaremos
En Córdoba, mi Howara, ó en Sevilla,
Cuando ofrecerte pueda victorioso
Réal corona que tu frente ciña?»

— «Que la fortuna, — respondióle ella, —
Guarde en el campo, Abderrahmán, tu vida.»
Y un talismán suspéndele del cuello
En quien la triste su esperanza cifra.

Alajix y Mehanna le bendicen;
Los jeques sus guerreros le ofrecían,

Todos servirle y ayudarle anhelan,
Todos lloran amantes su partida.

Y él con los suyos la galera aborda
Cuyas velas al viento se tendían,
Que al fin partió, sobre la mar-dejando
Luciente estela su cortante quilla.

Y se aleja..., se aleja de la playa
Por remos y por áuras impelida:
Con gritos y con señas la saludan;
Todos partir con ansiedad la miran.

Y cuando, al fin, entre la mar y el cielo
Blanco punto tan solo se divisa,
Cayó en los brazos de su padre Howara,
Clamando:— «¡que el profeta los bendiga!»

VI

El año comenzaba: sus fulgores
Tímidos lanza de *Rabié* la luna, (1)
Que con sus tibios, misteriosos rayos
La flor primera silenciosa alumbra.

(1) Los árabes cuentan los meses por las lunas, distinguiéndolas por los siguientes nombres:—Muharram.—Safer.—Rabié 1.^a—Rabié 2.^a—Chumada 1.^a—Chumada 2.^a—Recheb.—Xabeam.—Ramadán (Mes de ayuno y penitencia.)—Xawel.—Dzolraada—y—Dzol-hicha.

El 8 de Marzo de 766 fué Abderrahmán proclamado.

Mas la esperanza y el placer dominan
En las risueñas playas andaluzas,
Donde levanta poderoso el fuerte
De *Hins-Almunécab*, su muralla obscura. (1)

Allí se encuentran los caudillos nobles
Que gloria ofrecen al Islám y ayuda,
Y que á la estirpe de Moawiá leales,
De los Alabas el poder rehusan.

Y se muestra también de Andalucía
La juventud ardiente que la ilustra,
Y que bélicos lances ambiciona
Donde laureles halle y aventuras.

Y cuando, al fin, sobre la mar alcanzan
La nave á divisar entre la bruma
Do su esperanza fían, poderoso
Un largo grito de placer retumba.

Grito feliz que se repite y crece
Resonando velóz por la llanura,
Al ver á Abderrahmán, que con los suyos
La costa pisa que su suerte augura.

Temán dichoso le presenta al pueblo,
Y todos con respeto le circundan,
Entre voces de júbilo clamando:
«Que Alláh le ensalce; que le dé ventura.»

(1) *Hins-Almunécab*, Castillo de Almuñecar.

De la Cora de Rayya los guerreros,
Leales ser hasta la muerte juran
Al príncipe real, en quien ansiosos
Un defensor los andaluces buscan.

Y cuantos nobles las ciudades honran
Que el ancho Betis y el Genil fecundan;
Cuantos jóvenes prueban en el campo
Su esfuerzo varonil y su bravura,

La blanca enseña de Moawiá seguían
Contra el negro pendon que altivo ondula,
Y que por planes de ambición guiado,
Yusuf defiende con sus huestes rudas.

Mas los pueblos al príncipe se entregan
Que entusiastas acojen y saludan:
De Abderrahmán trocárase el destino;
Sus empresas corona la fortuna.

Y en la fiel Archidona proclamado
Álzase, al fin, con alegría suma,
En sus sienes mostrando la corona
Que de ellas arrancó la desventura.

Todo Yusuf lo sabe, y, altanero,
Á su hijo manda que sus fuerzas juntas
Hacia Córdoba lleve, donde aguarde
Á las que al nuevo príncipe secundan.

Y Abderrahmán, con sus zenetes bravos
Y sus ínclitas huestes andaluzas,

De Córdoba hácia el campo se dirige
Y en Dios y en ellas su esperanza funda.

Ya del Betis la márgen deliciosa
De sangre esmalta fratricida lucha,
Que en los campos de Siria comenzara
Y en los valles de España continúa.

Mas ante los corceles que pacieron
Allá de Eufrates en la orilla inculta,
De los contrarios las vencidas huestes
Á la ciudad retíranse confusas.

Largo fué el sitio: Abderrahmán cercóla,
Clavar ansiando la bandera suya
Sobre los ricos alminares bellos
Donde la enseña de Yusuf ondula;

Y un círculo de hierro poderoso
Á la graciosa Córdoba circunda,
Cual inmenso collar, en el que lucen
De fuertes lanzas las ferradas puntas.

Pero Yusuf, cual *sierpe que se pisa*,
Bramando airado de coraje y furia,
Tropas allega que tras él veloces
Á la ciudad desamparada acudan.

Mas al encuentro Abderrahmán le sale
Con los guerreros que su esfuerzo emulan,

Y que con su valor y su pujanza,
Á la conquista general coadyuvan.

Frente á frente se hallan; no se vieron
Huestes tan bravas y aguerridas nunca,
Cual las que cubren de *Musara* hermosa;
Con sus guerreros, la feráz llanura.

Ya con bélico arrojo se arremeten
Y ambas á dos embisten furibundas,
Como peñasco destructor que rueda
Desde alto monte y aquilón empuja.

El fuerte hierro contra el hierro choca;
Ayes y gritos por el viento zumban;
Todo de horror y confusión se llena;
Entrambas partes valerosas luchan.

Mas del destino en las eternas tablas
Está escrito que venza quien ya triunfa:
Yusuf, en balde su valor demuestra;
Aún hiere el golpe de su lanza aguda,

Y todo en vano; que el Omniada insigne
Arrolla osado la guerrera turba
A sus pasos opuesta: la victoria
Bajo sus alas le cobija augusta,

Y los contrarios aterrados huyen,
Huyen, como la corza que en su fuga
Por el astuto cazador herida
En los espesos bosques se refugia.

Y Abderrahmán que el genio de la guerra
De laureles corona y de ventura;
Que á sus padres vengando victorioso
De los Alabas el pendón subyuga,

Hacia Córdoba altivo se dirige,
Donde muy pronto, para gloria suya,
El califato se alzar  pujante
Orgullo siendo de su clara alcornia.

Y sus puertas fortisimas se abrieron;
Pues ya sin esperanzas ni bravura,
Sus defensores la ciudad dejaron
Al vencedor invicto que la ocupa.

Abderrahmán, como señor, domina;
Las f rtils comarcas andaluzas,
Al fiel monarca, de quien paz esperan,
Cual   n men benéfico saludan.

Y aunque Yusuf en la defensa sigue,
Do quier la enseña del Moawiá fulgura;
Que los hados amigos le protejen;
Que su empresa corona la fortuna.

VII

Todo era fiesta, júbilo, alegría;
Córdoba ostenta su esplendor gozosa,
Como virgen feliz que se engalana
En el dichoso día de sus bodas.

Do quier las flores olorosas brillan
Que dan del Betis á los valles sombra,
Y ricas aguas por doquier se vierten
Que perfuman arábigos aromas.

Y por calles y plazas corre el pueblo
La Sultana por ver encantadora,
Que del África llega, precedida
De noble comitiva numerosa;

Respetables ancianos la acompañan,
Guerreros y doncellas y matronas
Y esclavos negros, y hasta cien camellas
Que su dote conducen y sus joyas.

Bella, Howara aparece: la alegría
Su semblante purísimo colora,
Y Abderrahmán recibela gozoso
Y gozoso le ofrece su corona.

¡Con qué placer se abrazan! las estrellas
Fueron, al fin, de entrambos protectoras;
Al fin los hados porvenir dichoso
Bajo el cielo de España les otorgan.

Aún largo tiempo despiadada guerra
Ensangrentó las villas españolas,
Mas siempre fiel á Abderrahmán ilustre
Con sus laureles ciñe la victoria.

Y cuando al fin la turba de enemigos
Se disipa cual nube destructora;
Cuando la paz sus alas extendiendo
De blanca nieve y de brillante rosa

Hace que el bien renazca venturoso
Y es á los pueblos que la guerra asola,
Lo que á los campos que abrasara estió
Del otoño las brisas bienhechoras,

Abderrahmán magnánimo levanta
Expléndida mezquita suntuosa, (1)
De quien tendrá la de Damasco envidia
Y que aun al mundo sin igual asombra.

Digno templo de Alláh; de sus columnas
Por sílfides labradas seductoras

(1) Cumplidos los deseos de paz que Abderrahmán abrigaba, señaló el primer año de ella, mandando construir en Córdoba y cerca de su alcázar, la grande ALJAMA y mezquita mayor: créese que él mismo trazó el plan de la obra, que se propuso fuese semejante á la de Damasco, y más grande y superior, en su magnificencia y suntuosidad, á la nueva de Bagdad.

Múltiples calles véñse, que semejan
Gran laberinto, selva portentosa.

El limpio bronce de sus puertas brilla;
Sobre los muros que el esmalte orna,
Lindas guirnaldas árabes se mezclan
Con inscripciones y leyendas moras.

Alicatado pavimento luce,
Y de sus bellas y labradas bóvedas,
Lámparas ricas de alabastro penden
Que sus fulgores lanzan misteriosas.

Opulenta mezquita que semeja
La que el orgullo de la Meka forma;
Que del famoso Emir el poderío
En tiempos remotísimos pregona.

Mas ¡ay! que aunque el renombre victorioso
De Abderrahmán á los muslitas honra;
Aunque amantes sus pueblos le bendicen;
Aunque admiran sus triunfos y sus obras,

Melancólico y triste, cuando oculta
Su disco el sol entre las nubes rojas,
Sobre alminar que dominara esbelto
La huerta de *Ruzafa* deliciosa, (1)

(1) Abderrahmán edificó la quinta de la Ruzafa; y en sus jardines plantó una palma, única entonces en España, y madre de las que hoy existen. Dícese que, al contemplarla, recordaba siempre con tristeza la patria que había perdido

Una palmera solitaria admira
Que plantó de la Siria cual memoria,
Y su verde follaje contemplando
Vuelta hacia Oriente la mirada ansiosa,

Piensa en los campos que nacer la vieran;
Á sus gratos recuerdos se abandona,
Y estos versos suavísimos diciendo
Por sus desiertos y sus padres llora.

«Tú también, insigne palma, (1)
Eres aquí forastera;
De Algarbe las áuras dulces
Tu pompa halagan y besan.

En suelo fecundo arraigas,
Y al cielo tu cima elevas;
Mas lloráras triste llanto
Si, cual yo, sentir pudieras.

Tú no sufres contratiempos
Como yo, de suerte aviesa;
Á mí, de pena y dolores
Continuo llanto me anega.

Con lágrimas he regado
Las palmas que *Forat* riega;
Pero las palmas y el río
Se olvidaron de mis penas,

(1) Estos sentidos versos fueron, efectivamente, compuestos por Abde-
rrahmán, y los he tomado de la traducción de Conde, pues aunque conozco el
poco aprecio que á los orientalistas merece dicho autor, no he hallado otra
versión mejor que la suya.

Cuando mis infaustos hados
Y de Alabas la fiereza,
Me forzaron á dejar
Del alma las dulces prendas.

Á ti de mi patria amada
Ningún recuerdo te queda;
¡Pero yo, triste, no puedo
Dejar de llorar por ella!...»

Y del ilustre Abderrahmán primero
Aquí termina la brillante historia;
Por su virtud los pueblos le adoraron;
Ciñó, por ella, la real corona.

Padre fué de los inclitos Califas
Que el Islamismo honraron con su gloria,
Y le lloraron al morir los suyos,
Como á los buenos príncipes se lloran.

¡Bendito aquél que protegió su vida;
El que á sus huestes dió la victoria;
El que los mares, poderoso, calma;
El que los prados coronó de rosas!...





Aben-Amar Arramedí

TRADICIÓN HISTÓRICA

SIGLO X

I

MEDINA-AZ-ZAHRA

SON ilusión los mágicos alcázares
Que nos pintan las árabes leyendas?
¿Son un sueño los fúlgidos pensiles
De blancos genios y de silfes bellas?

¡Ah, no! que existe una ciudad divina
Que rosas embalsaman y azucenas,
Cuyos piés baña el Betis caudaloso,
Cuyos palacios cubren las palmeras.

Y entre bosques de mirtos y naranjos
Allá en la falda de su verde sierra;
Cual caprichoso pabellón de hadas,
Alcázar bello sin igual se eleva.

Mármoles cubren sus estancias ricas,
Pintorescos vergeles le rodean,
Donde las fuentes de alabastro lucen,
Donde exhalan su aroma las violetas.

Sobre él levanta colosal y agreste
Su encantadora cúspide la sierra,
Y á sus piés yace sobre fértil llano
Con sus jardines Córdoba la bella.

¡Córdoba, la Sultana de Occidente!
¡En la que brotan flores y poetas!
La que el jazmín y el azahar perfuman,
La que el Guadalquivir amante riega:

Duerme en paz, que tus árabes señores
Acrecen tu poder y tu belleza,
Y en tí nacen los inclitos guerreros,
Y en tí brillan las artes y las ciencias.

Córdoba fué de ilustración emporio
Por los años que alcanza mi leyenda,
Y bajo el mando de Alhakén florece,
Que á Abderrahmán su padre sucediera.

Es Alhakén un príncipe bizarro
Al que protege bonancible estrella,
Á quien los astros bienhechores guían,
Á quien fortuna su favor dispensa.

Y á tranquilos placeres se entregaba
 Cuando luce sus galas primavera,
 En el alcázar que en la sierra altiva
 Cual pabellón fantástico se asienta.

Medina-Az-Zahra nómbrase el palacio,
 Y á Abderrahmán le debe su belleza:
 Á Abderrahmán, que levantó sus muros
 Porque delicia de su esclava fuera.

De aquella flor que perfumó su vida; (1)
 Que entre las redes de sus ojos, presa
 El alma grande del Califa tuvo;
 Que esclavo suyo á su señor hiciera.

¡Cuántos recuerdos tu existencia envuelve!
 ¡Ni aun tus ruinas por azar nos quedan!...

(1) La esclava favorita de Abderramán III y en obsequio de la cual se construyó el magnífico palacio de Medina-Az-Zahra, se llamaba Zahra, que equivale á flor.

La población estaba situada en la falda de la sierra; y los historiadores árabes la representan como una realización de los alcázares de sus fantásticas leyendas; como un trasunto de su soñado paraíso, perfumado por las flores de Andalucía.

Hubo allí bosques y jardines de admirable belleza; animales extraños de lejanos países; estanques de azogue, y estancias cuyas techumbres de oro y mármol deslumbraban la vista. En el magnífico salón de Califato se veía una gruesa perla, regalo de León, emperador Bizantino. La azotea, de lo más alto del edificio, estaba considerada como una maravilla del mundo; y por último, 1500 puertas guarnecidas de cobre dorado, y 4500 columnas de ricos y variados mármoles, atraían la admiración sobre esta suntuosa quinta palacio, donde los Califas cordobeses pasaban la primavera y el otoño; donde entre sabios y placeres, terminó sus días Abderrahmán el Magnánimo.

En la preciosa obra titulada «Poesía y arte de los Árabes en España y Sicilia» escrita en alemán por el barón de Schak, y traducida por D. Juan Valera, se hace una bellísima descripción de este encantado alcázar.

Pasó ya el tiempo destruyendo ímpio
Tus mármoles, tus fuentes, tus florestas!...

Blanca lucía en el cenit la luna;
Era una noche límpida y serena,
Una noche feliz y transparente
Cual en sus sueños finjela el poeta.

La brisa errante, de Medina-Az-Zahra
Los bosquecillos de naranjos besa;
Y suspiran los céfiros graciosos
En los grupos que forman las palmeras.

En las acacias olorosas brillan
Los tibios rayos de la luna bella;
Deslízanse las fuentes bullidoras
Entre el almoradúx y las adelfas,

Y bajo verdes enramadas véñse
Lámparas de oro y alabastro y perlas,
Que en los estanques de azuladas ondas
Sus luces melancólicas reflejan.

En una selva de frondosos sáuces
Y por columnas sostenido esbeltas,
Elévase un templete á cuya planta
Ricos perfumes los esclavos queman.

¿Es este, acaso, el misterioso asilo
Donde los silfos invisibles vuelan,
Donde entonan sus lánguidas canciones
Al son del aura que las flores besa?

¡Oh, sí!... los genios en tan grato albergue
Dan al viento sus mágicas endechas,
Que allí pasa Alhakén felices noches
Entre sabios ilustres y poetas.

Allí el príncipe ilustre, recostado
Sobre cojines pérsicos se encuentra,
Y la flor de los árabes alimes (1)
En festivo cortejo le rodea.

Los plácidos cantores cordobeses
Gratos exhalan sus sentidas quejas,
Y su señor gozoso los escucha
Mientras vierten sus luces las estrellas.

Mas entre todos, por sus negros ojos,
Por su oriental y varonil belleza,
Descuella un jóven que al Califa ilustre
Es presentado por la vez primera.

En el destello de su audáz mirada,
El numen brilla que su mente encierra;
Aben-Amar se nombra, y de las musas
El hijo predilecto pareciera.

Llegó su vez al inspirado vate,
Y una balada recitó, más tierna
Que los suspiros de nevado cisne,
Que los murmullos de la fuente amena.

(1) Allmes, significa sabios.

Calló á su acento el ruiseñor doliente
Y calló el aura que en los bosques juega;
Y los insectos del jardin callaron,
Á la voz encantada del poeta.

El príncipe Alhakén, que noble y docto
También cultiva la divina ciencia,
Tiende su mano bondadoso al jóven
Y en su hábla oriental, así se expresa:

— «Benigno Alláh por su piedad me ofrece
Tan gran tesoro; de mi alcázar cerca,
Digno cantor á quien el cielo inspira,
Estancia tienès, porque siempre pueda

Gustar la miel que de tus labios brota;
La armonía sentir de tus endechas;
Y así de Alláh la gracia te acompañe,
Y así siempre los hados te protejan.»

Tal el Califa dijo, y el mancebo
Dobló gozoso la rodilla en tierra,
Mientras se pierden en el bosque umbrío
Los dulces cantos y las brisas frescas.





II

HALEWA

ALZABA el sol naciente
Su rubia cabellera;
El ave en la pradera
Lanzaba su canción;
De Mayo una mañana
Brillante aparecía,
Su cáliz entreabría
La purpurina flor.

Del sueño entre los brazos
Aún Córdoba se hallaba;
Tranquila reposaba
La mágica ciudad:
Y el sol entre la bruma
Doraba sus pensiles,
Y de sus torres miles
La artística beldad.

Del Bétis á la orilla
Elévanse graciosos,
Los huertos deliciosos
De *Beni-Meruán*; (1)
Y á aquellos perfumados
Bellisimos jardines,
Las parras y jazmines
Su grata sombra dan.

Allí, y en la ribera
De un arroyuelo blando
Que besa susurrando
El céfiro sutil,
Sobre el mullido césped
Y bajo la enramada,
Yacía reclinada
Una celeste huri.

Son sus mejillas bellas
Envidia de la rosa;
Blanca su frente hermosa
Cual la azucena es;
Por ojos dos luceros
Dios á la mora diera;
Su negra cabellera
Es de las almas red.

Los cánticos escucha
De las graciosas aves,

(1) Beni-Meruán, se llamaba un hijo de Muza, que vino con él á España, y de quien tomó nombre el palacio cuyos deliciosos jardines menciona.

Las músicas suaves
Del éuro bullidor.
Y sobre su alba frente,
Del limpio sol de Mayo
Recibe el primer rayo
De fúlgido esplendor.

En esa misma hora
Y en ese mismo día
En que es todo alegría,
Todo contento es,
Galán apuesto baja
Por áspero sendero,
Y rige el caballero
Un potro cordobés.

Y vaga por el valle,
Y al fin su paso incierto
Al encantado huerto
Guió de Meruán.
Esbelta es su figura;
Del genio á los destellos
Brillan sus ojos bellos;
Él es: Aben-Amar.

Él es: el cantor dulce,
El lánguido poeta;
Él, cuya mente inquieta
Admira la creación;

Y la belleza admira
De la mañana pura,
Y siente de ventura
Latir su corazón.

El manso Betis pasa,
De su corcel desciende,
Una mirada extiende
El jóven con afán:
De inspiración radiaba
Su rostro de ardor lleno,
Y en el pensil ameno
Entró de Meruán.

El bosquecillo cruza
Do un arroyuelo gira;
El áura allí suspira
Suavísima canción:
Y absorto se detiene
Al ver á la hermosura,
Que hada celeste y pura
Su mente la creyó.

— «Bellísima Sultana,
Señora de las flores,
Hurí de los amores;
(Exclama Aben-Amar.)
¿Eres, quizás, un sueño
Que finjese mi mente,
Lucero refulgente
Ó sílfide inmortal?

¿Eres, quizá, una hada
Que baja placentera
Á ser de la pradera
El genio bienhechor?
¿Tú das á estos pensiles
La esencia que embriaga?
¿Eres graciosa maga
Ó espíritu de amor?

— «¡Oh, jóven, tú deliras;
Esclava triste soy
Que aquí llorando estoy
Mi grata libertad:
Cuando amanece y cantan
Las aves amorosas,
Con lágrimas las rosas
Consuélame regar!»

— «¿Serás acaso, dime,
De las que ya penaron?
¿De las que ya probaron
La acibar del dolor?»
— «Por mi desdicha.» — «¿Y nunca
La fuerza de tu estrella
Templó, sultana bella,
El ángel del amor?»

— «Nunca.» — «¡Gentil señora!
Eres cual noche amena
Que alumbra luna llena
Hermosa, divinal:

Como la estrella eres
 Que anuncia el alba amante,
 Cual la ilusión brillante
 Que finjese el mortal!

Mas dime, garza pura,
 El nombre que te dieron;
 ¿Qué nombre te pusieron,
 Flor cándida, al nacer?
 Dilo, y por el Profeta
 Te juro, ángel hermoso,
 Que tierno y amoroso
 Tu nombre guardaré.»

— «*Halewa* me nombraron.»

— «¡Oh, hija de las hadas!
 ¡Con venturosas *fadas* (1).
 Te dieron nombre tal!
 ¡*Halewa*; en el retiro
 Donde tu pecho llora,
 Acuérdate en buen hora
 Del triste Aben-Amar!

— «¿Aben-Amar dijiste?

¡Oh!... ¡gracias al profeta!...
 ¿Con que eres el poeta
 Del estro seductor

(1) Entre los árabes españoles, el octavo día después del nacimiento de un hijo, era fiesta de familia, llamada «Fada», la cual terminaba poniendo nombre al recién nacido. El abuelo ó el padre, después de invocar á Alláh, decía el nombre al oído del niño, luego se repetía á los asistentes, y concluida la ceremonia, se daban limosnas á los pobres.

Á quien las gracias aman,
Á cuyo grato acento
Su voz acalla el viento,
Su canto el ruiseñor?...»

«Tus trovas son más dulces
Que sus sentidas quejas,
Más que es de las abejas
Dulcísimo el panal;
Más que la brisa gratas...»
— «¡Sultana de las flores!...»
— «¡Cantor de los amores!...»
— «¡Doncella angelical!...»

— «Adiós, *rawi* sublime,
Adiós, que el día avanza.»
— «¿Te vas, ¡oh! mi esperanza?
¿Tan pronto para mí
Se oculta el sol que nace?
¿Mañana cuando el día
Rompa la niebla umbría
Puedo esperarte?» — Sí.»

Dijo la esclava hermosa;
Con su flotante velo
Cubrió la faz de cielo,
Del bosque se alejó.
Y el árabe poeta
Con la beldad soñando,
Y ¡Halewa!... suspirando,
Á Az-Zahra se tornó.

Y todas las mañanas,
Cuando en el limpio Oriente
Se mira al sol saliente
Su disco levantar,
En grato bosquecillo,
Del agua á los rumores,
Á Halewa sus dolores
Confiesa Aben-Amar.

Las horas se pasaban
En pláticas suaves,
Aun más que de las aves
La matinal canción,
El sol les sorprendía
Bajo la selva undosa,
Mas ¡ay! que de la hermosa
Aún gime el corazón...

— «¿Qué lloras, alma mía?—
Aben-Amar murmura.—
¿Del valle la hermosura
Contento no te da?
En torno tuyo gira
La mariposa errante...»
— «Sí, respondió la amante;
¡Que tiene libertad!...»

«La alegre mariposa,
Los lípidos raudales,
Las águilas caudales,
Libres, dichosos son:

¡Yo, en tanto, gimo esclava!
¡Esclava!... ¿cómo quieres
Que goce sus placeres
Mi pobre corazón?»

— «¡Oh!, — dijole el poeta;
— Luz de la vida mía!
Saldré de Andalucía
Mañana, y por Alláh
Que cuando á pisar vuelva
La tierra que hora piso,
Hurí del paraiso,
La libertad tendrás.»

— «¡Aben-Amar, tú partes!...
¡Bajo esta palma airosa
Ya nunca venturosa
Tu voz escucharé!»
— «¡Ah, no! gacela pura;
¡Ah, no! que enamorado,
A este jardín amado
Ansioso tornaré.»

— «La dicha te acompañe.»
— «Protéjate el destino.»
— «Adiós, vate divino.»
— «Hermosa silfe, adiós.»
Y cuando se apartaron,
Amantes se miraban,
Y tiernos se juraban
Su férvida pasión.





III

FLORES MARCHITAS

PARTE Amar, pues que gozaba
La gracia del Rey, y así,
Un mensaje le entregaba
Que el buen poeta llevaba
De Zaragoza al Walí.

En una mañana hermosa,
El inspirado cantor,
Por la pradera graciosa
Do crece la fresca rosa,
Marchaba soñando amor.

Azul marlota vestía
Con cabos de plata y oro;
Banda azul también lucía;
Que este color prefería
La bella dama del moro.

Partió; los días pasaron;
Tres veces creció la luna,
Y los lirios se agostaron
Que los jardines ornaron
De Córdoba la moruna.

Y ya sus hojas caían,
Y con las brisas ligeras
De Septiembre se perdían,
Que entre las ramas gemían
De las árabes palmeras.

Es un día transparente;
Ni una nube el cielo empaña,
Y por la orilla riente
Que con su mansa corriente
El Bétis tranquilo baña,

Doncel gallardo se mira
Sobre un potro galopar,
Y enamorado delira,
Pues de entusiasmo suspira
Su Córdoba al divisar.

En alas de su esperanza
El buen caballero vuela,
Que ya por la vega avanza,
Y un huerto querido alcanza
Al cual arribar anhela.

— «Llegué, gracias, suerte mía;»
Dijo, y con ardiente afán
La ancha ribera seguía,
Y en la arboleda sombría
Penetra de Meruán.

De laberintos amenos
Cruza la verde espesura
Y sus arroyos serenos,
Y aquellos pensiles llenos
De recuerdos de ventura.

Mas, ¡ay! que una flor buscaba
Más que sus hermanas bella;
Entre los bosques vagaba,
Pero en ellos no encontraba
La mágica flor aquella.

Él es; el vate dichoso;
El poeta Aben-Amar,
Que torna á su patria ansioso,
Pensando en el valle umbroso
La hermosa Halewa encontrar.

Allí prometióle un día
Que rendido tornaría
En alas de su pasión;
Y al ángel de su ilusión
En el bosque no veía.

— «¡Alláh-Akbar! ¿Cual estas flores
(Dijo el triste Aben-Amar)

Que ya ruedan sin colores,
Para Halewa mis amores
Habrán podido pasar?»

Y siempre, al rayar el día,
A los vergeles bajaba
Do hallar á Halewa creía;
Mas siempre triste subia,
Que nunca á Halewa encontraba.

¡Ay! los hados lo quisieron.
¡Fué vano tu amante afán!
¡Tus esperanzas murieron,
Y ya su encanto perdieron
Los bosques de Meruán!...

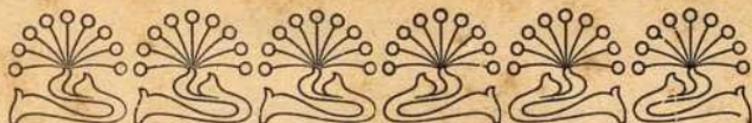
¿Qué sirve al que contempla
Marchita su esperanza
Ni fúlgidos palacios
Ni gloria ambicionada?
¿Qué sirve á sus pesares
Del príncipe la gracia,
Ni juegos ni festines
Ni músicas ni zambras,
¡Ay! si cambiar no pueden
Lo que el destino manda:
Lo que en su libro eterno
Escrito ¡oh Dios! estaba.
Por eso entre las selvas,

Y del vergel de Az-Zahra
Bajo las mustias hojas,
Triste el poeta vaga.
En vano del Califa
Gozó la confianza,
En vano le celebran
Cual hijo de la fama;
Que él solo entre laureles
Y entre orientales palmas,
Los ayes de su pecho
En cánticos exhala;
Y ve rodar las hojas
Que suspirando arrancan
De los desnudos troncos
Las otoñales áuras.
Cual esas ramas yertas,
Las ilusiones gratas
Cayendo ya, marchito
Su corazón dejaran.
El viento proceloso
Tambien para él soplara;
¡Sin paz está su pecho,
Los árboles sin galas!.,
Por eso el buen poeta,
Por eso triste vaga,
Con lágrimas los ojos
Sin dichas en el alma...

¡Venid, divinos genios;
Llegad, ondinas blancas;

Volved á vuestro hijo
Su bendecida calma;
Sueños prestadle gratos,
Y que otra vez lozana
Florezca, allá en su pecho,
La flor de la esperanza!





IV

LA ESCLAVA DE ABU-ALY

OBSCURA está la perezosa tarde;
Tristes gimen las fuentes y las brisas,
Y dora el sol entre apiñadas nubes
De la sierra la cúspide florida.

Y ya el *Muezzin* á la oración convoca (1)
Desde la torre de la gran mezquita,
Y al murmullo del agua y de las aves
La ciudad de los sabios se adormía.

De un alcázar de Córdoba opulento
En una estancia perfumada y rica,

(1) Muezzin ó muédano: el que, cinco veces al día, convoca á la oración desde las torres de las mezquitas.

Que damasquinas telas embellecen
Y recaman pintadas alcatifas,

Reclinada sobre árabes cojines
Reposa una mujer, hada divina,
Y dos lágrimas ruedan de sus ojos
Que surcaran sus pálidas mejillas.

Brocado y perlas su beldad realzan,
Pero la triste con dolor suspira;
Y es su talle flexible como el junco
Que del Zuja guarnece las orillas.

Así el tiempo pasaba silencioso;
Sus crespones las sombras extendían,
Y lloraba la cándida hermosura
En sus gratas memorias embebida.

Mas el tapiz alzóse de la estancia,
Y un hombre apareció de faz sombría,
Que contempla extasiado á la belleza,
Mientras vaga en su labio la sonrisa.

Á ella se acerca con andar pausado,
Y en sí volviendo la doncella altiva,
Alza los ojos, pero el llanto nubla
El brillo seductor de sus pupilas.

— «¿Por qué tiemblas? (exclama el caballero).
— ¡Oh, deja por piedad que el alma mía—
Repúsole la hermosa, —sufra á solas
Con su acerbo dolor y con sus cuitas...!»

— «Por mi linaje, con verdad te juro
Que triste al contemplarte y abatida,
No alcanza á comprender mi pensamiento
El extraño pesar que te domina.

«¿No tienes siervos que tus gustos sirven?
¿No tienes ámbar en tu estancia rica?
¿No tienes perlas para ornar tu frente?
¿No tienes á tus piés el alma mía?

«Señora, que no esclava, en mi palacio
Ante ti doblan todos la rodilla;
Todos te adoran como á hurí del cielo;
Todos tu gracia, con placer, admiran.

«¿Así gozabas de tu dueño antiguo
En la morada mísera y mezquina?
Por el profeta, que al venderte, acaso
En muy poco, mi bien, te estimaría.»

Alzó la jóven la gentil cabeza,
Y en la del moro su mirada fija,
Prorrumpió suspirando:— «¿Qué me valen
Siervos, ni joyas que en mi frente brillan,

Si hado terrible por mi mal me cupo;
Si mala estrella mi destino guía,
¡Ay, santo Alláh! si entre cadenas de oro
Miro, infeliz, mi libertad perdida?»

— «Pues si la quieres, sin igual esclava,
Corresponde á mi amor; una sonrisa

Concédanme tus labios seductores
Que son, hermosa, del clavel envidia.»

— «Imposible, señor; ¿por qué, si tienes
Allá en tu harém las que tu amor ansían,
No me dejas llorar con mis pesares,
No me dejas llorar con mis desdichas?

— «Porque eres tú la que soñó mi mente,
Porque eres tú la que adorar podría;
Porque mi ruego con desdén escuchas;
Porque mi orgullo y mi poder humillas.»

— «¡Ah! potente Cadhí; tan solo orgullo, (1)
Orgullo insano tu pasión respira;
Nunca por él alcanzarás, cual piensas,
El pobre amor de tu infeliz cautiva.»

— «Halewa; ya ha dos lunas que tu dueño,
Quizás por su pobreza ó su avaricia,
Te vendió á mí; ¿recuerdas?— «Nunca olvido
Aquel infausto y desdichado día.»

— «El servicio dejaste de un anciano
Por el palacio del Cadhí do brillas;
De Abú-Ali el poderoso, donde eres
El encanto de todos y la envidia.

«Zambras, vergeles te ofrecí rendido;
Más que eso: mis amores te ofrecía,
Y tú, fiestas y amores despreciando,
Ocultas siempre, sin cesar suspiras.

(1) Cadhí, equivale á Juez.

¡Walah! ¿qué es lo que anhelas? ¿qué ambicionas?
Cuanto sueña tu loca fantasía,
Cuanto de hermoso sobre el mundo existe
¿No te he rogado por mi amor que pidas?

— «Cierto; mas si en tus frases confiada
Solo una gracia demandé sencilla,
Altanero. Cadhí, me la negaste,
Mi consuelo arrancándome y mi dicha.

— «Porque vagar pediste solitaria
De Meruán en la arboleda umbría,
Cuando despunta el sol, ¿no tienes, dime,
Bellos jardines en tu estancia misma?»

Se ahogó la voz de Halewa en la garganta;
Bajó la frente de pesar transida,
Y una lágrima triste de sus ojos
Bañó por un recuerdo su mejilla.

— «¡Siempre llorando!» — su señor prosigue; —
«¿Es, quizás, que otro amor tu pecho anida?
Si fuese por tu mal, si fuese acaso,
¡Oh! ¡teme, esclava, la venganza mía!...

«Pues por las *Suras* del korán bendito (1)
Te juro, Halewa, y por mi fama limpia,
Que lo que el ruego y el amor no alcanzan
Ha de alcanzarlo la altivéz que humillas.»

(1) Llámense «Suras» los capítulos del Korán, los cuales son ciento catorce.

Calló el Cadhí, que de coraje tiembla:
Calló también la desolada niña,
Y aquel silencio interrumpían solo,
Del fresco otoño las errantes brisas.

Un esclavo en los arcos aparece,
Y á su señor anuncia la venida
Del noble Aben-Amar, que lejos parte,
Y despedirse de su amigo ansía.

Detiénese el Cadhí, que á grandes pasos
Mide el salón; Halewa, peregrina,
Un grito ahogó de gozo y de sorpresa,
Y Abu-Ali receloso se retira.

Ya apenas sus pisadas se perciben
En las largas y estrechas galerías,
Y entonces Halewa, la infeliz Halewa
En cuyos ojos la ventura brilla,

Cuyo blanco semblante se colora
Y cuyo seno con placer palpita,
Corre ligera al ajiméz de jaspe, (1)
Y de las flores que su esbelta ogiva

Bellas adornan, de pavor temblando
Un ramillete rápida combina;
Un ramillete, do atrevida cuenta
Las amarguras en que su pecho anidan.

(1) «Ajiméz;» ventana dividida por una columna en el centro, sobre la que descansan dos arcos.

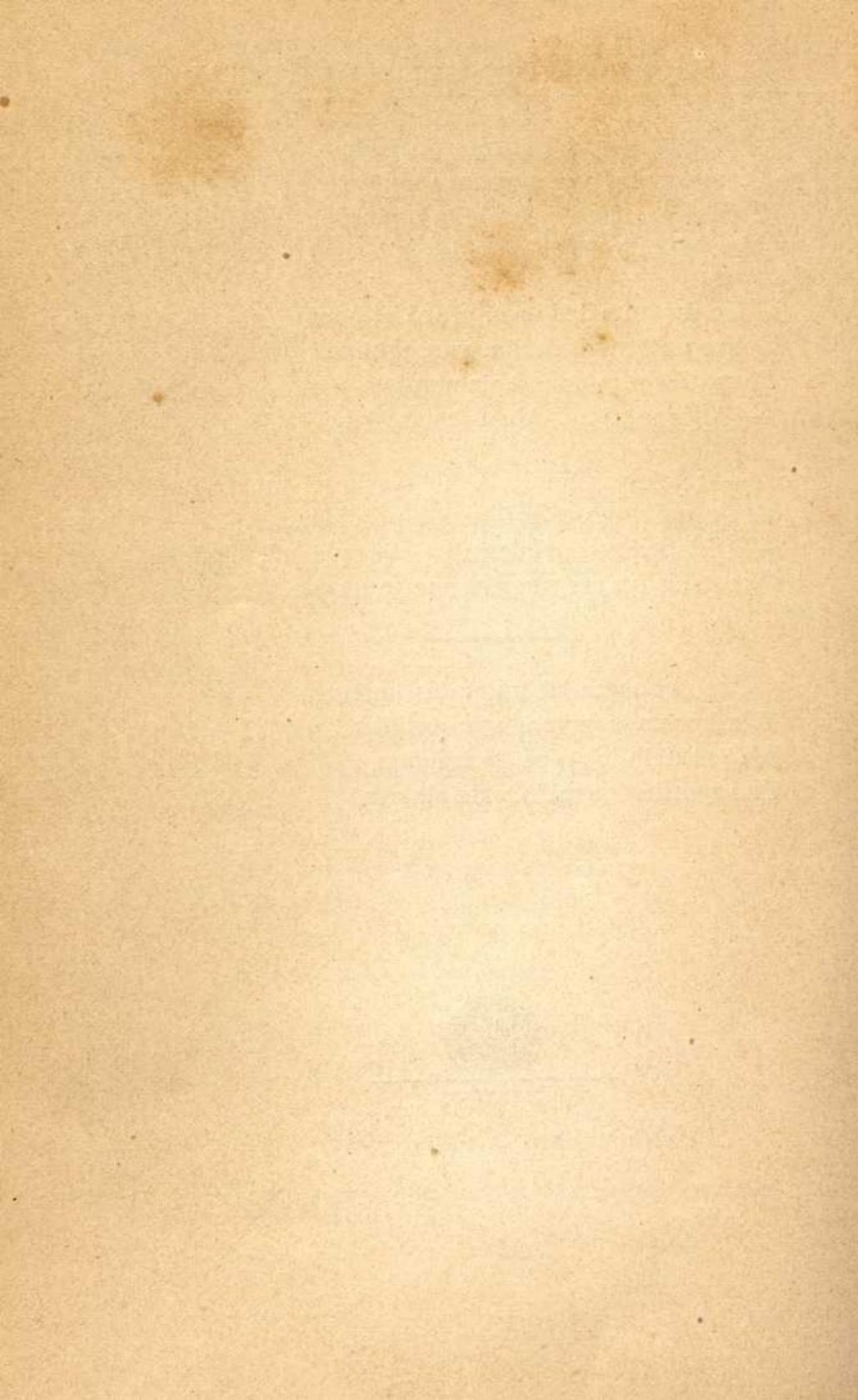
Su enamorado corazón ardiente
Temor, anhelo y esperanza agitan;
Y ya á su amante con afán aguarda,
Descorriendo la doble celosía.

Un instante despues, cruzó el poeta
Sobre un bravo alazán, y la cautiva
El ramillete le arrojó clamando:
— «Aquese ramo, Aben-Amar, descifra.»

— «¡Halewa! ¡Santo Alláh!—gritó el mancebo:
Al fin me vuelves mi ilusión perdida...
— «¡Silencio!»— «¡Halewa!»— «Por piedad, silencio...
Que así lo quiere nuestra suerte impía...»

Besó el poeta las fragantes flores:
Y la hermosa cayendo de rodillas,
Alzó al cielo los ojos do brillaba
Un rayo de consuelo y de alegría.







V

LA CANCIÓN DEL POETA

LEGAD, mis trovadores;
Llegad poetas de la patria orgullo;
Vuestros himnos alzad arrobadores
Dulces como la leche de camellas,
Tiernos, cual de la tórtola el arrullo,
Vagos, como la luz de las estrellas.
Llegad, hijos de genios y de hadas;
Y al compás de la guzla sonora
Cantad bellas baladas,
Pues que son vuestros versos deliciosos
Más blandos, más suaves,
Que el murmullo del viento;
Que de las áuras el sentido acento.
Venid, y escuchareis
La cántiga divina,
Endecha peregrina

Que Aben-Amar ha escrito con el alma,
A la hermosura que robó su calma.»
Tal el Califa con placer decía
A los doctos, cantores y poetas
Que de su trono alrededor unía,
Una noche en que todo reposara,
En los jardines de Medina-Az-Zahra.
Y Aben-Amar, su voz obedeciendo,
Leyó así entre los sabios y las flores,
Esta canción al bien de sus amores.

CANCIÓN

¡Lirio brillante de Andalucía
Que das perfumes al alma mía,
Como los nardos á su pensil!
¡Ave del cielo!
Si presa lloras, tiende tu vuelo,
Mi alma es tu nido, garza gentil.

Eres más bella que noche en calma;
Más grata eres al pecho mío,
Que á errante tribu sombra de palma;
Que á seco oasis puro rocío.
 Más que el umbrío
 Bosque gracioso
 Al amoroso
 Fiel ruiseñor;
 Que de las hojas
 Que mece el viento,
 El soñoliento

Leve rumor.
Tímida rosa:
Tú eres la gloria del alma mía;
¡Silfide hermosa!
Tú eres la estrella de Andalucía.

Son de paloma tus garzos ojos,
Que envidia dieran á las hurtes;
Y tus mejillas y labios rojos
Del valle eclipsan los alelies.

Cuando sonríes,
Graciosas brillan
Perlas que humillan
Las de la mar;
De celos muere
Canora ave,
Tu voz suave
Al escuchar.

¡Tú, mi consuelo,
Juncia ligera, flor del Abril!
Si presa lloras, tiende tu vuelo:
Mi alma es tu nido, garza gentil.»

— «En verdad que muy bella
Ser debe la doncella
Por quien tu pecho con amor suspira;
Cuya beldad te inspira.»
Dijo Alhaken; y respondió el poeta:
— «Bella es, Señor, como la luna hermosa
Que en las aguas rielando silenciosa

Desde el cenit fulgura;
 Cual blanca mariposa;
 Como ensueño de mágica ventura.

Algunas horas plácidas pasaron;
 Y al descender las pléyades lucentes,
 Los árabes alimes se alejaron
 Por los bosques amenos
 De sus *kasidas* orientales llenos.
 Partieron ya: con su Señor á solas
 Aben-Amar hallóse,
 Y al murmullo suave de las olas
 Diálogo tal, entre ambos entablóse:
 — «¿Quién es el dueño de tu tierna esclava?»
 — «Abu-Aly el poderoso.»
 — «¿El Cadhí?» — «Sí, señor.» — «¿Y su orgulloso
 Altivo poseedor la vendería?»
 — «Tal fuera un tiempo la esperanza mía;
 La esperanza, que huyó con mi reposo.»
 — «Adiós, pues; el poeta.»
 — «Él, alto *Imán*, te guarde.»
 — «Dirija tus acciones el profeta.»

Y cuando solo el príncipe quedóse,
 En sus ojos brillando la alegría
 De este modo expresóse:
 — «Esclava bella, conocerte anhelo:
 Tu hermosura trocara por el cielo.»





VI

EL CALIFA

EN un camarín de Az-Zahra
Que adornan tapices régios,
Recostado sobre muelles
Almohadones arabescos,
Está Alhakén pensativo
Y ante él un esclavo negro,
Sus órdenes aguardando
Con silencioso respeto.
— «Ya sabes, Hacen: mañana,
(El Rey dijo) cuando el pueblo
Á la grande *Aljama* acuda
Y Abu Aly también, yo quiero
Una llave que abrir pueda
De su esclava el aposento.
Corre, pues, á su palacio;
Gana con oro sus siervos,
Que cumplida recompensa
Por tu audacia te prometo.»
Velóz partióse el esclavo,
Á la ciudad bajó presto,



Y alegre quedó el monarca
Con sus gratos pensamientos.

Era el siguiente día;
En pabellón lujoso
Sobre *alhami* gracioso (1)
Tristísima se ve,
A la infeliz Halewa
Que llora sus dolores;
Y que con gayas flores
Jura su amante fé.

Y forma un ramillete
De nardos y azahares
Do cuenta sus pesares,
Su inolvidable amor.
Perdida en sus delirios,
Con ellos extasiada,
No oyó, la infortunada,
De pasos el rumor.

No ve que un hombre admira
Su rostro peregrino,
Envuelto en damasquino
Riquísimo alquicel;
No ve que la contempla
Gozoso, enajenado;
¡Que en otro ser amado
Absorto está su sér!

(1) «Alhami;» hueco espacioso labrado en la pared, donde los árabes colocan los lechos; y que generalmente adornan con esmaltes y alicatados, como se vé en la Alhambra.

— «Hudir el paraíso:
Bellísima doncella...;
(Dijo llegando á ella);
Que te proteja Alláh.»
Sus ojos alzó entonces
La mora sin ventura,
Y un grito de pavora
Al ver al hombre dá.

— «¿Quién eres?» ella exclama:
— «¿Quién soy? ¿saberlo quieres?»
— «¿Qué anhelas? sí; ¿quién eres?»
— «¿Conócesme? Alhaken...»
— «¿Qué dices? ¡el Califa!...»
Clamó su rostro viendo,
Y trémula cayendo
Del árabe á los piés.

— «Alza;» — su rey le dijo; —
¿Qué hiciste, mi señora?
¡Oh! nunca en mala hora
Te humilles ante mí.»
— «¿Quizás, (temblando ella
Cual gota de rocío,
Contesta) — al dueño mío
Tú buscas? ¿á Abu-Aly?»

— «No: contemplar deseo
Solo, gacela pura,
Tu mágica hermosura,
Tus gracias admirar.»
— «¿Qué piensas?... ¡desdichada!...»

—«Ya en versos seductores
Cantar oi tus loores,
Y tu beldad cantar;

Y aunque las gratas rimas
Que fieles te ensalzaron
Las hadas inspiraron
Y el genio del amor,
Nunca pintar pudieron,
(Mi pecho te lo jura,)
Tu lánguida dulzura;
Tu encanto arrobador.»

—«¿Qué escucho?»—«Que te amo;
Que tu cariño imploro;
Que tu inocencia adoro,
Sultana mía, ven.
Tendrás cuanto en su anhelo
Tu gusto ambicionara;
Ven, y serás la Zahra
Del reino de Alhakén.

«¿De esa mujer divina
No oiste contar la historia?
¿No sabes que fué gloria
Del grande Abderrahmán;
Que en su pasión profunda
Por ella levantara
Prodigios en Az-Zahra
Que eternos vivirán?

«¿Que edificó palacios
De mármoles cubiertos,

Y perfumados huertós
Para su bien plantó,
Más bellos que los ricos
Alcázares de Oriente,
Más bellos que la mente
Fantástica soñó?

«Deslizase el azogue
En finos alabastros,
Robándole á los astros
Su transparente luz;
Sus fuentes bullidoras
Las almas adormecen,
Y plantas allí crecen
De singular virtud.

«Acacias y abedules
Sombread sus verjeles;
Palmeras y laureles
Se elevan por doquier.
En su ramaje cantan
Las aves sus amores,
Y aduérmese en las flores
El genio del placer.

«Hay baños olorosos
Y altivos alminares;
Sus techos y pilares,
De estuco y oro son;
Y de ébano, labradas
Y de marfil cubiertas,
Están sus anchas puertas,
Del orbe admiración.

«De jaspe son sus arcos
Y lípidos cristales;
La luna allí á raudales
Vierte su tibia luz;
Y en cúpulas refleja
Cubiertas de arabescos,
Que esmaltan pintorescos
El rojo y el azul.

«Las bóvedas que silfos
Acaso levantaron,
Ligeras se apoyaron
Sobre columnas mil.
Porque trasunto sea
De la morada pura,
El sol de tu hermosura
Tan solo falta allí.»

— «¿Qué son, la esclava dijo,
Tus blancos camarines,
Tus bosques de jazmines,
Tus joyas, mi señor;
Si entre ellos inhumano
Me robas mis placeres,
Y si arrancarme quieres
A mi primer amor?»

— «Si más tu fantasía
¡Oh Halewa! deseara,
Si no es Medina-Az-Zahra
Aún grata para ti,
Yo alcázares más dignos

Gozoso te ofreciera,
Do fúlgida luciera
Mi celestial hurí.»

— «Señor, algún mal genio
Fatídico te inspira;
Sin duda que delira,
Califa, tu razón...»

— «¿Delirio lo juzgaste?»
— «Delirios de tu alma:
¡Deja gozar en calma
A un pobre corazón!»

— «¡Ah, esclava! te comprendo!...
Una pasión ardiente
Arrástrate vehemente
Al tierno Aben-Amar:
Y por ceder á ella,
(Es tan feliz su hado)
Mi acento enamorado
Osaste despreciar.»

— «Si el frenesí conoces
Con que á mi amante adoro
Y que su ausencia lloro
Con lágrimas de amor;
¿Por qué aún amor me pides?»

— «¿Nunca será olvidado,
Tu Aben-Amar amado?»
— «Jamás, jamás, señor.»

— «¡Jamás!... ¡desventurada!
¿No atiendes á mi ruego?»

¿Tu afán es, ay, tan ciego?

¿Tan ciego tu desdén?»

— «Nunca daré al olvido

Mi plácida esperanza.»

— «¿No temes la venganza

¡Oh, esclava! de Alhaken?»

— «¡Venganza tú dijiste!

¡Qué escucho; ¡oh Alláh santo!...

¿No cuidas de mi llanto?

¡Piedad, señor! ¡Piedad!»

Mas Alhakén rechaza

En su furor ardiente,

La súplica doliente

De la infeliz beldad.

En su arabesco jaique

El rostro recatando

Y de furor temblando,

Del camarín salió.

Sus ilusiones muertas

Miró la esclava hermosa,

Y pálida y llorosa

En su alhamí cayó.





VII

POBRE HALEWAI

QUIÉN resiste los fallos del destino? ¿
¿Quién borrar puede lo que escrito estaba
En su libro eternal: lo que escribieran
Del paraíso en la feliz morada? (1)

Nadie; que aquel que por el mar del mundo
Siente bogar su navicilla en calma,
No sabe si las ondas apacibles
La tempestad agitará mañana.

Y en lo que cifra por su mal acaso
Todo su bien, su gloria y su esperanza,
Es, que los hados sin piedad lo quieren,
El móvil principal de sus desgracias.

(1) Según el Korán, un ángel escribe en el paraíso, sobre el libro del destino, el de todos los mortales.

Y tal fué para el árabe poeta
La fiel kasida que cantó á su amada;
Por ella solo ambicionó el califa
La belleza admirar que la inspirara.

Y el dueño altivo de la triste Halewa
Que su pasión tiernísima ignoraba,
La causa al descubrir de sus suspiros,
De su desdén al descubrir la causa,

Ya cambia sus amores en despecho;
Solo alienta rencores y venganzas:
No es ya Halewa señora en su palacio,
Pues es tan solo aborrecida esclava.

Mas nada importa del Cadhí la furia
A la gentil doncella; que en su alma
Otros pesares íntimos anidan;
Otras desdichas su existencia amargan.

Tres soles ha que su cantor amado
Bajo el lujoso camarín no pasa,
Y el ramo, de sus cuitas mensajero,
Sin llegar hasta él se marchitaba.

¡En vano desde el alto minarete
Á tu gallardo trovador aguardas!
En vano, hermosa, por tu bien perdido
A los cielos dirijes tu plegaria!...

Un día que lloraba sin consuelo
En su alfeizar riquísimo apoyada,
Entró el Cadhí con la mirada torva,
De la infeliz Halewa en las estancias;

Y un pergamino que en su mano obstenta,
Entregando á la mora, así le habla:

— «Alhaken el Califa poderoso
Aqueste pliego para tí me manda.»

— «¡El Califa!» — «Sí, á fé: dicen que agudos
Celos destrozan sin piedad su alma;
Dicen...» — «¿Qué, por Alláh?» — «Dicen... mas lée
Y tiembla por tu suerte malhadada.»

Tomó Halewa con mano temblorosa
El pergamino, y su febril mirada
Por él pasó, con ansiedad clamando:

— «Ya cumpliste, tirano, tu venganza!...»

— «Mira, infelice, su señor le dijo,
Arrastrándola al pié de una ventana;
¿Ves esa torre cuyos pardos muros
Guadalquivir con su corriente baña?»

— «¡Oh, sí!» — «Allí está, porque Alhaken lo quiso,
El ruseñor de su vergel de Az-Zahra:
Aben-Amar, el de las dulces trovas;
El que tu pecho con delirio ama.»

— «¡Oh, calla por piedad!» — «Yo del califa
Encender supe la celosa rabia;
Ya nunca oirás sus lánguidas endechas;
Tu esperanza murió con su esperanza!»

Y la amante beldad que entre sollozos
Oyó apenas sus últimas palabras,
Clamó doliente con acento amargo:
«¡Ay, destino fatal!... escrito estaba!...»

Escrito, sí, tras su ajiméz oculta
Sus lentos días la cautiva pasa...
Y hasta la torre do el poeta gime,
Van sus suspiros de la brisa en alas.





VIII

CONCLUSIÓN

DOCE lunas pasaron; doce lunas
Que vertieron sus pálidos reflejos,
Sobre las torres do sus males lloran
Dos almas ¡ay! que para amar nacieron.

Y pasaron las áuras del estío,
Y las nieves pasaron del invierno,
Mas nunca pasa la mortal tristeza
Cuando destroza desvalidos senos.

De la prisión de Aben-Amar sombría,
En un oculto camarín estrecho,
Cuyos negros y antiguos murallones
Ilumina el crepúsculo postrero,

Véase al cautivo ilustre á quien inspira
En este instante bonancible genio,
Y el libro delicioso de las aves (1)
Escribe en gratos, sonoros versos.

(1) Aben-Amar compuso efectivamente, en la prisión, «el libro» de las «aves,» muy celebrado por los sabios musulimes.

Él es el ruiseñor que tierno canta,
Cuando llora su amargo cautiverio;
Es el ave doliente y prisionera,
Que alza su voz á la región del viento.

Y su mente vagaba venturosa
Mil delirios dulcísimos fingiendo,
Cuando al pié mismo de la torre escucha
Un fuerte golpe que turbó su pecho.

Confuso corre al ajiméz, y observa
Del moribundo sol á los reflejos,
Horrible cuadro á cuya vista solo
Sobre su frente erizase el cabello.

Dos esclavos están bajo sus muros
Entre las flores una fosa abriendo;
Rica litera que tapices cubren,
Abandonaron de la yerba enmedio.

Un momento despues, sacaron de ella
A una mujer, en cuyo rostro bello
Ya el ángel de la muerte despiadado
Triste imprimiera sus helados besos!...

— «¡Halewa!...» al ver sus pálidas facciones
Clamó el poeta con terrible acento:
Fijó en ella sus ojos espantados...
Y al caer la losa sobre el frío cuerpo,
Dió un grito de pavor, y sin sentido..
Desplomóse en el duro pavimento.





La conquista de Málaga

ROMANCE HISTÓRICO

SIGLO XV

Cristiano y español, con fé y sin miedo,
canto mi religión, mi patria canto.

ZORRILLA.

INTRODUCCIÓN (*)

QUIERO cantar: mas mi lira
Obscura, pobre, insonora,
No levantará su acento
Do mi entusiasmo ambiciona.
Quiero cantar de mi patria
El esplendor y la gloria;
Y sus fúlgidos laureles,
Y sus huestes valerosas.
Fé santa: tú que guiaste
Al combate y la victoria
Á los Reyes de Castilla,
Terror de la gente mora;

(*) Esta composición fué distinguida con mención honorífica en los juegos florales celebrados por el Liceo de Málaga, en 1872.

Tú que inflamando sus pechos
De noble esperanza heróica
Hiciste grandes sus nombres
Y su enseña vencedora,
Tu llama enciende en el mío;
Y mi voz humilde y tosca,
Cantará con vivo fuego
De aquellos días la historia:
Que para ensalzar la fama
De mi patria victoriosa,
Lira tengo, que aunque ruda,
Es altiva y española.

Venid á mí, de aquel tiempo
Dignas, venerables sombras;
¡Fernando!... ¡Isabell... yo invoco
Con amor vuestra memoria;
Y si audáz mi pensamiento
A vosotros llegar osa,
Y si atrevido mi labio
Vuestros grandes hechos nombra,
Es solo porque os admiro;
Porque el corazón adora
Vuestro renombre grandioso,
Y de mi patria la honra.





I

1483.-1484.-1485

PRELIMINARES

REUNIDOS en la alcazaba
De la ciudad de Antequera,
Hállanse los ricos-hombres
Que del moro terror eran.
El noble marqués de Cádiz
Y el de Cifuentes, se encuentran
En ese grave consejo
Donde se trata de guerra;
Que el Rey *Hacen* de Granada
Nuestros campos tala y yerma,
Á Zahra tomó, y por cierto
Que aún está viva la afrenta;
Y ya todos esforzados
Á la venganza se aprestan,
Y de Málaga en los montes
Tomarla cumplida piensan.

Todos se visten la cota;
Todos lucen sus enseñas;
Todos enristran su lanza;
Todos sus tercios presentan.
Véase aquí de Santiago
La roja cruz altanera;
Del adelantado allí
La brava gente se osbntenta;
Unos lucen de sus damas
Sobre el arnés las empresas;
Otros, de gayos colores
Bandas sobre el pecho llevan;
Y brillan del sol heridas
Sus mallas y sus cimeras,
Y el manso viento que sopla
Las plumas agita y besa.
Ya relinchan sus caballos,
Ya se parten de Antequera;
Se alejan, y por los aires
Un largo ¡viva! resuena.

Tocaba á su fin el día,
Y por ignoradas sendas
Las reales avanzadas
Á Málaga se enderezan;
Mas su paso detuvieron
Con asombro y con sorpresa,
En un altivo collado
Que á la ciudad vista diera;
Y al ver de su mar la calma,
De su cielo la belleza,

Gritan «¡adelante!» y meten
A los caballos espuelas!...
Mas ¡ay! presto tras los mares
El rojo sol descendiera,
Y las blancas nubecillas
Presto volaron deshechas.

Ya el crepúsculo ha pasado;
Se hallan entre rudas breñas,
Y los alarbes defienden
Las altas cumbres aquellas.
Y las tinieblas crecían;
Y los caballos sin fuerza,
Con ginetes y peones
Se derrumban por las peñas;
Sobre ellos los mahometanos
Lanzan picas y saetas,
El espacio obscureciendo
Con una nube de flechas.
Doquier aumenta el espanto,
Y se escuchan por doquiera
Los alaridos del moro,
Del moribundo las quejas,
Que los ecos prolongaban
Hasta la últimas sierras.
Y la obscuridad terrible
De aquella noche funesta,
Interrúmpenla tan solo
Las enemigas hogueras,
A cuya lumbre rojiza

Brilla el pendón del profeta,
Y á los árabes distinguen
Saltando de quiebra en quiebra...
Pasó la noche horrorosa;
Y el sol, que del mar se eleva,
Sobre sangre y yelmos rotos
Su pura lumbre refleja.
Con ella de los cristianos
El duelo, el pavor aumenta;
Los estragos ven entonces
Que por doquier les rodean.
Era en vano el heroísmo;
Vanos sus esfuerzos eran,
Que los infieles brotaban
En aquella agreste tierra.
De pronto, «*El Zagal*» se escucha:
Grito que anima las fuerzas
Del árabe, y entusiasta
Por todo el campo resuena,
Pues era aquel el apodo
Que á *Abdalla* su alcaide dieran.
Entonces el gran Maestro,
Reuniendo sus cortas fuerzas,
Su velóz caballo oprime;
Á sus valientes arenga;
Sube heróico la montaña;
Entre los moros se entra,
Mas sucumbe al fin su esfuerzo,
En tan desigual pelea.
El bravo marqués de Cádiz,
Que avanza por otra senda,
Por doquier ¡ay! rodeado

De cadáveres se encuentra.
De sus jóvenes sobrinos
Oye la oración postrera:
Los cuerpos ensangrentados
De tres hermanos contempla;
Y entonces el héroe invicto
Quizá por la vez primera,
Se estremece, se horroriza
De la muerte á la presencia,
Y lanza un grito del alma
Que por los montes resuena:
¡Ay! que el corazón comprende,
Pero que el habla no expresa.
Y la esperanza perdida
Y toda ilusión deshecha,
Sus escuderos le arrancan
De aquella terrible escena.
El buen conde de Cifuentes
Prisionero al fin cayera;
Pero Aguilar con los suyos,
Defiende su noble enseña.
Cuando por la vez segunda
El alba sangre refleja,
Se retiran peleando
Debilitadas sus fuerzas,
Y venden caras sus vidas
Con heróica resistencia.
Cubrióse el reino de luto
Al saber la triste nueva;
Con lágrimas y con duelo
Recibiólos Antequera,
Y aquella infausta jornada

En el nombre se recuerda,
Conque se distingue hoy
De la Matanza la Cuesta.

Pasó un año; ya sus galas;
Luciendo la primavera,
De Andalucía los campos
Esmalta de flores bellas.
Los que fuertes corazones
Dentro de su pecho encierran,
Por desgracias ó derrotas
No cobardes desalientan;
Y el mismo sol que fecunda
Del prado la verde yerba,
Armaduras y broqueles
Ilumina en Antequera.

Los Reyes, desde su córte
Que se halla en Córdoba, ordenan
Que las huestes se aperciban,
Y de Málaga á las tierras
Partan, por vengar cual deben
La nunca olvidada afrenta.
Divididos en batallas
Con nobles á la cabeza,
Entre los cuales figura
El gran Gonzalo, penetran
En el término enemigo
Invadiendo las fronteras.
Como rayo fulminante;
Cual horrisona tormenta;

Cual torrente desbordado
Que valles inunda y selvas,
El ejército aguerrido
Los ricos viñedos yerma;
Destruye las tiernas mieses;
Las flores de las praderas;
Los árboles corpulentos;
Los molinos y las huertas.
Del *Atabal* á la torre (1)
El pavor sembrando llega;
Todo feróz lo devasta;
Todo lo arrasa ó lo quema.
Y después de algún encuentro
Do rinden las moras fuerzas,
Entre vítores y aplausos
Los vencedores regresan.

Un año después, se hallaba
El Rey de Málaga cerca;
Y doquier que del cristiano
Tremolaban las banderas,
Era su victoria fija,
Fija del moro la afrenta.
La conquista de la Hoya
En breves días se hiciera;
Y el Rey oyendo el consejo
Del Marqués de Cádiz, piensa

(1) Esta torre que se halla al lado del camino de Antequera, á media legua de Málaga, servía de atalaya á los musulmanes, y desde allí con un atabal avisaban la aproximación de los cristianos. También se dice que habitaba en ella una mora llamada Xarifa, dedicada á la contemplación, la cual era tenida en opinión de santa, y consultada por los magnates y el pueblo.

Llevar sus armas, de Ronda
Ante las murallas récias.
Era alcaide de esta plaza
Hamet el Zegrí; mas de ella
Lejos estaba, corriendo
Con su gente nuestra tierra.
Pero al volver orgulloso,
En vez de hallar como piensa
Músicas y regocijos
Con que su triunfo celebran,
En sus oídos el eco
De las lombardas resuena,
Y al cielo elevarse mira
De humo negro nube densa:
Que es ilusión, pensar quiere;
Su alma de pavor se llena;
Sube agitado á una altura,
Y horrible cuadro contempla.
Desde allí, de los cristianos
El campamento blanquea;
De la cruz el estandarte
Brilla del Rey en la tienda.
Las lombardas de Castilla,
Hierro vomitando y piedras,
Derrumban los fuertes muros,
Abaten ferradas puertas.
Se entrega por fin la plaza:
En vano el Zegrí se esfuerza
Y Fernando victorioso
A Córdoba dió la vuelta.





II

CÓRDOBA

1487

CÓRDOBA ¡bella sultana!
La de los guerreros bravos;
La de los dulces poetas;
La de los califas sabios;
La que tiene por alfombra
Las puras flores del campo;
La de la hermosa mezquita;
La que ganó San Fernando.
¡Qué vida reina en tus calles!
¡En tus hijos qué entusiasmo!
¡Y qué fervor en tus templos!
¡Qué placer en tus estrados!...
Ya del Betis en la orilla,
No se escucha el eco blando
De la guzla musulmana;

Que ya tus zambros pasaron.
Ya el sol tus morunas *léilas*
No alumbrá desde el ocaso,
Ni los jardines de Zahra,
Ni de Almanzor los palacios;
Que ora tan solo ilumina
Armamentos y soldados;
Todo en Córdoba es guerrero;
Todo bélico aparato.
Hoy las banderas tendidas
Y las trompetas sonando,
De un noble la entrada anuncian
Seguido de sus vasallos;
Y mañana la venida
Celebran de algún mitrado,
Ó de los grandes Maestros
De Alcántara y Santiago.
Mas descuella sobre todos
El duque del Infantado,
Por el lujo de sus tercios,
Por su espléndido boato.
En su entrada le preceden
Hasta quinientos armados,
Con equipos á la guisa
De gran costo, de gran fausto;
Inmenso tropel le sigue
De pecheros y de hidalgos,
De escuderos y de pajes,
De peones y caballos.
Brillan por doquier sus lanzas;
Flotan doquier sus penachos,
Y la ciudad le recibe

Entre vítores y aplausos.
«Brava tropa para fiesta,
«Buen duque;» dijo Fernando:
«Pero vale más el hierro
«Para resistir los dardos.»
— «Señor;» respondióle el duque:
«Si hoy lucen mis castellanos,
«Delante de los infieles
«Sabrán morir esforzados.»
Corre el pueblo por las plazas
Á los nobles admirando;
Con los Reyes conferencian
Ricos hombres y prelados;
Sus cintas bordan las damas,
Y los donceles gallardos
Con plumas de sus colores
Adornan sus limpios cascos.
Se escucha aquí bajo un muro,
De amor, dulce tierno canto;
Allí, del corcel de guerra
El galope acompasado.
Unos, platican de amores;
Otros, de guerreros altos;
Estos, de grandes conquistas;
Aquellos, de honor y láuros;
Y es todo ruido, algazara,
Todo fiestas y saraos;
Todo dignas ambiciones;
Todo galas y entusiasmo.

Y tanto bélico apresto,
Tanto marcial aparato,
Es porque á Córdoba el Rey
Á los grandes ha citado;
Pues sabiendo que el Soldán
Y *Bayaceto*, intentaron
De Sicilia apoderarse
Viendo aquí nuestro adelanto,
Mucho los puertos importan
Que baña el Mediterráneo,
Y sobre Málaga anhela
Clavar su pendón preclaro.
El alcaide de esta plaza,
En ella el *Zagal* nombrado,
Valiente cual ambicioso
Y del Rey Hacen hermano,
Estaba contra Granada
Con su gente rebelado,
Y por separarse de ella
Hacia tiempo pugnando.
Y estas guerras fratricidas,
Estos civiles estragos,
Mucho mal hacen al moro,
Y mucho bien al cristiano.

De Córdoba al fin partióse
Nuestro ejército bizarro,
Con el Rey á la cabeza
Y los nobles hijodalgos.
La artillería tirada
Llevaban por bueyes mansos,

Y cuatro mil gastadores
Seguían á Don Fernando.

Después de penosas marchas
Y de continuos trabajos,
El valle hermoso de Vélez
Nuestras huestes avistaron.
Del mar la brisa suave
Refrescaba sus collados,
Donde las vides crecían,
Donde pastaban rebaños.
Allí del moro se alzaban
Los jardines y palacios,
Entre los bosques graciosos
De higuerales y granados.
Y á los extremos del valle,
Á los piés de un cerro alto,
Está Vélez, defendido
Por sus muros almenados.
Véase sobre el cerro un fuerte
Su cúspide coronando;
Y allá en su torre más alta
Brilla el pendón mahometano.
Al arribo de los nuestros
Á este vergel encantado,
También de Trevento el conde
Sus galeras al mar trajo.
El Rey todo lo apercibe,
Que el sitio no está lejano,
Si no se entrega la plaza
Con ellos capitulando.

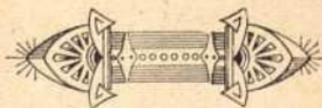
Y cuando á su tienda vuelve
Para descansar un tanto;
Cuando su frugal sustento
Apenas lleva á los labios,
Oye confusa algazara,
Y algunos pocos soldados
Ve, que corren perseguidos
Por multitud de contrarios.
Entonces coge una lanza,
Y, solo del peto armado,
Monta un alazán y vuela
De los suyos al amparo.
Vuélvense los fugitivos
Aliento, al verle, cobrando;
Y él combate como todos
Por su valor impulsado.
Un caballero, muerto
Ante él cayó, y en el acto,
Antes que huirse pudiera
El que derribóle insano,
Tendido quedó en el suelo
Del mismo Rey á un lanzazo;
Y hallóse en aquel instante
De cien moros rodeado,
Próximo á perder la vida
Del enemigo á las manos.
Mas llega el Marqués de Cádiz,
De Murcia el Adelantado,
Y el Conde de Cabra llega,
Y el célebre Garcilaso:
Y allí todos con sus pechos
Un muro ante el Rey formando,

Con los moros arremeten
Al grito de ¡Santiago!...

Y luego, porque no fuera
Este suceso olvidado,
De la villa en los blasones
Quiso la Reina grabarlo:
Y un caballero muerto
Muestran, y un Rey á caballo,
Y algunos moros que huyen
Ante el pendón castellano.

Más largo el cerco se hacía
Aunque ya de algunos barrios
Posesionarse pudieran
Los guerreros de Fernando.
De capitular hablóles
Á los de Vélez en vano:
Que un refuerzo de Granada
Presto esperan, contestaron;
Hay ya quince mil infieles
En la Axarquía levantados,
Y al Zagal aguardan todos
En su ayuda confiando.
Los que dominan la Sierra
Son en ella dispersados;
De los parciales de Abdalla
Nada las huestes lograron;
Á las armas españolas
Nadie les disputa el campo,

Nadie sus fuerzas resiste;
Arrollan cuanto hay al paso.
Y al fin la ciudad entregan
Los alarbes derrotados,
Y ellos de allí se salieron
Y allí los nuestros entraron.
Fué del Zagal á los planes
Este suceso contrario,
Pues el pueblo de Granada
Vuélvese al antiguo bando,
Y en vano con Boabdil pugna
El Alcaide rebelado.
El debil Rey granadino
Protección pide al cristiano;
Concédesela el monarca,
Y se postra cual vasallo
De Aragón y de Castilla
Ante los Reyes preclaros.
Y después de esta campaña,
Ceñido de nobles lauros,
Á Málaga se dirige
El ejército esforzado.





III

MALAGA

SOBRE un tapiz de verdura,
Bajo un transparente cielo,
Por altos montes cercada,
Bañada de un mar sereno,
Málaga gentil se ostenta
De fértil llanura enmedio,
Por sus torres defendida
Y por sus muros espesos.
Tras de su obscura muralla
Se levantaban esbeltos,
De palacios y mezquitas
Los alminares ligeros;
Y la ciudad dominando
Sobre dos erguidos cerros,
Gibralfaro y la Alcazaba
Elevábanse soberbios.
Aún hoy nos muestran altivos
Sus paredones ya negros:
¡Cuánta gloria allí se encierra!

¡Cuántos hermosos recuerdos!
Hacia la parte del Norte
Los montes fértiles, frescos,
Sus collados ostentaban
De vides y árboles llenos.
Allí el naranjo crecía,
El ciprés y el limonero,
Las adelfas y las rosas,
Los granados y los cedros.
Allí lucía la palma,
Cual de Arabia en los desiertos,
Y los rojos aelfes,
Y el álamo y el helecho:
Y de la mar á la orilla
Brillaban jardines bellos,
Donde las quintas se alzaban
De los nobles agarenos,
Donde las fuentes bullían,
De mármoles y azulejos
Vertiendo sus limpias aguas
Sobre anchos estanques bellos.
¡Cuántas veces de las aves
Al melodioso concierto,
Al murmullo de las olas,
Á los suspiros del viento,
De dulce guzla se unían
Los melancólicos ecos,
El bullicio de las zambras,
Las cántigas del mancebo!
Y esa canción ¡cuántas veces
Las celosías abriendo,
Tras el alfeizar oyera

Una mora de ojos negros!
¡Cuántas veces del crepúsculo
Entre los tibios reflejos,
Al *muezin* se distinguía
Que al minarete subiendo,
Tres veces á Alláh invocaba
Con religioso respeto.
Y á árboles, jardines, fuentes,
Castillos, palacios, templos,
Á todo prestaba luces,
Belleza, vida, contento,
Su sol brillante y hermoso,
El limpio azul de su cielo!!!...
Y sobre el mar se obstentaban
Galeras de varios reinos,
Vida y esplendor prestando
Á su animado comercio.

Dos capitanes ilustres,
De caracteres diversos,
La mora ciudad defienden
Con sus bravos sarracenos.
Aben-Comixa tenia
De la Alcazaba el gobierno;
Á Gibralfaro custodia
De *Hamet-el-Zegri* el esfuerzo;
Y hasta quince mil gomeres
Y otros notables guerreros
La plaza fieles guardaran,
Difícil su toma haciendo.
¡Hamet-el-Zegri: aquel hombre

De carácter noble y fiero,
El que alcaide fué de Ronda,
El esforzado, el soberbiol...
También mucho intervenía
Un moro grave, opulento,
Que *Aly-Dordux* se nombraba,
De Málaga en el gobierno.
Escuchaban sus razones
Con placer en los consejos,
Y era querido de todos
Y respetado del pueblo.
Á este insigne personaje,
En clase de parlamento
Don Fernando del Pulgar
Presentóse con un pliego,
Que era una carta del rey
Concebida en estos términos:
«Aly-Dordux: yo os escribo,
»Y á esa ciudad, como pienso
»Que por las cartas vereis
»Que remito á poder vuestro.
»Vos, por ella procurais
»Cual persona de buen seso,
»É por ende, yo vos mando
»Deis órden para que luego
»Por vosotros se responda,
»Conformándose cual creo,
»Con lo que á la vida é bienes
»Conviene de vuestro pueblo.
»Lo que á mi servicio cumple,
»Que hareis por su bien espero;
»É yo vos haré mercedes,

»Para vos é vuestros deudos.»
Quedó Aly-Dordux pasmado
Este mensaje leyendo,
Y á la Alcazaba llegóse
Con algunos caballeros.
Allí á Aben-Comixa hablara;
Y haciéndole ver el riesgo
Que en un asalto corrieran
Tenazmente resistiendo:
Las pérdidas de las vidas,
La ruina del comercio...
Dejó entrever la esperanza
De que aceptando un convenio,
Aún conserven sus costumbres
Y la fé de sus abuelos.
De la Alcazaba el alcaide
Tales razones oyendo,
Ver al Rey en sus reales
Decide al fin, y en su puesto
Deja á su hermano, los días
Que durasen los conciertos.
Hamet-el-Zegrí, los planes
De entrambos ya conociendo,
Su instinto cobarde odiando
Y de rabia y furor ciego,
Se baja con los gomeres
De su castillo altanero;
En la Alcazaba se entra:
El que la mandaba, muerto
Allí cayó, y de la plaza
Se aclama jefe supremo.
El Rey suspende los tratos

Este atentado sabiendo,
Y sus huestes apercibe
Para establecer el cerco.
Mas antes de que empezaran
Los horrores del asedio,
Con dadivosas ofertas
Al Zegrí ganar quisieron:
Empero todo es inútil;
Que el generoso agareno,
Juró morir animoso
Á su patria defendiendo.
Al ver que nada consiguen
Con pacíficos esfuerzos,
Á Málaga se encaminan
Nuestros valientes guerreros.
De Bizmiliana ya sale
De la artillería el grueso,
Donde estuvo situada
Durante los parlamentos.
En columnas aguerridas
La acompañan nuestros tercios,
Por las orillas graciosas
Que acaricia el mar sereno;
Mientras sus ondas azules
Surcaba, con rumbo lento,
La flota que conducía
De la guerra los aprestos.
¡Qué lucidos escuadrones!...
¡Cómo brillaban sus petos
Del sol de Málaga ardiente
Á los fúlgidos destellos!...
Siete siglos se pasaron

Sin que en este hermoso suelo,
De Castilla los pendones
Agitara manso el viento.
Hamet-el-Zegrí contempla,
De ira rebosando el pecho,
Tras una negra atalaya,
Del cristiano los aceros;
Y viendo que ya se acercan,
Á los suyos manda luego
Que salgan tres pelotones
De la vanguardia al encuentro,
Y presto de San Cristóbal
Se estacionen en el cerro.
Los adalides cristianos,
La importancia comprendiendo
Que este punto prometía,
Hacia él destacan un cuerpo
De capitanes hidalgos
Y de atrevidos gallegos.
La cuesta suben audaces;
Mas ¡ay! que en vano subieron:
Pues descienden rechazados
Del moro por los esfuerzos;
Y seis horas de combate
Valerosos sostuvieron,
Con flechas y cimitarras,
Con puñales y con fuego;
Hasta que al fin Luís Maceda,
Cerrando con sus gallegos,
Clava el pendón de Castilla
Sobre la cumbre del cerro.





IV.

EL SITIO

PURO, hermoso, transparente,
De Mayo amanece un día,
Y el sol que los montes dora
Con toda su pompa brilla.
La flor sacude el rocío
Y abre su corola limpia;
Murmura la fuente clara,
El ave en la selva trina.
¡Cuán seductora aparece
La árabe ciudad dormida,
Con sus torres y sus muros,
Sus harenes y mezquitas!
Aún entre brumas se esconden
Las fortalezas erguidas;
Sus flores la dan aromas;
Tranquilo el mar la acaricia.
La tienda real se eleva

En la huerta del Acibar; (1)
Desde allí contempla absorto
El Monarca de Castilla,
La hermosura de sus valles;
Su aire perfumado aspira,
Y tal belleza admirando
Vaga extasiado la vista.
¡Quién á describir alcanza
El encanto, la delicia,
De una mañana de Mayo,
Bajo el sol de Andalucía!...

Ya está Málaga cercada;
Y ya sobre sus colinas,
De los guerreros cristianos
Las nobles enseñas brillan.
El cerro de San Cristóbal
Al de Cádiz se confía;
Sus ginetes y peones
Llegan del mar á la orilla. (2)
El buen Don Diego de Córdoba
Con las huestes de Medina
Y Alburquerque, de Granada
Á la puerta se aproxima:
Y la división tercera
Con la gente de Sevilla,

(1) Dicha huerta fué después la de la Victoria, por pertenecer al convento de este nombre.

2) La hueste del Marqués de Cádiz, fuerte de mas de diez y seis mil hombres, se extendía desde el cerro de San Cristóbal hasta la playa conocida hoy por la «Caleta,» que desde entonces se denominó la Caleta del Marqués.

Obedeciendo á Cifuentes
Que ya rescatado habían.
De lo que Calvario es hoy
Ocupaba la avenida.
El Comendador mayor
De Calatrava, se unía
Al de Feria y Figueroa;
Y la huerta del Acibar
Y la persona del Rey
Con sus tercios defendían.
Donde hoy yace Capuchinos
Se hallaba la estancia quinta;
El Maestro y el Clavero
De Calatrava; Padilla,
Y el buen don Alonso Enríquez,
Á su cabeza se miran.
El Conde de Benavente
Con las haces aguerridas
De don Pedro de Carrillo,
Del Obispo de Sevilla,
Y sus vasallos, formaba
La sexta en Guadalmedina.
Ureña; Alonso de Córdoba,
Los Ángeles guarnecían.
Tras de la Tienda Real,
Luce Nágera su insignia.
Donde las torres se elevan
De la Trinidad antigua,
Toledo, Almaráz y Osorio
Sus mesnadas dirijían.
La estancia décima, acata
Á Mendoza en Zamarrilla.

La undécima, en otra altura (1)

Á nobles de gran pericia,
Y de Alcántara al Maestro,
Y al de Santiago fian.

La duodécima la mandan, (2)

Garci-Lopez de Padilla,
Y Don Antonio Fonseca,
Con sus falanges altivas.

De Gibralfaro delante
Y del puente, se veían ·

Dos baterías de fuerza
Que los muros hostilizan:

Una, de siete lombardas,

Á las cuales denominan

«*Las siete hermanas Gimenas*»

De todos bien conocidas.

Por último, el de Trevento

La flota cristiana guía,

Que el semicírculo cierra,

Y á Málaga incomunica.

¡Qué espectáculo tan bello!..
Coronando las colinas,

(1) La estancia 11 estuvo situada cerca de unas huertas que se hallaban detrás de donde hoy está el convento de Santo Domingo, y la mandaban D. Alonso de Cárdenas, El Maestro de Santiago, D. Luis Fernández de Portocarrero, El Maestro de Alcántara y D. Juan Estúfiaga.

(2) La estancia 12 situaba donde hoy yace el convento del Cármen, y era mandada por D. Antonio de Fonseca, Don Gaspar Lopez de Padilla, el Maestro de Calatrava, y Don Antonio del Águila. Aú se ven en aquel sitio unos torreones conocidos por «Torres de Fonseca», nombre que tomaron de dicho Capitán.

La nobles enseñas lucen
De los grandes de Castilla
Sobre unas, de Santiago
La espléndida cruz domina;
De los hidalgos en otras,
Las armas y las divisas.
Aquí, máquinas construyen
Para que al asalto sirvan:
Allí, las balas de piedra
Para las lombardas, pican.
Y el rumor que el taller forma,
Y el caballo que relincha,
Y la canción del guerrero,
De las marchas la armonía,
Se enlazan y se confunden
Con el fragor que horroriza,
De la lombarda que truena,
Muros rompiendo y faginas.
Y el Zegrí desde el castiño
Sobre una torre maciza,
La destrucción contemplando
De la ciudad tan querida,
«Y bien:» — furioso exclamaba
Con sarcástica sonrisa,
Al ver los globos de fuego
Que en el espacio lucían,
Y de los ricos palacios
El escombros y las cenizas
Que presto, cual humo leve,
En el viento se disipan:
«Llegad si os place, cristianos;
«Mas de Aragón y Castilla,

»Nunca sobre mis almenas
»Han de brillar las insignias;
»Que bajo sus piedras antes
»Sabremos perder la vida,
«Y el vencedor tendrá solo,
»Cadáveres y ruinas.»

Á la puerta de Granada
Los peones se aproximan,
Que era quizás la mas recia
Que á la ciudad guarecia.
Llega el conde de Cifuentes
Con su gente decidida,
Y un torreón que ya casi
Demolió la artillería,
Tomar por asalto intenta
Y las escalas arrima.
Desde los altos adarves
Los moros se defendían,
Dando fuego á las escalas,
Pez arrojando y resina.
Los nuestros por subir pugnan;
Y en vano valientes lidian,
Que de las moras troneras
Los infieles precipitan
Espesa nube de dardos
Y piedras arrojadizas.
Pero de refuerzo vino
Nágera el siguiente dia,
Y ya vuelven al asalto,
Y ya la torre dominan,

Y alborozados, ¡victoria!
Con vivo entusiasmo gritan
Mas ¡ay! que la socavaron
Los árabes al rendirla,
Y con estrépito hundióse,
Sepultando en su caída
Á unos, y exponiendo á otros
Á las flechas enemigas:
Por la brecha penetraron,
Y venciendo á la morisma,
Del arrabal en los fuertes
Lució el pendón de Castilla.

Mas todas estas ventajas
Ser bastantes no podían,
Para asegurar la empresa
De tan gloriosa conquista.
Los moros se reforzaban
Con gran presteza: aún perdida
Ninguna muralla tienen,
Y largo el sitio se hacía.
Ya los nuestros se impacientan;
Y con zozobra aflictiva,
Que subsistencias faltasen,
Al ejército temían.
Y por todo el campamento
Susúrrase, que maligna
Una epidemia aparece
Por la comarca vecina.
El desaliento ya cunde;
Y aquellos que la codicia,

No el valor, al cerco trajo,
De él cobardes se retiran.
Con tal nueva, los contrarios
Sus esperanzas animan,
Y fortifican los muros,
Y hacen súbitas salidas.
Pero Fernando, prudente,
Que venga á la Reina avisa,
Y disipe los rumores,
Que por el campo corrian.

¡Mas treguas demos ahora
De la guerra á las fatigas,
Y un homenaje rindamos
Á la Reina de Castilla!..





V.

LA REINA

ERA una tarde serena;
El rojo sol se ocultaba,
Tiñendo el azul del cielo
Con leves nubes de grana.
Las olas del mar tranquilo
Al deslizarse en la playa,
Un suspiro lastimero
Con su murmullo formaban.
Los estandartes ondean
Sobre las tiendas cristianas,
Y cesaron ya los fuegos,
Y callaron las lombardas.
Todo es júbilo en el campo;
Todos con placer se abrazan;
Todos el nombre pronuncian
De su escelsa Soberana.
Ya Isabel al cerco llega

Donde impacientes la aguardan,
Y Fernando con los grandes,
Á su encuentro se adelanta.
Algo del Real se aleja
De Aragón el buen monarca,
Y á la Reina de Castilla
Con los suyos al fin halla...

De guerreros precedida,
Sobre una mula castaña
Que ricos jaeces cubren
De brocados y de plata,
Con riendas de seda y oro
Y magnífica gualdrapa,
Asentada en una silla
De guarniciones doradas,
En su postura mostrando
Su majestad y su gracia,
Modesta, digna y hermosa,
La noble Reina cabalga.
El cabello tiene rubio;
Ojos azules, tez blanca;
La mirada dulce y tierna;
Sensible y piadosa el alma,
Y en su frente la aureola
Que genio y virtud alcanzan.
Brial de terciopelo viste,
De brocado rica saya,
Birrete negro con pluma;
Y gran manto de escarlata
Recamado á la morisca,

Su digno porte realza.
Al divisarse, tres veces
Se saludan los monarcas,
Y despues con gran cariño
El Rey á la Reina abraza.
Ya en el campamento entra
De maceros escoltada:
Camina á su izquierda el Rey:
Detrás, los pages y damas;
Atabales y añafilés,
Baten compasados marcha;
Doblan todos la rodilla,
Y la admiran, y entusiasta
Un largo ¡viva! resuena
Que henchidos de gozo lanzan:
¡Viva la Reina!! retumba
En las últimas montañas;
¡Viva la Reina!! responden
Nobles, plebeyos y guardias;
Y el eco repite, ¡viva!!!...
Allá en las cumbres más altas.
Y aquel grito que potente
Ha cuatro siglos sonaba,
Aún que se escucha creemos;
Aún nuestro pecho entusiasmo.

La regia tienda colocan
De la ilustre Soberana,
En una modesta altura
Do la Trinidad se halla.
Su llegada pone tregua



Al ataque de la plaza,
Á la que van emisarios
Que de paz al moro hablan.
Pero Hamet-Zegrí, que abriga
Aún de vencer la esperanza,
Los hace marchar furioso
Con mal comprimida rábia.

Por visitar al de Cádiz,
El Rey y la Reina pasan
Á su tienda de brocados,
Y ricos paños de Francia.
Los del Marqués, obsequiosos,
Á los príncipes y damas
Platos exquisitos sirven,
Dulces licores escancian.
Y el noble señor galante,
Á los Reyes que lo honraran,
Sus atalages presenta,
Los caballos y las armas:
Mas su rostro palidece;
Se perturba su mirada,
Y es, que ve de Gibralfaro
Sobre la torre más alta,
Su misma bandera erguida,
Su propia enseña clavada:
Aquel pendón que perdiera
En los montes de la Axarquia,
Allí para afrenta suya
Ufano el Zegrí levanta;
Y él jura, del moro altivo

Tomar cumplida venganza.
Tomóla: que al otro día,
Cuando apenas luce el alba,
Ya truenan contra el castillo
Del de Cádiz las lombardas.
Sus almenas se confunden
Entre las sombras opacas
Que alzan el humo y escombros
Que despiden sus murallas;
Y aquella torre altanera
Donde el pendón se obstentara,
Es un montón de ruínas
De sangre mora bañadas.
El fuego terrible cesa;
Lóbrega la noche avanza,
Y ya se aduerme el guerrero
Sobre su yelmo y su espada.
Y en vez de arcabuces roncocos,
Solo se escuchan las auras,
Y la voz del centinela,
Y las olas en la playa.
Mas de repente, mil moros
Con Aben Zenete bajan,
Y á los cristianos sorprenden,
Y á sus trincheras se lanzan;
Éstos huyen espantados;
Pero al fin el marqués habla,
Y con ellos arremeten
Al grito de «¡cierra España!»
Terrible fué la pelea:
Desde aquellas peñas altas,
Ruedan moros y cristianos

Que cuerpo á cuerpo batallan.
Aquí brillan los puñales:
Allí, picas y alabardas;
Pero los de Hamet ya cejan,
Ya los nuestros los rechazan,
Y á Aben Zenete retiran
Herido de una lanzada.
Ortega del Prado, Lopez,
Sotomayor, la montaña
Con su noble sangre tiñen;
Bravos mueren por su patria.

Se estrecha el cerco; á los muros
Se aproximan las estancias,
Y el Zegrí, que nunca cede,
Defensa heroica prepara.
Mas ¡ay! que faltan las fuerzas
Á la ciudad desdichada,
Y para más desventura,
Ya los víveres le faltan.
Varios moros principales,
Vertiendo los ojos lágrimas,
Hondos suspiros lanzando,
Llena de dolor el alma,
Á Aly-Dordux se dirijen,
El cual una puerta guarda,
Y le ruegan por sus hijos,
Por sus esposas amadas,
Que ejerza su gran influjo
Para que entreguen la plaza,
Y al fin entren los contrarios

Y terminen las desgracias.
Aly-Dordux se conmueve
Al escuchar sus palabras,
Y propone al Rey Fernando
Facilitarle la entrada
Por la puerta que él custodia:
Si vida y bienes les salva.
De Castilla á los reales,
Un fiel emisario manda;
Pero al regresar ansioso
Con la respuesta anhelada,
Le sorprenden los gomerés,
Y él burla su vigilancia
Al campo cristiano huyendo,
De los tratos con las cartas;
Mas ¡ay! que una aguda flecha
Le ha atravesado la espalda,
Y el mensajero sucumbe,
Pero su secreto salva.

Aquel Zagal tan famoso,
El vencedor de la Axarquia,
Su brava gente reúne
En Guadix donde se halla,
Y de refuerzo la envía
Á los gomerés de Málaga;
Mas batióla en el camino
El débil Rey de Granada,
Que así su adhesión le prueba
Al católico monarca.
Y el príncipe degradado

Dióle noticia tan fausta,
Con magníficos presentes
De tapices y de armas,
Rogándole al mismo tiempo
Que algunas fuerzas cristianas,
Le protejan de los bandos
Que en su reino se levantan.
Todo al español cedía;
Nuevos señores llegaban,
Y de Tremecen, un moro
Vino con una embajada,
Y al Rey caballos ofrece,
Y perfumes de la Arabia.

¡Dichosos días aquellos!
Victoriosa y respetada,
Asombro del mundo era
Nuestra enseña castellana.





VI

DOS SANTONES

LA BANDERA BLANCA

EN una aldea no lejos
De Guadix, moraba un hombre,
Que há luengos años vivía
Entre ayunos y oraciones.
Y su vida penitente,
Su grave y severo porte,
Su blanca y crecida barba,
Sus largas meditaciones,
Y el decir que le habla un ángel
Del gran profeta en el nombre,
Hacen que santo le crean
Del valle los moradores.
De aquella ciudad un día
Por las calles presentóse
Con los ojos encendidos,
Demudadas las facciones,

Y al pueblo furioso incita
Con sus gestos y sus voces,
Para que él siga y salve
A Málaga de opresores.
El fanatismo del vulgo
Sus locas frases acoje,
Y frenéticos le siguen
Hasta cuatrocientos hombres

Apenas la luz del alba
Doraba los horizontes,
Cuando en el campo cristiano
Confuso rumor alzóse;
Y del de Cádiz la gente,
Por los rudos pelotones
Que al ciego Santón veneran,
Envuelta un momento vióse.
Mas con ellos arremeten
Nuestros valientes peones,
Y el moro que allí no cae,
Vencido á Málaga corre.
Sin mezclarse en la contienda;
Extasiado, fijo, inmóvil,
Con las manos hacia el cielo
Al viejo Santón hallóse.
Nuestra gente le distingue,
Admirada contemplóle,
Y al noble marqués presentan
Aquel tan extraño hombre.
El de Cádiz, sorprendido,
Su designio preguntóle:

Él contestó que era santo;
Que por los astros conoce
Lo que del asedio resta;
Lo que tal vez á él importe.
El marqués, quizá curioso,
Que se explique exige entonces;
Y él, que delante del Rey
Solo debe hablar, responde.
Sus Altezas aún no pueden
Recibirle, y por su orden,
De Álvaro de Portugal
A la tienda dirijióse.
Entra en ella el moro, y viendo
El lujo de sus señores,
Piensa hallarse con los Reyes;
Tira de un arma que esconde;
Y en la cabeza á D. Alvaro
Herida tal infirióle,
Que en el duro pavimento
Cayó sin sentido el jóven.
Á Beatriz de Bobadilla
Enfurecido volvióse
Con el puñal levantado
Para repetir el golpe;
Mas por fortuna el acero
Ligeramente enredóse
De aquella lujosa tienda
En los ricos pabellones.
En el acto, lo desarman
Belalcázar y Rui-Lopez,
Y los cristianos guerreros
Sobre él se lanzan veloces;

Dánle muerte: su cadáver
En la catapulta ponen, (1)
Y lo arrojan á la plaza
Do los suyos lo recogen.

Todo en el campo es ventura;
De Medina el Duque noble,
Al cerco bizarro llega
En pos de glorias y honores.
Todo en la ciudad es duelo;
El hambre y las privaciones,
En los hogares del moro
Ya desplegan sus horrores.
Allí, tan solo se escuchan
Del guerrero las canciones;
Aquí, suspiros del alma,
Ayes y quejas se oyen;
Allí, esperanzas es todo;
Aquí, todo sinsabores.
Y desesperado el pueblo
Por plazas y calles corre,
De tanto sufrir cansado;
Sin fuerzas, sin ilusiones.

De aquel santón concluyeron
Los funerarios honores,

(1) «Catapulta;» así llamaban los antiguos á cierta máquina que servía para lanzar grandes piedras contra las plazas sitiadas.

Y otro *Dervich* se presenta (1)
De profeta con el nombre.
Lleva una bandera blanca,
Y dice que Alláh envióle
Para arrojar de sus tierras
Los cristianos invasores,
Si con denuedo le siguen,
Y en él su esperanza ponen.
Los alarbes despechados
Á su esfuerzo corresponden;
El Zegrí con gran respeto
Al falso santón acoge,
Y á Gibralfaro lo lleva
Porque el pueblo aliento cobre,
Aquella bandera blanca
Alzando sobre una torre.

Mas ¡ay! que el hambre crecía,
Y los tristes moradores
De la ciudad, moribundos
Claman con débiles voces,
Que se entreguen cual vencidos
Y más resistir no osen.
¡Qué cuadro tan lastimero
Málaga presenta entonces!
Doquier pálidos, inertes,
Con luto en los corazones,

(1) Los dervichs ó dervis, son unos ermitaños ó anacoretas musulimes, que por su vida austera, ejercían grande influencia sobre el pueblo, del cual eran venerados, teniendo algunos en opinión de santos.

Con lágrimas en los ojos,
Llena el alma de dolores,
Al cielo pidiendo auxilio
Con sus ayes y oraciones,
Febriles, hambrientos, vagan,
Niños, mujeres y hombres.
Del Dervich la blanca enseña,
Freno á tal dolor no pone;
Y ya del Zegrí murmuran
En confusión y desorden.
Á Aly-Dordux se presentan,
Pidiendo que los rigores
De Hamet contenga, y entreguen
La plaza á los españoles.
Y Aly-Dordux, á quien siguen
Dos moros graves y nobles,
Se dirige á Gibralfaro
Á exponer sus peticiones.

Ante un bufete de piedra,
Sobre ricos almohadones,
De una lámpara de hierro
Á los tenues resplandores,
Del castillo en una cuadra
Severos, tristes, inmóviles,
Véanse dos hombres sumidos
En amargas reflexiones.
Pergaminos con figuras
Cabalísticas é informes
Sobre el bufete se hallan
En aquella aciaga noche;

Y entre las sombras que apenas
La luz amarilla rompe,
Del Dervich y el Zegrí bravo
Distínguense las facciones.

Aly-Dordux, al castillo
Llegó y con sereno porte,
Ante los dos personajes
Los males del pueblo expone.
Hamet-Zegrí le contesta,
Que aquel santón no desoye
Sus quejas, y que sus cuitas
Han de extinguirse veloces.
«¡*Alahu-Akbar!* Dios es grande! (1)
»Que seremos vencedores,
»Está escrito: en Dios confíen;
»En él su esperanza apoyen.»

Apenas los mensajeros
Bajan del castillo, alzóse
Confuso rumor de armas,
De atabales y de voces;
Y es que Hamet con sus gomeres
Al campo cristiano corre,
Para morir como bueno
Al frente de sus legiones;

(1) Esta frase, que carece de significación adecuada en castellano, es una aclamación que usan los árabes equivalente á «¡Dios es grande!...»

Último esfuerzo que á un héroe
El fanatismo inspiróle.
El Dérwich con su estandarte
Precedía á aquellos hombres;
El pueblo escuálido al verle
Se prosterna entre clamores,
Y ¡*Alahu-Akbar!* todos gritan:
Solo ¡*Alahu-Akbar!* se oye.
Así la ciudad dejaron;
Y sus tristes moradores,
Con ansia y temor coronan
Las murallas y las torres.





VII

LA ENTREGA

Y A los gomerés se arrojan
Contra las cristianas fuerzas,
Por Hamet-Zegrí guiados
Tras de la blanca bandera.
Todos, de la patria juran
Perecer por la defensa;
Y de los grandes Maestros
Arremeten las trincheras,
Estrago terrible haciendo,
Devastando cuanto encuentran.
Mas un moro, en lo más rudo
De la horrisona pelea,
Ante unos niños se para
Y con heróica clemencia,
„Andad, rapaces,„ les dice,
„Á vuestras madres y aprieta,„
Aquella piedad el Dérwich

Le reprende con dureza,
Y él responde: „*los matára*
„Si barbas en ellos viera..”
Acción noble, que la historia
En sus páginas recuerda,
Y á la cual el Rey Fernando
Dió cumplida recompensa.

Alármase el campamento
De un ataque que no espera,
Y por guardar á los Reyes
Á sus tiendas se replega.
Terrible fué la batalla;
Los arcabuces resuenan,
Picas y alabardas hieren,
Cruzan el aire las flechas:
Entre nubes de humo y polvo
Hombres y caballos ruedan,
Y en el espacio se pierden
Gritos, lamentos y quejas.
¡Santiago! ¡Cierra España!
Claman los nuestros, que cierran
Con la morisma que cede,
Y por un instante ceja.
Hamet-el-Zegrí, furioso,
A sus gomerés alienta;
Y ardiendo de rabia el Dérvich,
Agita su blanca enseña.
Los moros por él guiados
Se lanzan á la refriega,
Y á los parapetos corren

Entre el fuego y las saetas;
Empero Castilla vence,
Los árabes desalientan,
Y en confuso tropel huyen
Seguidos de nuestras fuerzas.
Por rehacer á los gomerés,
En vano el Zegrí se empeña:
Y de oprobio y dolor llenos,
En Málaga al fin se entran.
Con denuetos los recibe
El pueblo que se subleva:
Hamet-el-Zegrí, perdido
Su ascendiente, el mando entrega,
Y en el castillo se esconde
Devorando su vergüenza.

Alí-Dordux le sucede;
Y es su decision primera,
Mandar un parlamentario
Ofreciendo al Rey la entrega,
Si respetarles promete
Las vidas y las haciendas.
«De condiciones no es tiempo,»
Dijo el Rey con entereza;
«Y pues recursos no tienen,
«Al vencedor se sometan.»
Vuelven á hacer peticiones,
Mas nada logran con ellas;
Y «que á discrecion se rindan,»
Solo obtienen por respuesta.
Los moros, ciegos de rabia,

Desesperados contestan,
Que si á su ruego no acceden,
Colgarán de las almenas
Mil y quinientos cristianos
Que en sus mazmorras conservan.
Pero el hambre los consume;
De Alí-Dordux la voz suena,
Que entre el inerme gentío
Así potente se eleva:
«Hijos de Málaga; solo
Ya la esperanza nos restá
De implorar ante él rendidos
De Fernando la clemencia.
Y si el monarca desoye
Nuestro llanto y nuestras quejas,
Á los piés nos arrojemos
De la magnánima Reina!!

Ya depuestos sus rencores,
Piedad el vencido espera,
Y á Alí-Dordux autoriza
Para efectuar la entrega.
Parte el moro ilustre al campo
Con regalos de oro y seda,
Perfumes y ricas joyas,
Y á los reyes se presenta:
Y en su indulgencia fiando
Su virtud y su grandeza,
Dice, que se entrega el pueblo;
Á sus plantas se prosterna,
Y por ellos indultado

Con otras familias queda.
Y Don Gutierre de Cárdenas,
En nombre de sus Altezas,
Armado de punta en blanco
Ya la ciudad atraviesa.
Y á la alcazaba subiendo,
En aquesa torre vieja
Que su frente carcomida
Aún sobre Málaga eleva,
Entre vítores y salvas,
De Castilla la bandera
Alzára, y de Santiago,
Y de la Cruz, las enseñas.
¡Fernando!... ¡Isabell!... ¡Castilla!!!
Tres veces allí resuena;
Y estos gritos de victoria
Se confunden y se mezclan
Con los ayes y los vivas
Y las músicas guerrera's...
El diez y ocho de Agosto
Del año de nuestra era,
Que á la sazón se contaba
Mil cuatrocientos ochenta
Y siete, llevóse á cabo
Tan grande y feliz empresa.

El pueblo devora ansioso
Los víveres que la Reina,
De su mal compadecida,
Que le repartan ordena;
Mientras Hamet despechado,

Con indignacion contempla
La santa cruz que corona
Sus árabes fortalezas:
Y vaga por el castillo
De furor el alma llena,
Para entregarse exigiendo
Condiciones altaneras.
„¡Que se rinda!„ fué tan solo
De Fernando la respuesta;
Y al fin el héroe se humilla
Del vencedor en presencia.
Y á aquel defensor invicto
De su patria y sus creencias,
De aqueste modo le oyen
Hablar con noble entereza:
«Yo hubiera muerto gozoso
»De mi ley en la defensa,
»Si otros cual yo pelearan
»Y si ayudado me hubieran.»
Y en la torre de Carmona
Al bravo adalid encierran,
Donde con su vida acaban
Su lealtad y su fiereza.

De la ciudad no distante,
Se alza una sencilla tienda
En que un altar se levanta
Con la castellana enseña.
Y mil quinientos cautivos

Que en las mazmorras gimieran,
Por los Reyes libertados
Reverentes se prosternan;
Y al Altísimo dan gracias,
Lágrimas vertiendo tiernas,
Ante la cruz redentora
Que quebranta las cadenas.





CONCLUSIÓN

PRECEDIDOS de atabales
Y en gran procesión devota,
Los reyes hacen su entrada
Con regia y cristiana pompa.
Delante marchan, Toledo,
Capellán de la corona,
Con una cruz de oro y plata,
Y el buen Cardenal Mendoza.
La alta nobleza les sigue
En actitud religiosa,
Armados de ricas armas,
Ceñidas lucientes cotas.
Sus plumas el viento mece,
Y llevan para su escolta,
De pajes y de escuderos
Lucida y brillante tropa.
El sol ardiente de Agosto,
Con sus fuertes rayos dora

Armaduras y alabardas,
Brocados, plumas y joyas.
Y la procesion cerrando,
Se eleva majestuosa
De entrambos Reyes en medio,
La Virgen de la Victoria.
Esa imágen venerada
Á cuyas plantas ahora,
En sus dichas y en sus duelos
Málaga humilde se postra.
¡Descalzos marchan los Reyes,
Probando á su gente absorta,
Que de Dios delante, humillan
Su esplendor y su coronal!...
¡Y setenta mil guerros
Con sus gritos de victoria;
Y el tronar de las lombardas,
Y las músicas sonoras,
Sublime entusiasmo prestan
Á aquella escena de gloria,
Que recuerdan con orgullo
Nuestras almas españolas!!...





Fray Juan de la Puebla

LEYENDA TRADICIONAL

SIGLO XV

I

NUNCA visteis coronando
Nuéstras graciosas colinas,
Su antiguo esplendor mostrando
Y aún sus almenas alzando,
De un castillo las ruínas?

¿Y su peñón ceniciento
No visteis que ya ennegrece
De los siglos al aliento,
Donde triste zumba el viento,
Donde el ave se guarece?

Ya no se escuchan canciones
En honor de la belleza
Bajo aquellos torreones;
Pero adarves y bastiones,
Aún pregonan su grandeza.

Cuando pasáis arrastrados
Por el ligero vapor
Bajo sus muros gastados;
Al mirarlos derrumbados
Por el tiempo asolador,

¿Gratas visiones añejas
No adivina vuestra mente
Tras aquellas tapias viejas;
Y fantásticas consejas
De otra edad y de otra gente?

¿Y no pensáis que suspira
Al pié de goda ventana,
La melancólica lira
De fiel trovador que admira
A su apuesta castellana?

Ya no salen los señores
Á correr la mora tierra
Con sus vasallos mejores,
Ni resuenan los clamores
De aquellos hombres de guerra.

Ya á la lumbre del hogar
No se escucha al caballero
Sus aventuras contar,
Ni de prodigios hablar
Al fatigado romero.

Ya no hay sangrientas jornadas
Entre señor y señor,

Ni pendencias ni algaradas,
Ni ve sus tierras taladas
El honrado labrador.

Ni festines ni alegrías
En sus desiertos salones;
Ni de la paz en los días
Se aperciben monterías
Con perros y con halcones.

No cruzan aventureros
Por sus arcos ojivales,
Ni pajes ni mesnaderos,
Ni galantes escuderos
Tras las damas principales.

Ya no relinchan corceles,
Ni hay tumultos ni asonadas
Ni guerras con los infieles,
Ni enamorados donceles,
Ni doncellas desoladas.

En sus altivos blasones,
Anidan las golondrinas;
Se rinden los artesones,
Y velan sus murallones
Las seculares encinas.

Pero también cobijando
La rota techumbre obscura,
Se posa un ángel llorando,
Sobre las torres alzando
Sus alas de nieve pura.

Él conserva las memorias
De aquella piedra sombría;
Sus románticas historias:
Que es el ángel de las glorias;
El ángel de la poesía...

En una fértil llanura
De altos montes circundada
Y cubierta de verdura;
Ufana con su hermosura,
Por tres arroyos regada;

Entre oscuros olivares
De la cordobesa sierra,
Donde hubo un tiempo alminares;
En uno de los lugares
Más amenos de la tierra;

Sobre modesta colina,
Entre risco y montecillo
Que pobre aldea domina,
Contéplase la ruina
De formidable castillo.

Fué una antigua fortaleza
Al par que lujoso alcázar,
Do brillaba la riqueza,
Y á la cual, por su belleza,
La nombraron *Belalcázar*.

Un gran Maestro altanero
Sus murallas levantó,
Que, cumplido caballero,
Contra el móro, buen guerrero,
Largo tiempo peleó.

Y mi cuento al comenzar,
Cuando Castilla gozaba
Fama y ventura sin par,
Pues que su pueblo á mandar
La grande Isabel llegaba,

Aquella mole severa,
Cual la villa, por señor
Donoso garzón tuviera,
Cuyo ilustre nombre era
Don Juan de Sotomayor. (1)

Una página arrancada
Á los rancios cronicones
Te va á ser, lector, mostrada,
Con el encanto adornada
De agüeros y tradiciones.

(1) Don Gutierre de Sotomayor, gran Maestro de Alcántara y primer Conde de Belalcázar, cuya villa le donó el rey D. Juan el II, siendo erigida en condado, edificó el castillo que nos ocupa, y fué abuelo de D. Juan de Sotomayor, el cual heredó sus títulos y feudos. La autora tiene el honor de contar á dichos personajes entre sus ascendientes directos.

El castillo de Belalcázar, una de las más ricas construcciones feudales del siglo XV, se halla hoy regularmente conservado y pertenece á la casa de los Duques de Osuna.

Y si vieres algún día
El fuerte de que hablo yo,
Recuerda la historia mía,
Y á la que en ruda poesía
Su pasado te contó.

II

Gentil estaba el buen conde,
El conde de Belalcázar,
En una tarde de Mayo
Azul, transparente y clara.
Era Don Juan un mancebo
De apostura tan bizarra,
De procederes tan nobles
Y de prendas tan hidalgas,
Que ningún señor, ninguno,
De los de aquella comarca,
Ni en gallardía le vence,
Ni en destreza le aventaja.
Nadie cual él, á las fieras
Dar sabe en el monte caza;
Nadie cual él en torneos,
Nadie cual él en batallas.
Como trovador insigne,
Tañe con primor el arpa;
Como guerrero valiente,

Maneja robusta lanza,
Fiestas ofrece á sus deudos
En su riquísimo alcázar,
Donde reina la alegría,
Do ostenta el lujo sus galas.
Todos admiran su fausto,
Todos su valor ensalzan,
Y sus contrarios le temen,
Y le distinguen las damas.
En esta tarde, en el patio
Del castillo cabalgaba,
Sobre un caballo brioso
Que ya impaciente piafa,
En cuyo agudo relincho,
En cuya ardiente mirada,
La pujanza se percibe
De la cordobesa raza.
Luciente cota ceñía,
Rica veste recamada,
Y limpio casco de acero
Que su rostro recataba,
Cuya simera la forman
Condal corona dorada,
Con un ligero penacho
De plumas jaldes y blancas.
Cuatro escuderos antiguos
Con dos pajes le acompañan,
Que tras él respetuosos
El puente ferrado pasan,
Y galopando se alejan
De la sierra por la falda.
¿Á dónde va el castellano

Sin guerreros y con armas?
¿Es, quizás, á algún torneo
Ó á algún festín que preparan?
Es á un banquete que un noble
En vecino fuerte daba,
Para lucir el boato
De su tren y de su casa.
Un señor que de la corte
Há poco tiempo llegara,
Cansado ya de negocios
Y de intrigas cortesanas.

En una estancia opulenta
Del castillo de Don Alvar,
Que así nombran al hidalgo
Que el banquete y fiesta daba,
Obsténtase rica mesa
Para el festín preparada,
Donde los vinos relucen
En grandes copas de plata.
Del salón en un extremo
Algunos nobles se hallan,
Que de caballos platican,
Y de guerras, y de cazas.
Otros, en opuesto lado,
Rodean al buen don Alvar,
Y de los reyes preguntan,
Y de las guerras de Italia.
Y en las anchas galerías
Y lujosas antecámaras,
Bullen pajes y escuderos,

Y dueñas y maestre-salas:
Oyóse largo ruido
De espuelas y de pisadas,
Y con noble continente
Entró don Juan en la estancia.
Después de algunos instantes
Se abrieron dos puertas anchas,
Y más hidalgos penetran,
Penetran hermosas damas;
Y el tapiz, por fin, alzando
Que un camarín ocultaba,
— «La condesa:» gritó un paje,
Con voz reverente y clara.
— «La condesa...» repitieron
Todos, que verla anhelaban;
Pues no conoce ninguno
Á la hermosa castellana.
Bella en verdad aparece;
Su toca cual nieve blanca,
De ángel un rostro circunda
Que anima púdica gracia.
Y la esbeltéz de su talle
Un largo brial realza
De celeste terciopelo,
Que rico brocado esmalta.
Dos dueñas de grave porte
Á la señora acompañan,
Y su esposo á recibirla
Cariñoso se adelanta.
Don Juan, que á todos los nobles
En cortesía aventaja,
Anhela ser el primero

En saludar á la dama,
Llega, inclínase ante ella,
Ambos fijan sus miradas;
Ella se turba un momento,
Y él dice: — «¡Cielos!..: Constanza!...»
Mas con galante saludo
Su conmoción ocultára,
Y todos en el banquete
Á ocupar sus puestos pasan.
Allí reinó la alegría,
Allí brindis se cruzáran,
Mas pensativos contemplan
Al conde de Belalcázar.
Despues, cuando en el sarao
Nobles y hermosas danzaban
Brillando sus ricos trajes
Á la lumbre de las lámparas;
Cuando era todo bullicio,
Cuando era todo algazara,
Él, en el hueco apoyado
De una gótica ventana,
Como sombras las figuras
De aquel cuadro contemplaba,
Y clavábanse indiscretas
Sus pupilas abrasadas,
En las azules pupilas
De la condesa Constanza.

Más tarde, de su castillo
El ancho puente pasaba,
Y al resplandor de la luna,

Desde su condal estancia,
Las fuertes torres observa
Del palacio de don Alvar;
Y allí absorto le sorprende
Con sus fulgores el alba,
Embebido en las memorias
De los días de su infancia.
Sin comprenderlo, suspira;
Siente oprimirse el alma,
En la cual, encantadores,
Mil recuerdos se levantan;
Hasta que el ángel del sueño,
Tendiendo sus leves alas,
Aduerme su fantasía
Entre ilusiones amadas.

III

Y mientras el conde sueña
Con su niñez halagüeña;
Mientras soñando se olvida
Que es ya para siempre huida
Su esperanza más risueña,

Á la memoria traer
Podremos la grata historia
De su infancia, y comprender
Por qué le hace padecer
Aquella dulce memoria.

En esos días dichosos
De la edad siempre querida
Que se alejan presurosos;
En los años venturosos
De la aurora de la vida;

En esa infantil edad
De alegría y de candor
Y grata felicidad,
En que es el placer verdad,
En que es mentira el dolor;

Cuando hay flores y no abrojos;
Cuando no alteran la calma
Ni desencantos ni enojos,
Ni lágrimas en los ojos,
Ni pasiones en el alma,

Gozoso el conde vivía,
Y en el castillo crecía
Bajo el materno cuidado,
Á las artes entregado
Que á su rango convenía.

Como cumple á caballeros,
En el caballo y la lanza
Le adiestraban los guerreros,
Y en él sus fieles pecheros
Colocaban su esperanza.

En otro fuerte almenado,
Por un río separado

De su castillo y su villa,
Un hidalgo de Castilla
Valeroso y arruinado,

Tranquilo y feliz moraba
De armas y negocios lejos;
De la corte se olvidaba,
Y su ventura cifraba,
Tras aquellos muros viejos,

En una adorada esposa
Y en una niña nacida
En esta tierra dichosa,
Tan alegre y tan hermosa
Como su patria querida.

Y por Dios que se dijera
Que un rayo de sol formó
Su dorada cabellera,
Y que á la rosa hechicera,
Su vivo carmín robó.

El límpido azul copiaron
Sus ojos, de puro cielo,
Donde sus luces brillaron,
Y cuyos rayos templaron
De las pestañas el velo.

Y crecía la doncella,
De su edad en los albores
Siendo del valle la estrella;
La flor más pura y más bella
De la tierra de las flores.

Cuando la tarde caía,
Con una dueña salía
Y al fresco prado bajaba,
Donde el perfume aspiraba
Del campo de Andalucía.

Allí al mísero indigente
Tendía su blanca mano
Auxiliándole clemente,
Y bendecían su frente
El huérfano y el anciano.

Y siempre en el bosque umbrío
Ó en las orillas del río,
Al volver, al conde hallaba
Que cual ella paseaba
Todas las tardes de estío.

Algún preceptor severo
Al jóven señor seguía,
Que ya garrido y ligero
Sobre su caballo overo,
Por la llanura corría.

Pero siempre se apeaba
Á los piés del montecillo
Donde el fuerte se asentaba,
Por do la niña pasaba
Para volver al castillo.

En sus juegos infantiles
Á su placer entregados,

Aquellos niños gentiles
Gozaban en los pensiles
Alegres y descuidados.

Y el dulce y feliz acento
De sus voces y sus risas,
Se mezclaba con el viento,
Y con el blando lamento
De las hojas y las brisas.

Flores el conde arrancaba
De aquellas sierras amenas
Con que guirnaldas formaba,
Y á la hermosa coronaba
De silvestres azucenas.

Mas los años transcurrieron,
Entrambos niños crecieron,
Y él más apuesto, y más bella
Y más seductora ella,
Con los nuevos años fueron.

Catorce abriles contaba
La jóven encantadora;
Él, en diez y seis frisaba,
Y ya en sus frentes brillaba
De la juventud la aurora.

Una tarde el caballero
Triste vagaba y á pié
Sin preceptor ni escudero,
Por el florido sendero
Donde á la doncella vé.

Los ojos, de vez en cuando,
Hacia el castillo volvía
Á alguien sin duda esperando;
Y en algo quizás pensando,
Por la colina subía.

Á la antigua fortaleza
Distraído se acercaba;
Y del bosque en la maleza,
Vió que la gentil belleza
Hacia él, ligera, llegaba.

— «Gracias á Dios;» dijo el conde,
Que al fin quiere que te halle;
¿Por qué tu beldad se esconde?
¿Dónde has estado? responde;
¿No has ido al río ni al valle? ..»

— «No;» la niña respondía
Con tristeza; — «no salí
De mi estancia en todo el día;
Y vengo... porque... quería...»
— «¿Qué?» — «Despedirme de tí.»

— «¿Dejas esos muros viejos?
Quizás tus padres irán
De Córdoba á los festejos...?»
— «No, Juan, que será más lejos;
Mucho más lejos, mi Juan.

«Mi padre, que ya olvidado
Há muchos años vivía

De negocios separado
Y en su castillo encerrado
Feliz su vida corría,

«Sus vasallos y su tierra
Y nuestra querida sierra,
Deja, saliendo mañana
Con la hueste castellana
Para la distante guerra.

«Que ya cansado se siente
De esta solitaria vida;
Y allá, á la Italia, valiente
Quiere marchar con su gente
Tras la gloria apetecida.

«Mi madre y yo partiremos
Á la corte; pues allí
Deudos y amigos tenemos,
Y no quiere que quedemos
Mi padre, solas aquí.

«Ya con el gran capitán
Se embarcan en las galeras
Los hidalgos que allá van;
Fuerza es dejar mis riberas,
Mi valle y mi río, Juan.»

— «Con que partes... ¡cuán hermosa,
Dijo el conde, brillará
Allá en la corte dichosa,
La pura y naciente rosa
Que encanto á la sierra dal...

«Allí dicen que hay placeres
Cuantos sueña el pensamiento;
Lucirás, pues bella eres;
Serás feliz; mas ¿qué quieres?
Pienso alegrarme y lo siento.

«Lo siento; ya en la pradera,
No hallaré tanta fragancia
La vecina primavera,
Sin mi dulce compañera,
Sin mi amiga de la infancia.

«Ya por los montes aquellos
Vagaré triste y á solas,
Sin verte jamás en ellos;
Ya no ornaré tus cabellos
De azucenas y amapolas.

«Ya nunca á los ruisseños
Oiremos cantar aquí
De la luna á los fulgores...
¡Qué tristes serán las flores!...
¡Qué tristes serán sin tí!...»

— «Yo también siento dejar
Este apacible lugar
De la corte por el brillo;
Y aquese viejo castillo
Que abandono con pesar.

«Mas vivirán en mi mente
De estos lirios los aromas;

De ese arroyo la corriente,
Esa colina, esa fuente
Donde beben las palomas.

«Y aún más; nunca olvidaré
En el suelo castellano
Al amigo que dejé:
El que siempre tierno fué
Más que un amigo, un hermano.»

— «¿Conservas, Constanza mía,
Algunas flores de aquellas
Que te daba cada día,
Y que para tí cogía
Entre las flores más bellas?

— «Sí.» — Pues guárdalas, hermosa;
Y al volver de los torneos,
Contempla una mística rosa,
Y recuerda cariñosa
Nuestros alegres paseos.»

— «¡Oh, sí; que nunca en mi vida
Nuestra infancia olvidaré...»

— «Y yo, tu imagen querida,
Siempre en la sierra florida
Como en mi pecho veré.»

— «Adiós, Juan.» — «Adiós, Constanza;
Adiós; mi mente no alcanza
Por qué el alma se estremece...
¡Ay, Constanza!... me parece
Que te llevas mi esperanza!...»

Así el mancebo decía;
Las lágrimas contenía,
Y de la niña amorosa,
Bajo su mano ardorosa,
Temblar la mano sentía.

Por un instante callaron;
Y en él, aún más se dijeron,
Pues sus lágrimas hablaron...
Llorando se separaron,
Y á sus hogares volvieron.

Y al brillar el nuevo día
El jóven conde sin calma,
Desde una torre veía
Que su Constanza partía
Y se llevaba su alma!...

Ya diez años han pasado;
El conde en la corte ha estado,
Y al preguntar por su bella,
Ninguna noticia de ella
Nadie, en la corte, le ha dado.

Y hoy su mente adormecida
Aún sueña con su Constanza
Y con su niñez florida;
¡Pero el infeliz olvida
Que ha perdido la esperanza!

IV.

¿Quién, al bogar por los mares
Borrascosos de la vida,
Su adolescencia querida
No recuerda con placer?
¿Y quién con amor no torna
Al retiro silencioso,
Que aún conserva misterioso
Ese recuerdo de ayer?

El castillo ceniciento,
Entre encinares velado,
Donde aquel noble olvidado
Tranquilo y feliz moró;
Donde Constanza creciera
De la sierra entre las flores,
Al perder á sus señores
Todo su encanto perdió.

Ya en la graciosa colina
Por donde niña bajaba
Y donde al conde encontraba
De los valles al volver,
Los huertecillos no existen
Que placenteros formaron,
Y sus rosas se agostaron
Para nunca florecer.

Mas en los álamos verdes
Los nombres se contemplaban,
Que ellos un tiempo grababan;
Un tiempo de bien fugaz.
Y aún gemía el vientecillo
Entre las selvas sombrías,
Como en los plácidos días
De la inocencia y la paz.

En una tarde apacible
De esas limpidas y bellas,
Una tarde como aquellas
De juvenil ilusión,
Por la ribera una dama
Y antigua dueña subían,
Y dos pages las seguían
Con birrete y con blasón.

Iba la dama ligera
Por la colina trepando,
De su infancia recordando
La envidiable soledad;
Y entre la brisa olorosa
Que sus rizos agitaba,
Aún creía que aspiraba
Los perfumes de otra edad.

Al fin, del fuerte atraviesan
Las antiguas galerías,
Por las cuales otros días
Alegre turba cruzó;

Y por la que ya tan solo
Extiende su vuelo errante,
La golondrina constante
Que en sus torres anidó.

Y en el hogar apagado,
Á cuya lumbre escuchaba,
Al romero que tornaba,
Sus aventuras contar;
Donde en las noches de invierno,
Mientras la lluvia caía,
Al fiel trovador oía
Raras historias cantar.

Triste, absorta permanece;
Que allí de su noble padre,
Allí de su tierna madre
Las sombras augustas vé;
Y de sus cándidos ojos
Dos puras lágrimas ruedan:
Que solo en su pecho quedan,
Memorias del bien que fué.

Desde la altiva muralla
Tras de las pardas almenas,
Do tantas noches serenas
La blanca luna admiró,
Contempla el vasto horizonte
Que magnífico se extiende,
Y el rojo sol que descende,
Y así á la anciana le habló:

— «¿Recuerdas, Guiomar, recuerdas
Los crepúsculos suaves
En que entonaban las aves
Su dulcísimo cantar,
Cuando contigo risueña
Á los villares bajaba
Y venturosa cruzaba
El verdinegro olivar?»

«¡Oh, mi Guiomar! ¡cuán distintos
Eran los días aquellos,
En que de los prados bellos
Gozábamos el verdor!
En que pasaban los años
En tranquila bienandanza,
Sin zozobra ni esperanza,
Sin afanes ni temor.»

— «Señora, Guiomar repuso;
Cuando á Italia vos partisteis
Do vuestro padre perdisteis
Esposo digno al hallar,
¿Cómo imaginar que un tiempo
Á estas montañas tornárais,
Y que siempre os acordárais
De vuestra pobre Guiomar?»

— «¡Oh, cuántas horas de luto
Cubrieron mi amarga vida!
Mi madre, Guiomar querida,
Presto en Castilla murió;

Y yo con mi anciano padre
Partí para extraña tierra,
Donde el furor de la guerra
Con estruendo resonó.

«Un día, ¡día terrible!
Con una profunda herida,
Mi padre casi sin vida
Cayó en la tremenda lid;
Y yo le ví moribundo...
Y sus palabras postreras,
Cual santas leyes severas
Resonaron para mí.

«Al par que yo, le velaba
Un ilustre caballero,
Que allá en el combate fiero
Viólo á su lado caer:
Él, de consuelos amantes
Mi triste pecho inundaba,
Y del anciano endulzaba
El acerbo padecer.

Y cuando de nuestros brazos
Arrancábale impía muerte,
Con débil voz, de esta suerte
Por última vez habló:
— «Don Álvaro, vos sois noble;
Sobre esta tierra apartada
Mi hija queda abandonada;
Velad por ella cual yo.»

«Entonces, el buen hidalgo,
Mi trémula mano asiendo
Y de rodillas cayendo,
Ante el lecho dijo así:
— «Yo, por el Dios que nos oye
Hacerla mi esposa os juro;
Morid, Don Pedro, seguro
Que otro padre tendrá en mí.»

«Así, generoso apoyo
En mi orfandad me tendía;
De mi padre la alegría
Brilló en la pálida faz:
Expirante nos bendijo;
Y nuestras manos uniendo,
Su alma, de la tierra huyendo,
Subió á los cielos en paz!...»

Calló aquí doña Constanza;
Y de su pupila hermosa,
Una lágrima amorosa
Tranquila se deslizó:
Fijando en la casta luna
Melancólica mirada,
En su recuerdo extasiada
Por largo tiempo quedó.

Mas una voz conocida,
Que una trova ó un lamento
Lanzaba débil al viento,
La hizo en sí propia volver.

Pues esa antigua balada
Es de su infancia la historia;
Es una grata memoria
De su existencia de ayer.

— «¿Escuchas, Guiomar? la dama
Dijo, confusa, á su dueña;
«Es la canción halagüena
Que otro tiempo entoné yo.»
— «La trova, Guiomar responde,
Que en este sitio, á esta hora,
Don Juan para vos, señora,
Enamorado cantó.»

— «¡Oh, partamos, dueña mía!...
No debo escucharla hoy,
Pues ya la niña no soy
Que se la supo inspirar;»
Dijo, en su litera entrando;
Y bajo su blanco velo,
Ocultó la faz de cielo
Un sollozo al exhalar.

Pero al bajar la colina,
Como otro tiempo dichoso,
Al jóven conde amoroso
Sobre su caballo vió:
Con respeto saludola;
Y un suspiro lastimero
El infeliz caballero
Dentro de su pecho ahogó.



¿Por qué el conde aún amante vagaba
Á la falda del monte feráz?
¿Y la trova por qué recordaba
Que otro tiempo entonara fugáz?

¿Por qué en mágico sueño extasiado
Halagaba su blanca ilusión?
¿Por qué ¡ay cielos! por qué, si ha dejado
La ventura su gran corazón?

Por los sitios do grato vivía .
Su recuerdo constante de ayer,
Al tornar solitario, sentía
Inefable, tranquilo placer.

Mas ¿qué fué de su encanto querido?
¿Por qué triste, abismado en su mal,
Ha la calma bendita perdido,
Corre en pos de insensato ideal?

¿Tanto puede un recuerdo borrado
De la dulce apacible niñez?
¡Era un fuego ya casi apagado
Que potente renace otra vez!...

Solo busca su vista un objeto,
En el agua, en la selva, en la flor;
Y ocultando implacable secreto,
Vierte á solas su llanto de amor.

Y al vagar por los gratos lugares
Que admiraran su bien y solaz,
Á ellos cuenta sus lentos pesares;
Á ellos pide del alma la paz.

En la orilla del plácido río,
La paz busca que rápida huyó;
La paz busca en el bosque sombrío;
La paz ¡ay! que por siempre perdió...

Y ni selvas, ni ríos, ni flores
Á su pecho la pueden volver;
Todo, en mudo lenguaje de amores,
Solo alcanza su duelo acrecer.

¡Ay del hombre, sin dicha entregado
Á violenta indomable pasión!
¡Ay del hombre, á luchar condenado
Con su mísero y fiel corazón!

V

Es una hermosa mañana;
Huyen los luceros tímidos,
Ante el sol que alza brillante
Por el Oriente su disco.
Torna la sierra á la vida;
En los bosques escondidos,
Cantan alegres las aves,
Corren bullendo los ríos.
Ábrense á la luz las flores,
Y abandonando sus nidos,

Cruzan águilas caudales
El ancho espacio vacío.
Y ya pajes y escuderos,
Con canciones y con gritos,
Grande algazara promueven
De don Juan en el castillo.
Los alazanes adornan
Con caparazones ricos,
Y con ligeros penachos
Que acaricia el vientecillo.
Doquier, arneses se admiran;
Doquier, ricos atavíos
Y cintas de mil colores,
Y lanzas de acero fino.
Del conde los escuderos,
Limpian las armas activos,
Y alegres corren sus potros
Los jóvenes pajecillos.
Unos, ornan sus birretes;
Otros, sus cascos bruñidos;
Este, la malla se viste;
Aquel, suspende un anillo;
Y caballeriza y parque
Son confuso laberinto
De voces y de pisadas,
De carreras y relinchos.

Tan solo don Juan, en tanto,
Triste, absorto, pensativo,
Abismado permanece

En pensamientos distintos.
Y es, que aqueso movimiento,
Aqueso marcial ruido,
Aquellas galas que brillan,
Aquellos preparativos,
Un grato festín anuncian
Que dar quiere en su delirio,
Á la hermosa de sus sueños,
Al bien que llora perdido;
Pues todos los ricos-hombres
De los estados vecinos,
Festegan á los ilustres
Y nobles reciénvenidos;
Y él, más que todos galante,
Oculta su mal impío,
Y un gran torneo prepara
En su opulento castillo.
Por eso corren los pajes;
Por eso es todo bullicio,
Y llora don Juan á solas
Sus amantes desvaríos.

En tanto el sol avanzaba
Á mitad de su camino,
Dando más vida á la selva,
Dando á las flores más brillo.
Todo animación respira;
Y los señores, festivos,
En el alcázar penetran
De sus donceles seguidos.

Este, con su verde banda
Pinta su esperanza altivo;
Aquél, con azul, demuestra
De los celos el dominio.
Y llegan despues las damas,
À cuyas plantas rendidos
Los caballeros ofrecen
Bandas, cintas y albedrio.
Alli de doña Constanza
Luce el rostro peregrino,
Siempre envidia de las bellas,
Siempre de beldad prodigio.
Don Juan entra en el palenque,
De cuatro pajes seguido,
Y aunque gallardo se muestra
Y es en lo cortés el mismo,
Todos notan en sus ojos
Algo de triste y sombrío;
Todos su divisa extrañan,
Y alegórico vestido;
Veste recamada luce
Del color verde-amarillo,
De que se tiñen las hojas
Pasado el ardiente estío,
Cuando suspirando caen
De sus árboles queridos,
Al soplar las blandas brisas
Hijas del otoño tibio.
Sobre su casco acerado,
Brillante como el sol mismo,
De color igual, el viento
Agita penacho rico.

Y en su escudo, por divisa,
Un árbol vése marchito;
De él ruedan las hojas mústias,
De él huyen los pajarillos.
Debajo se obstenta solo
Un verso por mote escrito,
En que con asombro leen:
„Está mi pecho lo mismo....”
Pero los clarines suenan;
Dáse á la fiesta principio;
Y en vez de lanzas fornidas,
Los hidalgos aguerridos
Débiles cañas manejan
Con las que muestran su brio.
Todos el color que eligen
Honrar quieren atrevidos,
Y en los ojos de sus damas
Buscan al valor estímulo.
Aquí, miradas se cruzan;
Allí, se cruzan suspiros,
La animacion acreciendo
De la fiesta entre el bullicio.
Luego que rompen las cañas,
Corren ramos y morillos,
Que á sus damas cual trofeos
Ofrecen, depues, rendidos.
Don Juan su caballo deja,
Y subiendo al balconcillo
Donde está doña Constanza,
Que es su vida y su martirio,
Ante ella de hinojos puesto
Enamorado le dijo:

—«Vos, señora, sois la reina
De este festin que os dedico;
Vos, que sois el astro bello
Que dá á la sierra atractivo,
Aceptad esta sortija;
Yo, condesa, os lo suplico,
Por nuestra amistad pasada,
Por nuestra amistad de niños.»
Besó su mano galante,
Ella recibió el anillo,
Pero de carmin cubrióse
Su mejilla al recibirlo.
Dióle las gracias modesta;
El conde lanzó un suspiro,
Y de don Alvar los ojos,
Que tiene sobre ellos fijos,
Extraña expresión tomaron;
Palideció de improvisó,
Dándole fuerte y convulso
El corazón un latido.

En su cámara lujosa
Don Alvar, con voz sombría,
Aquella noche decía
Á su bellissima esposa:

— «¿Qué amistad, señora, es esa
De la que el conde os habló
Cuando la sortija os dió?...
¿No me respondeis, condesa?

«Vos al conde conocíais;
Pero ¿por qué ¡vive Dios!
Tambien os turbásteis vos
Cuando al conde respondíais?»

— «¿Turbarme decís?... no á fé;
Yo le conocí, es verdad,
Allá en la primera edad
Que en estos valles pasé.

«Desde entonces, hasta ahora
Que no le he visto sabéis:
Pero, acaso dudareis...»
— «¿Y sus colores, señora?

«Ya visteis que en su blasón
Un árbol seco lucía,
Y que en el mote decía:
Tal está mi corazón.

«El verde triste y obscuro
Que esmalta las hojas yertas,
¿De sus ilusiones muertas
No es el emblema seguro?

«¿Y acaso no se os alcanza
Que sus perdidos amores
Rueden como secas flores
Del árbol de su esperanza?»

— «Bien puede ser;» la señora,
Con voz dulce, contestó;

«Mas su historia, no sé yo
Qué os hace pensar ahora.

«¿Dudais de mi honor quizás?
¡Oh, don Alvar!... si así fuera,
Mi vida gustosa diera
Porque no dudárais más!»

—De tí no, Constanza mía;
Pero ví la turbación
Con que, imprudente, traición
Á sus secretos hacía.

«El dolor ó la tristeza
Veo en sus ojos pintados;
En sus ojos, que clavados
Siempre tiene en tu belleza.

«¿No es fácil que aquel cariño
Que un tiempo te profesaba,
Y que inocente guardaba
En su corazón de niño,

«Hoy ya con distinto nombre
Se alce más fuerte que ayer,
Dominando á su placer
En su corazón de hombre?»

—«¡No; no!» — «¡Don Juan: desdichado
Si á locos sueños te arrojas!
¡Si anhelas volver sus hojas
Á aquel árbol deshojado!...»

Tal dijo el conde, y salió;
Dió un golpe la rica puerta,
Y sola, abrumada, yerta
Doña Constanza quedó.

VI

¡Ay, triste del que siente
La llama de los celos,
Alzarse allí en su alma
Turbando su razón!
¡Ay, triste del que vive
Luchando en sus desvelos,
Sin que á vencer alcance
Su amante corazón!

¡Ay del que acoje incauto
Una sospecha impía,
Que crece y se agiganta
Con ímpetu cruel!
¡Ay del que amando muere
Y llora noche y día
Sin que un suspiro deba
Lanzar su pecho fiel!

¡Ay del que abriga celos,
Que róbanle la calma!
¡Ay del que calla y sufre
Á solas su dolor!

¡Ay del que á horrible duda
Entrada dió en su alma,
Y ¡ay del que triste siente
Sin esperanza amor!...

Así, sufriendo entrambos,
Entrambos también callan,
En lucha desmedida
Con un eterno afán:
Así en letal silencio
Sin reposar batallan,
Don Alvar con sus celos
Y con su amor don Juan.

¡Don Juan: que más que nunca
Enamorado, ardiente,
Cede al impulso loco
De su fatal pasión;
Y entre recuerdos dulces
Su enardecida mente,
Exáltase forjando
Un mundo de ilusión!

Por eso repetía
La trova deliciosa
Cantada en otro tiempo
De bien, que huyó fugaz:
Y llora la edad bella
Que ya pasó dichosa,
Y llora la dulzura
De su perdida paz.

Borrar en vano intenta,
Inquieto, delirante,
La imagen seductora
De la beldad gentil;
Á cuyo influjo siente,
Pues que la adora amante,
Adormecerse el alma
Entre delirios mil.

Mas ¡ay! que mientras sueña
En ciego desvarío,
Hay otro que en sus ojos
Leyendo está su mal.
Y que sumida el alma
Tiene en pesar sombrío
Sintiendo de los celos
El agujón fatal.

Don Alvar: que confuso
Sorprende sus miradas,
Sus lánguidos suspiros,
Su desdichado amor;
Y luchan en su mente
Ideas encontradas,
Que encienden en su pecho
La saña y el rencor.

Por eso entrambos nobles
Á odiarse presto llegan:
La dicha de don Alvar
Envidiala Don Juan;

Y su soñada injuria
Tanto á don Alvar ciega,
Que su despecho insano
Oculca apenas ya.

¡Ay del que abriga celos
Que róbanle la calma!
¡Ay del que calla y sufre
Á solas su dolor!...
¡Ay del que á horrible duda
Entrada dió en su alma!
Y ¡ay del que triste siente
Sin esperanza, amor!...

Era un espléndido día;
El sol radiante doraba
Los campos de Andalucía,
Y el bullicio y la alegría
Por los montes comenzaba.

Del *Zuja* por las riberas,
Por los empinados cerros
Y por las verdes praderas,
Caza van dando á las fieras
Hombres, caballos y perros.

Y mientras los cazadores
La res en el monte alcanzan
Que acechan los ojeadores,
En el viento los azores
Sobre las aves se lanzan.

Que si al noble caballero
Faltan contrarios y guerra
Donde ejercitar su acero,
Buscarlos sabe altanero
En el aire y en la tierra.

Por eso por las cañadas
Y por las hondas quebradas
Los cuernos suenan y voces,
Y tropeles y algaradas
De cazadores veloces.

Y las fieras, escondidas
En los bosques ignorados,
Abandonan sus guaridas
Bramando de furia, heridas
Por los dardos acerados.

El ciervo al monte se lanza,
Á él se arroja el jabalí
Sin aliento ni esperanza,
Hasta que la muerte alcanza
Á manos de un hombre allí.

Y no existe mónstruo fiero
Ni ave sencilla, á quien guerra
No dé el osado montero,
Con el halcón ó el acero,
En el viento ó en la tierra.

Tales son las fiestas, pues;
Y la alegre montería
Que da don Alvar, tal es,

Á sus amigos, cortés,
Á quienes honrar quería.

Que si todos le sirvieron,
Así á todos corresponde
Galán, si galanes fueron;
Y está entre los que vinieron
De Belalcázar el conde.

Mas falta el sol de la sierra;
La flor más encantadora
Que en aquel valle se encierra:
Pues que la caza le aterra
Á la sensible señora.

Eso don Alvar decía,
Su ausencia así disculpando;
Pero todo el que lo oía,
Malicioso sonreía
De su certeza dudando.

El conde que no le oyó,
Por la hermosa castellana
Á su esposo preguntó:
Aqueste se dirijió
Hacia una selva cercana;

Y,— «para bien contestar
Á lo que anhelaís saber,
Venid, don Juan, al pinar,
Pues que de honor al tratar
Solos, por Dios, ha de ser.»

Dijo con voz alterada.
Don Juan sus pasos siguió,
Y en una selva apartada
De viejos pinos formada,
Tras de don Alvar entró.

Largo tiempo razonaron,
Empero ninguno oír
Pudo lo que allí trataron;
Y como no lo escucharon
Yo no lo puedo inferir.

Alto conversando están;
Mas que dicen solo sé,
Cuando las manos se dán:
— «Hasta mañana, don Juan.»
— «Don Alvar, no faltaré.»

Momento después, salió
Don Juan, que fuera de sí
En su caballo montó,
Y colérico de allí
Á trote largo partió.

Iba declinando el día;
El sol, que ya se ocultaba,
Los altos montes teñía.
Y en sombra el valle yacía
Que la luna plateaba.

Aún ilumina el otero
La ya moribunda luz,
Y á su castillo severo
Se dirige el caballero
Sobre un caballo andaluz.

Y en su angustioso pesar
Hijo de celos y amor,
Siente su alma desgarrar;
Pues que ella le manda amar
Y se lo veda el honor.

Así, no cuida de nada
De cuanto allí le rodea;
Ya está la noche cerrada,
Y él prosigue su jornada
Sumerjido en una idea.

De repente, un vago són
Llegado en alas del viento
Resuena en su corazón;
Que tocan á la oración
Las campanas del convento.

Detiénese el conde y reza
Los ojos tristes alzando,
Destocada la cabeza;
Y á pensar con calma empieza,
En lo que viene pensando.

Que á un crimen le arrastra ve,
Quizás su propia razón;
Aunque necesario fué

Aceptar; pero con fé,
Vuelve á Dios su corazón.

Cuando interrumpiendo osado
La oración que al cielo ofrece,
Un hombre, mal ataviado,
Alto, moreno, tostado,
Ante don Juan aparece.

— «Hablaros, buen conde, quiero.»
Dijo; y él le respondió:
— «En mi castillo os espero.»
Siguió andando el caballero
Y el hombre detrás siguió.

Llegaron al recio puente,
Cayó el pesado rastrillo,
Pasó el mancebo impaciente,
Y tras él, osadamente,
Subió el villano al castillo.

— «Habladme, pues: ¿qué quereis?»
— «Os hablaré, caballero,
Cuando á solas os quedeis.»
— «¿Á solas?» — «¿Quizás temeis?»
— «¡Mal me conoces, pechero!...»

Luces dos pajes entraron
En lámparas de metal;
Los pajes se retiraron,
Y solos ambos quedaron
En la cámara condal.

— «Y bien; hablar ya podeis.»
Dijo; y él le respondió
Con lúgubre voz: — «¿Qué haceis?
¿Os arrepentís?... ¿no veis?...»
— «¿De qué me arrepiento yo?»

— «¿No anhelaís acaso dar
La muerte á quien la alegría
Os supo aleve arrancar,
Haciéndoos, conde, llorar
Vuestros celos noche y día?

«Nadie el duelo ha de saber;
Yo os presto, don Juan, mi ayuda.
¡Ah! ¿no llegais á entrever
Que vuestra esposa ha de ser
De don Alvar la viuda?»

— «¿Quién eres, hombre ó visión
Que penetras los intentos
Que abriga mi corazón?
¿Cómo, infernal ilusión,
Leer puedes mis pensamientos?»

— «Eso no te importa, conde;
Sé todo lo que en tu mente
Y en tu corazón se esconde.
Á mi demanda responde:
Lo que tu valor intente,

Protejerá mi poder,
Calmando tu ardiente afán;
Daréte gloria, placer...»

- «Mas no alcanzo á comprender...»
— «Veréislo agora, don Juan.»

Dijo: y las luces con furor matando, (1)
Siniestro rayo de sus ojos lanza,
Que en el oculto camarín brillando
Á disipar la obscuridad alcanza.

Dió un grito el caballero de pavora;
Mas las palabras fascinado oía,
Con que un mundo de bien y de ventura,
De amores y de triunfos le ofrecía,

Presentándole en mágicas visiones
Los ensueños de dicha y bienandanza,
Las brillantes y ricas ilusiones
De sus días de paz y de esperanza.

Y de quimera en plácida quimera
Se lanzaba su loca fantasía,
Mientras que lucha despiadada y fiera
Entre opuestas pasiones sostenía.

(1) Dice la tradición que D. Juan de Sotomayor tuvo cierta misteriosa entrevista con el mismo Lucifer, y que, al poco tiempo, el jóven señor de Belalcázar, el gallardo conde que tanto había brillado por su opulencia, fué á sepultarse para siempre en un convento, dedicando su vida y bienes á hacer piadosas fundaciones y á practicar las más humildes virtudes.

La autora no ha creído oportuno dejar de seguir la tradición en esto, mucho más cuando así consta en la historia de Córdoba, si bien no es aficiónada á hacer figurar en sus obras cierta clase de seres sobrenaturales.

Mas venció el bien: de su estupor saliendo,
— «¡Tentador, huye!» confundido exclama;
Y hacia Dios el espíritu volviendo
Cuyo poder en su defensa llama,

Firme resiste su halagüeño encanto;
Firme su saña; su amenaza impía;
En los pliegues se envuelve de su manto
Donde la cruz de Alcántara lucía;

Y ante la enseña que ostentó sagrada
Dió aquel hombre tan lúgubre gemido
Y le lanzó tan infernal mirada,
Que del mancebo se turbó el sentido.

Un momento después, vuelto á la vida,
Á solas en su cámara encontróse;
Que ya la horrible aparición rendida,
Como niebla en el viento disipóse.

Huir entonces los enojos
De su corazón sintió;
Se humedecieron sus ojos,
Y ante una imágen, de hinojos
Humildemente cayó.

VII

Á la mañana siguiente,
Cuando la aurora brillaba
Y el rojo sol levantaba
Tras de los montes su frente,

Dos hidalgos caballeros,
Á los que dieran por tales
Sus aposturas marciales
Y el crujir de los aceros,

El verde olivar cruzaron
Ligeros y silenciosos,
Y entre los pinos frondosos
De una selva se internaron.

— «De aquí no pasemos ya;
Dijo uno, con voz de trueno;
Y el otro, de calma lleno,
Respondióle:— «Bien está.»

— «Tirad, Don Juan, de la espada,
Y acabemos de una vez:»
Prorumpió con altivez,
Ya la faz desembozada

Don Alvar, que de mal grado
La cólera reprimía,
Cuando á saciarla corría
Impaciente y despechado.

Y con semblante altanero
En guardia se colocó,
Y decidido exclamó:
— «Acometed; que os espero.»

— «Nunca: nunca; fuera en vano;
(Huid, pensamientos impíos,
Cual huyen los odios míos:)
Esta es, don Alvar, mi mano.»

Y prosternado don Juan,
Al suelo arrojó su espada:
En él clavó una mirada
Don Alvar lleno de afán;

Y así un instante pasaron
En silencio reflexivo,
Y uno triste y otro altivo,
Tal diálogo entablaron.

— «¿Qué hicisteis, don Juan?» — «Señor:
Comprenderlo no podeis.»

— «Explicármelo debeis.»

— «No lo exijais, por favor.»

— «Alzad, don Juan, ese acero,
Y cual buenos concluyamos.»

— «Imposible es que midamos
Nuestras armas, caballero.»

— «Don Juan, me admirais á fé;
Y si otro que vos lo hiciera,
Que tuvo miedo dijera
Quien nunca vencido fué.»

— «¡Y si otro, conde, que vos
Cobarde á mí me llamara,
Lengua y vida le arrancára
Por no oirlo, ¡vive Dios!...»

— «Reñid, pues; ¿por qué dudais?
¿No sabeis ya, por los cielos,
Que tengo en el alma celos,
Celos que vos inspirais?»

«¿Y que cuando el pecho arde
Con este anhelo profundo,
No hay imposible en el mundo
Que su venganza retarde?»

— «Celos tengo también yo;
¿Vos, don Alvar, ignorais
Cuando cobarde llamais
Á aquel que nunca temió,

«Que menos valiente fuera
Si me arrancara la vida,
Pues aquesta lid reñida
Conmigo no sostuviera?»

— «Pero...» — «Lid horrenda, sí;
Y escuchad, señor, en calma,
Pues voy á abriros mi alma,
Cual nunca á nadie la abrí.

«Yo amé con loca pasión
Á vuestra cándida esposa,
Y aún de su imágen hermosa
Lleno está mi corazón.»

— «¿Y osais decir?...» — «Yo la amé
Con ese casto cariño,
Con que en otro tiempo, aún niño,
Mi alma pura le entregué.

«Pasó mi infancia querida;
Pero nunca se borró
Su memoria, que quedó
Con mi esencia confundida.

«Quizás un tiempo existiera
Ese recuerdo dormido;
Quizás yo propio he creído,
Que muerte su sueño fuera.

«Pero llegó á despertar,
Y, ¡ay! al despertar halló
Que entre nosotros alzó
La desventura un altar.

«Entonces, conde, luché;
Y de mi amor á despecho,

Quise arrancar de mi pecho
La imágen que tanto amé.

«Y aunque olvidarla debía,
Y aunque intentase olvidarla,
Me era tan dulce el amarla,
Que amarla siempre quería.

«Por harto tiempo invoqué
La virtud y la razón;
Mas al fin á mi ilusión
Ciegamente me entregué.

«Vos leísteis en mis ojos
El afán que me afligía;
Perdísteis vuestra alegría;
Sentísteis celos y enojos:

«Yo, envidiaba la ventura
Que os depararon los cielos;
Cada día vuestros celos
Crecían cual mi locura;

«Y por eso nos odiamos,
Don Alvar; por eso ayer,
Tras de tanto padecer,
Á morir nos provocamos.

«Y hoy mismo, con saña impía
Vengarnos quisimos fieros,
Manchando nuestros aceros
Con vuestra sangre ó la mía.»

— «Eso mismo anhelo yo;
Si ofenderme confesais
¿Por qué, decidme, dudais?
¿No quereis batiros?» — «No:

«Y aunque sonrojo, cual veis,
Me cueste, debo deciros
Que solo vine á pedirlos,
Conde..., que me perdoneis.»

— «¿Que os perdone?...» — «No creais
Que miedo á la muerte guarde;
Si me teneis por cobarde,
Juro á Dios que os engañais.

«Pues para dar este paso,
Que no me dicta el temor,
Es menester más valor
Del que imaginais acaso.»

— «¿Creeros cobarde? no tal;
Que siempre os tuve igualmente,
Por hidalgo y por valiente,
Aunque fuérais mi rival.»

— «Y si hoy veis mi digna espada
Á vuestras plantas rendida,
Cual no la tuve en mi vida
Ni por nadie ni por nada;

«Si el perdón apetecido
Os ruego con insistencia,

Para calmar mi conciencia
Hago aquello, y esto pido.»

Un momento pavoroso
Á esta respuesta siguió:
Don Alvar lo contempló
Sorprendido y silencioso;

Mas su espada envaina luego
Clamando:— «Vivid en calma;
Pues es muy noble ese alma
Que hoy admiro, si odié ciego.

«Y plegue al cielo piadoso
Que ese delirio olvideis:
Así en la tierra hallareis
Ventura, paz y reposo.»

— «Ya mi esperanza ha pasado
De este mundo; quiera Dios,
Que seais tan dichoso vos
Como yo desventurado.»

Y las manos se tendieron
Un juramento al hacer,
Y el rencor desaparecer,
Entrambos nobles sintieron.

Algunas frases cambiaron,
Dejaron la selva umbría,
Y la vereda que guía
Á sus castillos tomaron.

Pocos días transcurridos,
Ante su puerta se hallaban
Constanza y Alvar, que estaban
Á partir apercebidos.

Y literas y corceles
Do quiera se disponían;
Doquier iban y venían
Pajes, dueñas y donceles.

Pero todos ignoraban
Por qué partir han dispuesto;
Por qué á la corte tan presto
Los señores se tornaban.

Constanza llora al perder
Otra vez su hermosa tierra,
Al abandonar la sierra
Do acaso no ha de volver.

Mas los instantes pasaron,
Y condes, dueñas, donceles,
De aquellos ricos vergeles
Para siempre se alejaron.

Y cuando tal sucediera,
De don Juan no se sabía;
Ni adivinarse podía
Á dónde partido hubiera.

Mil comentarios se hicieron,
Pero nada averiguaron;

Mil historias se inventaron
Que por la villa corrieron.

En la aldea y el alcázar,
Hallarlo, en vano, han querido,
Y nadie sabe qué ha sido
Del conde de Belalcázar.

VIII.

Era una noche límpida y serena;
La blanca luna en el cenit brillaba,
Y tristemente los dormidos campos
Con sus rayos purísimos bañara.

Todo es silencio, soledad, reposo;
Todo en la sierra deliciosa calla;
Solo se escucha al ruseñor doliente,
Que allá en la selva sus amores canta.

Solo se escucha el murmurar suave
De algun arroyo que su linfa arrastra;
Solo se escuchan los amantes besos
Con que á las flores acaricia el aura.

¡Dulce silencio que á pensar convida!
¡Noche tranquila de apacible calma!
¿Quién al mirar tu luna y tus estrellas,
Á otro mundo su espíritu no lanza?

¿Quién no percibe en tu misterio escrita
La excelsitud del Hacedor sagrada?
¿Quién ¡oh noche feliz! bajo tu imperio
Su poderosa majestad no aclama?

Sí, todo duerme; y á la orilla amena
De una sonora virginal cascada,
Allá en un valle que formó natura
En el seno feráz de la montaña;

Donde el naranjo y limonero crecen,
Donde las flores su perfume exhalan,
Imponentes, severos, misteriosos,
De un convento los muros se levantan.

Tras ellos, verdinegras y sombrías
De los cipreses álzanse las ramas,
Y blanca cruz ante su puerta vese
Al tibio rayo de la luna clara.

¡Un monasterio! plácido retiro
Del santo amor y de la paz morada;
Místico puerto de quietud sublime,
Que sobre el mar de la razón se alza.

Isla feliz de celestial refugio,
Desde la cual en éxtasis el alma
Hasta el cielo purísimo se eleva,
De la divina inspiración en alas.

Del mundo los intensos huracanes,
Sus revueltas y turbias oleadas,

Entre los brazos de esa cruz se estrellan;
Ante esos muros su furor quebrantan.

Así la roca á cuya planta ruge
Del poderoso Atlántico la saña,
Hacia los cielos su serena frente
Firme y constante con valor levanta.

¡Siglo faláz, en que vivir nos cupo,
Que de la luz y del saber te llamas!
¡Siglo que marchas entre turba inmensa
De progresos, de errores y borrascas!

¡Siglo orgulloso, que olvidar pretendes
Del Sumo Dios la omnipotencia santa,
Y ante el becerro mísero de oro
Muestras, cobarde, la cervíz doblada!

¿Por qué destruyes el asilo sacro
Que la inocencia y el dolor buscaran?
¿Por qué al lanzar tus victoriosos gritos
Ruedan del templo las divinas aras?

No sabes ¡ay! que entre el tumulto loco
De pasiones que chocan encontradas;
Entre el fatal positivismo frío
Con que tu propio corazón desgarras,

Hay almas puras do la fé se anida,
Y almas acaso de luchar cansadas,
Que un puerto buscan do la paz impere,
De la virtud y la oración morada.

Siempre las hubo; y en la clara noche
Transparente y azul de que os hablaba,
Cuando el incienso aún humear se vía
En la iglesia que hoy yace abandonada,

Un caballero, que por tal le abonan
Su espuela de oro, su presencia hidalga,
Al monasterio se encamina oculto
Bajo los pliegues de su luenga capa.

Solo y á pié camina el caballero;
Y con su corazón quizás batalla,
Que alguna vez las húmedas pupilas
Al firmamento con dolor alzara.

Mas ansioso las fija en el convento
Que distingue á través de la enramada,
Y hacia él dirige sus inciertos pasos,
Que allí moran su bien y su esperanza.

No de otra suerte náufrago que lucha
De la mar con las ondas escrespadas,
Los ojos fija en el amigo faro
Que le muestra su luz hospitalaria.

Ya cerca está; y el apacible coro
Que severo los monjes entonaban;
Y el acento del órgano sublime,
Y de aquel sitio la solemne calma,

Son sacrosanto, celestial rocío,
Bálsamo misterioso que templara

Los males todos que su pecho oprimen;
Las luchas todas, de su pobre alma.

Su cabeza descubre con respeto:
Póstrase humilde ante la cruz sagrada,
Que entre sus brazos con fervor estrecha,
Y cuya piedra con su llanto baña...

Hasta que al fin, suaves en el viento
Las salmodias y el órgano se apagan;
Hasta que turban el silencio solo,
Las brisas de la noche perfumadas.

Entonces, levantándose el hidalgo,
Dos golpes diera con la fuerte aldaba
Del convento en la puerta, que muy pronto
Cuando su nombre oyeron, tuvo franca.

Mas aún sus pasos con pavor detiene;
Aún dirige tristísima mirada
Hacia el cerrillo donde obstanta obscuras
Sus antiguas almenas un alcázar...

Y su adiós dando postrimer al mundo,
Con un suspiro que su pecho exhala,
Un suspiro que acaso llevarían
Hasta el castillo las errantes auras,

Cruza el dintel del monasterio santo;
Bajo sus arcos silencioso pasa,
Y en los claustros larguísimos se pierde
El confuso rumor de sus pisadas.

Ráudo pasara el tiempo; de la sierra
Entre los limoneros y espadañas,
Pobres ermitas de virtud asilo
En los montes agrestes se elevaban:

Y un monasterio de severa mole
En medio de ellos poderoso se alza,
Que á la Virgen purísima invocando,
Convento de los Angeles se llama.

Y quien esos pacíficos albergues
Con su piedad y con su fé levanta,
Es un pobre y modesto franciscano
Que ejemplares virtudes practicara;

Un religioso, en cuya frente brilla
La paz dichosa que inundó su alma;
Un religioso de humildad modelo,
Que bendicen doquier y doquier aman.

En los lugares do brilló orgulloso
El gallardo señor de Belalcázar,
Do el altivo don Juan envidia diera
Á los nobles de toda la comarca,

Ahora vése al austero cenobita
Que plebeyos y grandes admiraran,
Que al desvalido, con amor socorre;
Que al pobre enfermo cariñoso ampara;

Que las familias desunidas, une
Con el dulce fervor de sus palabras;

Que es un tipo evangélico y sublime,
De mansedumbre y caridad cristiana.

Así todos descubren sus cabezas
Si por el pueblo, que le admira, pasa;
Así todos el nombre respetable
De *Fray Juan de la Puebla* veneraban.





EPÍLOGO

ALGUNOS años más tarde,
Las campanas de la iglesia
De aquel monasterio santo
Que alzó fray Juan en la sierra,
Con melancólico acento
Que por los aires resuena,
Por un sacerdote doblan,
Y por su descanso ruegan.
El pueblo de Belalcázar
Al templo triste se acerca,
En cuyo centro sombrío
Un catafalco se eleva.
Y en él, el cadáver yerto
Del franciscano contempla,
Que el bien practicó en el mundo,
Y de Dios al seno vuela.
Llora ante el altar el pueblo;
Los monges gimen y rezan;
Bajo las bóvedas altas

Grave el órgano resuena,
Y aquellas voces unidas,
Aquellas plegarias tiernas,
De Dios al excelso trono
Los ángeles puros llevan.

De un escudero seguida,
Por largo velo cubierta,
En el contristado templo
Una señora penetra.
Negro es su traje y sencillo;
Sus tocas también son negras;
Su porte majestuoso,
Nobles sus formas y bellas.
Pero en su rostro se advierten
Los surcos que hacen las penas,
Y en sus cabellos, acaso,
Hay de plata algunas hebras.
Con paso lento, la dama
Hasta el túmulo se acerca;
En él sus miradas fija,
Ahoga un grito de sorpresa,
Y de rodillas cayendo,
Confusa, abrumada queda,
Otro tiempo recordando
De ventura y de inocencia.

Era Constanza; Constanza,
Que sola y viuda, anhela

Terminar sus tristes días
En los montes do naciera.
Allí, en su viejo castillo,
Con sus memorias se encierra;
Siendo, cual antes, el ángel
De las montañas aquellas.
Y todas las tardes, cuando
Se oculta el sol tras las crestas
De los altísimos picos
Y aparecen las estrellas;
Cuando á la oración convoca
La campana de la Iglesia
Y los cansados labriegos
Tornan del campo á la aldea,
Llega al convento la dama;
Y ante una cruz de madera
Que en el pobre cementerio
De los Franciscos se eleva,
Sobre una losa sencilla
Que dos cipreses sombrea
Y en cuyas orillas crecen
Verdes, campesinas yerbas,
Prostérnase reverente;
Férvida oración eleva;
Algunas flores enlaza
Sobre la cruz de madera,
Y puras lágrimas vierte
Con las que las flores riega;
Con las que riega la tumba
Del padre Juan de la Puebla.





La Alhambra

IMPROVISACIÓN

DÓNDE se encuentran los guerreros bravos
Que tus torres altivas coronaban?
¿Dónde tus reyes? ¿Tus señores moros
Dónde se hallan?

De tus alicatados camarines,
¿Dónde están las bellisimas sultanas?
¿Dónde tus nobles del Muslím orgullo?
¿Dónde tus zambrás?

¿Dónde la turba que cruzó tus patios?
¿Dónde el murmurio de tus fuentes claras?
¿Dónde el pebete que oriental perfume
Blando exhalaba?

¡Vago misterio tu existencia envuelvel...
¡Todo es silencio, soledad y calma!...
Ya no tienes ni reyes ni guerreros,
¡Ay!... ¡ni sultanas!

¡Ya no resuenan las moriscas guzlas,
Ni tus donceles sus amores cantan,
Ni las hermosas, con tus gayas flores
Tejen guirnaldas!...

Todo ha pasado, cual las mustias hojas
Que á tus pensiles el otoño arranca!...
¡Cual ensueño de plácida ventura
Lánguido pasa!...

Memorias, solo, tu recinto pueblan;
Solo recuerdos por doquier se hallan;
Sombras tan solo en tus ruinas tristes,
Trémulas vagan....

Aquí, la sangre de inocentes corre:
Allí, el espectro de *Alhamar* se alza;
Allá en oculto camarín, sus cuitas
Llora Moraima!...

Y cuando es todo sepulcral silencio;
Cuando brilla la luna solitaria,
Lámpara triste de tus ya desiertas
Bellas estancias,

El eco oimos del *adufe* moro
Que acompaña dulcísima balada,
Y los relinchos del corcél de guerra;
Ayes y danzas...

Es ¡ay! que el viento en las ruinas zumba....
¡Es que las aves agoreras graznan!...
¡Que entre las hojas de tu bosque umbroso
Gimen las auras!!...

¡Hijo infelice del profeta!... escrito
Así en el libro del destino estaba!...
¡Lágrimas vierte por tu edén perdido!...
¡Llora tu Alhambra!...

Rico palacio que vergeles ciñen
Y odoríferas flores embalsaman,
En donde ocultos, por acaso, moran
Genios y hadas;

¿Quién de tus fuentes el murmurio olvida?
¿Quién tus muros que Sífides alzarán?
De tus aves el canto melodioso
¿Quién olvidara?

¡Triste Boabdil, que su beldad perdiste!...
Cuando gimiendo en extranjeras playas
Vieras que el mar la negra golondrina
Ráuda cruzaba,

Quizá los ojos en las ondas fijos
Dos lágrimas de fuego te abrasaran,
Y desgarrado el corazón clamaste:
¡Ay... de mi Alhambra!...

¡Ay... de mi Alhambra!... con acento amargo
Grita Alhamar, desde su tumba helada;
Y en el desierto, el árabe suspira
¡Ay... de mi Alhambra!!!...





Sobre si á pié ó á caballo

NOVIEMBRE DE 1491

POR la Vega de Granada
Bajan catorce zenetes,
Con el capitan Gazúl,
Moro galán y valiente:
Alquiceles llevan blancos,
Capellares llevan verdes,
Y blancos también los linos
Revueltos á los almetes,
Que pureza y esperanza
Indicar de lejos quieren:
Pureza, de Ben-Fatima
Que presa en sus ojos tiene
Á Gazúl el orgulloso,
Y esperanza le promete.
Yeguas africanas montan,

Sutiles, como el ambiente;
 Ligeras, como la brisa;
 Jóvenes, cual los ginetes,
 Que hijos son de los Cadies
 Los Wazires y los Jeques.
 Lucida y brillante escolta,
 Lucida, como conviene
 Al capitán que la manda
 Y al objeto que obedece.

.

Camino de Santa Fé,
 Y á una legua de Granada,
 Dos lanzas con pendoncillos
 Véense en el suelo clavadas.
 Un estandarte moruno
 Pende en la primera lanza;
 El de Aragón y Castilla
 En la segunda se alza,
 Y al lado de cada enseña
 Un centinela cabalga.
 Es la señal convenida
 Que el término mide y marca,
 De Granada y Santa Fé
 Compartiendo la distancia;
 Y el lugar es, concertado,
 Donde han de entregarse cartas
 Que manda Boabdil el Chico
 Á los cristianos monarcas.

.

Por la ruta que se extiende

Desde Santa Fé á Granada,
Que entrambas vegas divide
Las que manso Genil baña,
Ligero rumor se escucha
De caballos y de armas,
É imperceptible murmullo,
Como de gente que habla.
Pero luego, más distintas
Se perciben, aunque vagas,
Como de dos que conversan
Las frases entrecortadas:
Confusas, si arrecia el viento;
Cuando el viento cesa, claras.
Y así hablando, y así andando
Seguía la cabalgata,
Toda la vega adelante...
La vega florida y llana.
Ya ven la nevada Sierra;
Ya ven la Sierra nevada;
Ya entre los olmos divisan
Las almenas de la Alhambra.
Y los reflejos distinguen
Del sol, que hierre las lanzas
Del castellano y el moro
Que los estandartes guardan;
Pero moros no se vieran
En cuanto la vista abraza.
— «Por Santiago, Don Gome,
Que el medio día se pasa,
Pues los olmos no dan sombra
Y las yuntas sueltas pastan,
Y del término fijado

Los centinelas se alcanzan,
Y no han llegado los moros,
Ni en toda la vega se hallan.»
— «Tal vez querrán que esperemos;»
Una voz, ronca y cascada
Contestó: «Que es muy altiva
Esa maldita canalla,
Con la que tratarse debe
Tan solo con las espadas.»
— «¡Que esperemos! ¡Voto al diablo!...
Tomad, Don Gome, la falda
De esa colina que el río
Por entre los frenos baña,
Y ocultos descansaremos:
Colocad una atalaya,
Que después que hayan llegado
Y esperado una hora larga,
Proseguiremos tranquilos
Y á paso corto la marcha.»
Don Luís de Sotomayor
Es el primero que habla,
Señor de Jodar y el Carpio,
Clavero de Calatrava,
Alcaide de Bujalance,
Y privado del monarca.
El otro, Don Gome Vasco,
Viejo nutrido en las armas,
De hidalga lealtad modelo,
Y servidor de su casa.
No viene de secretario;
Pues dedicado en su infancia
Á domar potros cerriles

Y andar por el monte á caza,
Nunca á escribir aprendiera,
Ni dice que le hace falta;
Pues más que veinte escrituras
Vale solo su palabra:
Y cuando es indispensable
El firmar, hace una raya
Con la uña del pulgar,
Y con tal fuerza la graba,
Que mientras el papel dura,
Dura en el papel la uñada.
Pues estos dos personajes,
Con trece hombres de armas,
Son los que ha poco venían
De Santa Fé hacia Granada,
En caballos cordobeses
Cuyo rumor se escuchaba.

II

Á la distancia que miden
Quince tiros de ballesta,
Espeso turbión de polvo
Se alza en medio de la vega,
Que sobre su verde alfombra
Cual densa nube se eleva;
Por entre el polvo y el sol
Destellos relampaguean,



Y en alta voz el vigía
Exclama al verlos: «ya llegan.»
Son los moros de Gazul
Que vienen á rienda suelta,
Los pechos á los arzones,
Hijadeando las yeguas.
Al pié de los estandartes
La tropa ordenada espera,
Y del sudor y del polvo
Limpian las frentes morenas.
«Que esperen;» don Luís responde:
Mas Gome Vasco se altera,
Pues solo al mirar un moro,
De cólera centellea.
— «Cerremos á cuchilladas,
Dice, y llevar sus cabezas,
En los hierros de las picas,
Será la mejor respuesta;
Ó traigámoslos atados
Á las colas de sus yeguas,
Y cuiden en Santa Fé
Los caballos de su alteza:
Pues mientras con perros tales
Se ande con tratos de letras,
Ni en Castilla paz tendremos,
Ni Granada será nuestra.
Que más que las escrituras
Adelantan las saetas,
Y al mismo tiempo que villas
Tambien se gana indulgencias.»

.
.

Á tres cuerpos de caballo
Y en orden de honor, se encuentran
De Boabdil los sarracenos;
Los cristianos de la Reina.
Salúdanse los caudillos
Inclinando las cabezas,
Y los soldados las lanzas
Afianzan y presentan.
Gazul, el gallardo mozo,
Cortés se pone pié á tierra,
Y de un canuto de plata
Que con un cordón de seda
Y oro, de su cuello pende,
Un pergamino ó vitela
Saca enrollado, lo mira,
Toca á la frente, lo besa,
Y en actitud de ofrecerle,
Junto á su estandarte queda.
Y después de un breve espacio
Que están de aquesta manera,
— «Dadme el pergamino;» exclama
Don Luís con entereza.
— «Venid por él;» contestóle
Gazúl, largando la diestra;—
«Que pronto estoy á entregarle
Cuando lo tomeis pié á tierra.»
La sangre del castellano
Su rostro enrojece y quema;
Y don Gome, sordas frases
De coraje balbucea.
— «Á caballo he de tomalle:»
Don Luís replica y se acerca

En ademan de cojer
El pergamino. — «Pues sea
Si así vos place.» Y de un salto
Montó Gazúl en su yegua,
Y acercándose, responde:
«Tenedle de esta manera.»
— «Guardaos vuestro mensaje;
Y decid, que la respuesta
Mi Rey la dará en Granada
Escrita con sangre vuestra.»

.
.

Esto el Alcaide repuso,
Y con su gente, la vuelta
Tomando de Santa Fé,
Desparece por la vega.





ORIENTAL

ERES, sultana de amores,
Cual las flores
De la orilla-del Genil;
Y eres más pura y graciosa,
Que la rosa
Que florece en el pensil.

¡Oh, perla de Andalucía,
Mora mía!
Tu esbelto talle es la palma;
Y el encanto de tus ojos
Quita enojos,
Y arroba de amor el alma.

¡Oh, dulce Zoraida amada;
Bella hada,
Hurí dichosa del cielo!
Tú eres mi luciente estrella
Clara, bella,
Y mi dicha y mi consuelo.

Deja el lecho, mi señora;
Ya la aurora
Tiende el manto de rocío,
Y cantan los ruiseñores
Sus amores,
En las orillas del río.»

Así dando al vago viento
Dulce acento,
Al pié de una celosía,
En ancho jaique embozado
Recatado,
Un mancebo se veía.

Que en serenata amorosa
Melodiosa,
La triste noche pasó;
Y al rayar el alba pura
Su ventura
Aun más luciente brilló.

Pues abriendo la ventana,
La sultana
Arrojóle, amante, flores;
Que son las flores hermosas,
Candorosas,
Simbolo de los amores.

Por la vega se alejaba
Y cantaba
En dulce canción el moro:
«¡Oh, Zoraida encantadora!
¡Bella mora!
¡Eres mi bien; mi tesoro!»





Nobleza contra nobleza

TRADICIÓN

GALA del suelo andaluz;
Con sus timbres altanera
Y rica en flores y en luz;
Defendida por la cruz,
Se alza gentil Antequera.

Besa sus plantas un prado,
Por corrientes bulliciosas
Embellecido y regado;
Con la esencia perfumado
De azahares y de rosas.

Y custodian su belleza
Los erguidos torreones
De una antigua fortaleza,
Donde muestran su grandeza
Los castillos y leones.

Todo tranquilo dormía
En la alta noche, y la luna
Que ya menguante moría,
Pálido fulgor vertía
En la muralla moruna.

Y la ciudad reposaba.
Sin recelo se adurmiera,
Que nadie su paz turbaba;
Pues que por ella velaba
El que cristiana la hiciera:

El de Narváez osado,
El caballero cumplido,
El paladín esforzado,
De cristianos tan loado
Y de moros tan temido.

El que tras frescos laureles,
Cual cumple á bravos fronteros,
Y al frente de los donceles,
Se entra por tierra de infieles
Con sus cincuenta escuderos.

Y no hay lucha ni algarada
Donde su denuedo brilla,
En que no deje plantada
Sobre el pendón de Granada,
La bandera de Castilla.

Sigue la calma reinando;
Tan solo con eco blando

El aura apacible y leda,
Hace gemir la arboleda
Sus altas copas besando.

Mas á los vagos clamores
Que forman en la espesura
Céfiros, aguas y flores,
Únense extraños rumores
De pisadas y armaduras.

Y por angostos senderos,
Do hay apenas paso franco,
Vense relucir aceros,
Y hasta nueve caballeros
Armados de punta en blanco.

Y claros se divisaban
Al resplandor de la luna
Los broqueles que embrazaban,
Do los motes ostentaban
De su estirpe y su fortuna.

En silencio caminaron,
Hasta que á un punto llegaron
Que en dos el camino abría;
Y por una y otra vía
Los ginetes se apartaron.

Y fuerza es aquí explicar
Quiénes son los que á deshora
Hemos visto caminar,
Y desde el pueblo bajar
Hacia la frontera mora.

El que con arnés sencillo
Delante de todos viene,
Es el insigne caudillo
Que la villa y el castillo
Por el cristiano mantiene.

Y sus ocho compañeros,
Son osados escuderos
Que sus triunfos compartían,
Y fama logrado habían
De poderosos guerreros.

Mal con el ocio se hallaban
De la cruz los defensores,
Que por eso algareaban,
Cuando del sueño gozaban
Cansados los labradores.

Y por eso, á la ventura,
Para probar su bravura
De las torres se bajaron,
Y animosos se internaron
Entre la arboleda obscura.

Cinco, una senda siguieron
De las que el camino abría;
Y tres por otra partieron,
Que más venturosos fueron,
Pues que Narváez los guía.

Iban los cinco cruzando
Un bosque junto al camino

Gratamente platicando,
Y algún lance demandando
Á su próspero destino,

Cuando confuso rumor
Oyen al fin de la vega;
Dulce cántico de amor
Con el viento volador
Hasta sus oídos llega,

Y al rayo tibio y certero
De la luna, por el llano,
Ven avanzar altanero
Gentil moro, caballero
Sobre un caballo ruano.

Rica túnica vestía
De brocado y carmesí;
Bruñido alfanje ceñía,
Y su cabeza cubría
Larga toca tunecí,

Que entre sus vueltas velando
La noble morena frente
Y gruesos pliegues formando,
Va la belleza realzando
De su apuesto continente.

Labrada manga traía,
Sobre la cual, de una dama
La hermosa imagen se vía,
Y una letra que decía
Quién es la que sirve y ama

Y para mayor decoro,
Envuelve al garrido moro
Ancho alcaicel damasceno,
De extrañas labores lleno
Bordadas en plata y oro.

Así venía, empuñando
Brillante y limpida lanza
Y alegremente cantando;
De sus amores gozando
Con la dulce remembranza,

Cuando al llegar placentero
De los nuestros al camino,
Dá sobre él un caballero,
Y él echa mano ligero
Á su alfanje damasquino.

Por el nuestro provocado,
Con los nuestros arremete
Viéndose el paso cerrado;
Que es, cual galán, esforzado
El sarraceno ginete.

Y de la luna amarilla
Al opaco resplandor,
La espada del noble brilla,
Chocando con la cuchilla
Del árabe guerreador.

Sigue la lucha empeñada;
Bien hieren moro y cristiano;

Mas éste, en la lid trabada,
Cayó, tras recia lanzada,
Á los piés del africano.

Entonces los compañeros
Del mal herido doncél,
Desenvainando ligeros
Sus victoriosos aceros,
Cargaron sobre el infiel.

Mas ¡guay de aquel que atrevido
Tocar al mancebo osa!
Que aunque de sangre teñido,
Aún se defiende aguerrido
Con su lanza poderosa.

Fiero león acosado
Que con extraño coraje
Hasta morir esforzado
Combate desesperado,
Era el buen abencerraje.

Y dos de aquellos valientes
Que con diez moros podían,
Rojas de sangre sus frentes,
Con sus caballos potentes
En tierra heridos yacían.

Uno aún resiste, que invoca
Auxilio al desfallecer;
Y un cuerno de caza toca,
Pues que su fuerza ya es poca
De su denuedo magüer.

Narváez, á este sonido
El peligro barruntó;
Pero al llegar decidido,
El escudero rendido
Ante el árabe cayó.

De ira el Alcaide cegóse;
Y dejando á sus cristianos,
Con el infiel encaróse
Y nueva liza trabóse,
Viniendo, luego, á las manos.

Débil, pues sangre perdió,
Está el moro, y no se humilla;
Á él Narvaez se abrazó,
Y con tal fuerza luchó
Que arrancólo de la silla.

«Ríndete,—dijo,—agareno;
Que más defensa no hace
Ni el más bravo, ni el más bueno.»
«Nunca; clamó el sarraceno:
Dame muerte, si te place».

Y Narváez, admirando
Cuán bravo y apuesto es,
Humano descabalgando
Y al vencido levantando,
Así prosigue cortés:

—«Vente conmigo á mi fuerte
Do tu nombre loado sea;

Que no merece la muerte,
Quien se expresa de esa suerte
Y de esa suerte pelea.

Á Antequera tornar quiero;
Pronto: á caballo, señores.»
Y del castillo un sendero
Con el moro prisionero,
Tomaron sus valedores.

Iba el infiel cabalgando
Inclinada la cabeza,
Flojas las riendas dejando,
Y ayes del alma exhalando
Llenos de amarga tristeza.

— «¡Cómo! — Narvaez exclama;—
¿El que como tú combates
Ansioso de prez y fama
Y fuerte adalid se llama
De aquesa guisa se abate?

Si es dolor por esa herida,
Yo sanártela sabré;
Si vergüenza, es mal tenida;*
No hay vergüenza, por mi vida,
En quien cual tú bravo fué.

Y si prisionero al verte
Lloras acaso tu suerte,
Vé que son de guerra trances;
Y vé que en tan duros lances
Se muestra el ánimo fuerte.»

—«Mal me conoces, cristiano;
El mancebo replicó;
Este mi dolor insano
Es del alma, castellano;
Que del alma sufro yo.

Escucha, pues, mi querella;
Gran Rodrigo de Narváez;
Verás, después de entendella,
Si nació con mala estrella
Tu cautivo Abindarráez».

Ya al Occidente bajando
La luna palideció,
Que iba el día clareando;
Y sus males lamentando,
Así el moro comenzó.

II

«Escucha, buen caballero,
Por quien Castilla se ufana;
Escucha, y Alláh te guarde
Del genio de las desgracias.

Nací de linaje noble,
Del que en fiestas y batallas
Por galán y por valiente
Alta prez y lauros gana.

¿No oiste contar, Nazareno,
Los hechos y las hazañas
De insignes abencerrajes,
De los hijos de la fama?

¿De los que humillan airosos
A los toros en Bib-rambla
Y vencen en los torneos,
Y enamoran en las zambras?

Tal es nuestra heróica tribu;
Y yo lejos de Granada
Crecí y vivo; que mi padre
Por su rey mantiene y guarda

A Ronda, la flor silvestre,
La reina del tajo, el águila
Que entre las rocas anida
Por el Guadlevín cantada;

Allí, entre riscos agrestes
Pasé dichoso mi infancia,
Junto á una niña hechicera,
Orgullo de Ronda y gala;

Hermosa, como las flores;
Esbelta, como las palmas;
Como la tórtola amante,
Como los lirios lozana.

Son sus pupilas azules;
Azules, cual mar en calma.
Y sus cabellos, dorados
Como las mieses segadas.

Juntos y alegres crecimos;
Llamábala yo mi hermana,
Y ella hermano me decía
Cuando conmigo jugaba.

¡Ay, dulces juegos de niños,
Y cuán presto se acabarán!
¡Ay, Alláh, por qué arrancaste
De mi pecho la esperanza!

Era una tarde de estío
Serena, apacible, clara,
Cuando el velo descrióse
Que cubría nuestras almas.

En ella mi fiel Xarifa,
Cabe fuentecilla mansa
Que humilde huerto fecunda,
Bajo un jazmín reposaba.

Las flores, al ver su frente
Más que ellas límpida y blanca,
Muertas de envidia y de celos
Sobre la linfa rodaban;

Y ella dormía á la sombra
De arrayanes y de parras,
Mientras cantaban las aves,
Mientras gemían las auras.

Del sol el último rayo
Al trasponer las montañas,
Con celestes aureolas
Su cabeza circundaba.

Del céfiro bullicioso
Las alillas perfumadas,
Ya sus rizos deshacían,
Ya sus párpados besaban.

Y al despertar la doncella
Hallóme absorto á sus plantas,
Con su beldad extasiado,
Embebido en contemplarla.

«¿Qué haces, hermano?» me dijo.
«¿Qué quieres, dije, que haga,
Sino admirar tus encantos
Que en mi corazón se graban?
¿Qué ha de hacer, ¡ay!... mi Xarifa
El que ciego te idolatra;
El que á Alláh santo bendice
Que tan bella te formara?»

— «¡Ay, hermano!... tanto fuego
Nunca tuvo tu palabra;
¿Por qué tus pupilas arden?
¿Por qué tu aliento me abrasa?»

Dijo bajando los ojos;
Yo sus manos estrechaba,
Y así confuso seguimos,
En el jardín, nuestra plática.

— «Si hermana no te dijera,
Si hermano no me llamaras,
Dime: ¿tanto me amarias,
Xarifa, como me amas?»

Cuando me das ese nombre,
Mal, te lo juro, me causas;
Y cuando pienso á mis solas
Que no naciste mi hermana,
Tanto mi cariño crece,
Tanto tu imágen me encanta,
Que de ventura, en el pecho
El corazón se me salta.»

Calleme, y ella repuso
Entre tímida y turbada:
— «Por Alláh, que ser mi hermano
No juzgué que te pesara:

Yo te quiero, cual se quieren
Dos palmeras solitarias,
Que entre los giros del viento
Besos y aromas se mandan.

¿Qué, no se quieren acaso
Dos avecillas incautas
De un mismo nido nacidas,
Por un árbol cobijadas?

Tal fué nuestro amor fraterno;
Como aquel con que se aman
Los pajarillos que pían
Bajo las maternas alas.»

— «¿Nunca, Xarifa, tu pecho
Otro cariño soñara?
¿Ves esas tórtolas puras
Que arrullan en la enramada?

No nacieron en un nido;
Mas otro nido se labran,
Y más que hermanos se quieren,
Pues que amantes se idolatran.»

Calló mi tierna Xarifa,
Y yo, con tosca guirnalda
De mirtos y de claveles,
Su cabeza coronaba.

Ella admiró su hermosura
En el fondo de las aguas;
Después, con el rayo hirióme
De dulcísima mirada.

Y eterna fé nos juramos,
Mientras que la luna clara
Tras las oscuras colinas
Por el Oriente asomaba.»

Aquí detiéndose el moro,
De aquel recuerdo á la magia,
Y así, después, su relato
Prosigue, tras breve pausa:

— «¡Ay, que las flores se agostan
Al lucir una mañana!...
¡Ay, que los días felices
Cual ellas rápidos pasan!...

Pronto, bandos diferentes
Dividieron nuestras razas,
Quedando en luchas y en odio
La antigua amistad trocada:

Y de las tribus rivales
Los celos y las venganzas,
Entre nosotros alzaron
Impenetrable muralla.

De mi padre al enemigo,
El granadino monarca,
Para mi mal, en tenencia
Diole de Coín la plaza;

Y allá partió con Xarifa,
Con mi señora adorada,
Dejándome triste, solo,
Sin la mitad de mi alma;

Y hoy, que por un mensajero
Supe que ella me aguardaba,
Pues que su padre partióse
Por breve tiempo á Granada,

Mira si es malo mi sino,
Mira si mi estrella es mala,
Que cuando al fin á sus brazos
Loco de amores volaba,

Algún fatídico genio
Que las venturas empaña,
Corta de un golpe mi dicha
Con el hierro de tu lanza.»

Callóse el abencerraje,
Y así Narváez le hablara
Cuando la cuesta subían
Que á su castillo llevaba:

«Si como buen caballero
Aquí empeñas tu palabra
De que dentro de tres días
En este fuerte te hallas,

Vete en paz, y Dios te guíe;
Goza de tu bien en calma,
Que no es noble detenerte
Cuando te espera una dama.»

— «Alláh te premie, cristiano;
Seré tu esclavo mañana.»
El moro dijo: á galope
Su árabe caballo saca,

Y ya entre nubes de polvo
Por la vega se alejaba,
Como los aires, ligero;
Felíz, como la esperanza.

III

A la mañana siguiente,
Cuando el sol resplandecía
En el zenit esplendente
Bañando de luz ardiente
Los campos de Andalucía,

Por una angosta vereda
Que cruza verde alameda,
Moros de Coín llegaban,
Que á buen paso cabalgaban
A través de la arboleda.

Delante de todos, viene
El gentil Abindarráez
Que su palabra sostiene,
Y cautivo se mantiene
De Rodrigo de Narváez.

Mas ¡bien torna por mi vidual;
Que á su lado, enamorada,
Vese una dama garrida,
Bizarramente prendida,
Por largo cendal velada.

Caballo tordo rigiera,
Que rojas flores paciera
Junto al Betis transparente;
Y que piafa impaciente
Por lanzarse á la carrera.

Va la mora refrenando
Al generoso animal,
Que marcha, el freno tascando,
En blanca espuma bañando
El recamado pretal.

Dos pajes detrás venían
Con un anciano escudero
Que arneses ricos lucían,
Y algo distantes seguían
A la dama y al guerrero.

Del sol la luz reflejaban
Los cascos de los infieles,
Y mil cambiantes formaban
Los hierros que sustentaban
Y el oro de los caireles.

— «¡Moros!...» gritan los cristianos
Al verlos desde el castillo:
Mientras que llegan ufanos
De los fuertes castellanos
Ante el pesado rastrillo.

El recio puente cayó;
Y Narváez, que observó

Que allí una dama venía,
Cual á su nombre cumplía
Á recibirles salió.

Echó pié á tierra primero
El audáz abencerraje,
Y dándose prisionero,
Dice, al rendirle su acero,
De Castilla en el lenguaje:

— «Yo, la palabra que dí,
Te desempeño, señor,
Cuando con ella cumplí;
Que antes que serlo de tí,
Era esclavo de su amor.

Y hoy por mi buena ventura,
Connigo serlo procura,
Si por cautiva te place,
Mi dama, que á tantos hace
Cautivos de su hermosura.»

Aquí, Xarifa llorosa,
Aparta tímida el velo
Con su mano temblorosa,
De la faz triste y hermosa,
Hermosa, sí, como un cielo.

Y algunas joyas tomando
De los suyos, los hinojos
Ante Narváez doblando,
Así exclama, derramando
Ricas perlas de sus ojos:

— «Tomad, Alcaide valiente;
Tomad mis joyas, tomad;
Y pléguele á Alláh clemente,
Que tan humilde presente
Rescate su libertad.»

— «Alzad, dijo el caballero.»
— «No; respondióle la infiel;
Que si mi dón altanero
Despreciárame, yo quiero
Ser tu cautiva con él.»

Calló después sollozando;
Y Narváez, admirando
Su valor y gallardía,
Así cortés respondía,
Del suelo á la dama alzando:

— «Libre sois, noble belleza;
Mas esas joyas guardad;
Y con su brillo y riqueza
Vuestra rara gentileza,
Si os es posible, realzad.

Aunque juzgo les hareis
Con vuestra beldad agravios;
Pues ¿qué coral hallareis
Cual el que abierto teneis
Por frescos y rojos labios?

Sabed, que nunca en mal hora
Despojamos en Castilla

A una dama, linda mora;
Antes nos cumple, señora,
El honrilla y el servilla.»

— «Bien la fama pregonera
Te ensalzara, capitán;
No hay en toda la frontera
Una lanza más certera,
Ni un caudillo más galán.»

Dijo el feliz africano;
La noble diestra estrechó
Del caballero cristiano,
Y su caballo ruano
Con su lanza le ofreció.

— «Guarda mi potro y mi acero
Porque te memores de mí;—
Prosigue el mozo;— aunque infiero,
Que usándolos yo primero,
No son ya dignos de tí.»

El dón quisiera esquivarle
Don Rodrigo, mas no pudo
Ya cortésmente rehusarle;
Al fin, rendido, entregarle
Manda á su paje de escudo;

Y satisfechos montando
Los moros y el paladín,
Parten, del fuerte bajando,
Juntos y alegres, tomando
El camino de Coín;

Que hasta la misma frontera,
Á la gentil africana
El de Narváez sirviera;
Pues de esos tiempos, tal era
La hidalguía castellana. (1)



(1) He consultado para escribir la presente tradición, la obra de Antonio de Villegas titulada «El Abencerraje» é impresa en Medina del Campo, año de 1565; á cuyo autor sigue Argote de Molina, en su «Nobleza de Andalucía», al referir el suceso en que está inspirada esta leyenda.



Las lágrimas de la mora

TRADICIÓN FANTÁSTICA

INTRODUCCIÓN

BOSQUES de Alhambra; bellos jardines
En donde mora la inspiración;
En donde trinan los colorines,
Y las alondras y el ruiseñor!

Donde murmura límpida fuente,
Donde suspira brisa fugáz;
Donde la luna, lánguidamente,
Vierte en la noche su claridad.

Dad á mi arpa blanda armonía
Cual la que fingen céfiro y flor;
Y que acompañe la lira mía,
Ráncias consejas, cuentos de amor.

Y que más dulce sea mi canto,
Que la balada de hermosa hurí.
Y que de amores el tierno llanto,
Que hada celeste vierte gentil.

Más grato que á las flores,
Es el rocío;
Más que el murmurio ténue

De manso río;
Y más que el viento,
Que entre palmeras gime
Con vago acento.

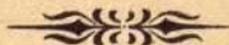
Para que escuchen hoy los mortales
La historia triste de triste amor,
De una princesa canto los males,
Que los festines de Alhambra ornó.

Es una historia pura,
Cándida y bella.
Como la luz suave
De clara estrella;
Cual la armonía,
Con que la verde selva
Saluda al día.

Ven, alma espíritu de blancas alas;
Haz que levante tierna canción;
Tú, que entre nubes ledo resbalas,
Tú, que inflamaste mi inspiración!...

Y arrancando á mi guzla
Plácidos sonos,
Dando á tu nombre fama
Con mis canciones,
¡Ay, pobre mora,
Tú mi musa serías;
Yo tu cantora!...

Flébil recuerdo que el alma inspira;
Vagas imágenes, á mí llegad;
Mágicos géniós, templad mi lira...
En torno mio, sombras, volad!...





I

LA TORRE DE LAS INFANTAS

ALHAMBRA divina
Velada entre flores,
Morada de amores,
Edén terrenal;
Bendito el monarca
De noble memoria,
Que alzó en tí su gloria:
¡Bendito Alhamar!

Son, más que la palma,
Tus arcos gentiles;
Tus gratos pensiles
Vergel de ilusión;
Tus muros, encajes;
Tus grecas graciosas,
Leyendas piadosas
Dulcísimas son.

Mas ¡ay! las edades
Confusas pasando,
Te van arrancando
Tu gloria sin par;
Y un genio de muerte
Cerniendo sus alas,
Desiertas tus salas
Dejara al pasar.

Empero conservas
Recuerdos suaves;
Aún cantan tus aves
Alegres doquier.
Aún entre tus ricas
Columnaspreciadas,
Inspiran las hadas
Tranquilo placer.

Levanta su vuelo mi musa atrevida;
Traspasa centurias, valiente y audáz;
Beldades y reyes devuelve á la vida,
Y torna en bullicio lo que es soledad.

De Alhambra á una torre se lanza mi mente,
Que cárcel de infantas há siglos que fué;
Y génio impalpable de fúlgida frente
Me cuenta un misterio de amor y de fé.

Y yo cantar quiero la antigua belleza,
Que el tiempo á la torre liviano robó;
Á par de la historia de vaga tristeza
De tierna hermosura que en ella lloró.

¡Oh torre dichosa,
Deleite del moro!
Cubiertos de oro
Tus techos están;

Blanquísimo marmol
Tapiza tu estancia,
Y grata fragancia
Las selvas te dan.

En tí de Comares
La sala se obstenta,
Que cubre opulenta
La persa labor.
De Alláh, sus leyendas
El nombre bendicen;
Sus versos nos dicen
„Dios es vencedor,“ (1)

Enmedio, de jaspe
Se eleva una fuente,
Do corre luciente
Gracioso cristal:
Tal es esta torre,
Prisión de una infanta,
Que mágica canta
Mi lira ideal.

De aqueste encierro en camarín oculto
Que alicatados árabes decoran;
Que ricos pebeteros embalsaman
Y que tapiza berberisca alfombra;

Donde esmaltados alhamíes véñse;
Donde gime la fuente bullidora;
Donde brocados del Oriente lucen;
Donde vierten las flores sus aromas,

(1) Lema del escudo de Alhamar el Nasari.

Tras sus calados alfeizáres bellos
Se hallaban una tarde tres hermosas,
De un rey anciano de Granada hijas;
Flores del Dáuro, de la Alhambra joyas.

Una se nombra, Karabé-Zoraida;
Sus dos hermanas, Zorabáida y Zora:
Tal vez envidia á las huries dieran,
Que del Profeta los pensiles ornan.

Zoraida y Zora, sobre blandos lechos
Lirios enlazan con fragantes rosas,
Que guirnaldas bellisimas formando
Sobre sus sienes cándidas colocan.

Y Zorabáida, de morisca guzla
Pulsa las cuerdas, en canción sonora
Exhalando dulcísima plegaria
Que los ecos repiten misteriosa.

Acerbo llanto las princesas vierten;
Y aquel silencio interrumpiendo Zora,
—¡Ay!, dijo al fin; ¿nuestra fatal estrella
Cuándo el Profeta tornará piadosa!...»

Al escucharla, Zorabáida triste
Interrumpió la cántiga que entona;
De sus ojos dos lágrimas rodaron,
Y exclamó suspirando: — «Nunca..., Zora...

¡Pluguiera á Alláh que nobles de Castilla
Jamás pisaran nuestra tierra hermosa,
Y en paz latieran los sencillos pechos
De las que gimen sin descanso ahora.

Pluguíérale que nunca sus querellas
Suavisimas llegaran á nosotras;

Pluguíerale que nunca en nuestras almas
Amor prendiera su abrasada antorcha!...

¡Oh!... ¿recordais, hermanas, aquel día
Que entre un tropel de nuestra gente mora,
Tres cautivos cristianos caminaban
Altas las frentes, fúlgidas las cotas?

¿Sus aposturas recordais altivas?
¡Qué mal cuadraban las prisiones toscas,
Con la blancura de sus ricos mantos,
Y de sus pechos con las cruces rojas!...

¿Igual nobleza por acaso visteis?»
— «¡Ah! no: repuso con tristeza Zora;
Y ya también en la vecina torre
Hacia Castilla sus miradas torna.

— Lloremos, pues, nuestra esperanza muerta...
De lágrimas vivamos y memorias...
Alláh lo quiere;» suspirando dijo,
Y abismada quedó la pobre mora.

— «En Dios fiemos;» respondió Zoraida:
«Escucha, hermana, y esperanza cobra.»
— «¿Cómo esperanza, cuando padre airado
Régia prisión, severo, nos otorga?»

— «Oye, Zora, también: siento en la noche
Tres voces inspiradas, amorosas,
Que entonando dulcísimos romances,
Su mal lamentan en sentida trova.»

— «¿De qué nos sirven, Zorabáida dijo,
De qué nos sirven ilusiones locas
Si son cautivos, cual cautivas somos?
¿Si nos separa suerte rigurosa?»

— «¡Fatal estrella nuestros pasos guía!»
— «¡Estaba escrito!...» murmuraron todas:
Y alivio para dar á sus dolores,
La blanca luna por Oriente asoma...

II

¡Princesas infelices!...
Los días se pasaban,
Y sin cesar lloraban
Turbada la razón:
El sol su triste duelo
Alumbra en el Oriente;
El sol en Occidente
Refleja su dolor.

Y á solas en la torre
Con su pesar profundo,
Allí, lejos del mundo,
Lanzadas sin piedad,
La plácida ventura
Soñaban noche y día,
Y en tanto amor crecía
Robándoles la paz.

Amor que nació en ellas
De solo una mirada,
Despues, chispa abrasada,
Sus pechos penetró:
Chispa, que el infortunio
Volcán tornó muy luego,
Que con terrible fuego
Sus almas inundó.

¡Oh Dios!... tras las quimeras
Que túrbale la calma,
¿Por qué del hombre el alma
Se agita con afán?
Si acaso el imposible
Á su ambición opones,
Sus férvidas pasiones
¿Por qué se acrecen más?

¿Por qué, si al fin obtiene
Lo que anhelara tanto,
Perdido ya su encanto
Con amargura ve;
Y otra ilusión se forja,
Y con ardor se lanza
En pos de otra esperanza,
Que venturoso cree?

¡Oh, sí!: que ansiando siempre
Y marchitando flores,
Se pasa entre dolores
La vida del mortal!
Y es ¡ay! que esa esperanza
Que el cielo le concede,
Tan solo saciar puede
En mundos más allá.

En pos del imposible
Las tres, por eso, amaban
Á los que odiar mandaban
Su patria y religión;
Y á par de las princesas
Entre delirios vanos,
Soñaban los cristianos
Con su imposible amor.

Todas las noches, cuando
Triste silencio impera,
Y desde su alta esfera
Vierten los astros luz,
Escúchase sentida
Grata canción de España,
Que lánguido acompaña
Suavísimo laud.

No era ilusión: la trova
El eco repetía;
De la prisión salía
De los cristianos; sí:
Ellos su amor juraban;
Ellas su amor creyeron,
Y el alma les rindieron
Entre esperanzas mil.

Era una noche pura:
Velaban las doncellas,
Cuando llegó hasta ellas
Objeto singular:
Un dardo; y en su punta,
Unidos y clavados,
Tres pliegos enrollados
Pudieron divisar.

Los toman las princesas;
Y con pavor, temblando,
El suyo desdoblando
Cada una contempló.
Mas Zorabáida triste,
Sus ayes comprimiendo
Y en alta voz diciendo,
El suyo así leyó:

«Si es cierto, bella mora,
Que me amas cual te amo,
Acude á mi reclamo;
¡Oh! ven, hermosa, que te espero aquí.
Ya vino mi rescate;
Partir es ya preciso;
Ven, flor del Paraíso,
Que te aguardo á la orilla del Genil.

Ganado está un esclavo;
Hasta tu mismo muro
Yo llegaré seguro
En alas, sí, de mi constante amor;
Una escala suspende
De tu árabe ventana,
Y llega, mi Sultana,
Y temple tu belleza mi dolor.

Al carcelero burla
Que tu beldad encierra;
Te llevaré á una tierra
Do gozaremos de ventura y paz:
Ven, que el amor te llama,
Vuela, querida mía;
Y al despuntar el día,
Muy lejos de tu cárcel te hallarás.»

Palabras semejantes
En su sentido á aquesas,
Las otras dos princesas
Leyeron con placer;
Y Zorabáida, entonces,
Aún triste suspiraba;
¡Acaso presagiaba
Su acerbo padecer!

En ricos alhamies
Las dos se reclinaron
Donde quizá soñaron
Sueños de amor y paz.
En vela Zorabáida
Pasó la noche obscura,
Cual pálida escultura
Clavada al alféizar.

Y allá en su acalorada
Errante fantasía,
Un mundo entreveía
De plácida ilusión.
¡Partir!... ¡partir!... clamando,
Su mente deliraba;
Con el deber luchaba
Su pobre corazón.

El tentador billete
Leyendo en su delirio,
Aumenta su martirio,
Su acerbo padecer.
Y los azules ojos
Al firmamento alzando,
Auxilio demandando,
Clamó llena de fé:

— «¡Oh, grande Alláh, que riges
Con tu poder el mundo!...
Tu, que mi afán profundo
Puedes con tu clemencia benigno consolar,
Oye desde tu cielo
La mística plegaria,
Que humilde y solitaria
El alma mía eleva llorando en su pesar.

Tú, á quien adoran puras
Las célicas huries,
Que en verdes alhamíes
Bajo el granado eterno convidan al placer;
Donde los justos gozan;
Do no hay ni mal ni llanto;
Inspirame, Alláh santo,
En esta inmensa lucha de amor y de deber.

¡Oh, arcángeles, que el curso
Guiáis de las estrellas: (1)
De esas antorchas bellas
Que el almo trono alumbran del inmortal Señor;
Por vuestro eterno brillo,
Dad luz al alma mía,
Que, sola en su agonía,
Entre tinieblas duda, sin fuerza ni valor.»

Tal dijo; y sobre el pecho
Dobló la hermosa frente,
Que besa blandamente
La brisa matinal;
Pues ya la luz del alba,
Las nieblas ahuyentando,
Va el monte colorando
Con ténue claridad.

El día en ánsia horrible
Pasaron las tres moras;
Sucédense las horas
Con harta rapidéz:
Las sombras adelantan,
Esperan los donceles,
Mas en sus pechos fieles
Al fin venció el deber.

(1) Dice el Korán, que cada estrella está confiada á un ángel, el cual la suspende por medio de una cadena de oro.

No acuden á la cita;
Y desde aquella noche,
Cuando su puro broche
Cierra la flor gentil,
Cuando á turbar no llegan
Silencio tan profundo
Con su murmullo el mundo
Ni el eco del *muezzin*,

Bajo la torre véense
Tres bultos hasta el día,
Y en cada celosía
Una beldad se vé:
Que los esclavos, ellos
Con dádivas ganaron,
Y así llegar lograron
De la alta torre al pié.

Insisten los amantes
Con frases seductoras;
Entréganse las moras
Á mágico soñar.
¡Ay, triste del que sueña
Y olvida en su beleño,
Que tras el grato sueño
Terrible es despertar!

III

Es una noche nebulosa y fría:
Se adelanta rugiendo la tormenta,
Y entre la niebla que el espacio cubre,
Su luz derrama solitaria estrella.

El viento que los árboles agita
Gime de Alhambra entre las verdes selvas,
De las cuales huyeron espantadas
Cándidas silfes que sus flores pueblan.

Tal el momento es, en que su fuga
Temerosas disponen las doncellas,
Y Zoraida, su dicha imaginando,
À las que dudan, con su ejemplo alienta,

Zora, tambien en el azar confía;
Zorabáida, cual tímida gacela,
À sus hermanas vacilante sigue,
Mas la infelice sin valor se encuentra.

Ave inocente que en el viento nunca
Tendió sus alas por volar ligera,
Teme dejar el silencioso nido
Donde pasó tranquila su existencia:

Teme dejar la estancia do entre bosques
Su niñez apacible transcurriera,
Para lanzarse, navecilla débil,
En la mar de la vida turbulenta.

¡Por eso llora con su amargo duelo!
¡Por eso llora la infeliz princesa!
Y sus hermanas con amor la animan
Y el tiempo pasa, y el instante llega.

Hay un sendero de la Alhambra oculto,
Que sale al fin de las murallas fuera,
Y á los señores de Granada sirve
Para ardides de amores ó de guerras.

Por allí las princesas previsoras,
Que en el apoyo de sus guardias cuentan,
Piensan partir con los donceles bravos,
De Castilla ganando las fronteras.

— «El momento llegó;» Zoraida dijo,
Bajo la torre al escuchar la seña;
Y ya una escala al ajiméz suspende,
Aunque turbada á su pesar se encuentra.

Con el deber, con el amor luchando,
El corazón palpítale con fuerza;
Pero triunfó su decidido arrojo
Y por la escala descendió resuelta.

Trémula Zora, la siguió temblando
Do los cristianos con placer esperan;
Mas vacila la triste Zorabáida,
De su amante acreciendo la impaciencia.

— «Baja, mi vida;» con amor le dice;
Y temblorosa se arrojaba ella,
Mas aterrorizada se detiene;
Presto del muro con temor se aleja.

Y es que recuerda la niñez dichosa;
Es que su padre, su deber recuerda,
Y exclama conmovida: «nunca, nunca;
Partid, hermanas, y que Alláh os proteja.»

Un ¡ay! del corazón lanzó el cristiano;
Desoladas lloraron las princesas,
Y suspirando Zorabáida dijo:
— «No; no debo partir; Alláh lo ordena...»

Zora y Zoraida, por la cueva huyeron;
El adalid á su hermosura ruega;

Mas una voz de alarma se difunde
Que por los bosques de la Alhambra vuela.

Y los guerreros á la torre acuden;
Y á la luz de fatídica centella,
De la hermosa infeliz el caballero,
Entre cien moros con pavor se encuentra.

Horrible fué la lucha; Zorabáida
Dió un grito de terror y de sorpresa,
Abismada cayendo sobre el mármol,
Sin esperanza, sin valor, sin fuerza.

IV.

¡Ay!... ¡quién tu llanto consolar podría!...
¡Quién puede dar á tu dolor consuelo!...
¡Llora, infelice, tu ilusión pasada!
¡Llora, ángel bello!...

¡Triste princesa para amar nacida!
¡Flor solitaria que agitara el cierzo!...
¡Tórtola pura, que en la selva umbrosa
Canta su duelo!...

¡Ah!... ¿qué pesar á tu pesar iguala?
Ni de la alondra los quejidos tiernos
Que allá en el bosque por su amor perdido
Lanza gimiendo;

Ni el aura errante que las tumbas besa;
Ni los murmullos del ciprés y el viento;
Ni el verde sáuce que su pátrio río
Llora en silencio,

Igualar pueden tu mortal tristeza,
Ni de tus quejas el pesar intenso...
Tus ilusiones, Zorabáida hermosa,
¡Pronto murieron!

¡Alláh, piadoso, tu dolor consuèle!...
¡Tu llanto seque del amor el genio!...
¡Y te regalen al dormir las hadas,
Plácidos sueños!...

Mas ¿cómo gimes con tu mal á solas?
¿Tu valiente cristiano, qué se ha hecho?
¿Por qué ya nunca tu morisco muro
Ronda el mancebo?

¡Ay!... tambien él, entre prisiones yace
Allá, de Alhama, en el castillo, récio!
Y en él exhala por su bien perdido
¡Vago lamento!...

Sola estás... sola., en tu dolor profundo...
La torre envuelve sepulcral silencio...
¡Triste princesa, para amar nacida,
Llora en tu duelo!...

Alguna vez á tus estancias llegan
En las alas levísimas del viento,
Las músicas suaves que acompañan
Zambras y juegos...

Que de las danzas del palacio moro
Hasta tí vuelan los fugaces ecos,
Y mientras gozan en alegre fiesta,
Gime tu pecho...

Sobre blandos cogines recostada.,
Adormida en tu mágico embeleso,

Sientes que ruedan tus amargos días,
Tristes y lentos...

¡Pálido velo tus mejillas cubre!...
¡Juegan las brisas con tus rizos negros!...
¡Y el tímido fulgor de las estrellas
Date consuelo!...

Y yo, que admiro tu beldad divina;
Yo, que la historia de tus males cuento;
Yo, á quien inspira de tu amor, el dulce
Vago recuerdo,

Deja, sultana, que tus cuitas cante;
Que de mi adufe á los acordes ecos,
Contemplando tu cándida hermosura,
Llore tu duelo...

Y los días pasaban
Henchidos siempre de mortal tristeza;
Mas sus horas inquietas, no borran
El profundo pesar de la belleza.
Si alguno por ventura
Los bosques por la noche atravesase,
Oír pudiera, de Alhambra en la espesura,
Tierna canción tan vaga,
Cual el suspiro de graciosa maga.
Es ella, que cual único consuelo,
Entonando una cántiga moruna
Recuerda sus amores,
Cuando cierran sus cálices las flores,
Y su luz vierte la menguante luna...
Es ella, que delira;
Que delirante á su cristiano llama;
¡Es ella, sí, que en su canción suspira,
Con los brazos tendidos hacia Alhama!...

Mas ya algun sér, su soledad consuela;
Que cuando el alba por Oriente asoma,
Una blanca paloma,
De su ajiméz entre los arcos vuela.
Una paloma pura,
Mensajera feliz de sus amores,
Que viene allí desde prisión obscura,
Y por ella su amor el noble jura,
Á la hermosa que gime entre dolores.
Un pergamino de su cuello pende
Que contiene sagrado juramento;
El raudo vuelo tiende
Á la torre do llora la princesa;
En sus hombres se posa, y ella besa
El pergamino con sin par contento,
Y otro al ave confía,
Que alza su vuelo al ocultarse el día,
En la región purísima del viento...
¡Con qué placer la vía
Desde sus ricos alfeizares bellos,
Hender serena la extensión vacía
Del moribundo sol á los destellos!...
Y olvidaba la triste sus dolores
Al ver que revolaba
En torno de sus flores,
Y que un grato mensaje le llevaba
De su bien, de su paz, de sus amores...
Mas ¡ah! que aciago horóscopo le cupo.
¡Dióle el destino malhadada estrella!...
¿Está escrito, quizá, que ni un consuelo
¡Ay, Zorabáida bella!
Pueda otorgar á tu dolor el cielo?

Una tarde en que todo reposaba;
En que en la selva que á la torre envuelve
Todo á su voz callaba;

En que tan solo el canto se escuchaba
Del ave errante que á su nido vuelve;
Y el murmullo del céfiro y las hojas
Y el arroyuelo blando,
La dulce y melancólica sultana,
Apoyada en su arábica ventana,
Á la blanca paloma está esperando.
Y vagá su mirada distraída
Por el rosado y el azul del cielo,
Cuando el ave querida
Vé que dirige hacia la torre el vuelo;
Con inmenso placer la contemplaba;
Ya cercana se hallaba,
Pero un silbido zumbador se escucha;
El ave triste agítase en el viento,
Y desplomada cae sin aliento
En la árabe ventana,
Sobre el seno gentil de la sultana.
Ésta, un grito lanzó; pues mano impía
El consuelo robó de sus amores,
Que buscar una tumba parecía,
De su alfeizár entre las gayas flores.
— «¡Ay, Alláh santo!» exclama
Abrazando á su muerta mensajera;
¡Ya nunca, nuevas me vendrán de Alhama!
¡Hado terrible tu poder me diera!...

De sus ojos dos lágrimas cayeron...;
Alzó al cielo la frente sollozando;
Con la brisa sus ayes se perdieron,
Mientras negra la noche va avanzando...

V.

¡Oh, genios! inspiradme;
Pues que cantar intento,
Arcano incomprensible
Al infeliz mortal;
Bajad de vuestras nubes,
Y que gracioso acento
Reciba de vosotros
Mi cítara oriental.

¡Oh, Dios, que el mundo riges!
Tu gracia soberana
Concédeme potente,
Tú que eres vencedor:
Y haz que cual fuente limpia
Que entre las flores mana,
Cual cántico suave
De tierno ruiseñor,

Sea grata la poesía
Con que contar anhelo,
Misterio sobrehumano,
Misterio sin igual;
Que no comprende el hombre,
Mas que comprende el cielo,
Y que explicar no puede
Nuestra habla terrenal.

¡Ay, triste Zorabáida!
¡Princesa sin ventural!
¡Ya nadie tu amargura
Piadoso calmará!...

Que el ave que de Alhama
Las nuevas te traía,
Ya nunca, mora mía,
Á Alhama tornará!

¡Ya nunca revolando
Por medio de las flores,
Consuela tus dolores
Con nuevas de tu amor!
¡Murió tu compañera,
Cual tu esperanza ha muerto,
Y árido ya y desierto
Está tu corazón!...

En vano con los ojos
Clavados en el cielo,
Aún sueñas en tu anhelo
Que la verás tornar!
¡Tu horóscopo lo quiso!
¡Estaba escrito: llora!
¡Naciste, pobre mora,
Para sufrir y amar!...

Era el otoño umbrío;
Las auras se perdieron;
Marchitas ya cayeron
Las flores del vergel;
Y en la morisca torre
Secóse la corriente,
Con que gimió una fuente
De blanco Macaél.

De sus lucientes galas
El árbol se despoja,
Y vese hoja por hoja,
Toda su pompa huir;



Y de la fresca brisa
Entre los raudos giros,
Se pierden los suspiros
De la beldad gentil.

Llorando la contempla
Desde el Oriente el día;
Llega la noche fría
Y mírala llorar:
De su *alhamí* se aleja
Del sueño el ángel santo,
Y vese acerbo llanto
Sus ojos anublar.

El tiempo se pasaba,
Y su pesar crecía;
El llanto consumía
Su triste corazón:
Fija, extasiada, inmóvil,
Apenas ya respira;
Apenas ya suspira
Su seno sin calor.

.
.

¡Oh, Dios!... ¿qué luz celeste
Envuelve su belleza
Que aleja la tristeza
Con su fulgor de allí?
Refleja su figura
Claro esplendor luciente;
Su cuerpo es transparente
Cual el de blanca huri.

Y vase alzando... alzando...
En alas de la brisa...
Apenas se divisa

Su célica beldad...
Ya pierde sus contornos...
Ya vaga misteriosa
Cual silfe vaporosa,
Cual fúlgida deidad...

Espíritu impalpable,
Fantástica hermosura,
Luz, como el alba, pura;
Sér vago sin color:
Tal era la princesa;
Misterios soberanos
Que nunca los humanos
Comprenderán, Señor.

Y vuela por la estancia
Las alas sacudiendo;
Y vase, aun más, perdiendo
Su indefinible sér;
Aún llora; y el fantasma
Recuerda sus amores;
Se ven sobre las flores
Sus lágrimas caer.

Ya apenas se distingue
La imágen luminosa,
Cual blanca mariposa,
Vagando sin cesar;
Estréchanse sus giros;
Y un punto ya aparece,
Cual hoja que se mece
Del céfiro al silbar.

Y en torno de la fuente
La sombra silenciosa,
Vuela ligeramente
Con rauda rapidéz.

Sobre ella al fin se posa,
Y de la luna al rayo
Que alumbra en su desmayo,
El árabe ajiméz,

Vése que un solo instante
La ténue sombra bella,
Se cierne sobre ella
Con vaga lentitud;
Y con el mármol frío
Su esencia se confunde,
Y en él, al fin, se hunde
La misteriosa luz...

Y en el instante mismo
Agua vertió la fuente,
Que de ella blandamente
Y gota á gota solo, su aljofar deslizó.
Era que el blanco espíritu
Que en su interior moraba,
Aún, lánguido, lloraba
Por su esperanza muerta, por su perdido amor!...





EPÍLOGO

Los siglos á los siglos se suceden,
Y las edades y los hombres pasan;
Solo flores, memorias y ruínas
La ciudad nazarita conservára.

Triste silencio por los bosques reina,
Que ya no hay juegos ni placer ni danzas;
¡Ya, en el desierto, sus desdichas lloran
Los árabes señores de la Alhambra!

Sobre el palacio de Alhamar, divina
La enseña luce de la cruz sagrada;
Mas siempre corren de la blanca fuente
Las misteriosas y tranquilas aguas.

¡Todo el tiempo, inhumano, lo destruye!
¡Todo, al fin, con su fuerza lo devasta!
Y á Alhambra sus primores arrancando,
Las columnas carcome de su alcázar.

Seca está ya la prodigiosa fuente:
¿El espíritu fiel de Zorabáida
Cediendo débil á su amante olvida?
¿Sus pesares no llora la sultana?...

¿Tanto el influjo de los astros puede?
¿Tanto los siglos con su paso alcanzan,
Que de amor y de lágrimas, princesa,
Secan tu alma?

¿También olvidan las fugaces sombras?
¿Su amor, también, cual el del mundo pasa?
¡Si así el mortal en su delirio piensa,
Harto se engaña!

Un día, cuando el mármol de la fuente
Los años sin piedad desmoronaban,
El llanto consumiendo que en su jaspe
Lento resbala,

Despréndese impalpable de su centro
Tímida imágen cual ambiente vaga;
Espíritu brillante y transparente,
Blanco fantasma.

Y se eleva su lánguida figura...;
A impulso de la brisa se levanta,
Y en la región diáfana del viento,
Tiende sus alas...

Por clara nube vaporosa envuelta,
Cual su sér puro y misterioso blanca,
El azul cielo de su patria hermosa,
Ráuda cruzaba.

En el espacio inmenso se perdía;
Y extendiendo su vuelo á la montaña,
Busca en el seno de sus limpias nieves,
Nítido alcázar...

Y entre las brumas, su pesar aún gime...
Aún sus amores llora solitaria...
¡Aún llora entre las nieves, su brillante
Muerta esperanza!...

Cuando suspira la impalpable sombra,
Bulle suave, bonancible el áura...
¡Llueve el rocío, cuando llora el triste
Blanco fantasma!...

Su esencia leve, cual las frescas brisas,
Sobre las nieblas, fúlgida se alza;
¡Y dulces sueños, del creador poeta
Vierte en el alma!...

¡Y sus leyendas amorosa inspira...;
Y al rayo de la luna solitaria,
Fantástica visión, sobre los hielos
Trémula vaga!...

.....
.....
Adiós, Sultana de las blancas nieves...
Adiós, pálida sombra enamorada...
Yo que he cantado por llorar tu duelo
¡Ay! Zorabáida,

El eco fiel de mi laud te envió;
Á mí descende, misteriosa hada,
¡Y delirios de plácida ventura,
Vierte en mi alma!...





La torre de la cautiva

TRADICIÓN DE LA ALHAMBRA

Al trovador de Montserrat

CONFUNDIDOS los brazos que se oprimen,
Enlazadas las manos que se estrechan,
Velados sus contornos impalpables
Por incoloras túnicas de niebla,

Dos sombras vagan y de amor suspiran
Sobre la torre solitaria y vieja,
Cuando colora la menguante luna
El pico del Veleta.

¿Quieres saber la historia peregrina
De los que turban con amantes quejas
El plácido reposo de las noches?
¿De las noches serenas?

¿Saber quieres el cuento de las sombras?
Escucha la conseja.
Escucha lo que el pueblo granadino,
Aquí, en la Alhambra, le contó al poeta.

Óyeme, trovador de las montañas;
Óyeme, trovador de las leyendas,
Tú, que del bronco Montserrat descubres
Los secretos ocultos entre breñas;

Tú, que entiendes el canto misterioso
De los vientos que mugen en las selvas,
Y gimen, de los templos bizantinos
En las naves desiertas.

Tú, que sabes leer, sobre gastadas
Y sepulcrales piedras,
Los amores, los odios, los azares
De hombres que fueron, y centurias muertas;

Tú, que de rancias tradiciones sabes,
Que pulsas inspirado las tres cuerdas
Del arpa de los doctos trovadores,
Del arpa de Provenza,

Aprende nuestros cuentos andaluces;
Los que narran pasiones y proezas
Del tiempo aquel en que la Alhambra tuvo,
Guerreros del Islám tras sus almenas,

Sultanes, en sus mágicos salones,
En sus patios, jazmines y princesas,
Y en sus fuertes murallas nazaritas,
De Alhamar las banderas.

Aún mostraban sus ricos camarines
Allá en los años de mi historia añeja,
Oro y azul en sus labrados muros;
Alfombras turcas y tapices persas,
Cubriendo losas, y velando arcadas;
Extrañas aves, entre hierros presas,
Límpidas ondas en sus fuentes blancas,
Y orientales esencias,

Que exhalaban dorados pebeteros
Embalsamando las estancias regias.

Mas ya callaron las acordes guzlas;
Ya, no animaban el harém las leilas;
Cubrieron los alcázares moriscos,
Negras nubes preñadas de tristeza.

Y los valientes de Nazar sentían
Nieve en el corazón, miedo y vergüenza;
Que avanzaban las cruces vencedoras
Besadas por las brisas de la vega.

En esos años de trabajo y gloria,
Vivió sufriendo la infeliz pareja,
Que en pálidos fantasmas convertida,
Sus hondas cuitas y su amor nos cuenta.

Aquí, bajo techumbres prodigiosas
Y entre arrayanes, álamos y adelfas;
Sobre el polvo sutil de las ruinas
Que otros siglos reflejan;

Donde parece que el pasado vive,
Donde la mente se remonta y sueña;
Donde del mundo que se agita y lucha
Ni las pasiones ni el tumulto llegan,

Me place recordar de la cautiva
La historia lastimera.
Óyela, trovador, que te la cuento
Desde este alcázar, que las sombras pueblan.





I

LA ALGARADA

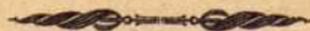
Ay de la villa frontera,
De la villa castellana
Que bien los moros codician
Y mal los cristianos guardan!
¡Ay, del infeliz labriego,
Del que sus campos trabaja
Y con su sudor los riega,
Y con sus yuntas los ara!
Del que ve brotar los frutos
Fija en ellos su esperanza;
Del que ve crecer las mieses
Que al fin se doran y granan,
Para que todo lo arrasen
Esos moros de Granada,
Los que los panes les queman
Y las olivas les talan.
¡Qué vida la del frontero!...
Siempre alerta, siempre al arma,
Siempre esperando que toquen
Á rebato las campanas.
Dejar siempre junto al lecho
El coselete y la adarga,
Por si viene el enemigo
Antes que despunte el alba.

Tener de día en el campo
El lanzón junto á la azada;
Cerca de los mansos bueyes
El caballo de batalla;
Y oír gritar, cuando á la mesa
Con sus pequeñuelos yanta
Ó del hogar junto al fuego
De sus trabajos descansa,
«Los moros, llegan; los moros:
Vengan mi potro y mi lanza;
Vamos, que están á las puertas;
Á la calle, á la muralla!...
La bandera del concejo
Ya tremola, ya nos llama;
Pronto, pronto, á los adarves,
Que nos embisten, que avanzan;
Ya nos escalan los muros,
Ya las torres nos asaltan...
¡Qué tropél, qué morería!
¡El buen Apostol nos valga!...»
Y ver que luego se tiñen
En sangre, calles y plazas,
Y los altares perecen
Consumidos por las llamas:
Que á las doncellas más nobles
De sus hogares arrancan,
Y en el botín se las llevan
Cautivas y maniatadas;
Que unos gimen moribundos
Y que otros, dolientes, claman:
«¡Ay!... ¡que mis hijos me roban!»
¡Ay!... ¡que mis padres me matan!...»
¡Qué vida, la del frontero,
Tan dura y tan trabajada!...

«¡El moro... el moro!...» En Andujar
Gritaron una mañana

Los vigías apostados
En las torres atalayas:
Y sobre Andujar cayeron
Los moros, en algarada,
Como torrente que inunda
Y deshace cuanto halla.
Espantoso fué el ataque;
La defensa fué gallarda,
Y las horas de aquel día
Fueron lúgubres y amargas.
No rechazaron los muros
Á aquella turba pagana;
Pues que los muros tomaron
Con cuerdas y con escalas.
La rechazaron, los pechos
Y las manos bien armadas
De guerreros y villanos,
Que las callejas guardaban.
Huyeron los invasores
De la ciudad castellana,
Por donde quiera dejando
Huellas de luto y de lágrimas:
Y sin rebaños los valles,
Las iglesias sin alhajas,
Y á caudillos y á pecheros
Sin hijos y sin hermanas.
Al frente de todos, iba
Un capitán de Granada.
Ginete sobre una yegua
Que allá en el Yemen pastara.
Suelto el alquicel moruno;
Sobre la cota de malla,
Rica veste de damasco
En oro y azul bordada.
Á la arrogante cabeza,
Ceñida la toca blanca
Que de nieve parecía
Junto á su tez y su barba.

Abiertos los finos labios
Por sonrisa de esperanza,
Y en sus ojos, tan oscuros
Como noche de borrasca,
Pintándose la alegría
En que rebosa su alma,
Con una dama en los brazos
Hacia su tierra volaba.
¡Guay de la infeliz doncella;
De la doncella cristiana!
¡Qué hermosa la triste iba!
¡Qué dolorida..., qué pálida!...
Flotaban sobre sus hombros
Las trenzas rubias y largas,
Y sus pupilas celestes
En el cielo azul clavaba,
Con el dolor y el espanto,
Y la ansiedad que embargaran
Á un serafin, si cayera
De Luzbel entre las garras.
«Corre, corrè, yegua mía.»
Decía el moro azuzándola,
De los muros granadinos
Al ver las almenas pardas.
Y mientras, un caballero
Que á Andujar la consternada
Buscando al bien de su vida
Aquella noche llegara,
Por el pesar trastornado,
Ronca su voz por la rabia,
Gritó, con el rostro vuelto
Hacia tierra mahometana:
Juro, por Santa María,
Sobre la cruz de mi espada,
Que he de matar á ese moro,
Aunque se esconda en la Alhambra.





II

LA TORRE

POR la estrecha celosía
Entraba debil la luz;
Iba declinando el día,
Y ya la sombra envolvía
El fertil suelo andalúz.

Era la torre un tesoro
En riqueza y en primores;
Que en ella, el carmín y el oro
Derramó pródigo el moro,
En caprichosas labores.

Allí, columnas delgadas
Las bóvedas sostenían
De estalactitas formadas;
Allí, versos se leían
Entre sentencias sagradas.

Y el sol ya lento bajando,
Se hundía con sus reflejos

Los muros brillantando,
Y chispas de luz sacando
De los ricos azulejos.

Por la vega blanca y fría
La alba nieve se extendía,
Como un sudario de muerte;
El viento, soplabá fuerte;
Rojo el cielo aparecía;

Todo en sombra lo velara
La crepuscular tristeza;
Gemía una fuente clara,
Cual trovador que cantara
De la torre la belleza;

Y una mujer derramando
Lágrimas de amargo duelo
La estaba sola escuchando,
Recostada sobre blando
Almohadón de terciopelo.

No realizaban su figura
Galas, ni pompa oriental;
Que su modesta hermosura,
Velaban la toca pura
Y el castellano brial.

Ni sus ojos seductores
Ni sus labios de rubíes
Brillaban provocadores,
Con los profanos ardores
De las árabes huríes.

Es la cristiana nacida
Para sentir, y llenar
Con su amor toda una vida;

Y ser la luz y la egida
Y el encanto de su hogar.

No es la que el ánimo enerva
Del hombre, ni le envilece
Con sus halagos de sierva;
Es, la que su fé conserva;
La que su valor acrece.

Y fiel á Dios y al que ama,
No en la esclavitud se infama;
Que entre sus hierros altiva,
Bien sostiene la cautiva
El decoro de la dama.

Alli está sola y doliente,
Desde aquel día de espanto
En que la guerra inclemente
Arrebatóla el encanto
De su amor y de su gente,

Alli, de la Alhambra mora
En regia torre almenada,
Desde aquella fatal hora
Tiembla la infelíz y llora,
Por su señor bien guardada.

Y entre el lujo tentador
Del arábigo esplendor
Que ahogándola la rodea,
Suspira por el calor
De su antigua chimenea,

Y por el perfume sano
Que en el hogar castellano
Medio olivo ardiendo exhala,

Y al cual la esencia no iguala
Del pebetero pagano.

Recuerda el sitial severo
De vieja encina y de cuero
Que su buen padre ocupaba,
Donde tranquilo olvidaba
Sus fatigas de frontero.

Y el otro sitial, do enfrente,
Segun de Castilla el uso,
Sentábase sonriente
Su madre tranquilamente
Dando vueltas á su huso.

Y el Cristo que recibia
Culto en el solar paterno,
Y la biblia que ella había,
Y que en voz alta leía
En las veladas de invierno;

Y las pláticas amenas
De promesas seductoras
De amor y misterio llenas,
En que pasaba las horas
Encantadas y serenas,

Con un doncel castellano
De los moros fronterizo,
Que á su cariño y su mano
Aspiró cortés y ufano,
Y digno de ellos se hizo.

Alli amantes platicaban,
Mientras los troncos que ardian
Quemándose chirriaban,

Y los viejos los miraban
Y felices se creían,

Pensando que de su hogar,
Que ya la vejez deshace,
Va otro lozano á brotar
Como retoño que nace
De la encina secular.

De ese bizarro doncel
Era ya la prometida
Esposa doña Isabel,
Que su esperanza, su vida,
Su alma toda puso en él.

¡Con cuánto afán, en la impura
Y hermosa torre encerrada,
Llorando su desventura,
Tendía por la llanura
Anhelante su mirada!...

¡Con cuánto placer creía
Que á la moribunda luz
Allá lejos distinguía
Una hueste, que seguía
La bandera de la cruz!...

Que por oculto sendero,
En alas de su pasión
Llegaba el bravo frontero,
El gallardo caballero,
El buen Ponce de León.

Sus trémulos resplandores
Mostró pálida la luna
Besando con sus fulgores
Las arábigas labores
De la cámara moruna;

Y absorta en sus sentimientos,
Y libres vagar dejando
Sus íntimos pensamientos,
Iba la dama olvidando
Esclavitud y tormentos,

Cuando la cabeza alzó,
Y de angustia y ansiedad
Un grito doliente ahogó;
Deshízose el sueño., y vió
La terrible realidad.





III

FIDELIDAD

EL grueso tapiz de Persia
Con su diestra sosteniendo;
Mal envuelta la figura
Por un alquicel turquesco;
Por la luna iluminado
Su rostro audáz y moreno,
Y en la doncella cristiana
Clavando sus ojos negros,
Estaba Mahomet, el moro
Azote de los fronteros,
Alcaide de aquella torre,
Y de la cautiva dueño.
Cual un fantasma, hacia ella
Avanzó con paso lento:
Los dos callaban..., callaban...;
Fue muy largo aquel silencio,
Que á veces interrumpía
Fuera, el silbido del viento,
Y el latir descompasado
De dos corazones, dentro.
Se alzó la dama del rico

Almohadón de terciopelo;
Un paso dió vacilante,
Vió á sus pies al agareno,
Y la blanquísima frente
Entre sus manos hundiendo,
Como del terror la estatua
Quedó de la estancia enmedio.
Una rodilla en la tierra,
Entrecortado el aliento;
Con voz que tonos tenía
De amor, orgullo y despecho,
Dijo el árabe:— «Cristiana:
Entre el fragor del incendio
Y el humear de la sangre,
Y el espanto del saqueo,
Te ví tan hermosa y pura
Cercada de horror y fuego,
Que el ángel blanco del juicio
Te creyó mi pensamiento.
Te ví, lo sabes, y, loco,
Mal capitán, mal guerrero,
Ni cuidé de mi bandera
Ni de matar nazarenos:
Torpe fué la retirada,
Torpe fué; que yo iba ciego
Por tus pupilas, que tienen
Luces de gloria y de infierno.
Tú, desde entonces, esquiva,
Y yo, siempre tan soberbio,
Humilde, amante, rendido,
Hemos luchado sufriendo:
Sé que amabas á un cristiano;
Sé quién és, y aun no lo he muerto;
El rescate de su vida,
Págame tú con un beso.»
Por el rubor abrasada,
La noble cabeza irguiendo,
Dijo la cristiana: «Nunca:

«Mi muerte, honrada, primero.»
«Si tú quieres, — siguió el moro, —
Nuestros mejores mancebos
Lidiarán en Bibarrambla
Bravos toros en tu obsequio;
Tus ajorcas y alhaites
Joyeles y chales pérsicos,
Aun á la Reyna Morayma
Envidia darán y celos;
Y tendrás para adorarte
Un corazón altanero,
Siempre duro, siempre libre
Hasta que esclavo lo has hecho.
¿Quieres?» — «No.» «Pues habla, ordena;
Señora serás; yo siervo:
Dime todos tus antojos:
¿Qué sueñas? ¿qué quieres?» — «Quiero
Mi libertad y mi tierra,
Y la vida de mis deudos,
Cuya sangre generosa
Goteaba de tu acero.»
— «Calla.» — «Quiero la esperanza
Que está de tu torre lejos;
Quiero la paz, el reposo,
La ventura que has deshecho.»
— «¡Calla, infeliz!» — «Tú eres fuerte,
Tú eres noble, serás bueno;
Que también entre los moros
Hay cumplidos caballeros:
Apiádate de una dama;
Y sus cadenas rompiendo,
Dale la dicha, y recibe
Gratitud eterna en premio.»
— «¿Para volar á los brazos
Del odiado nazareno,
Y que yo á solas devore
Mi rencor y tu desprecio?
Nunca.» — «¡Piedad!» — «Serás mía »

— «Por tu Dios.» — «Nunca.» Siniestros,
Al hablar así, brillaban
Los ojos del agareno.
Algo, la triste cautiva,
Algo nefando vió en ellos,
Que huyendo desalentada
Lívida de angustia y miedo,
Al rico ajiméz asióse.
Y al cristiano campamento
Mirando, con voz solemne
Dijo: — «¿Sabes lo que anhelo?
Que coronen esas cruces
Tus adarves arabescos:
Que suenen en tus mezquitas
De mis plegarias los ecos;
Que huellen nuestros caballos
Tus alcázares risueños,
Y que esclavo tú te veas
De mis fieles mesnaderos.»
— «¿Osas resistirme?» — «Siempre.»
— «¿Guerra quieres?» — «Mi honra quiero.»
— «Para tu raza y la mía,
Dios mismo la guerra ha hecho:
Lucha, pues, con tu enemigo.»
— «Piedad, compasión.» — «No cedo;
Al harém, con mis mujeres;
Esclava: sirve á tu dueño.»
— «De la muerte antes que tuya;»
Gritó Isabel con denuedo,
Echando sobre el alfeizar
Su gentil y casto cuerpo.
Rugió de cólera el moro:
La dama tembló un momento;
Besó la cruz del rosario,
Alzó los ojos al cielo,
Y al sentir sobre su toca
La mano audáz del guerrero,
Dió un grito, saltó hacia afuera,

Reinó lúgubre silencio,
Y vió el moro, de la luna
A los pálidos reflejos,
Un velo blanco en su diestra,
Y un cadáver en el suelo.

Los cabellos erizados;
Mudo de espanto y de horror,
Desencajados los ojos,
Palpitante el corazón,
Inmovil Mahomet quedóse;
Inmovil y sin color,
En el ajiméz clavado,
Falto de aliento y de voz:
Del barranco en lo más hondo,
Sobre un áspero peñón,
Yacía el cuerpo sin alma
De la mujer que adoró.
Y contemplándola ansioso
Con insensata pasión,
Sin recobrar sus sentidos,
Sin salir de su estupor,
Pensaba que en torno suyo
Con espantoso fragor,
Voces fúnebres gritaban:
¡Asesino, maldición!...
Era el viento, que gemía
De la torre en derredor;
Era del cierzo de Otoño,
La funeraria oración.
Besó el moro el blanco velo,
Dió un gemido de dolor,
Sus mejillas bronceadas
Una lágrima quemó,
Y en sus pesares absorto,
No oyó el confuso rumor

De gritos, pasos y ayes
Que cerca se levantó.
No oyó de sus servidores
El turbulento clamor,
Ni el chasquido del acero
Contra el acero, escuchó.
Hasta que pronto, la puerta
De la cámara se abrió,
Y dijo un esclavo negro:
«¡El enemigo, Señor!»
Volvió Mahomet á la vida;
Con las manos oprimió
La frente, cual si quisiera
Reunir toda su razón;
Y en esto, la torre entraban,
En tropel arrollador,
Cien guerreros, que seguían
De Calatrava el pendón.
Ante todos, un mandoble
Esgrimiendo con furor,
Herido el hidalgo pecho,
Lleno de sangre y sudor;
Al aire la cabellera,
Que el casco en la lid perdió;
Calenturientos los ojos
Y enronquecida la voz,
El caudillo castellano,
Al ver al moro, clamó:
«¿Perro, villano: ¿qué hiciste
De mi dicha y de mi honor?»
— «Míralos:» Mahomet repuso,
Y al ajiméz lo llevó:
Miró al fondo del barranco
El cristiano campeón;
— «¡Jesús!...» dijo: y agobiado
Por la pena y el horror,
Cruzó sus manos heróicas
Y el mandoble caer dejó.

— «Defiéndete:» rugió el moro.
La daga el doncel sacó;
Ambos lucharon con furia
Buscándose el corazón,
Y, cristianos y agarenos
Contemplaban con pavor,
Aquella lucha implacable
De un chacal con un león;
Herido Mahomet de muerte,
En tierra se desplomó:
Herido de muerte estaba
De Isabel el vengador.
— «Quiero espirar á tu lado.»
Desfallecido exclamó;
Hizo un esfuerzo gigante;
Al barranco se arrojó,
Y junto á Isabel cayendõ
Exánime y sin vigor,
La abrazó por vez primera,
Besó su frente, y murió.

Tal es la historia peregrina y triste
Que aquí en la Alhambra nuestro pueblo cuenta.
La romántica historia, favorita
De amantes y poetas.
¿Te placen, trovador de las montañas,
Las mágicas leyendas
Que recitan al son de sus bandurrias
Los oscuros cantores de mi tierra?
Ellas dicen, que al noble castellano
Le devuelve su beso la doncella,
El reposo turbando de las noches,
De las noches serenas:
Que por eso, dos sombras impalpables,
Mal veladas por túnicas de niebla,
Abrazándose, lloran sus amores
Sobre la torre solitaria y vieja,

Cuando gimen más lánguidas las brisas;
Cuando más gratos los arroyos suenan,
Cuando trinan los fieles ruiñeños
Que de la Alhambra los pensiles pueblan;
En las horas tranquilas y solemnes
Del amor, de la paz, de las consejas...
Cuando corona la menguante luna
El pico solitario del Veleta. (1)

(1) El pico del Veleta, es el punto más elevado de Sierra Nevada.





La torre de la Vela

PLÁCEME cantar, vagando
Por colinas y praderas
Y á orillas de los torrentes
Que entre riscos se despeñan.
Pláceme cantar, oyendo
Que acompañan mis endechas
Las brisas, que zumban libres;
Las aguas, que corren sueltas.
Pláceme tener al cielo
Por dosel de mi cabeza;
Por alfombra de mis plantas
Las aromáticas yerbas;
En luz anegar mis ojos;
Reposar entre las peñas,
Embriagarme con perfumes
De mastranzos y violetas.
Pláceme vagar, cantando
Por los valles de mi tierra.
Y hoy que recuerdos evoco
De venturas y proezas,
Llego á tus márgenes, río,

Claro río, que conservas
Entre tus linfas bullentes
Y entre tus rocas dantescas,
Los ecos adormecidos
De mis canciones primeras.
Vengo á pedir que renueves
Inspiraciones añejas;
Que me enseñen tus rumores
Armonías y cadencias;
Que al borde de tu cascada
Surjan mis cántigas nuevas,
Como tus ondas valientes,
Y sonoras como ellas.
Yo siento, porque te escucho,
Vigor, entusiasmo y fuerzas.
Cual tu corriente indomable
En mí brotan las ideas,
Y entre las móviles brumas
Que de tu fondo se elevan,
Percibe mi fantasía
Imágenes gigantescas:
Vislumbra sombras preclaras
De guerreros y princesas;
Cruces, lanzas, alquiceles,
Muros de pardas almenas,
Y una torre: ¡torre augusta!
Al llegar á tu presencia,
No hay frente que no se humille
Ni corazón que no sienta.
En tí vibra el postrer canto
De aquel bélico poema
Que empezó de Covadonga
En la titánica cueva,
Tú nos repites los ecos
De sus estrofas más bellas:
Quiero evocar tus memorias,
Quiero cantarte, y me aterra
De tu imponente recuerdo

La abrumadora grandeza:
¡Dios te guarde y Él me alumbre,
Torre santa de la Vela!

De sus cármenes moriscos
Entre las frondas envuelta,
Como en un manto de flores
Que las hadas le tejieran;
Ceñida de sus murallas
Por el cinturón de piedra;
Coronada por las nieves
Inmortales de su sierra,
Allí está la infiel Granada,
La sultana sarracena,
La ciudad de las huries,
¡De nuestros reyes la sierva!
Velan sus moras mansiones
Nubes de luto y tristeza;
Lágrimas vierten los ojos
De sus vírgenes morenas.
Desfallecieron sus bravos,
Se abatieron sus enseñas:
Dios, en sus altos designios,
Nubló de Nazar la estrella.
«¡Vitor! ¡Vitor!» entre tanto
Exclaman de gozo llenas,
Allá en los llanos de Armilla,
Nuestras mesnadas soberbias.
No visten sus caballeros
Rudás mallas, cotas férreas:
Lucen plumas y joyeles,
Armas y trajes de fiesta;
Ya Granada fué vencida:
Ya las llaves de sus puertas
Al Católico monarca
Dió Boabdil, para su mengua.

Allí están los campeones,
De Castilla préz eterna,
El azote y el espanto
De las táifas agarenas:
Ponce de León el fuerte,
Garcilaso de la Vega,
Gonzalo, el grande Gonzalo,
El de Pulgar... ¡Quién pudiera
Repetir todos los nombres,
Contar todas las empresas,
Cantar á los héroes todos
Que la patria reverencia!
Entre sus bravos caudillos,
Por lo bizarro descuella,
En el peligro indomable,
Animoso en la contienda,
El aragonés invicto,
El que las barras sangrientas
De los condes catalanes
Triunfante doquier pasea.
Mucho vale el Rey Fernando,
Loór merece, cuando lleva
Con dignidad y con gloria
La corona aragonesa;
Y cual espléndida luna
Que entre luceros se eleva
Con su luces eclipsando
Los fulgores que la cercan,
Allí sus altas virtudes,
Allí su beldad obstenta
El ángel de las Castillas:
La heróica Isabel primera.
¡Señora, noble Señora!
La del alma noble y buena,
La de los hechos insignes,
La de las sabias sentencias,
La que infunde á sus guerreros
Fe, valor y fortaleza;

La de corazón cristiano,
La de rubia cabellera:
Perdóname si te invoco,
Si llego á tus plantas regias
Hasta tu altura llevando
De mis cantares la oferta.
Las centurias nos separan;
Mas, tras sus sombras espesas,
Mi espíritu busca el tuyo
Y lo admira y lo respeta...
Yo te he amado, reina mía,
Desde mi niñez más tierna,
Porque he nacido en el suelo
Que sellaste con tus huellas;
Porque recé balbuciente
Mis oraciones sinceras,
Ante la Virgen sagrada
Que recibió tus ofrendas;
Porque, apenas á la vida
Se despertó mi conciencia,
Amé con amor ferviente
La virtud y la belleza,
Y de lo bueno y lo hermoso
El enlace y el emblema
Ví, Señora, en tu figura
Digna gentil y modesta;
Porque todo el que aquí nazca,
Y por honrado se tenga,
Ha de venerar tu nombre,
Ha de bendecirte, reina.
Y hoy, á través de los siglos,
Evoco tu sombra egregia
Y recuerdo el mejor día
De tu gloriosa existencia,
No para cantar los duelos
De la muerte y de la guerra,
Sino el cántico de triunfo
Que tu corazón alegra.

Triunfaste: ¿ves...? allá lejos,
 Hacia el confín de la vega,
 En el estrecho camino,
 Se alza obscura polvareda.
 Envuelto por esa nube,
 Huye en rápida carrera
 Un pelotón de caballos
 Que sus dueños espolean,
 Brillan corvas cimitarras,
 Lucen marlotas de seda,
 Flotan amplios albornoces,
 Velos blancos, largas trenzas.
 Allá va, Boabdil el triste,
 Sus dolores y su afrenta
 Á esconder de la Alpujarra (1)
 Entre las ásperas quiebras.
 ¡Rey moro, pobre rey moro!
 Sin tu arábiga diadema,
 ¡Cuán abatida la frente
 Sobre tu pecho doblegas!
 ¡Cuánta hiel habrá en el llanto
 Que el corazón te envenena!
 ¡Qué amargo será el suspiro
 Que dés al cruzar la sierra!
 ¡Qué horrible será tu muerte
 Entre las ondas revueltas! (2)
 ¡Rey moro, pobre rey moro;
 Feliz si al nacer murieras!
 Á su lado; en la desgracia
 Indomable y altanera;
 Torvo el adusto semblante;
 Las anchas pupilas secas,
 Va Aixá, la sultana, el roble

(1) La familia real mora se detuvo algunos días en Santa Fé y salió para la Taha de Andarax, en la Alpujarra, después que los Reyes Católicos tomaron posesión de Granada.

(2) Boabdil murió en Africa, defendiendo al Califa Benimerin Muley Amet; y su cadáver fué arrastrado por las aguas del Guad-al-Hawit.

Que sus ramas alza enhiestas,
Mientras, débiles, se doblan
Las cañas que le rodean.
En pos de ella, por los pliegues
Del fino cendal cubierta;
Las lagrimas conteniendo
En sus ojos de gacela,
Marcha la esposa doliente,
La madre infeliz y bella:
Moraima, la luz de Loja,
De Boabdil la rica perla.
¡Tórtola blanca: tu nido
Ha deshecho la tormenta;
Gentil azucena: el cierzo
Te arrancó de tu floresta..!
Por el dolor poetizada,
Melancólica y esbelta,
Aparecerá tu imagen
En nuestras pátrias leyendas;
Y habrá quien narre tus duelos:
Mientras canten los poetas,
Y mientras haya mujeres,
Habrá quien llore tus penas.
¡Deja, Isabel, que tus bardos
Sus pesares compadezcan:
Que con una flor perfumen
Los abrojos de su senda!...
¡Ah! que también llorarías
Tú tan noble, tan excelsa,
Las angustias de otra dama,
De otra madre, de otra Reina.
Príncipes y capitanes
Son esos que á Boabdil cercan;
Y allá van rojos de ira
A morir con su vergüenza.
Nietos de Tarik y Muza,
Fieles del falso Profeta;
Ellos á la luz de Cristo

Opusieron sus tinieblas,
Y son las aves nocturnas
Que el sol deslumbra y ahuyenta;
Son las sombras del pasado
Que para siempre se alejan.

Venciste, Isabel, ¿y aún temes?
¿Por qué sufres? ¿por qué tiembles?
¿Por qué en una torre obscura
Fijas tu mirada inquieta?
¿Qué turba la bienandanza
De ese gran día, que cierra
De siete siglos heróicos
La historia caballerésca?
Es que en el moro palacio
Aún no flotan tus banderas;
Que aún la cruz no santifica
Las murallas arabescas. (1)
El gran Cardenal Mendoza,
El de Tendilla, que aumenta
Los laureles heredados
Con sus ínclitas proezas,
Y Cárdenas el Maestro,
Entraron con poca fuerza
A levantar sus pendones
En la árabe fortaleza.

Mientras que la cruz de plata
Sobre la Alhambra no vean,
Á Granada, nuestros Reyes,
Aún como suya no cuentan.

(1) En la operación de ocupar la fortaleza se invirtió algún tiempo y esto motivó los temores de la Reina y del Ejército.

Y avanza entre tanto el día,
El tiempo rápido vuela,
Y todos callan y temen
Y está la torre desierta.
¿Habrán muerto nuestros bravos
Tras esas murallas rancias?
¿Nos acecharán traidores
Los que rendidos se muestran?
El Rey Fernando medita;
Los guerreros se impacientan,
Y acarician sus espadas
Y de aquel ocio reniegan.
Lamentándose, murmuran
Donceles y ricas hembras;
É Isabel, más que ninguno
Ansiosa, calenturienta,
Fija inmóviles los ojos
En la torre más enhiesta,
Y en Dios puesta la esperanza
Por sus vasallos le ruega.
De pronto, un grito sublime,
Una exclamación suprema
Se escapa de cien mil pechos
¡Unánime, clara, inmensa!
Bajo el cielo granadino
La cruz de plata descuella.
«¡Castilla! ¡Castilla!» — grita
Una voz, que el viento lleva.
¡Castilla! ¡Aragón! ¡Granada!...
Por nuestros Reyes ondean
Los estandartes cristianos
En la torre de la Vela;
Y nobles y mesnaderos,
Reyes, prelados y dueñas,
Con lágrimas en los ojos
Caen, de rodillas, en tierra!...
¡Momento feliz, augusto!
¿Quién tu majestad expresa?

Los corazones que laten
Cuando enmudecen las lenguas.
Después, ahogando las salvas
Y las músicas guerreras,
Alzase un coro solemne
Que de Dios al trono llega.
¡Es el Tedeum, que humilde
Todo el ejército eleva;
De aquellas almas heroicas
Es la oración gigantesca;
Es el himno de la patria
Que su libertad celebra;
Es el cántico postrero
De nuestra gran epopeya!
¡Cantad, edades futuras;
Unid á su voz las vuestras:
Cantad á la Cruz, izada
En la torre de la Vela!





ÍNDICE

	Páginas
Dedicatoria	7
Soneto-prólogo, del Excmo. Sr. Conde de Chestre	9
Proemio, de D. Pedro de Répide	11
<i>La estatua yacente</i>	17
<i>Astapa.</i>	53
<i>Saffo</i>	69
<i>San Agustín.</i>	71
<i>Á mi hijo Fernando.</i>	73
<i>Un caballero español</i>	75
<i>El Conde de Cifuentes</i>	85
<i>Alfonso Onceno y el Conde de Fox</i> . .	99
<i>Cervantes.</i>	103
<i>El cautivo de Argel.</i>	109
<i>Santiago de Galicia.</i>	115
<i>Covadonga</i>	121
<i>Algarada.</i>	129
<i>A Zorrilla.</i>	131



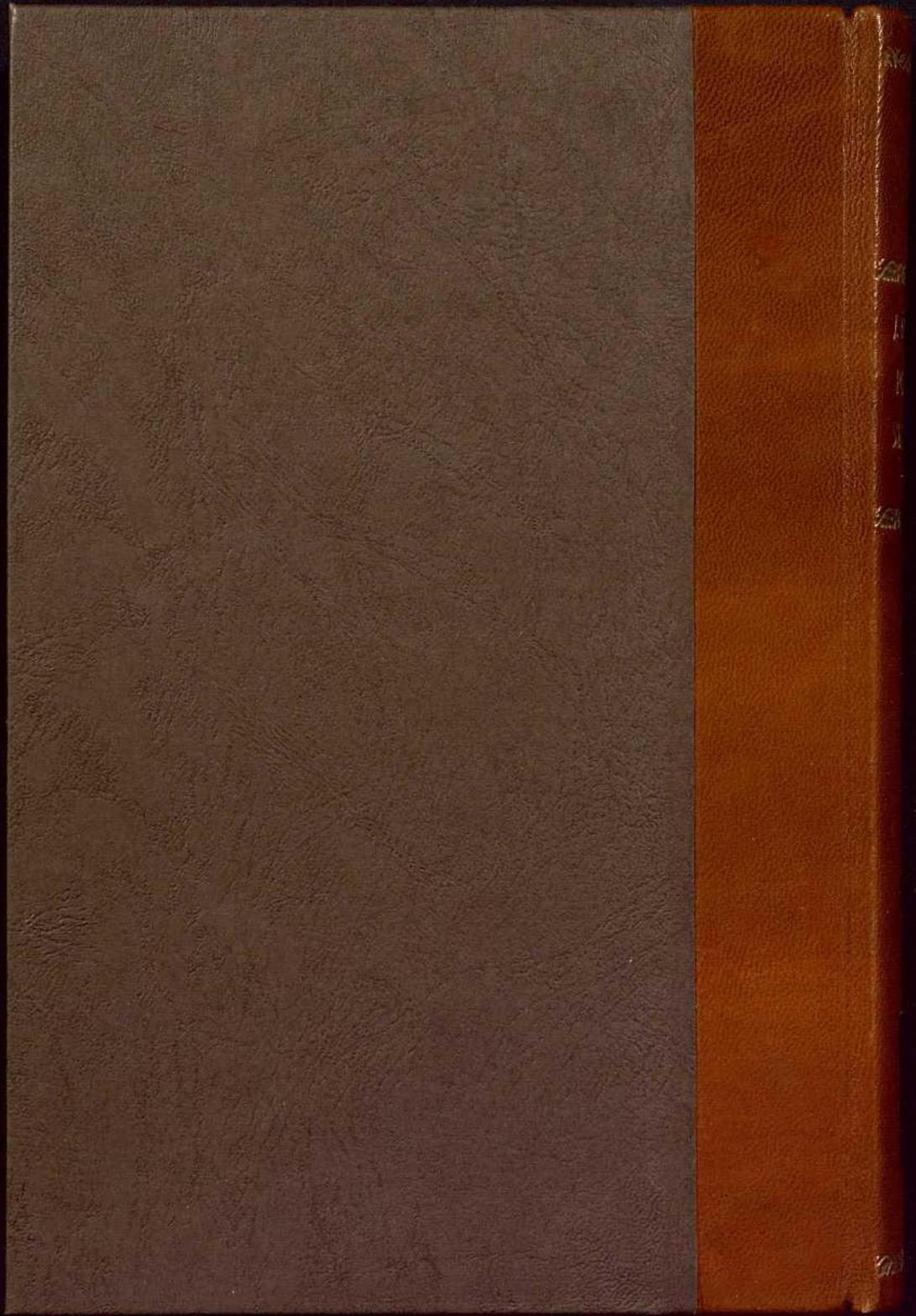
ÍNDICE

	Páginas
<i>En Yuste.</i>	137
<i>En el album del Monasterio de Piedra</i>	143
<i>A santa Teresa de Jesús</i>	145
<i>El Serventesio</i>	155
<i>Sin patria.</i>	159
<i>Mariposas.</i>	163
<i>En la inauguración del Teatro de la</i> <i>Princesa</i>	165
<i>El Rey ha muerto</i>	169
<i>El Sacristán del Albaicín</i>	175
<i>Abderrahmán-Ben-Moawiá</i>	221
<i>Aben-Amar Arramedi</i>	267
Medina-Az-Zahara.	267
Halewa.	273
Flores Marchitas	283
La esclava de Abu-Aly	289
La Canción del poeta.	297
El Califa	301
¡Pobre Halewa!	309
Conclusión	313
<i>La conquista de Málaga</i>	315
1483-1484-1485	317
Córdoba	325
Málaga.	333
El sitio.	341
La Reina	349
Dos Santones	357

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
La entrega.	365
Conclusión.	373
<i>Fray Juan de la Puebla</i>	375
Epilogo.	439
<i>La Alhambra.</i>	443
<i>Sobre si á pié ó á caballo</i>	447
<i>Oriental.</i>	455
<i>Nobleza contra nobleza.</i>	457
<i>Las lágrimas de la mora</i>	479
La Torre de las Infantas	481
Epilogo.	505
<i>La torre de la cautiva</i>	509
La Algarada	513
La torre	517







J. UGARTE - B.
FRANCO
POESIAS
SELECTAS



FAN
XX
502

